OBRAS PÓSTUMAS



ALLAN KARDEC

OBRAS

PÓSTUMAS

ALLAN KARDEC

Prólogo de la primera edición Española

Entre los numerosos escritos inéditos que a su fallecimiento dejó Allan Kardec, la Revue Spirite, de Paris, tuvo la feliz idea de darnos a conocer algunos de los interesantes estudios que tenía preparados su autor para darlos a luz ulteriormente.

Con posterioridad, la "Sociedad Anónima Propagadora del Espiritismo" no vaciló en coleccionarlos y darlos a luz en español, a pesar de haberlos publicado sueltos en la ‘Revista Espiritista de Barcelona’, persuadida de que con ello satisfacía los deseos de las muchas personas, que a la par de fervorosos espiritistas, eran decididos partidarios de las producciones del autor de ‘El Libro de los Espíritus’, del hombre de bien, del infatigable trabajador, del espiritista convencido, que procuraba poner en práctica en su vida privada los principios que dejaba consignados en sus obras monumentales. Al dar a luz esta nueva edición, hemos querido enriquecerla con cuantos fragmentos fue adicionada su similar francesa en el pasado año, y al efecto hemos encargado a un consecuente y entusiasta propagandista del Espiritismo, no ya solamente que tradujera la parte que se había de adicionar, sino que revisase y corrigiese con esmero el conjunto, para de este modo, poder ofrecer la obra lo mas perfectamente posible.

Esperamos, pues, que la edición de OBRAS PÓSTUMAS que hoy ofrecemos al público, será bien acogida por éste, tanto por ser la mas completa, cuanto por haber sido minuciosamente corregida y cotejada. Nada hemos de decir del contenido de la obra. Sabido es que los estudios que la componen, si no constituyen una serie sistemática, ofrecen en su conjunto un todo armónico, en donde el lector espiritista halla desarrollados diferentes

puntos de doctrina que no habremos de mencionar siquiera, temerosos de que nuestra pálida pluma desvirtúe en gran parte su mérito y con él, la elevación de ideas y la claridad de pensamientos que tanto distinguían a su autor. Creemos cumplir mejor nuestra tarea dejando al que leyere, que por si mismo juzgue de la bondad de estos estudios.

A lo anteriormente expuesto, tan solo hemos de añadir los Editores de la presente edición, que se ha puesto en ella los mayores cuidados, compulsando el texto con los originales franceses y corrigiéndolo con todo el esmero posible, por lo cual no dudamos que habrá de ser tenida esta edición, como todas las que llevamos hechas, de las Obras completas del Maestro, por la verdaderamente definitiva.

Primera Parte

Razonada Profesión de Fe Espiritista

1. Dios

1. *Hay un Dios, inteligencia suprema y causa primera de todas las cosas.*

La prueba de la existencia de Dios se encuentra en el siguiente axioma: *No hay efecto sin causa.* Continuamente vemos una multitud innumerable de efectos cuya causa no esta en la humanidad, puesto que esta es impotente para producirlos y aun para explicarlos: la causa esta, pues, por encima de la humanidad, y es a esta causa que se llama *Dios, Jehová, Allah, Brahma, Fo-He, Gran Espiritu,* etc., según la diversidad de idiomas, tiempos y lugares.

Estos efectos no se producen al acaso, fortuitamente y sin orden: desde la organización del más pequeño insecto y de la más diminuta semilla, hasta la ley que gobierna a los mundos que circulan por el espacio, todo indica un pensamiento, una combinación, previsión y solicitud que supera a todas las concepciones humanas. Por lo tanto, esta causa es soberanamente inteligente.

2. *Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso y soberanamente justo y bueno.*

Dios es *eterno,* porque si hubiese tenido un principio, se daría a entender que *algo* había existido antes que El: o bien que había salido de la nada, o que un ser anterior a Dios le había creado. Así es que por grados nos remontamos al infinito de la eternidad.

Es *inmutable,* porque si estuviese sujeto a cambios, las leyes que rigen el universo no tendrían estabilidad alguna.

Es *inmaterial,* es decir, que su naturaleza difiere de todo lo que nosotros llamamos materia, pues de otro modo estaría sujeto a las continuas transformaciones de esta y ya no sería inmutable.

Es *único,* porque de haber varios Dioses habría diversidad de voluntades, y por consiguiente, no habría ni unidad de miras ni de poder en el arreglo del universo.

Es *omnipotente* porque es *único.* Si no fuese omnipotente, es que habría *algo* más poderoso que Él: Dios no lo habría creado todo, y aquellas cosas que no fuesen obra suya, serian la obra de otro Dios.

Es *soberanamente* justo *y bueno.* La sabiduría providencial de las leyes divinas se manifiesta lo mismo en los objetos más pequeños que en los más grandes, y esta sabiduría no permite dudar ni de la justicia ni de la bondad de Dios.

3. ¡*Dios es infinito en su perfección!*

Si se supusiera imperfecto uno solo de los atributos de Dios o se suprimiera la más pequeña porción de la *eternidad, inmutabilidad, inmaterialidad, unidad, omnipotencia o justicia y bondad* de Dios, se daría lugar a la suposición de un ser poseedor de lo que a aquel le faltaría, y este ser, siendo más perfecto, seria Dios.

2. El Alma

4. *Hay en el hombre un principio inteligente llamado Alma o Espíritu, independiente de la materia y que le concede el sentido moral y la facultad de pensar.*

Si el pensamiento fuese una propiedad de la materia, se vería a esta pensar; luego, como nadie ha visto jamás a la materia inerte dotada de facultades intelectuales, porque cuando el cuerpo ha muerto ha cesado de pensar, es preciso deducir de todo lo expuesto que el alma es independiente de la materia, y que los órganos materiales no son otra cosa que los instrumentes de que se aprovecha el hombre para manifestar su pensamiento.

5. *Las doctrinas materialistas son incompatibles con la moral y subversivas del orden social.*

Si el pensamiento fuese secretado por el cerebro, como lo es la bilis por el hígado, según pretenden los materialistas, resultaría que, a la muerte del

cuerpo, la inteligencia del hombre, lo mismo que todas sus cualidades morales, entrarían de nuevo en la nada; que todos aquellos parientes o amigos que se habría amado, se hubieran perdido definitivamente; que el hombre de genio no tendría mérito alguno, puesto que sus eminentes facultades las debería a la casualidad que presidió en su organización, y que entre el hombre de talento y el imbécil, no habría otra diferencia que la de tener una masa cerebral mas o menos imperfecta.

Las consecuencias de esta doctrina serían tristísimas. No esperándose nada para después de esta vida, no habría el menor interés en practicar el bien y nada más natural que procurarse el mayor número posible de goces, aun cuando fuese a costa de otros. Sería soberanamente ridículo causarse molestia por los demás, y el egoísmo sería el más racional de todos los sentimientos. El hombre verdaderamente desgraciado encontraría excelente remedio en el suicidio, porque lograría el beneficio de abreviar sus padecimientos.

La doctrina materialista es, pues, la sanción del egoísmo, fuente de todos los vicios, la negación de la caridad, manantial de todas las virtudes y base del orden social, y la justificación del suicidio.

6. *La independencia del alma es probada por el Espiritismo.*

La existencia del alma es probada por los actos inteligentes del hombre, que deben reconocer una causa inteligente y no inerte. Su independencia de la materia esta claramente demostrada por los fenómenos espiritistas que la demuestran obrando por ella misma, y sobre todo, por el experimento *durante la vida,* que le permite manifestarse, pensar y obrar ausente del cuerpo.

Puede decirse que así como la química separa los elementos constitutivos del agua poniendo al descubierto sus propiedades, y puede a voluntad descomponer o rehacer un cuerpo compuesto cualquiera, también el Espiritismo puede aislar los dos elementos constitutivos del hombre: *el Espíritu y la materia, el alma y el cuerpo;* separarlos y reunirlos a voluntad, lo cual no permite dudar de su independencia.

7. *El alma del hombre sobrevive al cuerpo y conserva su individualidad después de la muerte.*

Si el alma no sobreviviera al cuerpo, el hombre no tendría delante de si otra perspectiva que el vacío, lo mismo que si la facultad de pensar fuese producto de la materia; si no conservara su individualidad, esto es, si fuese a perderse en el *gran todo,* como las gotas del agua en el Océano, sería esto para

el hombre el vacío del pensamiento y las consecuencias las mismas que si no tuviera alma. La vida del alma después de la muerte corporal, queda probada de una manera irrecusable, y hasta cierto punto palpable, por las comunicaciones espiritistas. Su individualidad esta demostrada por el carácter y las cualidades propias de cada uno, pues siendo estas cualidades el distintivo de unas almas de otras, constituyen lo que se llama su personalidad; y si fuesen confundidas en un todo común, estas cualidades serian de todo punto uniformes. Además de estas pruebas inteligentes, existe la material de las manifestaciones visibles o apariciones, que son tan frecuentes y auténticas que *no* es posible dudar de ellas.

8. *El alma del hombre es feliz o desgraciada después de la muerte, según el bien o el mal que haya hecho durante la vida.*

Admitida la existencia de un Dios soberanamente justo, no puede admitirse que las almas tengan reservada una suerte igual. Si la situación futura del criminal y del hombre virtuoso debiera ser idéntica, quedaría excluida la utilidad de obrar bien; así que, suponer que Dios no establezca diferencia entre el que obra bien o mal, sería negar su justicia. No siendo castigada la maldad ni premiada la virtud durante la peregrinación terrestre, es forzoso creer que la justicia se demostrar mas tarde, pues de lo contrario, Dios no sería justo. Las penas y goces quedan probados, además, por las comunicaciones que el hombre puede establecer con las almas de los que fueron y que describen su estado venturoso o feliz, la clase de sus goces o sufrimientos, como también la causa de ellos.

9. *Dios, el alma, la individualidad y vida del alma después de la muerte del cuerpo, y las penas y recompensas futuras, son los principios fundamentales de todas las religiones.*

El Espiritismo añade a las pruebas morales de estos principios, las pruebas materiales de los hechos; y la experimentación destruye los sofismas del materialismo. En presencia de los hechos, la incredulidad no tiene razón de ser; así es que el Espiritismo devuelve la fe a los que la han perdido y aclara las dudas de los indecisos.

3. Creación

10. *Dios es el Creador de todas las cosas.*

Esta proposición es consecuencia de la prueba de la existencia de Dios. (Nº1).

11. *El origen de tas cosas está en los secretos de Dios.*

Todo enseña que Dios es el autor de todas las cosas, pero, ¿cómo y cundo las ha creado? ¿La materia es eterna como El? He aquí lo que ignoramos. Sobre todo lo que Dios no ha creído conveniente revelarnos, solo pueden inventarse sistemas más o menos ciertos. De los efectos que tocamos, podemos remontarnos hasta ciertas causas, pero hay una valla imposible de franquear y es perder el tiempo y muy expuesto a extraviarse el querer ir mas allá.

12. *Para proceder a la indagación de lo desconocido, el hombre tiene por guía los atributos de Dios.*

Para indagar los misterios que nos es permitido conocer por medio del raciocinio, tiene el hombre un criterio seguro, un guía infalible y este es los atributos de Dios. Admitiéndose que Dios debe ser *eterno, inmutable, inmaterial,* ú*nico, omnipotente y soberanamente justo y bueno,* es infinito en sus perfecciones, toda doctrina o teoría, ya sea científica o religiosa, que tienda a quitarle una parte, por pequeña que sea, de cualquiera de sus atributos, es necesariamente falsa, porque tiende a la negación de la misma Divinidad.

13. *Los mundos materiales han tenido un principio y tendrán un fin.*

Que la materia sea eterna como Dios, o bien que haya sido creada en una poca cualquiera, resulta siempre, por lo que vemos todos los días, que las transformaciones de la materia son temporales y que de estas transformaciones resultan los diferentes cuerpos que aparecen y se destruyen sin cesar.

Siendo los diferentes mundos productos de la aglomeración y transformación de la materia, al igual que todos los cuerpos materiales deben haber tenido un principio y tener un fin, obedeciendo a leyes que nos son desconocidas. La ciencia puede, hasta cierto punto, establecer las leyes *de* su formación y remontarse hasta la averiguación de su estado primitivo, y cualquiera teoría filosófica en contradicción con los hechos demostrados por la ciencia, es de todo punto falsa, a no ser que pruebe que la ciencia marcha por el error.

14. *Al crear los mundos materiales, Dios creó también seres inteligentes que llamamos Espíritus.*

15. *El origen y modo de creación de los Espíritus nos es desconocido.*

Solo sabemos que han sido creados simples e ignorantes, es decir, sin ciencia ni conocimiento del bien ni del mal, pero perfeccionables y con aptitud

idéntica para ser conocedores de todo con el tiempo. Al principio, están como en una especie de infancia, sin voluntad ni conciencia completa de su existencia.

16. A medida que el Espíritu adelanta en su destino, las ideas se desarrollan en él lo mismo que en el niño, y con las ideas, el libre albedrío, esto es, la libertad de obrar y seguir tal o cual camino para su perfeccionamiento, siendo esto uno de los esenciales atributos del Espíritu.

17. El objeto final de todos los Espíritus es de llegar a la perfección de que son susceptibles, siendo el resultado de este perfeccionamiento el gozar de la suprema dicha, a la que llegan más o menos pronto, según sea el uso que hacen de su libre albedrío.

18. Los Espíritus son los agentes del poder divino y constituyen la fuerza inteligente de la naturaleza, concurriendo al cumplimiento de los deseos del Creador para sostener la armonía general del universo y las leyes inmutables de la creación.

19. Para intervenir como agentes del poder divino en la obra de los mundos materiales, los Espíritus se revisten temporalmente de un cuerpo material. Los Espíritus encarnados constituyen lo que se llama humanidad, pues que el alma del hombre no es otra cosa que un Espíritu encarnado.

20. La vida espiritual es la normal y eterna del Espíritu; *la* corporal es transitoria y pasajera, es un momento en la eternidad.

21. La encarnación de los Espíritus esta en las leyes de la naturaleza, es precisa para su perfeccionamiento y también para cumplir los destinos de Dios. Por medio del trabajo que necesite la existencia corporal del Espíritu, perfecciona éste su inteligencia, y adquiere, observando la ley de Dios, los meritos que deben conducirle a la dicha eterna; resultando de esto que al paso que concurren a la obra general de la creación, los Espíritus trabajan en su propio perfeccionamiento y provecho.

22. El -perfeccionamiento del Espíritu es el fruto de su trabajo, y adelanta en razón de su actividad o buena voluntad para obtener las cualidades que le faltan.

28. No siendo posible al Espíritu obtener en una sola existencia corporal todas las cualidades morales e intelectuales que le son precisas para llegar a su objeto final, logra esto por medio de una serie de existencias, en cada una

de las cuales adelanta más en la vía del progreso y se purifica de alguna de sus imperfecciones.

24. A cada nueva existencia, el Espíritu lleva consigo el caudal de inteligencia y moralidad que adquirió en sus existencias anteriores, lo mismo que los gérmenes de las imperfecciones de que no se ha despojado todavía.

25. Cuando una existencia ha sido mal empleada por el Espíritu, es decir, que no ha hecho ningún progreso en la vía del bien, no le sirve de provecho alguno y debe empezarla de nuevo en condiciones más o menos penosas en razón de su inteligencia o mala voluntad.

26. Debiendo, el Espíritu, a cada existencia corporal, adquirir algo bueno y despojarse de algo malo, resulta que al cabo de cierto número de existencias, se encuentra llegado al estado de Espíritu puro.

27. El número de existencias corporales es indeterminado, pero depende de la voluntad del Espíritu el abreviarlas, trabajando activamente en su perfeccionamiento moral.

28. En el intervalo de las existencias corporales el Espíritu está "errante" y vive la vida espiritual, no teniendo la erraticidad duración determinada.

29. Cuando los Espíritus han adquirido en un mundo cualquiera la suma de progresos que el estado de este mundo permite, lo abandonan para encarnarse en otro mas adelantado, donde adquieren nuevos conocimientos, y así sucesivamente hasta que no siéndoles necesaria la encarnación en un cuerpo material, viven exclusivamente de la vida espiritual, no dejando por eso de progresar, si bien en otro sentido y por otros medios. Llegados a la cumbre del progreso, gozan de la suprema felicidad y son admitidos en los consejos del Todopoderoso, saben sus pensamientos y son sus mensajeros y ministres directos para el gobierno de los mundos, teniendo a sus órdenes los demás Espíritus, en diferentes grados de perfeccionamiento.

Manifestaciones de los Espíritus

Carácter y Consecuencias Religiosas de las Mismas

Preliminares

1. Las almas o Espíritus de los que han vivido constituyen el mundo invisible que puebla el espacio y en medio del cual vivimos. De aquí resulta que desde que existen hombres, existen Espíritus, y que si éstos tienen el poder de manifestarse, han debido hacerlo en todas las épocas. Así lo patentizan la historia y las religiones de todos los pueblos. En estos últimos tiempos, empero, las manifestaciones de los Espíritus han adquirido un gran desenvolvimiento y un carácter de mayor autenticidad, porque estaba en las miras de la Providencia poner término a la plaga de la incredulidad y del materialismo con pruebas evidentes, permitiendo a los que han dejado la tierra, venir a atestiguar su existencia y revelar su situación feliz o desgraciada.

2. Viviendo el mundo visible en medio del invisible, con el que esta en perpetuo contacto, resulta que incesantemente reacciona el uno con el otro. Esta reacción es origen de una multitud de fenómenos que se han considerado como sobrenaturales por ignorarse su causa. La acción del mundo invisible sobre el visible y viceversa, es una de las leyes, una de las fuerzas de la naturaleza, necesaria a la armonía universal como la ley de atracción; si cesara de funcionar se perturbaría la armonía, como si se separase una rueda de las de un mecanismo. Estando semejante acción fundada en una ley de la naturaleza, se deduce que todos los fenómenos por ella producidos, nada tienen de sobrenaturales. Sólo han parecido tales, porque no se conocía su causa, como así ha sucedido con ciertos efectos de la electricidad, de la luz, etc.

3. Todas las religiones tienen por base la existencia de Dios y por objeto el porvenir del hombre después de la muerte. Este porvenir, que es para el hombre de capital interés, esta necesariamente enlazado con la existencia del mundo invisible. Por esta razón, el conocimiento de semejante mundo ha sido en todo tiempo objeto de las investigaciones y preocupaciones de aquel. Su atención ha sido naturalmente atraída hacia los fenómenos que tienden a probar la existencia del mundo invisible, y no los había más concluyentes que los de la manifestación de los Espíritus, por cuyo medio sus mismos habitantes revelaban su existencia. He aquí por que, los tales fenómenos han constituido la base de la mayor parte de los dogmas de todas las religiones.

4. Teniendo naturalmente el hombre intuición de un poder superior, ha sido inducido, en todos los tiempos, a atribuir a su acción directa, los

fenómenos cuya causa le era desconocida, y que eran para él prodigios y efectos sobrenaturales. Esta tendencia es considerada por los incrédulos como consecuencia del apego del hombre a lo maravilloso, pero no inquieren la causa de tal apego, que reside sencillamente en la intuición mal definida de un orden de cosas extra corporal. Con el progreso de la ciencia y el conocimiento de las leyes de la naturaleza, esos fenómenos han pasado poco a poco del dominio de lo maravilloso, al de los efectos naturales, de tal modo, que lo que en otro tiempo parecía sobrenatural, no lo es en la actualidad, y lo que hoy lo es, no lo será mañana.

Los fenómenos que dependen de la manifestación de los Espíritus, han debido proporcionar, por su misma naturaleza, un abundante contingente a los hechos tenidos por maravillosos; pero había de llegar un tiempo en que, siendo conocida la ley que los rige, entrarían, como los otros, en el orden de los hechos naturales. Ha llegado el tiempo y, dando a conocer semejante ley, el Espiritismo ofrece la clave de la mayor parte de los pasajes incomprensibles de las sagradas Escrituras que a él hacen alusión y de los hechos considerados como milagrosos.

5. El carácter del hecho milagroso, es el de ser insólito y excepcional, es una derogación de las leyes de la naturaleza. Desde el momento en que un fenómeno se produce en condiciones idénticas, es porque está sometido a una ley y no es milagroso. Esta ley puede ser desconocida, pero no deja por ello de existir; el tiempo se encarga de darla a conocer. El movimiento del sol, o mejor de la tierra, detenido por Josué, sería un verdadero milagro, porque fuera una derogación manifiesta a la ley que rige el movimiento de los astros; pero si el hecho pudiera reproducirse en condiciones dadas, sería porque estaba sometido a una ley y dejaría, por consiguiente, de ser milagroso.

6. Sin razón, se sobrecoge la Iglesia al ver que se estrecha el circulo de los hechos milagrosos, puesto que Dios prueba mejor su grandeza y poderío por el admirable conjunto de sus leyes, que por algunas infracciones de las mismas, tanto mas cuanto que ella atribuye al demonio el poder de hacer prodigios, lo que implicaría que, pudiendo el demonio interrumpir el curso de las leyes divinas, seria tan poderoso como Dios.

Atreverse a decir que el Espíritu del mal, puede suspender la acción de las leyes de Dios, es una blasfemia y un sacrilegio. La religión, lejos de perder

su autoridad, porque hechos tenidos por milagrosos pasen al orden de los hechos naturales, no puede menos que ganar.

Ante todo, porque si un hecho es tenido sin razón por milagroso, es un error y la religión no puede dejar de perder, apoyándose en un error, sobre todo si se obstina en mirar como un milagro lo que no lo es. En segundo lugar, no admitiendo muchas personas la posibilidad de los milagros, niegan los hechos reputados milagrosos, y por consiguiente, la religión que en ellos se apoya. Si, por el contrario, la posibilidad de tales hechos es demostrada como consecuencia de las leyes naturales, no hay lugar a rechazarlos, como tampoco a la religión que los proclama.

7. Los hechos evidenciados por la ciencia de un modo perentorio, no pueden ser impugnados por ninguna creencia religiosa contraria. La religión no puede menos de ganar en autoridad, siguiendo el progreso de los conocimientos científicos, y de perder, quedándose rezagada o protestando contra esos mismos conocimientos en nombre de los dogmas; porque ninguno de estos podrá prevalecer contra las leyes de la naturaleza ni anularlas. Un dogma, fundado en la negación de una ley de la naturaleza, no puede ser expresión de la verdad.

El Espiritismo, fundado en el conocimiento de las leyes no comprendidas hasta ahora, no viene a destruir los hechos religiosos, sino a sancionarlos, dando de ellos una explicación racional. Solo viene a destruir las falsas consecuencias que han sido deducidas a causa de la ignorancia de aquellas leyes o de su errónea interpretación.

8. Induciendo al hombre la ignorancia de las leyes de la naturaleza a buscar causas fantásticas a los fenómenos que no comprende, es el origen de las ideas supersticiosas, de las que son algunas debidas a los fenómenos espiritistas mal comprendidos. El conocimiento de las leyes que los rigen, destruye las ideas supersticiosas, reduciendo las cosas a su realidad y demostrando el límite de lo posible.

1. El Periespíritu - Principio de las Manifestaciones

9. Los Espíritus, según hemos dicho, tienen un cuerpo fluídico al que se da el nombre de periespíritu. Su sustancia es tomada en el fluido universal o cósmico, que lo forma y alimenta, como el aire forma y alimenta el cuerpo material del hombre. El periespíritu es más o menos etéreo según los mundos y el grado de depuración del Espíritu. En los mundos y en los Espíritus inferiores, su naturaleza es más grosera y se acerca mucho a la materia bruta.

10. En la encarnación, el Espíritu conserva su periespíritu, que es el órgano de transmisión de todas las sensaciones. Para las que vienen del exterior, puede decirse que el cuerpo recibe la impresión, el periespíritu la transmite, y el Espíritu, el ser sensible e inteligente, la siente. Cuando el acto parte de la iniciativa del Espíritu, puede decirse que este quiere, el periespíritu transmite y el cuerpo ejecuta.

11. El periespíritu no esta encerrado en los limites del cuerpo como en una caja. Por su naturaleza fluídica es expansible; irradia al exterior y forma alrededor del cuerpo una especie de atmósfera, que el pensamiento y la fuerza de voluntad pueden extender más o menos. De aquí se sigue, que personas que no están en contacto corporal, pueden estarlo por medio del periespíritu y transmitirse, aun a pesar suyo, las impresiones y a veces hasta la intuición de sus pensamientos.

12. Siendo el periespíritu uno de los elementos constitutivos del hombre, desempeña un papel importante en todos los fenómenos psicológicos, y hasta cierto punto en los fisiológicos y patológicos. Cuando las ciencias médicas tomen en consideración la influencia del elemento espiritual en la economía, habrán dado un gran paso y nuevos horizontes se abrirán ante ellas; muchas causas de las enfermedades serán explicadas entonces y se encontrarán poderosos medios de combatirlas.

13. Por medio del periespíritu obran los Espíritus sobre la materia inerte y producen los diferentes fenómenos de las manifestaciones. Su naturaleza etérea, no podría ser obstáculo para ello, puesto que se sabe que los más poderosos motores se hallan en los fluidos más rarificados y en los imponderables. No hay, pues, que maravillarse de ver que con ayuda de semejante palanca, los Espíritus producen ciertos efectos físicos, tales como golpes y ruidos de toda clase; elevación, transporte, lanzamiento de objetos en

el espacio, etc. Para explicarse esto, ninguna necesidad hay de acudir a lo maravilloso a los efectos sobrenaturales.

14. Obrando los Espíritus sobre la materia, pueden manifestarse de muchas maneras diferentes: por medio de efectos físicos, tales como los ruidos y movimientos de objetos; por la transmisión del pensamiento, por la vista, el oído, la palabra, el tacto, la escritura, el dibujo, la música, etc., en una palabra, por todos los medios que pueden servir para ponerles en relación con los hombres.

15. Las manifestaciones de los Espíritus pueden ser espontáneas o provocadas. Las primeras tienen lugar inopinadamente y de improviso; con frecuencia se producen en las personas mas extrañas a las ideas espiritistas. En ciertos casos y bajo la acción de ciertas circunstancias, las manifestaciones pueden ser provocadas por la voluntad, bajo la influencia de las personas dotadas al efecto de facultades especiales. Las manifestaciones espontáneas han tenido lugar en todas las épocas y países. Sin duda alguna el medio de provocarlas era también conocido en la antigüedad, pero constituía el privilegio de ciertas castas que no lo revelaban más que a escasos iniciados bajo rigurosas condiciones, ocultándolo al vulgo a fin de dominarlo con el prestigio de una fuerza oculta. Se ha perpetuado, empero, a través de las edades, hasta nosotros, en algunos individuos; pero desfigurado casi siempre por la superstición o confundido con las prácticas ridículas de la magia, lo que había contribuido a desacreditarlo. Hasta entonces, no habían pasado de ser gérmenes plantados aquí o allá. La Providencia había reservado a nuestra época el conocimiento completo y la vulgarización de esos fenómenos, para purificarlos de la mala liga y hacerlos servir en pro del mejoramiento de la humanidad, en disposición hoy de comprenderlos y deducir sus consecuencias.

2. Manifestaciones visuales

16. Por su naturaleza y estado normal el periespíritu es invisible, lo que tiene de común con una porción de fluidos que sabemos que existen y que nunca, sin embargo, hemos visto. Pero, lo mismo que ciertos fluidos, puede también sufrir modificaciones que le hacen perceptible a la vista, sea por una especie de condensación, sea por un cambio en su disposición molecular. Hasta puede adquirir las propiedades de un cuerpo sólido y tangible, pero puede súbitamente volver a su estado etéreo o invisible. Se puede formar idea de este

efecto, por el del vapor, que es susceptible de pasar de la invisibilidad al estado brumoso, después liquido, luego sólido y viceversa. Estos diferentes estados del periespíritu son resultado de la voluntad del Espíritu, no de una causa física exterior, como en el gas. Cuando un Espíritu aparece, es porque pone su periespíritu en el estado referido para hacerlo visible. Mas no basta siempre su voluntad; se necesita, para que pueda operarse esta modificación del periespíritu, un concurso de circunstancias independientes de él. Se necesita, además, que el Espíritu tenga permiso para hacerse ver por una determinada persona, lo que no siempre le es concedido, o no lo es más que en ciertas circunstancias por motivos que no podemos apreciar. (Véase El Libro de los Médiums, cap. VI).

Otra propiedad del periespíritu que depende de su naturaleza etérea, es la penetrabilidad. Ninguna materia le es obstáculo, las atraviesa todas, como atraviesa la luz los cuerpos transparentes. De aquí que no haya clausura que pueda oponerse a la entrada de los Espíritus, quienes van a visitar al prisionero en su calabozo con la misma facilidad que al hombre que esta en medio del campo.

17. Las manifestaciones visuales más comunes tienen lugar durante el sueno; estas son las visiones. Las apariciones propiamente dichas tienen lugar en estado de vigilia, cuando se disfruta de la plenitud y completa libertad de las facultades. Se presentan generalmente bajo una forma vaporosa, diáfana, a veces vaga e indecisa; al principio, se ofrecen con frecuencia como un reflejo blanquecino cuyos contornos se dibujan poco a poco; otras veces, las formas están claramente acentuadas y se distinguen los más tenues rasgos de la cara, hasta el extremo de poder dar una muy precisa descripción. Los movimientos y el aspecto son semejantes a los del Espíritu durante su vida.

18. Pudiendo tomar todas las apariencias, el Espíritu se presenta bajo aquella que mejor pueda darle a conocer, si tal es su deseo. Así es que, aunque como Espíritu no tenga ningún defecto corporal, se presenta defectuoso, cojo, herido, con cicatrices, si esto es menester para patentizar su identidad. Otro tanto sucede con el vestido. El de los Espíritus, que nada han conservado de los apetitos terrenales, se compone ordinariamente de un ropaje de largos pliegues flotantes y su cabellera es ondulante y graciosa. Los Espíritus se presentan a menudo con los atributos característicos de su elevación, como una aureola, alas los que pueden considerarse como ángeles, un aspecto

luminoso y resplandeciente, mientras otros tienen los que recuerdan sus ocupaciones terrestres. Así, un guerrero podrá aparecer con su armadura, un sabio con un libro, un asesino con un puñal, etc. Los Espíritus superiores tienen una fisonomía hermosa, noble y tranquila; los más inferiores tienen algo de feroz y bestial, y en ciertas ocasiones conservan las huellas de los crímenes que han cometido o de los suplicios que han sufrido. Esta apariencia es real para ellos, es decir, que se creen ser lo que parecen, lo cual es un castigo.

19. El Espíritu que quiere o puede aparecerse, toma a veces una forma mas precisa aún, teniendo todas las apariencias de un cuerpo sólido, hasta el punto de producir una ilusión completa y de hacer creer que se tiene delante un ser corporal. En ciertos casos y bajo el influjo de ciertas circunstancias, la tangibilidad puede hacerse real, es decir, que se puede tocar, palpar, sentir la misma resistencia, el mismo calor de un cuerpo vivo, lo que no es óbice a que desaparezca con la rapidez del rayo. Se podría pues, estar en presencia de un Espíritu con el que se cambiase palabras y actos de la vida, creyendo tratar con un mortal, sin sospechar que es un Espíritu.

20. Cualquiera que sea el aspecto bajo el que se presente un espíritu, aun bajo la forma tangible, puede en el mismo instante, no ser visible más que para unos cuantos. En una reunión, podría, pues, presentarse solo a uno o varios miembros; y de dos personas que estuviesen juntas, puede una verle y tocarle y la otra no 'ver ni sentir nada'. El fenómeno de la aparición a una sola persona entre muchas que se hallan reunidas, se explica por la necesidad de una combinación entre el fluido periespiritual del Espíritu y el de la persona, para que se produzca. Para esto es preciso que haya entre esos fluidos una especie de afinidad que favorezca la combinación. Si el Espíritu no encuentra la aptitud orgánica necesaria, dicho fenómeno no puede producirse; pero si existe, el Espíritu es libre de aprovecharla o no, de donde resulta que, si dos personas igualmente favorecidas bajo este aspecto se encentran juntas, el Espíritu puede realizar la combinación fluídica con aquella a quien quiere presentarse; no haciéndolo con la otra, esta no lo verá. Lo mismo pasaría con dos individuos que tuviesen un velo ante los ojos. Si un tercer individuo quiere hacerse ver solo a uno de los dos, solo a él levantaría el velo; pero si el tal individuo fuera ciego, ya podría levantársele el velo, que no le sería por ello dada la facultad de ver.

21. Las apariciones tangibles son muy raras, pero las vaporosas son frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte. Parece que el Espíritu libre se apresura a volver a ver a sus parientes y amigos como para advertirles que acaba de dejar la tierra, y decirles que vive a pesar de ello. Evoque cada cual sus recuerdos, y se verá cuantos hechos auténticos de este género, de los cuales no se daba cuenta, han tenido lugar no solo de noche, durante el sueno, sino en pleno día y en estado de la mis completa vigilia.

3. Transfiguración - Invisibilidad

22. El periespíritu de las personas vivas aún goza de las mismas propiedades que el de los Espíritus. Según se deja dicho, no está confinado en el cuerpo, sino que irradia y forma alrededor de él una especie de atmósfera fluídica. Puede suceder, pues, que en un determinado caso y bajo el influjo de las mismas circunstancias, sufra una transformación análoga a la que hemos descrito. La forma real y material del cuerpo puede desaparecer bajo esa envoltura fluídica, si así podemos expresarnos, y tomar momentáneamente una apariencia del todo diferente; la de otra persona o la del Espíritu que combina su fluido con el del individuo, o bien dar a un rostro feo un aspecto bello y radiante. Tal es el fenómeno designado bajo el nombre de transfiguración, fenómeno bastante frecuente, y que se produce principalmente cuando las circunstancias provocan una expansión, mas abundante de fluido. El fenómeno de la transfiguración puede manifestarse con una intensidad muy diferente, según el grado de depuración del periespíritu, grado que corresponde siempre al de elevación moral del Espíritu. A veces, se reduce a un simple cambio en el aspecto de la fisonomía, y puede en otras, dar al periespíritu un aspecto luminoso y resplandeciente. La forma material puede, pues, desaparecer bajo el fluido periespiritual, pero no es de necesidad para este fluido el tomar otro aspecto. A veces puede limitarse a velar un cuerpo inerte o vivo, y hacerlo invisible para una o varias personas, como lo haría una capa de vapor. Las cosas actuales solo las tomamos como puntos de comparación y no con la mira de establecer una analogía absoluta que no existe.

23. Estos fenómenos, no parecen extraños más que todo, porque no se conocen las propiedades del fluido periespiritual. Es este un cuerpo nuevo que debe tener propiedades nuevas y que no pueden estudiarse por los

procedimientos ordinarios de la ciencia; pero que no dejan de ser propiedades naturales, que solo la novedad tiene de maravilloso.

4. Emancipación del Alma

24. Durante el sueno sólo el cuerpo reposa, pero el Espíritu no duerme, sino que aprovecha el descanso de aquél y los momentos en que no es necesaria su presencia, para obrar separadamente e ir a donde quiere, gozando entonces de su libertad y de la plenitud de sus facultades. Durante la vida, el Espíritu no esta nunca completamente separado del cuerpo; a cualquiera distancia que se transporte, esta unido a aquél por un lazo fluídico que sirve para atraerle cuando es necesaria su presencia. Este lazo solo se rompe con la muerte. “El sueno libera parcialmente al alma del cuerpo. Cuando uno duerme, se encuentra por un momento en el mismo estado en que fijamente se halla después de la muerte. Los Espíritus que con prontitud se separan de la materia en el acto de la muerte, han tenido sueños inteligentes. Cuando duermen, se unen de nuevo a la sociedad de otros seres superiores a ellos; viajan, hablan y se instruyen con ellos, y hasta trabajan en obras que encuentran completamente hechas al morir. Esto debe enseñarnos una vez más a no temer la muerte, puesto que, según las palabras del santo, morís todos los días.” “Esto respecto de los Espíritus elevados. Pero en cuanto a la mayoría de los hombres, que, al morir, han de permanecer durante mucho tiempo en esta turbación, en esta incertidumbre de que os han hablado, van a mundos inferiores a la tierra, a donde los llaman antiguos afectos, o buscan quizá placeres mas bajos que los que tienen, y doctrinas mas viles aún, mas innobles, más nocivas que las que entre vosotros profesan. Y lo que engendra las simpatías en la tierra no es otra cosa que el hecho de sentirse uno, al despertar, aproximado por el corazón a aquellos con quienes se acaban de pasar ocho o nueve horas de dicha o de placer. Explica también esas antipatías invencibles el conocer en el fondo del corazón que tales gentes, tienen distinta conciencia de la nuestra, porque las reconocemos sin haberlas visto nunca con los ojos. Explica asimismo la indiferencia con que nos inclinamos a buscar nuevos amigos, sabiendo que tenemos otros que nos aman y quieren. En una palabra, el sueno influye en vuestra vida mas de lo que pensáis.” "Por medio del sueno, los Espíritus encarnados están siempre en relación con el mundo de

los espíritus, y por esto los superiores consienten, sin mucha repugnancia, encarnarse entre vosotros. Dios ha querido que, durante su contacto con el vicio, puedan ir en busca de fuerzas al origen del bien, para que ellos, que vienen a instruir a los otros, no falten también. El sueno es la puerta que Dios les ha abierto para con sus amigos del cielo; es el recreo después del trabajo ínterin llega la libertad final que ha de restituirlos a su verdadero centro. "El sueno es el recuerdo de lo que ha visto vuestro Espíritu mientras dormíais: pero observad que no siempre soñáis, porque no recordáis siempre lo que habéis visto o 'todo' lo que habéis visto. No está vuestra alma en todo su desarrollo, y a menudo el sueno no es mas que el recuerdo de la turbación que se une a vuestra partida o a vuestro regreso, al cual se junta el de lo que habéis hecho o que os preocupa en estado de vigilia. Y de no ser así, ¿cómo explicaréis esos sueños absurdos que tienen así el más sabio como el más ignorante? Los Espíritus malos se aprovechan también de los sueños para atormentar a las almas débiles y pusilánimes." "La incoherencia de los sueños se explica también por los vacíos que produce el recuerdo incompleto de lo que ha aparecido soñado, como sucederla con una relación en la que se truncaran las frases. Los fragmentos que permanecieran reunidos dejarían de tener una significación razonable." "Por lo demás, dentro de poco veréis desarrollarse otra especie de sueños, que aunque tan antigua como la que conocéis, la ignoráis ahora. Son el sueño de Juana de Arco, de Jacob, de los profetas judaicos y de algunos adivinos indios, sueños que son el recuerdo que el alma, completamente separada del cuerpo, conserva de la segunda vida de que os hablaba hace un momento". (El Libro de los Espíritus, N 492).

25. La independencia y la emancipación del alma, se manifiestan sobre todo, de una manera evidente, en el fenómeno del sonambulismo natural y magnético, en la catalepsia y la letargia. La lucidez sonambúlica no es más, que la facultad que posee el alma de ver y sentir sin auxilio de los órganos materiales. Esta facultad es uno de los atributos, que residen en todo su ser, y los órganos del cuerpo son los estrechos canales por donde llegan ciertas percepciones. La vista a distancia que poseen ciertos sonámbulos, proviene de la traslación del alma que ve lo que ocurre en los lugares a donde se ha transportado. En sus peregrinaciones está siempre revestida de su periespíritu, agente de sus sensaciones, pero que nunca esta enteramente separado del

cuerpo, según hemos dicho. La separación del alma produce la inercia del cuerpo, que parece a veces privado de vida.

26. Esa separación puede igualmente producirse en diversos grados en el estado de vigilia; pero entonces no goza nunca completamente de su actividad normal: existe siempre una absorción, un desprendimiento mas o menos completo de las cosas terrestres; el cuerpo no duerme, camina, funciona; pero los ojos miran sin ver, y se comprende que el alma, esta en otra parte. Como en el sonambulismo, ve las cosas ausentes, tiene percepciones y sensaciones que nos son desconocidas, y a veces tiene la presciencia de ciertos acontecimientos futuros por la trabazón que en ellos distingue con las cosas presentes. Penetrando en el mundo invisible, ven los Espíritus con los que puede hablar y cuyo pensamiento pueden transmitimos. El olvido de lo pasado, sigue con bastante frecuencia, a la vuelta al estado normal, pero a veces se conserva un recuerdo más o menos vago, como el de un sueño.

27. La emancipación del alma amortigua a veces las sensaciones físicas hasta el extremo de producir una verdadera insensibilidad, que en los momentos de exaltación, puede hacer que se soporten, con indiferencia, los más vivos dolores. Semejante insensibilidad proviene del desprendimiento del periespíritu, agente de transmisión de las sensaciones corporales; el Espíritu ausente no siente las heridas del cuerpo.

28. La facultad de emancipación del alma en su manifestación más sencilla, produce lo que se llama soñar despierto; da también a ciertas personas la presciencia que constituye los presentimientos, y en un mayor grado de desarrollo produce el fenómeno designado bajo el nombre de segunda vista, doble vista o sonambulismo despierto.

29. El éxtasis, es el grado máximo de la emancipación del alma. "En el sueno y en el sonambulismo, el alma vaga por los mundos terrestres; en el éxtasis, penetra en un mundo desconocido, en el de los Espíritus etéreos con los cuales se comunica, sin poder, empero, salvar ciertos límites, que no podría franquear sin romper completamente los lazos del cuerpo. Un brillo resplandeciente, nuevo del todo, la rodea, armonías desconocidas en la tierra la arrebatan, y la penetra un bienestar indefinible: goza anticipadamente de la beatitud celeste, y puede decirse que pone un pie en el umbral de la eternidad. "En el estado de éxtasis, es casi completo el anonadamiento del cuerpo; no goza, por decirlo así, más que de la vida orgánica, y se conoce que el alma, no

esta unida a él, más que por un hilo, que bastaría para romperlo definitivamente, un esfuerzo más". (El Libro de los Espíritus, Nº 455).

30. El éxtasis, lo mismo que los otros grados de emancipación del alma, esta lejos de ser siempre la expresión de la verdad absoluta. La razón esta en la imperfección del Espíritu humano, que solo cuando ha llegado a la cima de la escalera, puede juzgar sanamente de las cosas, pues hasta entonces, no le es dado verlo y comprenderlo todo. Si, después de la muerte, cuando es completa la separación, no siempre ve con claridad; si, los hay que continúan con las preocupaciones de la vida, que no comprenden las cosas del mundo invisible en que están, con mayor razón debe suceder lo mismo al Espíritu que aún esta ligado a la carne. A veces en algunos extáticos, es más la exaltación que la verdadera lucidez, o por mejor decir, su exaltación perjudica a la lucidez, y por esto sus revelaciones son a menudo una mezcla de verdades y errores, de cosas sublimes y con otras ridículas. Los Espíritus inferiores se aprovechan también de esa exaltación, que cuando no se sabe dominar, es siempre una causa de debilidad, para apoderarse del extático, y con esta mira, revisten para con él, apariencias que lo mantienen en sus visiones y sus ideas o preocupaciones, de modo que sus revelaciones no son a menudo, más que un reflejo de sus creencias. Es este un escollo del que solo escapan los Espíritus de un orden elevado y contra el cual debe estar prevenido el observador.

31. Hay personas cuyo periespíritu, esta tan identificado con el cuerpo, que la separación del alma se opera con una gran dificultad, aun en el instante de la muerte. Estas son, en general, las que mas materialmente han vivido, aquellas también cuya muerte es más penosa, más angustiosa y cuya agonía es más larga y dolorosa. Pero otras hay, al contrario, cuya alma esta unida al cuerpo por lazos tan débiles, que la separación se verifica sin sacudimiento, con la mayor facilidad, a menudo antes de la muerte del cuerpo. Al aproximarse el término de la vida, el alma entrevé ya el mundo en que va a entrar y anhela el instante de su libertad completa.

5. Aparición de Personas Vivas

32. La facultad emancipadora del alma y su desprendimiento del cuerpo, durante la vida, pueden dar lugar a fenómenos análogos a los que presentan los Espíritus desencarnados. Como durante el sueño del cuerpo, el Espíritu se traslada a diversos lugares, puede hacerse visible y aparecerse bajo una forma

vaporosa, ya en estado de vigilia, ya en sueños; igualmente puede presentarse bajo la forma tangible, o cuando menos, en una apariencia tan idéntica a la realidad, que muchas personas pueden decir verdad si afirman haberlo visto en un mismo momento en dos puntos diferentes. En efecto, en los dos habrá estado; solamente que en uno se encontraba el cuerpo verdadero, al paso que en el otro solo estaba el espíritu. Este fenómeno, muy raro en verdad, ha dado lugar a la creencia de considerar dobles a los hombres, fenómeno que se conoce bajo el nombre de bicorporeidad. Por más extraordinario que sea este fenómeno, no lo es ni más ni menos que los otros en el orden de los fenómenos naturales; porque proviene de las propiedades del periespíritu y de una ley de la naturaleza.

6. De los Médiums

33. Los médiums, son las personas aptas para sentir la influencia de los Espíritus y transmitir su pensamiento. Toda persona que sienta un grado de influencia de los Espíritus, es médium. Esta facultad es inherente al hombre, y por lo tanto, no es un privilegio exclusivo, así es que hay pocos en los cuales no se encuentre algún rudimento de ella. Se puede, por lo tanto, decir, que con poco esfuerzo, todo el mundo es médium; no obstante, en el uso, este calificativo no se aplica sino a aquellos en quienes se manifiesta esta facultad mediumnímica, por efectos ostensibles de cierta intensidad.

34. El fluido periespiritual es el agente de todos los fenómenos espiritistas; estos fenómenos no pueden operarse sino por la acción reciproca de los fluidos emitidos por el médium y por el Espíritu. El desarrollo de la facultad mediumnímica depende de la complexión mas o menos expansible del periespíritu del médium, y su asimilación mas o menos fácil con el de los Espíritus: dependiendo, pues, de la organización, puede desarrollarse cuando el principio existe; pero no puede adquirirse si no existe.

La predisposición mediumnímica es independiente del sexo, de la edad y del temperamento: se encuentran médiums en todas las categorías de los individuos, desde la más tierna edad, hasta la más avanzada.

35. Las relaciones entre los Espíritus y los médiums se establecen por medio del periespíritu; la facilidad que existe en estas relaciones depende del grado de afinidad que haya entre los dos fluidos: los hay que se asimilan fácilmente y otros que se repelen; de lo que deducimos que no basta ser

médium para comunicarse indistintamente con todos los Espíritus; hay médiums que no pueden comunicarse con determinados Espíritus, y otros que solo lo consiguen por una transmisión de pensamiento, sin ninguna manifestasen exterior.

36. Por la asimilación de los fluidos el periespíritu se identifica, por decirlo así, con la persona que quiere influir; no solamente le transmite su pensamiento, sino que puede ejercer sobre ella una acción física y hacerle obrar o hablar a su voluntad, hacerle decir lo que quiere; en una palabra, servirse de sus órganos como si fueran los suyos, y puede, en fin, neutralizar la acción de su propio Espíritu y paralizar su libre albedrío. Los buenos Espíritus se sirven de esta influencia para el bien, los malos para el mal.

37. Los Espíritus pueden presentarse de una infinidad de modos diferentes; mas, para poderlo verificar, es necesaria la condición de encontrar una persona apta para recibir y transmitir tal o cual género de impresión, según su aptitud; mas como no existe ninguna que posea las aptitudes en un mismo grado, se sigue que unos obtienen efectos que para otros son imposibles. De esta diversidad de aptitudes resulta la diferente variedad de médiums.

38. La voluntad del médium no siempre es necesaria; el Espíritu que quiere manifestarse, busca la persona apta para recibir su impresión, y con mucha frecuencia se sirve de ella a su pesar; otras personas, al contrario, como tienen conciencia de su facultad, pueden provocar ciertas manifestaciones. En consecuencia de esto tendremos dos categorías de médiums: los médiums inconscientes y los médiums facultativos. En el primer caso, la iniciativa parte del Espíritu; en el segundo, del médium.

39. Los médiums facultativos solo se encuentran entre las personas que poseen un conocimiento más o menos completo de los medios de comunicarse con los Espíritus, y pueden, por lo mismo, querer servirse de su facultad; los médiums inconscientes, al contrario, se encuentran entre las personas que no tienen ninguna idea del Espiritismo ni de los Espíritus, aún entre los incrédulos, las cuales sirven de instrumente sin saberlo ni quererlo. Todas las clases de fenómenos espiritistas pueden producirse por la influencia de aquellos, y se han producido en todas las épocas y en todos los pueblos. La ignorancia y la credulidad, han hecho que se atribuyeran a poderes sobrenaturales, y según los lugares y los tiempos, a los médiums se les ha

hecho santos, se les ha creído hechiceros, locos o visionarios: el Espiritismo nos enseña en ellos la simple manifestación espontánea de una facultad natural.

40. Entre las diferentes categorías de médiums, se distinguen principalmente: los médiums de efectos físicos, los médiums sensibles o impresionables, los médiums auditivos, parlantes, videntes, inspirados, sonámbulos, curativos, escribientes o psicógrafos, etc., solo describimos aquí los mas esenciales (1) .

41. *Médiums de efectos físicos*. - Estos son más especialmente aptos para la producción de fenómenos materiales, tales como los movimientos de cuerpos inertes, los ruidos, para mover, levantar y trasladar los objetos, etc. Estos fenómenos pueden ser espontáneos o provocados; en ambos casos, requieren el concurso voluntario o involuntario de los médiums dotados de facultades especiales, cuyos fenómenos son generalmente la producción de Espíritus de un orden inferior. Los Espíritus elevados no se ocupan más que de comunicaciones inteligentes e instructivas.

42. *Médiums sensibles o impresionables*.- Se designa así a las personas susceptibles de sentir la presencia de los Espíritus, por una vaga impresión, por una especie de roce en todos sus miembros, sin que puedan explicárselo. Esta facultad puede adquirir una sutileza tal, que el que de ella está dotado, reconoce por la impresión que experimenta, no solamente la naturaleza buena o mala del Espíritu, sino también su individualidad, como el ciego reconoce, instintivamente, la aproximación de tal o cual persona. Un buen Espíritu produce siempre una impresión dulce y agradable; la de uno malo siempre es penosa y desagradable: parece como si se sintiera un ambiente impuro. (1) Para más detalles, vea ‘El Libro de los Mediums’.

48. *Médiums auditivos*. Estos oyen la voz de los Espíritus; algunas veces es una voz íntima que se siente interiormente; otras veces es una voz exterior, clara y distinta como la de una persona viva. Les médiums auditivos pueden de este modo entrar en conversación con los Espíritus. Cuando tienen la costumbre de comunicarse con ciertos Espíritus, los reconocen de inmediato por el sonido de la voz. Los que no sean médiums auditivos pueden comunicarse con un Espíritu sirviendo de intermedio un médium auditivo que le transmita sus palabras.

44. *Médiums parlantes*. Los médiums auditivos que no hacen sino transmitir lo que oyen, no son propiamente hablando médiums parlantes; estos últimos no oyen con frecuencia nada; en ellos el Espíritu obra sobre los órganos de la palabra, como obra sobre la mano del médium escribiente. Cuando el Espíritu quiere comunicarse, se sirve del órgano que encuentra mas flexible; al uno le toma prestada la mano, a otro la palabra, y el oído a un tercero. El médium parlante se expresa generalmente sin tener conciencia de lo que dice, y a menudo dice cosas completamente fuera de sus ideas habituales, de sus conocimientos, y aún fuera del alcance de su inteligencia. Se ve, algunas veces, a personas poco ilustradas y de una inteligencia vulgar, expresarse, en tales momentos, con verdadera elocuencia, y tratar con incontestable superioridad cuestiones sobre las cuales serian incapaces de emitir su opinión en estado ordinario. Aunque el médium parlante está completamente despierto, conserva raramente el recuerdo de lo que ha dicho. El estado pasivo, sin embargo, no siempre es completo; pues los hay que reciben la intuición de lo que dicen en el momento en que pronuncian las palabras. La palabra en el médium parlante, es el instrumente de que se vale el Espíritu, por medio del cual cualquiera persona extraña puede ponerse en comunicación, como puede hacerlo por medio de un médium auditivo; existe la diferencia de que el primero habla involuntariamente, al paso que el segundo habla voluntariamente para repetir lo que oye.

45. *Médiums videntes*. Se da este nombre a las personas que en estado normal y perfectamente despiertas, gozan de la facultad de ver a los Espíritus. La posibilidad de verlos en sueño, resulta, sin duda alguna, de una clase de mediumnidad; pero no constituye, propiamente hablando, la de médium vidente. Hemos explicado la teoría de este fenómeno en el capitulo de las Visiones y apariciones en El Libro de los Médiums.

Las apariciones accidentales de personas que se han amado, o conocido, son muy frecuentes; y aunque los que las han tenido pueden ser considerados como médiums videntes, generalmente se aplica este nombre a los que gozan, hasta cierto punto de la permanencia de la facultad de ver a casi todos los Espíritus. En este numero los hay que solo ven a los Espíritus que se evocan, de los cuales pueden hacer la descripción con minuciosa exactitud, describiendo con los menores detalles sus gestos, la expresión de su fisonomía, los rasgos de su rostro, su traje y hasta los sentimientos de que

parecen hallarse poseídos. Hay otros que poseen esta facultad más generalizada; ven toda la población espiritista aérea; los ven ir, venir y ocuparse, por decirlo así, de sus negocios. Estos médiums no están nunca solos; tienen a su alrededor una sociedad de la cual pueden escoger a su antojo, pues pueden, por su voluntad, separar a los Espíritus que no les convengan o atraer a aquellos que les son simpáticos.

46. *Médiums sonámbulos*. El sonambulismo puede ser considerado como una variedad de la facultad mediúmnica, o por mejor decir, son dos clases de fenómenos que se encuentran muy a menudo reunidos. El sonámbulo obra bajo la influencia de su propio Espíritu, es su alma quien en los momentos de emancipación, ve, oye, percibe fuera del limite de los sentidos; lo que él expresa lo saca de si mismo; sus ideas son generalmente mas exactas que en estado normal, sus conocimientos más extensos, porque su alma esta libre; en una palabra, vive anticipadamente de la vida de los Espíritus. El médium, al contrario, es instrumento de una inteligencia extraña, es pasivo, y lo que dice no viene de él. En resumen, el sonámbulo expresa su propio pensamiento y el médium expresa el de otro. Pero el Espíritu que se comunica a un médium común, puede también hacerlo con un sonámbulo; con mucha frecuencia el estado de emancipación del alma, durante el sonambulismo, facilita la comunicación. Muchos sonámbulos ven perfectamente a los Espíritus y los describen con tanta precisión como los médiums videntes; pueden hablar con ellos y transmitirnos su pensamiento; lo que dicen fuera del círculo de sus conocimientos personales, les es a menudo inspirado por otros Espíritus.

47. *Médiums inspirados*. Estos médiums, son aquellos en que los signos de la mediumnidad son los menos aparentes; en ellos, la acción de los Espíritus es toda intelectual, toda moral, y se revela en las pequeñas circunstancias de la vida, como en las grandes concepciones: y bajo este concepto podemos decir que todo el mundo es médium, pues no hay persona que no tenga sus Espíritus protectores y familiares, que hacen los mayores esfuerzos por sugerirle pensamientos saludables. En el inspirado, es difícil a menudo el distinguir la idea propia de la inspirada; lo que caracteriza esta última, es, sobre todo, la espontaneidad. La inspiración es más vidente en los grandes trabajos de la inteligencia. Los hombres de genio de todas clases, artistas, sabios, literatos, oradores, son sin duda Espíritus adelantados, capaces por si mismos de comprender y de concebir grandes cosas; pues

precisamente porque son juzgados capaces, los Espíritus que quieren la realización de ciertos trabajos les sugieren las ideas necesarias, y por esto son, con frecuencia, médiums sin saberlo. Sin embargo, tienen una vaga intuición de una asistencia extraña, pues el que pide inspiración no hace sino evocar; si no esperase ser oído, por que exclama a menudo: ¡Ven en mi ayuda, buen genio mío!

48. *Médiums de presentimientos*. Son las personas que, en ciertas circunstancias, tienen una vaga intuición de las cosas futuras vulgares. Esta intuición puede provenir de una especie de doble vista, que permite entrever las consecuencias de cosas presentes, y la filiación de los acontecimientos; pero a menudo es fruto de comunicaciones ocultas, las cuales forman una variedad de médiums inspirados.

49. *Médiums proféticos*. Son igualmente una variedad de los médiums inspirados, los cuales reciben, con el permiso de Dios, y con más precisión que los médiums de presentimientos, la revelación de las cosas futuras de un interés general, que están encargados de hacer conocer a los hombres para su instrucción. El presentimiento es dado a la mayor parte de los hombres, en cierta medida, para su uso personal; el don de profecía, al contrario, es excepcional, e implica la idea de una misión en la tierra. Si hay verdaderos profetas, los hay falsos en mayor número, que toman los sueños de su imaginación por revelaciones, si es que no son engañadores que se hacen pasar por profetas por ambición. El verdadero profeta es un hombre de bien inspirado por Dios; se le pude reconocer por sus palabras y sus acciones: Dios no puede servirse de la boca de un mentiroso para enseñar la verdad. (El Libro de los Espíritus, Nº 624).

50. *Médiums escribientes o psicógrafos*. Se designa con este nombre a las personas que escriben bajo la influencia de los Espíritus. Del mismo modo que un Espíritu puede obrar sobre los órganos de la palabra de un médium parlante para hacerle pronunciar palabras, puede servirse de su mano para hacerle escribir. La mediumnidad psicógrafa presenta tres variedades muy distintas: los médiums mecánicos, intuitivos y semi-mecánicos. En el *médium mecánico*, el Espíritu obra directamente sobre la mano, a la cual da el impulso. Lo que caracteriza esta clase de mediumnidad, es la inconsciencia absoluta de lo que se escribe; el movimiento de la mano es independiente de la voluntad, marcha sin interrupción, aunque se oponga el médium, mientras el Espíritu

tiene algo que decir, y se para cuando ha concluido. En el *médium intuitivo*, la transmisión del pensamiento se hace sirviendo el Espíritu del médium de intermediario. El Espíritu extraño, en este caso, no obra sobre la mano para dirigirla: obra sobre el alma con la cual se identifica y a la cual imprime su voluntad y sus ideas; ella recibe la idea del Espíritu extraño y la transmite. En esta situación, el médium escribe voluntariamente y tiene conciencia de lo que escribe, aunque no sea su propio pensamiento. Es con mucha frecuencia bastante difícil distinguir el pensamiento propio del médium y el que le es sugerido, lo que conduce a que muchos médiums de esta clase lleguen a dudar de su facultad. Se puede reconocer la idea sugerida en que jamás se concibió antes; nace a medida que se escribe, y a menudo es contraria a la idea anterior que se había formado, y puede al mismo tiempo estar fuera de los conocimientos del médium. Existe gran analogía entre la mediumnidad intuitiva y la inspiración; la diferencia consiste en que la primera es la que más a menudo se concreta a cuestiones de actualidad, y puede aplicarse a cosa que no están al alcance de la capacidad intelectual del médium; podría tratar por intuición una materia que desconozca por completo. La inspiración se extiende sobre un campo más vasto, y generalmente acude en ayuda de las capacidades y de las preocupaciones del Espíritu encarnado. Las huellas de la mediumnidad, son mucho menos evidentes.

El *médium semi-mecánico o semi-intuitivo* participa de la otras dos. En el médium puramente mecánico, el movimiento de la mano es independiente de la voluntad; en el médium intuitivo el movimiento es voluntario y facultativo. El médium semi-mecánico siente un impulso dado a su mano a pesar suyo; pero al mismo tiempo, tiene conciencia de lo que escribe a medida que se forman las palabras. En el primero, el pensamiento sigue el acto de la escritura; en el tercero, le acompaña.

51. No siendo el médium sino un instrumento que recibe y transmite el pensamiento de un Espíritu extraño, el cual sigue el impulso mecánico que les es dado, no hay nada que no pueda hacer fuera de sus conocimientos si está dotado de la flexibilidad mediumnímica necesaria. De aquí que existan médiums dibujantes, pintores, músicos, versificadores, aunque extraños al arte del dibujo, de la pintura, de la música y de la poesía: médiums iletrados que escriben sin saber leer ni escribir: médiums polígrafos que reproducen diferentes géneros de escritura y algunas veces con perfecta exactitud la que

el Espíritu tenía cuando vivía; médiums poliglotas que hablan o escriben idiomas que les son desconocidos.

52. *Médiums curativos*. Este género de mediumnidad consiste en la facultad que ciertas personas poseen de curar por el simple contacto, por la imposición de manos, con la mirada, con sólo un gesto, sin el concurso de ningún medicamento. Esta facultad tiene, sin duda alguna, su principio en la potencia magnética; sin embargo, difiere de ella por la energía y la instantaneidad de la acción, al paso que las curas magnéticas exigen un tratamiento metódico más o menos largo. Casi todos los magnetizadores son aptos para curar, si saben aprovechar convenientemente de su aptitud; poseen la ciencia adquirida; en los médiums curadores la facultad es espontánea, y algunos la poseen sin haber jamás oído hablar de magnetismo. La facultad de curar por la imposición de manos tiene evidentemente su principio, en una potencia excepcional de expansión fluídica; pero esta acrecentada por diversas causas, entre las cuales es menester poner en primera línea la pureza de sentimientos, el desinterés, la benevolencia, el deseo ardiente de aliviar, la oración ferviente, y la confianza en Dios; en una palabra: todas las cualidades morales. El poder magnético es puramente orgánico; puede, como la fuerza muscular, ser dado a todo el mundo, hasta al hombre perverso; pero el hombre de bien solo lo usa exclusivamente para el bien, sin premeditación de interés personal, ni para satisfacer su orgullo ni su vanidad; su fluido más puro, pose propiedades benéficas y reparadoras que no puede tener el del hombre vicioso o interesado. Todo efecto mediúmnico, como se ha dicho, es resultado de la combinación de fluidos emitidos por su Espíritu y por el médium; por esta unión semejantes fluidos adquieren propiedades nuevas, 'que no tendrían por separado, o al menos que no tendrían en el mismo grado. La oración, que es una verdadera evocación, atrae los buenos Espíritus, solícitos en venir a secundar las fuerzas del hombre bien intencionado: su fluido bienhechor se une fácilmente con el de este, mientras que el fluido del hombre vicioso, se alía con el de los malos Espíritus que lo rodean.

El hombre de bien que no tuviera poder fluídico, podría poco por sí mismo y solo puede pedir la asistencia de los buenos Espíritus; pero su acción personal es casi nula; una gran potencia fluídica aliada con la mayor suma de cualidades morales, puede operar verdaderos prodigios de curación.

53. La acción fluídica es, por otra parte, poderosamente secundada por la confianza del enfermo, y Dios recompensa a menudo su fe con el éxito.

54. Solo la superstición puede atribuir una virtud, a ciertas palabras, y solo Espíritus ignorantes o mentirosos pueden conservar tales ideas, haciendo prescribir formulas. Sin embargo, para personas poco ilustradas e incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, el empleo de una formula de oración o de una práctica determinada, contribuye a darles confianza; en este caso, no es la formula la eficaz, sino la fe aumentada con la idea atribuida al empleo de la formula.

55. Es menester no confundir los *médiums curativos* con los *médiums medicales*: estos últimos son simples médiums escribientes, cuya especialidad es servir fácilmente de interpretes a los Espíritus para las prescripciones medicales; pero no hacen absolutamente mas que transmitir el pensamiento y no tienen, por lo mismo, influencia alguna.

7. De la Obsesión y de la Posesión

56. La obsesión es el dominio que los malos Espíritus ejercen sobre ciertas personas, con el fin de enseñorearse de ellas y someterlas a su voluntad por el placer que experimentan causando daño. Cuando un Espíritu bueno, o malo, quiere obrar sobre un individuo, lo envuelve, digámoslo así, con su periespíritu cual si fuere una capa; entonces, penetrándose los dos fluidos, los dos pensamientos y las dos voluntades se confunden, y el Espíritu puede entonces servirse de ese cuerpo como del suyo propio, haciéndole obrar a su voluntad, hablando, escribiendo o dibujando: así son los médiums. Si el Espíritu es bueno, su acción es dulce, benéfica y no hace hacer sino cosas buenas; si es malo, las hace hacer malas. Si es perverso e inicuo, arrastra a la persona cual si la tuviera dentro de una red, paraliza hasta su voluntad, y aún su juicio, el cual apaga bajo su fluido como cuando se apaga el fuego con un baño de agua; le hace pensar, obrar por él; le obliga a cometer actos extravagantes a pesar suyo; en una palabra, le magnetiza, le produce la catalepsia moral, y entonces el individuo se convierte en ciego instrumente de sus gustos. Tal es la causa de la obsesión, de la fascinación y de la subyugación vulgarmente llamada posesión. Es necesario observar que en este estado, el individuo tiene a menudo conciencia de que lo que hace es ridículo, pero esta forzado a hacerlo

como si un hombre mas vigoroso que él, le hiciera mover contra su voluntad, sus brazos, sus piernas y su lengua.

57. Como en todo tiempo han existido Espíritus en todo tiempo han representado el mismo papel, porque este papel esta en la naturaleza; y la prueba es el gran número de personas obsesadas, o poseídas si se quiere, que había antes de tratarse de los Espíritus, o que hay en nuestros días entre quienes no han oído hablar nunca de Espiritismo ni de médiums. La acción de los Espíritus, buena o mala, es, pues, espontánea; la de los malos produce un sinnúmero de perturbaciones en la economía moral y aun en la física, porque ignorando la verdadera causa es atribuida a causas erróneas. Los malos Espíritus son enemigos invisibles, tanto más peligrosos, cuanto menos su acción se ha sospechado. Habiéndolos el Espiritismo descubierto, viene a revelar una nueva causa de ciertos males de la humanidad; conocida la causa, no se procurará combatir el mal por medios que ya se creen inútiles para lo sucesivo, y se buscarán otros más eficaces. ¿Que es, pues, lo que ha hecho descubrir esta causa? La mediumnidad; por la mediumnidad es como esos enemigos ocultos han hecho traición a su presencia, ella ha sido para con ellos, lo que el microscopio para los infinitamente pequeños: ha revelado todo un mundo. El Espiritismo no ha traído los malos Espíritus; ha descorrido el velo que los cubría y ha dado los medios de paralizar su acción y, por consiguiente, los de alejarlos. No ha traído, pues, el mal, puesto que éste siempre ha existido; al contrario, ha traído el remedio al mal, al mostrar la causa. Una vez reconocida la acción del mundo invisible, se tendrá la clave de una infinidad de fenómenos incomprensibles; y la ciencia, enriquecida con esta nueva luz, verá abrirse delante de ella nuevos horizontes. ¿Cuándo llegará esto? *Cuando no se profese más el materialismo*, pues el materialismo detiene su vuelo y le pone una barrera insuperable.

58. Habiendo malos Espíritus que obsesan y buenos que protegen, se pregunta si los malos Espíritus son más poderosos que los buenos. No es el buen Espíritu el que es más débil, es el médium que no es bastante fuerte para sacudir la capa que le ha sido echada encima, para desasirse de los brazos que le oprimen y entre los cuales, preciso es decirlo, algunas veces se halla complacido. En este caso, se comprender que el buen Espíritu no puede ocupar este lugar, puesto que se prefiere a otro. Admitamos ahora el deseo de desembarazarse de esa envoltura fluídica, de la cual esta penetrada la suya,

como un vestido esta penetrado por la humedad; el deseo no bastaría. La voluntad no siempre será suficiente. Se trata de luchar con un adversario; pues cuando dos hombres luchan cuerpo a cuerpo, el que tiene más fuerza muscular es el que da en tierra con el otro. Con un Espíritu es preciso luchar, no cuerpo a cuerpo, sino Espíritu a Espíritu, y en este caso también vence el más fuerte; aquí la fuerza esta en la autoridad que se puede tomar sobre el Espíritu, y esta autoridad esta subordinada a la superioridad moral. Esta superioridad es como el sol que disipa la niebla con el poder de sus rayos. Esforzarse en ser bueno, ser mejor, si se es ya bueno, purificarse de las imperfecciones, en una palabra, elevarse moralmente lo mis posible: tal es el medio de adquirir el poder de mandar a los Espíritus inferiores para separarlos; de otro modo se ríen de vuestros mandatos. (*El Libro de los Médiums,* Nº 252 y 279). Ahora bien; se dirá, ¿por que los Espíritus protectores no les mandan retirarse? Sin duda pueden hacerlo y algunas veces lo verifican; pero permitiendo la lucha, dejan también el mérito de la Victoria; si permiten el desembarazarse de ellos a personas merecedoras, hasta cierto punto, de su apoyo, es para probar su perseverancia y hacerles adquirir *más fuerza* en el bien, que para ellas esto es una especie de *gimnasia moral*.

Ciertas personas, sin duda, preferirían otra receta más fácil para arrojar los malos Espíritus, como por ejemplo, el decir ciertas palabras o hacer ciertos signos, lo cual seria más cómodo que corregirse de los defectos. Lo sentimos, pero no conocemos ningún procedimiento para vencer a un enemigo cuyo ser es mas fuerte que él. Cuando se está enfermo, es menester resignarse a tomar una medicina, por amarga que sea; pero también cuando se ha tenido el valor de beberla, ¡que bien se encuentra uno y que fuerte se es! Es necesario, pues, persuadirse de que no hay, para llegar a ese fin, ni palabras sacramentales, ni formulas, ni talismanes, ni signo material alguno. Los malos Espíritus se ríen de ellos y se complacen a menudo en indicarlos, y tienen siempre cuidado de llamarlos infalibles para mejor captarse la confianza de aquellos de quienes pretenden abusar; porque entonces, estos, confiando en la virtud del proceder, se entregan a él sin temor. Antes de esperar dominar a los malos Espíritus, es menester dominarse a sí mismo. De todos los medios para adquirir fuerza para conseguirlo, el más eficaz es la voluntad secundada por la oración; la oración de corazón, se entiende, y no palabras en las cuales toma más parte la boca que el pensamiento. Es menester rogar a nuestro ángel guardián y a los buenos

Espíritus que nos asistan en la lucha; pero no basta pedirles que aparten a los malos Espíritus, es necesario acordarse de esta máxima, '*Ayúdate, y el cielo te ayudará*', y pedirles, sobre todo, la fuerza que nos falta para vencer nuestras malas inclinaciones, que son para nosotros peores que los malos Espíritus, pues estas inclinaciones son las que los atraen, como la corrupción atrae a las aves de rapiña.

Rogar por el Espíritu obsesor, es devolverle bien por mal, y esto es ya una superioridad. Con perseverancia se acaba, en las más de las veces, por guiarlo de nuevo a mejores sentimientos y se consigue hacer de un perseguidor un agradecido.

En resumen, la oración ferviente y los esfuerzos serios para mejorarse, son los únicos medios de alejar los malos Espíritus, los cuales reconocen a sus maestros, en aquellos que practican el bien, mientras que las formulas les causan risa, la cólera y la impaciencia los excitan. Es menester cansarlos mostrándose más paciente que ellos. Pero algunas veces sucede que la subyugación aumenta hasta el punto de paralizar la voluntad del obsesado y no puede esperarse de su parte ningún concurso serio. Entonces es cuando es necesaria la intervención de un tercero, sea por la oración, sea por la acción magnética; pero la potencia de esta intervención depende también del ascendiente moral que los interventores pueden adquirir sobre los Espíritus, pues si no valen mas que ellos, la acción es estéril. La acción magnética, en este caso, tiene por objeto impregnar en el fluido del obsesado otro mejor y arrojar el del mal Espíritu; cuando el magnetizador opera, debe tener el doble objeto de oponer una fuerza moral a otra moral y producir sobre el individuo, una especie de reacción química, y sirviéndonos de una comparación material, diremos, sacar un fluido. Con esto, no solamente opera un cambio saludable, sino también, da fuerza a los órganos debilitados por un largo, y a menudo riguroso, apoderamiento. Se comprende, por otra parte, que la potencia de la acción fluídica esta en razón directa, no solamente de la energía de la voluntad, sino sobre todo de la calidad del fluido introducido, y después de lo que hemos dicho, esta cualidad depende de la instrucción y de las cualidades morales del magnetizador; de lo que se deduce que un magnetizador ordinario que obrara maquinalmente para magnetizar, pura y simplemente, produciría poco o ningún efecto: es absolutamente necesario un magnetizador espiritista, que obra con conocimiento, con la intención de producir, no el sonambulismo o una

curación orgánica, sino los efectos que acabamos de describir. Por otra parte, es evidente que una acción magnética dirigida en este sentido, no puede ser sino muy útil, en el caso de obsesión ordinaria, porque entonces, si el magnetizador esta secundado por la voluntad del obsesado, el Espíritu es combatido por dos adversarios en vez de uno. Es preciso decir también que se achaca a Espíritus extraños malos hechos, de lo cuales son inocentes: ciertos estados de enfermedad y ciertas aberraciones que se atribuyen a una causa oculta, son algunas veces simplemente causa del Espíritu del individuo. Las contrariedades que más ordinariamente se han concentrado en sí mismo, los pesares amorosos, sobre todo, han hecho cometer muchos actos excéntricos que se haría mal, en darles el carácter de obsesiones. Muchas veces se es obsesor de sí mismo. Añadiremos, en fin, que ciertas obsesiones tenaces, sobre todo en personas que las merecen, forman algunas veces parte de las pruebas a que están sometidas. "Y aun algunas veces sucede también que la obsesión, cuando es simple, es una tarea impuesta al obsesado, el cual debe trabajar para el mejoramiento del obsesor, como un padre para el de un hijo vicioso". (Recomendamos de nuevo, para más detalles, El Libro de los Médiums). La oración es generalmente un poderoso medio para ayudar a libertarse los obsesados; pero no es la oración de palabra, dicha con indiferencia y como una formula trivial, que puede ser eficaz en caso semejante: es necesario una fervorosa oración, que al mismo tiempo sea una especie de magnetización mental; por el pensamiento se puede dirigir sobre el paciente una corriente fluídica saludable, cuya potencia esta en razón de la intención. La oración no tiene, pues, solamente por efecto el invocar un socorro extraño, sino también el ejercer una acción fluídica.

Lo que una persona no puede hacer sola, muchas personas unidas de intención en una oración colectiva y reiterada, lo pueden casi siempre, porque la potencia de acción aumenta con el número.

59. La ineficacia del exorcismo, en el caso de posesión, esta probada por la experiencia, y esta probado que la mayor parte de las veces en lugar de disminuir el mal, lo aumenta. La razón de esto es que la influencia esta enteramente en el ascendiente moral ejercido sobre los malos Espíritus y no en un acto exterior, cuya virtud consiste en palabras y signos. El exorcismo consiste en ceremonias y formulas de las cuales se ríen los malos Espíritus, mientras que ceden ante la superioridad moral que se les impone; ven que se

les quiere dominar por medios impotentes, que se figuran intimarlo con un vano aparato, y por lo mismo se empeñan en hacerse mas fuertes, y así redoblan sus esfuerzos; son como el caballo asombradizo que arroja por el suelo al jinete inhábil y se rinde cuando encuentra uno firme y experto; aquí pues, el fuerte es el hombre de más puro corazón, porque a él, le oyen mas los buenos Espíritus.

60. Lo que un buen Espíritu puede hacer sobre un individuo, muchos Espíritus pueden hacerlo simultáneamente sobre varios individuos y dar a la obsesión, un carácter epidémico. Una nube de Espíritus puede invadir una localidad y manifestarse en ella de diversos modos. En una epidemia de esta especie se encontraban en Judea en tiempo de Cristo; pues Cristo, por su inmensa superioridad moral, tenía sobre los demonios, o malos Espíritus, tal autoridad que le bastaba mandarles retirar para que lo hicieran, y no empleaba para esto ni signos ni formulas.

61. El Espiritismo esta fundado en la observación de hechos, resultado de las relaciones entre el mundo visible y el invisible. Estos hechos, como están en la naturaleza, se han producido en todas las pocas; y donde sobre todo abundan, es en los libros sagrados de todas las religiones, porque han servido de base a la mayor parte de las creencias.

Si la Biblia y los Evangelios ofrecen tantos pasajes obscuros, es por falta de comprensión, los cuales han sido interpretados en sentidos tan diferentes; el Espiritismo es la clave que debe facilitar su comprensión.

De los Hombres Dobles y Apariciones de Personas Vivas

Hoy es un hecho probado y perfectamente explicado, que, aislándose el Espíritu, del cuerpo viviente, puede, con el auxilio de su envoltura periespiritual, aparecer en un punto distinto de aquel en que esta el cuerpo material; mas hasta ahora, la teoría, de acuerdo con la experiencia, parece demostrar que esta separación, no puede tener lugar sino durante el sueño, o al menos, cuando los sentidos corporales están inactivos. Los hechos siguientes, si son exactos, probarían que pueden tener lugar en estado de vigilia. Esos hechos los hemos sacado de la obra alemana ***'Los fenómenos***

místicos de la vida humana', por Maximiliano Perty, profesor de la Universidad de Berna, publicada en 1861. (Leipzig y Heidelberg).

1*."Un caballero propietario de un lugar, fue visto por su cochero en la cuadra, con la vista fija en el ganado, en el momento en que aquel habla ido a comulgar en la parroquia. Algún tiempo después comunicó este suceso a su pastor, quien le preguntó: ¿En que pensabais en el momento de la comunión? Vaya, contestó, si os he de decir la verdad, pensaba en mis ganados. Ahí tenis, pues, vuestra aparición explicada, contestó el eclesiástico".*

El sacerdote estaba en la verdad, porque siendo el pensamiento el atributo esencial del Espíritu, este debe encontrarse en donde va el pensamiento. La cuestión es saber si en el estado de vigilia el desprendimiento del periespíritu puede ser suficiente para poder producir una aparición, lo que implicaría una especie de forro o doblez del Espíritu, del cual una parte animaría el cuerpo fluidito y otra el cuerpo material. Esto no tendría nada de imposible, si se considera que cuando un pensamiento se concentra en un punto lejano, el cuerpo solo obra maquinalmente por una especie de impulsión mecánica, lo que frecuentemente sucede a las personas distraídas; en semejante caso, solo esta animado de la vida material; la vida espiritual sigue al Espíritu. Es, pues, probable, que el hombre en cuestión hubiera experimentado en aquel momento una grande distracción, y que sus ganados le preocupasen más que su comunión. El siguiente hecho entra en esta categoría; pero presenta una particularidad más notable.

2. *"El Juez del cantón, J. Fr., un día mandó a su dependiente a un pueblo inmediato. Al cabo de un rato, lo vio volver, tomar un libro del armario y hojearlo. Le preguntó bruscamente por que no había marchado aun: el dependiente desapareció al pronunciar estas palabras; el libro cayó al suelo, y el juez lo puso abierto sobre la mesa del mismo modo que había caído. Por la noche, cuando regresó el dependiente, el juez le preguntó si había tenido alguna novedad durante el viaje, y si había entrado otra vez en el cuarto en donde se encontraba en aquel momento. No, contesto el dependiente; he hecho el viaje con un amigo mío; cuando atravesábamos el bosque, íbamos discutiendo sobre una planta que encontramos en el camino, y le decía que si estuviera en casa, me sería fácil encontrar la pagina de* Linneo *que me daría razón. Justamente el libro quedó abierto en la pagina indicada".*

Por extraordinario que sea el hecho, no podremos decir que sea materialmente imposible, porque estamos aun muy lejos de conocer todos los fenómenos de la vida espiritual: sin embargo, esto necesita confirmación. En caso semejante, sería preciso poder probar de un modo positivo el estado del cuerpo en el momento de la aparición. Hasta que se pruebe lo contrario, dudamos que el caso sea posible, cuando el cuerpo esta en una actitud inteligente. Los hechos siguientes son aun más extraordinarios, y francamente, confesamos que nos inspiran algo más que dudas. Se comprende fácilmente que la aparición del Espíritu de una persona viva sea vista por otra, pero no que un individuo pueda ver su propia aparición, sobre todo con las circunstancias que se relatan a continuación.

3. *"El Secretario del gobierno de Triptis, en Weimar, cuando fue a la chancillería para buscar un paquete de actas que le hacían mucha falta, él mismo se vio que estaba ya sentado en su silla como de costumbre, con las actas delante. Se asustó, regresó a su casa y envió a un doméstico con orden de tomar las actas que debían encontrar en su puesto ordinario. Este fue y vio igualmente que su amo estaba sentado en su sillón".*

4. *"Becker, profesor de matemáticas en Rostok, tenía convidados en su casa. Entre ellos se promovió una controversia teológica. Becker fue a la biblioteca para buscar una obra que debía decidir la cuestión, y se vio que estaba sentado en su sillón de costumbre. Mirando por encima de la espalda de su otro yo, advirtió que este le enseñaba el siguiente pasaje de la Biblia, que tenía abierta: "Arregla tu casa, porque vas a morir". Volvió entre sus compañeros, que en vano se esforzaron manifestándole que sería locura dar ninguna importancia a aquella visión. Becker murió al día siguiente".*

5. *"Hoppack, autor de la obra Materiales para el estudio de la psicología, dijo: que el abate Steinmetz, en una ocasión que tenía gente en su cuarto, se vio al mismo tiempo en el jardín, y en su paraje favorito. Señalándose él mismo con el dedo primero, y después a su semejante, dijo: "Héteos aquí a Steinmetz el mortal; el de allá abajo es inmortal".*

6*. "F., de la ciudad de Z., que mas tarde fue juez, encontrándose, cuando joven, en el campo, la señorita de la casa le rogó que fuera a buscar un quitasol que había dejado olvidado en su cuarto. Fue a buscarlo, y encontré a la señorita sentada ante su costurero, pero más pálida que cuando la había dejado; estaba mirando al frente. F., a pesar del miedo que tuvo, tome el*

quitasol, que estaba al lado de ella y se lo llevó. Viendo alteradas sus facciones, ella le dijo: Es menester que confieses que algo te ha sucedido; tú me has visto. Pero no te sorprendas, mi muerte no esta cercana. Yo soy doble (en alemán doppelgaenger; literalmente: el que marcha doble). Con el pensamiento estaba cerca de mi labor y he encontrado muchas veces ya mi imagen a mi lado. Ya no nos llama esto la atención".

7. "El conde D. y los centinelas, pretendieron ver una vez a la emperatriz Isabel de Rusia, sentada en el trono, en la misma sala del trono, en traje de gran ceremonia, mientras que ella estaba en la cama durmiendo. La camarera de servicio, convencida de ello; fue a despertarla. La emperatriz fue también a la sala del trono, y vio allí su imagen. Entonces, ella misma mando al centinela hacer fuego; la imagen desapareció. La emperatriz murió tres meses después".

8. "Un estudiante, llamado Elger, cayó en una grande melancolía después de haberse visto con su traje encarnado que ordinariamente llevaba. Nunca veía su rostro, sino los contornos de una forma vaporosa que se le parecía, siempre en el crepúsculo o a la claridad de la luna. Veía su imagen en el mismo puesto en que había estudiado mucho tiempo".

9. "Una maestra francesa, Emilia Sage, perdió diecinueve veces su colocación, porque por todas partes aparecía doble. Las niñas de un colegio de Neuwelke, en Livonia, la veían algunas veces en el salón o en el jardín, mientras que en realidad se encontraba en otra parte. Otras veces veían delante de la pizarra, durante la lección, dos señoritas Sage, la una al lado de la otra, exactamente iguales y haciendo los mismos movimientos, con la diferencia de que sólo la verdadera Sage tenía un pedazo de yeso en la mano, con el que escribía en la pizarra".

La obra de Perty contiene un gran número de hechos de esta naturaleza. Es notable que en todos los ejemplos dados, el principio inteligente es igualmente activo en los dos individuos, y mas activo aun en el ser material, lo que debiera ser al contrario. Pero lo que nos parece una radical imposibilidad, es que entre ellos pueda existir un antagonismo, una divergencia de ideas, de pensamientos y de sentimientos.

Esta divergencia se manifiesta sobre todo en el hecho número 4, en el que, el uno avisa su muerte al otro, y en el del número 7, en que la emperatriz manda hacer fuego sobre ella misma. Admitiendo la división del periespíritu y poder fluídico suficiente para que un cuerpo pueda sostener su actividad

normal: suponiendo asimismo la división del principio inteligente, o una irradiación capaz de animar los dos seres y darle una especie de ubicuidad, este principio es uno y debe ser idéntico: no podría, pues, existir una voluntad en uno que no existiera en otro, a menos de admitir Espíritus gemelos como hay cuerpos gemelos, es decir, que dos Espíritus se identificasen y se uniesen para encarnarse en un mismo cuerpo, lo que no es muy probable. En todas estas historias fantásticas, si bien hay algo que pueda aceptarse, hay mucho más para dejarse. El Espiritismo, lejos de hacérnoslas aceptar ciegamente, nos ayuda a separar lo verdadero de lo falso, lo posible de lo imposible, con el auxilio de las leyes que nos revela, por lo que concierne a la constitución y funciones del elemento espiritual. Sin embargo, no nos demos prisa en rechazar a priori todo lo que nosotros no comprendamos, porque estamos muy lejos de conocer todas estas leyes, y la naturaleza aún no nos ha dicho todos sus secretos. El mundo invisible es un campo de observaciones nuevo aún, y sería mucha presunción el pretender haber sondeado todas sus profundidades, mayormente cuando todos los días se presentan a nuestra vista nuevas maravillas. Sin embargo, hay hechos cuya lógica y leyes conocidas demuestran la imposibilidad material. Tal es, por ejemplo, el que refiere la Revue Spirite del mes de febrero de 1859, Pág. 41, con el titulo de "Mi amigo Herman". Se trataba de un joven alemán del gran mundo, afable, benévolo y de un carácter honradísimo, que todas las tardes al ponerse el sol caía en un estado de muerte aparente; durante este tiempo se despertaba en las antípodas, en Australia, en el cuerpo de un forajido, que acabó por ser ahorcado. El simple buen sentido demuestra que suponiendo la dualidad corporal, el mismo Espíritu no puede ser alternativamente un hombre honrado en un cuerpo, durante el día, y por la noche, un bandido en otro país. Decir que el Espiritismo acredita semejantes historias, es probar que no se le conoce, puesto que da los medios de probar el absurdo. Pero al mismo tiempo que demuestra el error de una creencia, prueba que a menudo se funda en un principio de verdad, desnaturalizado o exagerado por la superstición; se dedica a quitar la corteza del fruto.

¡Cuántos cuentos ridículos se narraron sobre el rayo antes de conocer la ley de la electricidad! Lo mismo sucede con referencia a lo que concierne a las relaciones del mundo visible y del mundo invisible. Haciendo conocer la ley de estas relaciones, el Espiritismo las reduce a la realidad; mas esa realidad es aún demasiado para los que no admiten ni almas ni mundo invisible; a sus ojos

todo lo que esta fuera del mundo visible y tangible es superstición: por esto denigran al Espiritismo.

OBSERVACIÓN.

La muy interesante cuestión de los hombres dobles y la de los ingénitos, que se relacionan íntimamente, hasta ahora se han relegado al segundo plano por la ciencia espiritista, por falta de documentos suficientes para su completa dilucidación. Estas manifestaciones, por extrañas que sean, por increíbles que parezcan a primera vista, sancionadas por el relato de los historiadores mas formales de la antigüedad y de la Edad Media, confirmadas por acontecimientos recientes, anteriores a la aparición del Espiritismo contemporáneo, de ninguna manera pueden ser relegadas a la duda. El Libro de los Médiums en el artículo titulado: Visitas espirituales entre personas vivas y la Revue Spirite, en numerosos pasajes, confirman su existencia de la manera más incontestable. Sometiéndose la colección de todos estos hechos a un examen profundo, resultaría quizá una solución, al menos parcial, de la cuestión, y eliminaría ella, algunas de las dificultades de las cuales parece rodeada. Agradeceríamos muchísimo a nuestros corresponsales que quisieran hacer de ello un objeto de estudio especial, ya sea personalmente, ya por la mediación de los Espíritus, que nos comunicaran el resultado de sus investigaciones, en interés de la difusión de la verdad, como debe suponerse. Recorriendo rápidamente los años anteriores de la Revue y reuniendo los hechos señalados y las teorías emitidas para explicarlos, hemos llegado a sacar en consecuencia, que quizá convendría dividir los fenómenos en dos categorías muy distintas, lo que permitiría dar explicaciones diferentes y demostrar que las imposibilidades que se oponen a su aceptación pura y simple, mas bien son aparentes que reales. (Véase a este efecto, los artículos de la Revue Spirite, de enero de 1859: Le Follet de Bayonne; febrero de 1859, Les Agneres, Mon ami Herman; mayo de 1859, Le lien entre l'Esprit et le corps; noviembre de 1859, l'meerrante; enero de 1860, l'Esprit d'un cot et le corps de l'autre; marzo de 1860? Tude sur l'Esprit des personnes vivantes; le Docteur V. . . et. Mite. S....; abril de 1860, La Fabrique de Saint Ptersbourg; Apparitions tangibles; noviembre de 1860, Histoire de Maria d'Agrda; julio de 1861, Une apparition providentielle, etc., etc.). La facultad de expansión de los fluidos periespirituales hoy día esta harto demostrada por las operaciones de cirugía

más dolorosas, verificadas en enfermos dormidos, ya sea por el cloroformo y el éter, ya sea por el magnetismo animal. En efecto, no es nada extraño el ver a estos últimos conversando con los asistentes de cosas agradables y alegres o transportarse lejos en Espíritu, mientras que el cuerpo se reduce con todas las apariencias de horribles tormentos, paralizado en todo o en parte, y es destrozado por el escalpelo brutal del cirujano; los músculos se agitan, los nervios se crispan y transmiten la sensación al aparato cerebro espinal: pero el alma, que en el estado normal percibe solo el dolor y lo manifiesta exteriormente, alejada momentáneamente del cuerpo sometido a la impresión, dominada por otros pensamientos, por otras acciones, solo advierte sordamente lo que pasa en su envoltura mortal y permanece en ella perfectamente insensible. ¿No hemos visto muchas veces a los soldados gravemente heridos, entregados al ardor del combate, perdiendo su sangre y su fuerza, luchar mucho tiempo aun sin darse cuenta de sus heridas? Un hombre muy preocupado, recibe un choque violento sin sentir nada, y solo cuando cesa la abstracción de su inteligencia, reconoce haber tropezado, por la sensación dolorosa que experimenta. ¿A quién no le ha sucedido que en una fuerte tensión de espíritu, haya atravesado la multitud tumultuosa y ruidosa sin ver ni oír nada, sin embargo de que el nervio óptico y el aparato auditivo percibieran las sensaciones y las transmitieran al alma? Sin ninguna duda, por los ejemplos que preceden y por una multitud de hechos que seria muy largo repetir aquí, pero que cada uno puede conocer y apreciar, el cuerpo puede, por una parte, cumplir sus funciones orgánicas, mientras que el Espíritu se transporta lejos, a causa de preocupaciones de otro orden. El periespíritu indefinidamente expansible, conservando en el cuerpo la elasticidad y la actividad necesarias para su existencia, acompaña constantemente al Espíritu durante su viaje lejano en el mundo ideal.

Por otra parte, si nos acordamos de su conocida propiedad de condensación, que le permite hacerse visible con las apariencias corporales, para los médiums videntes y rara vez para el que se encuentra presente en el punto donde se ha transportado el Espíritu, no se podrá dudar de la posibilidad de los fenómenos de ubicuidad. Queda, pues, demostrado, que una persona viva puede aparecer simultáneamente en dos localidades alejadas la una de la otra, en una parte con su cuerpo real y en la otra con su periespíritu condensado momentáneamente, con las apariencias de sus formas materiales.

Sin embargo, de acuerdo en esto, como en todo, con Allan Kardec, no podemos admitir la ubicuidad sino cuando reconocemos una semejanza perfecta en las acciones del ser real y del ser aparente. Tales, por ejemplo, como los hechos citados anteriormente en los números l y 2. En cuanto a los hechos siguientes, inexplicables para nosotros, aplicándoles la teoría de la ubicuidad, nos parecen, si no indiscutibles, al menos admisibles mirándolos desde otro punto de vista. Ninguno de nuestros lectores ignora la facultad que poseen los Espíritus desencarnados de aparecer con la apariencia material en ciertas circunstancias, y muy particularmente a los médiums llamados videntes. Sin embargo, en cierto número de casos como en las apariciones visibles y tangibles para la multitud o para cierto número de personas, es vidente que la percepción de la aparición no se debe a la facultad mediúmnica de los asistentes, sino a la realidad de la apariencia corporal del Espíritu, y en esta circunstancia, como en los hechos de la ubicuidad, esta apariencia corporal se debe a la condensación del aparto periespiritual. Así, pues, si las más de las veces, los Espíritus, con el objeto de hacerse conocer, aparecen tales como cuando eran, cuando vivían, con los trajes que les eran más habituales, no les es imposible el presentarse, ya sea vestidos de diferente modo, ya sea bajo otras facciones, tal por ejemplo, como el *Duende de Bayona*, que aparecía unas veces con su forma personal, otras bajo las formas de uno de sus hermanos que murió como él, y otras con la apariencias de personas vivas y aún presentes. El Espíritu tenia cuidado de hacer que se reconociera su identidad, a pesar de las formas variadas con las cuales se presentaba; pero si no hubiese hecho nada de esto, ¿no es vidente que los testigos de la manifestación se hubieran persuadido de que asistían a un fenómeno de ubicuidad? Si, considerando este hecho como un precedente, procuramos explicar del mismo modo los de los números 3, 4, 8, 6, 7, 8 y 9, tal vez nos será posible aceptar la realidad, pero admitiendo la ubicuidad, la incompatibilidad de los pensamientos y la actividad del organismo de las dos partes, no nos es permitido considerarlos como posibles. En el hecho número 4, en lugar de suponer al profesor Becker en presencia de sí mismo, admitamos que estaba en presencia de un Espíritu que le pareció su propia forma, todo antagonismo desaparece y el fenómeno entra en el dominio de lo posible. Lo mismo sucede con el hecho número 7. No se comprende a Isabel de Rusia mandando hacer fuego sobre su propia imagen, pero se admite perfectamente que haga disparar sobre un Espíritu que ha

tomado su apariencia para engañarla. Ciertos Espíritus toman algunas veces un nombre supuesto y se amparan en el estilo y las formas del otro para obtener la confianza de los médiums y el acceso a los grupos: ¿qué tendría de imposible que un Espíritu orgulloso se hubiera complacido en tomar la forma de la emperatriz Isabel, y se sentara en su trono para dar una vana satisfacción a sus sueños ambiciosos? Lo mismo decimos de los demás. Sólo damos esta explicación por lo que vale; a nuestros ojos no es más que una suposición bastante plausible, pero no la solución real de los hechos; mas tal como es, nos ha parecido a propósito para ilustrar la cuestión, llamando sobre ella las luces de la discusión y de la refutación. En este concepto la sometemos a nuestros lectores. Ojalá que las reflexiones que provocará y las meditaciones a las cuales podrá dar lugar, puedan cooperar a la dilucidación de un problema que solo hemos podido tocar muy someramente, dejando a otros mas dignos la tarea de disipar la oscuridad en que esta envuelto.

Controversia sobre la existencia de Seres Intermediarios Entre el Hombre y Dios

Febrero, 1867.

Querido maestro:

Hace algún tiempo que no os he dado señal de vida; las muchas ocupaciones que he tenido durante el tiempo de mi permanencia en Lyon no me han permitido estudiar ni juzgar como habría deseado el estado actual de la doctrina de este gran centro. Tan solamente he asistido a una reunión espiritista; sin embargo he podido asegurarme de que, en esos lugares, la fe primitiva es la que debe ser en los corazones verdaderamente sinceros. En otros varios centros del Mediodía he oído discutir esta opinión emitida por algunos magnetizadores de que muchos de los fenómenos llamados Espiritistas, son sencillamente efectos del sonambulismo, y que, el Espiritismo no ha hecho más que reemplazar al magnetismo, o más bien se ha cubierto con su nombre. Como podéis ver, esto es un nuevo ataque dirigido contra la mediumnidad. Así es, que según esas gentes, todo cuanto escriben los médiums es resultado de las facultades del alma encarnada: es ella la que, emancipándose momentáneamente, puede leer en el pensamiento de los allí presentes; ella es la que ve a distancia y prevé los sucesos; la que por un fluido

magnético espiritual, agita, levanta, mueve las mesas, percibe los sonidos, etc.; todo, en una palabra, sería resultado de la esencia anímica sin intervención de los seres puramente espirituales. Me diréis que no os enseño nada nuevo. Efectivamente; hace algunos años que yo mismo he oído sostener esta tesis a ciertos magnetizadores; mas hoy se trata de introducir esas ideas, que según mi opinión, son contrarias a la verdad. Siempre es perjudicial caer en los extremos, y es exagerado aplicarlo todo al sonambulismo, como si los espiritistas negasen las leyes del magnetismo. No es posible arrebatar a la materia las leyes magnéticas, como tampoco al Espíritu las leyes puramente espirituales. ¿Dónde cesa el poder del alma sobre los cuerpos? ¿Cual es la parte de esta tuerza de la inteligencia, en los fenómenos del magnetismo? ¿Qué parte tiene el organismo? He aquí varios problemas llenos de interés, cuestiones graves tanto para la filosofía como para la medicina. Aguardando la solución de estos problemas, voy a citaros algunos pasajes de

Charpignon, ese doctor de Orleáns que es partidario de la transmisión del pensamiento. Veréis cómo él mismo reconoce su impotencia para demostrar *en la visión propiamente dicha*, que la causa proviene de la extensión del *simpático orgánico*, como pretenden varios autores. En la pagina 289, dice: "Académicos, duplicad los trabajos de vuestros candidatos; moralistas, promulgad leyes para la sociedad; el mundo, ese mundo que ríe de todo, que quiere su bienestar con desprecio de las leyes de Dios y de los derechos del hombre, burla vuestros esfuerzos; porque tiene a su servicio un poder que no sospecháis, y que habéis dejado crecer de tal manera, que ya no sois dueños de detenerle". Pagina 323:

"Hasta aquí comprendemos bien el modo como se efectúa la transmisión del pensamiento, pero somos impotentes para comprender por medio de las *leyes de simpatía armónica*, el sistema por el cual forma el hombre en sí mismo tal o cual pensamiento, tal o cual imagen y esa multitud de objetos exteriores. Esto resulta de las propiedades del organismo, y encontrando la psicología en la facultad de recordar o de crear, según la voluntad humana algo de antagonista con las propiedades del organismo, la hace depender de un ser substancial distinto de la materia. Empezamos ya a encontrar en el fenómeno del pensamiento algún vacío entre la capacidad de las leyes fisiológicas del organismo, y el resultado obtenido. El rudimento del fenómeno, si así podemos expresarnos, es muy fisiológico, pero su extensión verdaderamente prodigiosa

no lo es ya; y aquí es necesario admitir que el hombre goza de una facultad que no pertenece a ninguno de ambos elementos materiales de que hasta ahora le hemos visto componerse. El observador de buena fe, reconoce desde este momento, una tercera parte que entraría en la composición del hombre; parte que empieza a revelarse en él, desde el punto de vista de la psicología magnética, por caracteres nuevos, y que se refieren a los que los filósofos conceden al alma. "Empero la existencia del alma se encuentra suficientemente demostrada por el estudio de algunas otras facultades del sonambulismo magnético. Por ejemplo, la visión a distancia, cuando es completa y esta libre de la transmisión del pensamiento, no podría, según nuestra opinión, explicarse por la extensión del simpático orgánico". Después, en la página 330, dice: "Como se ve, teníamos grandes motivos para adelantarnos hasta decir, que el estudio de los fenómenos magnéticos tenía mucha relación con la filosofía y la psicología. Señalamos, pues, un trabajo al cual deseamos se dediquen los hombres especiales".

En los siguientes pasajes se trata de los seres inmateriales y de sus relaciones posibles con nosotros. Pág. 349. "Queda fuera de duda para nosotros, precisamente por motivo de las leyes psicológicas que hemos extractado en este trabajo, que *'el alma humana puede ser iluminada directamente, ya sea por Dios, ya por otra inteligencia'*. Creemos, pues, que esta comunicación sobrenatural puede tener lugar, tanto en él estado normal, como en el extático; bien sea espontánea o artificial". Pág. 351: "Volvemos a decir que la previsión natural al hombre es limitada, y no podía ser tan precisa, constante, ni tan largamente expuesta como las previsiones que han expuesto los profetas sagrados, o las que han tenido lugar por una inteligencia superior al alma humana". Pág. 391: "La ciencia y la creencia en el mundo sobrenatural, son dos términos antagonistas; empero no vacilamos en confesar, que es únicamente con motivo de las exageraciones que han surgido de ambas partes. Es posible, según nosotros, que la ciencia y la fe hagan alianza, y entonces el Espíritu humano se hallará al nivel de su perfectibilidad terrestre". Pág. 896: "El Antiguo, como el Nuevo Testamento, y los anales de la historia de todos los pueblos, están llenos de hechos que no pueden explicarse de otra manera más que por la acción de seres superiores al hombre; por de pronto, los estudios antropológicos, metafísicos y ontológicos prueban la realidad de la existencia de seres inmateriales entre el hombre y Dios y la posibilidad de su influencia

sobre la especie humana". Ved ahora la opinión de uno de los más autorizados, respecto del magnetismo, sobre la existencia de seres fuera de la humanidad. Es un extracto hecho de la correspondencia de Deleuze con el doctor Billot: "El único fenómeno que parece establecer la comunicación con los seres inmateriales, son las apariciones. Hay muchos ejemplos, y como estoy convencido de la inmortalidad del alma, no encuentro razones para negar la posibilidad de la aparición de personas, que habiendo abandonado esta vida, se ocupan de aquellos que han amado, y vienen a presentarse a ellos para darle consejos saludables". El doctor Ordinaire de Macon, otra autoridad en esta materia, se expresa así: "El fuego sagrado, la influencia secreta (de Boileau), la inspiración, en fin, no provienen, pues, de tal o cual protuberancia, ni de tal o cual contextura, como pretenden les frenólogos; sino de un alma poética, en relación con un genio mas poético aún." Lo mismo sucede con la música, la pintura, etc. Esas inteligencias superiores, ¿no serían almas emancipadas de la materia, elevándose gradualmente a medida que se depuran, hasta la grande, la universal inteligencia que las abarca todas, hasta Dios? Nuestras almas, después de varias emigraciones, ¿no se colocarían entre esos seres inmateriales? "Concluimos, dice el mismo autor, de lo que precede: que el estudio del alma esta aun en la niñez; que, puesto que desde el pólipo hasta el hombre, existe una serie de inteligencias, y que nada se interrumpe bruscamente en la naturaleza, debe racionalmente existir desde el hombre hasta Dios otra serie de inteligencias.

El hombre es el eslabón que une las inteligencias inferiores asociadas a la materia, a las inteligencias superiores inmateriales. Desde el hombre a Dios se encuentra una serie parecida a la que existe del pólipo al hombre; es decir, una serie de seres etéreos más o menos perfectos, gozando de diversas especialidades, y que tienen empleos y funciones distintos.

"Que esas inteligencias superiores se revelan tangiblemente en el sonambulismo artificial; "Que esas inteligencias sostienen relaciones Intimas con nuestras almas; "Que esas inteligencias es a quien debemos nuestro remordimiento cuando hemos obrado mal, y nuestra satisfacción cuando hemos efectuado una buena acción;

"Que las buenas inspiraciones que reciben los hombres superiores las deben a esas inteligencias; "Que a esas inteligencias deben los extáticos la facultad de prever el porvenir y de anunciar los sucesos futuros: "Y por último,

que para obrar bien esas inteligencias y hacerlas propicias, la virtud y la oración tienen una acción 'poderosa".

OBSERVACIÓN.

La opinión de hombres semejantes, y no son los únicos, tiene sin duda un valor que nadie puede negar; empero, esto no sería más que una opinión más o menos racional si la observación no viniese a confirmarla. El Espiritismo se encuentra por completo en los pensamientos que acabamos de citar; únicamente viene a completarlos por medio de observaciones especiales, y coordinarlos, dándoles la sanción de la experiencia. Los que se obstinan en negar la existencia del mundo espiritual y que sin embargo no pueden negar los hechos, se deshacen buscando la causa exclusiva en el mundo corporal; empero una teoría para que sea verdad debe dar la razón de todos los hechos que con ella se relacionan; una sola contradicción en uno de los hechos, la destruye, porque en la naturaleza no hay excepciones. Esto precisamente es lo que ha sucedido a la mayor parte de aquellas que han sido imaginadas al principio para explicar los fenómenos espiritistas: casi todas han caído una tras otra ante los hechos que no podían abrazar. Después de haber agotado, sin resultado, todos los sistemas, se ven obligados a acogerse a las teorías espiritistas como las mas concluyentes, porque no habiendo sido formuladas tampoco prematuramente ni sobre observaciones hechas a la ligera, abrazan todas las variedades y todas las clases de fenómenos. Lo que las ha hecho aceptar tan rápidamente por la gran mayoría, es que cada uno ha encontrado la solución completa y satisfactoria de aquello que había buscado inútilmente en otra parte. Sin embargo, hay muchos que aún las rechazan: tienen esto de común con todas las grandes ideas nuevas, que vienen a cambiar las costumbres y creencias, encontrando todas, por largo tiempo, contradictores encarnizados, aun entre los hombres más ilustrados. Pero llega un día en que, lo que es verdad, vence a lo que es falso, y entonces se admiran de la oposición que se le había hecho: esto es muy natural. Lo mismo sucederá con el Espiritismo; teniendo presente que de todas las grandes ideas que han conmovido al mundo, ninguna ha conquistado en tan poco tiempo tan gran número de adeptos entre todas las clases de la sociedad y en todos los países. He aquí por que los espiritistas, cuya fe no es ciega, cual sus adversarios pretenden, sino fundada en la observación, no se preocupan ni inquietan de sus contradictores, ni tampoco de los que no abundan en sus ideas; ellos dicen que

la doctrina, resultando de las mismas leyes de la naturaleza, en vez de apoyarse en la derogación de estas, no puede por menos de prevalecer en cuanto estas nuevas leyes se reconozcan.

La idea sobre la existencia de seres intermediarios entre el hombre y Dios, no es nueva, como todos sabemos; pero generalmente se creía que estos seres formaban creaciones excepcionales; las religiones los han designado bajo el nombre de ángeles y demonios y los paganos les llamaban dioses. El Espiritismo, viniendo a probar que esos seres no son más que las almas de los hombres que han alcanzado diferentes grados de la escala espiritual, conduce la creación a la unidad grandiosa que es la esencia de las leyes divinas. En vez de una multitud de creaciones estacionarias que revelarían en la Divinidad el capricho o la parcialidad, no hay más que una esencialmente progresiva, sin privilegio para criatura alguna, elevándose cada individualidad desde el estado de embrión, al de su completo desarrollo, ni más ni menos que el germen de la semilla llega al estado de árbol. El *Espiritismo, pues, nos enseña la unidad, la armonía y la justicia de la creación*.

Para él los demonios son las almas atrasadas, manchadas aún con los vicios de la humanidad; los ángeles son esas mismas almas purificadas y desmaterializadas, y entre esos dos puntos extremos, la multitud de almas que han llegado a diferentes grados de la escala progresiva; por este medio establece la solidaridad entre el mundo espiritual y el corporal. En cuanto al problema propuesto, ¿cuál es, en los fenómenos espiritistas o sonambúlicos, el límite en donde cesa la acción propia del alma humana, y en donde empieza la de los Espíritus? Diremos que tal límite no existe, o mejor dicho, que no tiene nada de absoluto. Desde el instante que éstos no son especies distintas, que el alma no es otra cosa que un Espíritu encarnado, y el Espíritu un alma libre de los lazos terrestres, y que es el mismo ser, en centros distintos, las facultades y aptitudes deben ser las mismas. El sonambulismo es un estado transitorio entre la encarnación y la desencarnación; una emancipación parcial, un pie puesto de antemano en el mundo espiritual. El alma encarnada, o si se quiere el propio Espíritu del sonámbulo o del médium, puede hacer, pues, poco mas o menos, lo que haría el alma encarnada, y hasta mucho mas, si es más adelantada; con la diferencia siempre de que por su completa emancipación, es el alma más libre y tiene percepciones especiales inherentes a su estado.

La diferencia que hay entre lo que es un efecto o producto directo del alma del médium y lo que proviene de un origen extraño, es muy difícil de definir, porque con frecuencia ambas acciones se confunden y corroboran. Así es que en las curaciones verificadas por la imposición de manos, el Espíritu del médium puede obrar por si solo o con la asistencia de otro Espíritu; la inspiración poética o artística, puede también tener un doble origen. Pero porque tal distinción sea difícil de determinar, no se desprende por eso que sea imposible. La dualidad es con frecuencia evidente, y en todo caso, resulta casi siempre de una atenta observación.

Causa y Naturaleza de la Clarividencia Sonambúlica

Explicación del Fenómeno de la Lucidez

Siendo las percepciones que tienen lugar en estado sonambúlico de otra naturaleza que las del estado de vigilia, no pueden ser transmitidas por los mismos órganos. Es constante que en tal estado, la visión no se detecta por los ojos, que por otra parte y generalmente están cerrados, y que hasta pueden ponerse al abrigo de los rayos luminosos, de modo que se aleje toda sospecha. La visión a distancia y a través de los cuerpos opacos excluye además el uso posible de los órganos ordinarios de la visión. Preciso es, necesariamente, admitir en el estado de sonambulismo el desarrollo de un nuevo sentido, origen de las facultades y percepciones nuevas que nos son desconocidas, y de las que sólo por analogía y raciocinio podemos darnos cuenta. Como se concibe, nada hay de imposible en esto; pero, ¿dónde reside ese sentido? He aquí lo que no es fácil determinar con exactitud. Ni siquiera los mismos sonámbulos dan sobre la particular indicación alguna precisa. Los hay que para ver mejor se aplican los objetos al epigastrio, otros los llevan a la frente, otros al occipucio. Parece, pues, que ese sentido no esta circunscrito a un lugar determinado, y, sin embargo, es cierto que su mayor actividad reside en los centros nerviosos. Lo positivo es que el sonámbulo ve. ¿Por donde y cómo? Ni él mismo puede decirlo. Observemos, empero, que, en estado sonambúlico, los fenómenos de la visión y las sensaciones que la acompañan son esencialmente diferentes de los que tienen lugar en estado ordinario, y así no nos serviremos de la palabra ver, más que por comparación y a falta de un término, que, para designar una cosa desconocida, no poseemos. Un pueblo de ciegos de nacimiento no tendría

palabra para expresar la idea de la luz, y referiría las sensaciones que hace experimentar a alguna de las que comprende, por estar sometido a ellas.

Se procuraba explicar a un ciego la impresión viva y brillante de la luz sobre los ojos, a lo que contestó: Ya comprendo; *viene a ser como el sonido de la trompeta*. Otro, algo mas prosaico sin duda, a quien quería darse a comprender la emisión de los rayos en haces o conos luminosos, respondió: *¡Ah!... como .un pilón de azúcar*. Respecto de la lucidez sonambúlica, nosotros estamos en las mismas condiciones; somos verdaderos ciegos, y, como éstos por lo que a la luz toca, comparamos aquella a lo que tiene mas analogía con nuestra facultad visual; pero, si queremos establecer una analogía absoluta entre las dos facultades, y Juzgar la una por la otra, nos engañamos necesariamente como los dos ciegos que acabamos de citar. Y este es el error de casi todos los que, según dicen, procuran convencerse por medio de experimentos: quieren someter la clarividencia sonambúlica a las mismas pruebas que la vista ordinaria, sin pensar en que no hay mas relación entre ellas que el nombre que les damos; y como no siempre responden los resultados a sus esperanzas, encuentran que es mas sencillo la negación.

Si procedemos por analogía, fuerza nos es decir que, el fluido magnético, diseminado en toda la naturaleza y cuyos principales focos parecen ser los cuerpos animados, es el vehículo de la clarividencia sonambúlica, como el fluido luminoso es el vehículo de las imágenes percibidas por nuestra facultad visual. Y del mismo modo que el fluido luminoso hace transparentes los cuerpos que libremente traviesa, penetrando el fluido magnético todos los cuerpos sin excepción, no los hay opacos para los sonámbulos. Tal es la explicación más sencilla y material de la lucidez, considerada desde nuestro punto de vista. La creemos exacta, porque el fluido magnético desempeña incontestablemente un papel importante en ese fenómeno; pero no basta a explicar todos los hechos. Otro hay que los comprende todos, mas para cuya inteligencia son indispensables algunas explicaciones preliminares. En la visión a distancia, el sonámbulo no distingue un objeto lejano como podríamos hacerlo nosotros valiéndonos de un anteojo. *No es el objeto el que se acerca a él por medio de una ilusión óptica*;

ÉL ES QUIÉN SE ACERCA AL OBJETO.

Lo ve como si precisamente estuviese a su lado; se ve como él mismo en el lugar que observa; en una palabra, se transporta allí. En semejante momento, su cuerpo parece anonadado, su palabra es más débil, el sonido de la voz tiene algo de extraño; parece que se apaga en él la vida animal; la vida espiritual está por completo en el lugar a donde la transporta el pensamiento; solo la materia se encuentra en el mismo sitio. Hay, pues, una porción de nuestro ser que se separa de nuestro cuerpo para transportarse instantáneamente a través del espacio, conducida por el pensamiento y la voluntad. Esta porción es inmaterial evidentemente, pues de no ser así, produciría algunos de los efectos de la materia, y esta parte de nosotros mismos es lo que llamamos *alma*. Si, es el alma la que da al sonámbulo las facultades maravillosas de que goza; el alma que, en determinadas circunstancias se manifiesta aislándose en parte y momentáneamente de su envoltura corporal. Para cualquiera que haya observado atentamente los fenómenos del sonambulismo en toda su pureza, la existencia del alma es un contrasentido demostrado hasta la evidencia. Así, pues, puede decirse con cierta razón, que el magnetismo y el materialismo son incompatibles. Si hay algunos magnetizadores que parecen separarse de esta regla, y que profesan las doctrinas materialistas, es porque sin duda no han hecho más que un muy superficial estudio de los fenómenos físicos del magnetismo, y porque no han buscado seriamente la solución del problema de la visión a distancia. Como quiera que sea, nunca hemos visto un solo sonámbulo que no estuviese penetrado de un profundo sentimiento religioso, *cualesquiera que pudiesen ser sus opiniones en estado de vigilia.*

Volvamos a la teoría de la lucidez. Siendo el alma el principio de las facultades del sonámbulo, en ella reside por fuerza la clarividencia, y no en tal o cual parte circunscrita de nuestro cuerpo. He aquí por que el sonámbulo no puede designar el órgano de su facultad, como designaría el ojo para la visión exterior; ve por toda su alma, pues la clarividencia es uno de los atributos de todas las partes del alma, como la luz es uno de los atributos de todas las partes del fósforo. En donde quiera que puede penetrar el alma, existe clarividencia; de aquí la lucidez de los sonámbulos a través de todos los cuerpos, de las mas espesas envolturas y a todas las distancias. Una objeción se presenta naturalmente a este sistema, y debemos apresurarnos a contestar a ella. Si las facultades sonambúlicas son las mismas del alma separadas de la

materia, ¿por que no son constantes? ¿Por que ciertas personas son más lúcidas que otras? ¿Por que en un mismo sujeto es variable la lucidez? Concíbese la imperfección física de un órgano, pero no la del alma. El alma está unida al cuerpo por lazos misteriosos que no nos había sido dado conocer antes que el Espiritismo nos hubiese demostrado la existencia y funciones del periespíritu. Habiendo sido tratada especialmente esta cuestión en la

Revista y obras fundamentales de la doctrina, no nos detendremos mucho en ella, limitándonos a decir que por nuestros órganos materiales se manifiesta el alma a lo exterior. En nuestro estado normal, estas manifestaciones están naturalmente subordinadas a la imperfección del instrumento, del mismo modo que el mejor obrero no puede hacer una obra perfecta con malos utensilios. Por admirable que sea la estructura de nuestro cuerpo, cualquiera que haya sido la previsión de la naturaleza respecto de nuestro organismo para el desempeño de las funciones vitales, hay mucha diferencia entre esos órganos sometidos a todas las perturbaciones de la materia, y la sutileza de nuestra alma. Por todo el tiempo que el alma esta unida al cuerpo, sufre las trabas y vicisitudes de éste. El fluido magnético no es el alma; es un lazo, un intermediario entre el alma y el cuerpo, y por su mayor o menor acción sobre la materia hace al alma más o menos libre. De aquí la diversidad de facultades sonambúlicas. El sonámbulo es el hombre que no está despojado más que de una parte de sus vestidos, y cuyos movimientos están entorpecidos aún por los que le quedan.

El alma no tendrá su plenitud y la entera libertad de sus facultades hasta que haya sacudido las últimas envolturas terrestres, como la mariposa salida de su crisálida. Si hubiese un magnetizador bastante poderoso para dar al alma una libertad absoluta, se rompería el lazo terrestre y su consecuencia inmediata sería la muerte. El sonambulismo nos hace poner, pues, un pie en la vida futura; levanta una punta del velo bajo el que se ocultan las verdades que hoy nos hace entrever el Espiritismo; pero no la conoceremos en su esencia hasta que no estemos completamente libres del velo material que en la tierra la obscurece.

Doble Vista - Conocimiento del Porvenir

Previsiones

Si en estado sonambúlico las manifestaciones del alma se hacen hasta cierto punto ostensible, sería absurdo imaginar que en estado normal estuviese

aquella, confinada en su envoltura de un modo absoluto, como el caracol en su concha. No es la influencia magnética la que la desarrolla, sino que la hace patente por la acción que ejerce en sus órganos. El estado sonambúlico no es siempre una condición indispensable para semejante manifestación, pues las facultades que hemos visto producirse en aquel estado, se desarrollan a veces espontáneamente en estado normal en ciertos individuos. De aquí resulta para ellos la facultad de ver más allá del limite de los sentidos; perciben las cosas ausentes donde quiera que el alma extiende su acción; ven, si podemos servimos de esta expresión, a través de la vista ordinaria, y los cuadros que describen, los hechos que relatan, se les presentan como por efecto de un espejismo. Este es el fenómeno conocido bajo el nombre de *doble vista*. En el sonambulismo, la clarividencia es producida por la misma causa, con la única diferencia de que, en ese estado, es limitada, independiente de la visión corporal, mientras que en los que están dotados de ella en estado de vigilia, es simultánea.

Casi nunca es permanente la doble vista; por punto general se produce espontáneamente, en ciertos momentos, sin ser efecto de la voluntad, y provoca una especie de crisis que a veces modifica sensiblemente el estado físico. La vista tiene algo de vaga, parece que se mira sin ver, y toda la fisonomía refleja una especie de exaltación.

Es de notar que las personas que gozan de esta facultad no se dan cuenta de ello; les parece natural como la de ver con los ojos; lo consideran como un atributo de su ser, sin que bajo ningún concepto la reputen excepcional. Añadid que el olvido sigue a menudo a esa lucidez pasajera, cuyo recuerdo, haciéndose mas y mas vago, concluye por desaparecer como el de un sueno.

Hay grados infinitos en la intensidad de la doble vista, desde la sensación confusa, hasta la percepción tan clara y neta como en el sonambulismo. Faltándonos un término para expresar este estado especial, y sobre todo para designar a los individuos que de él son susceptibles, se ha empleado la palabra vidente, y aunque no exprese exactamente la idea, la adoptaremos hasta nueva orden, a falta de otra mejor.

Si comparamos ahora los fenómenos de la clarividencia sonambúlica con la doble vista, se comprende que el vidente pueda tener percepción de las cosas ausentes: como el sonámbulo, ve a distancia, sigue el curso de los

acontecimientos, juzga de su tendencia, y puede, en ciertos casos, prever su resultado.

Este don de la doble vista es el que, en estado rudimentario; da a ciertas personas el tacto, la perspicacia, una especie de seguridad en sus actos, que puede llamarse la certeza del vistazo moral. Más desarrollado, despierta los pensamientos; algo mas aún, presenta los acontecimientos, realizándose o a punto de realizarse, y llegado, en fin, a su apogeo, es el éxtasis en estado de vigilia.

Según dejamos dicho, el fenómeno de la doble vista es casi siempre natural y espontáneo; mas parece que tiene lugar con más frecuencia bajo la influencia de ciertas circunstancias. *Los tiempos de crisis, de calamidad, de grandes emociones, todas las causas, en fin, que sobreexcitan la parte moral, provocan el desarrollo de aquel. Parece que la Providencia, en presencia de mayores peligros, multiplica alrededor de nosotros, la facultad de prevenirlos*.

Ha habido videntes en todos los tiempos y en todas las naciones: mas parece, sin embargo, que ciertos pueblos tienen naturalmente una mayor predisposición. Se dice que el don de la doble vista es muy común en Escocia. Con mucha frecuencia se observa también en las gentes del campo y en los habitantes de las montanas. Los videntes han sido juzgados de diverso modo, según los tiempos, las costumbres y el grado de civilización. Para los escépticos son cerebros echados a perder, alucinados: las sectas religiosas los han constituido en profetas, sibilas y oráculos; en los siglos de superstición y de ignorancia, eran hechiceras a quienes se quemaba. Para el hombre sensato que cree en la potencia infinita de la naturaleza y en la inagotable bondad del Creador, la doble vista es una facultad inherente a la especie humana, por medio de la cual Dios nos revela la existencia de nuestra esencia inmaterial. ¿Quién no reconocer un don de esta naturaleza en Juana de Arco y en una multitud de otros personajes que la historia califica de inspirados?

Con frecuencia se ha hablado de las echadoras de cartas que dicen cosas sorprendentes por su exactitud. Estamos muy lejos de constituirnos en panegiristas de los que dicen la buenaventura, que explotan la credulidad de los espíritus débiles, y cuyo lenguaje ambiguo se presta a todas las combinaciones de una imaginación excitada. Pero, no es nada imposible que ciertas personas que se dedican a ese oficio, tengan el don de la doble vista, aun a pesar suyo, de modo que las cartas no son para ellas más que un medio,

un pretexto, una base de conversación. Hablan según lo que ven, y no según lo que indican las cartas que apenas miran.

Lo mismo sucede con los otros medios de adivinación, tales como las líneas de la mano, la borra del café, la clara de huevo y otros símbolos místicos. Las líneas de la mano tienen quizá mas valor que todos los otros medios, no por si mismas, sino porque los presuntos adivinos, si están dotados de la doble vista, al tomar y palpar la mano del que los consulta, se encuentran en relación mas directa con él, según tiene lugar en las consultas sonambúlicas.

Puede colocarse a los médiums videntes en la categoría de las personas que gozan de la doble vista. Como estos últimos, los médiums videntes creen, en efecto, ver con los ojos; pero en realidad es el alma la que ve, y he aquí la razón porque ven tanto con los ojos abiertos como cuando los tienen cerrados; de lo que se sigue necesariamente que un ciego podría ser médium vidente lo mismo que uno que tenga la vista intacta. Sería interesante estudiar si semejante facultad es más frecuente en los ciegos. Nos inclinamos a creerlo, atendiendo a que, como podemos convencernos por la experiencia, la privación de comunicar con el mundo exterior, por falta de ciertos sentidos, da en general más fuerza a la facultad de abstracción del alma, y por consiguiente, mayor desarrollo al sentido íntimo con el que nos ponemos en comunicación con el mundo espiritual.

Los médiums videntes pueden, pues, ser asimilados a las personas que gozan de la vista espiritual, pero sería acaso muy absoluto considerar a estos últimos como médiums; porque consistiendo la mediumnidad únicamente en la intervención de los Espíritus, lo que hacemos por nosotros mismos no puede considerarse como un acto mediúmnico. El que pose la vista espiritual ve con su propio Espíritu, y nada implica para la extensión de su facultad la necesidad del concurso de un Espíritu extraño. Dado esto, examinemos hasta que punto la facultad de la doble vista puede permitirnos descubrir las cosas ocultas y penetrar el porvenir.

En todos los tiempos los hombres han querido conocer el porvenir, y se recopilarían volúmenes sobre los medios inventados por la superstición, para levantar el velo que cubre nuestro destino. Ocultándonoslo, la naturaleza ha sido muy sabia. Cada uno de nosotros tiene su misión providencial en la gran colmena humana, y concurre a la obra común, en la estera de su actividad. Si anticipadamente supiése os el fin de cada cosa, no cabe duda que se resentiría

de ello la armonía general. Un porvenir feliz asegurado privaría al hombre de toda actividad, puesto que no tendría necesidad de ningún esfuerzo para llegar al fin que se propone: su bienestar, todas sus fuerzas físicas y morales serian paralizadas, y la marcha progresiva de la humanidad sería detenida. La certeza de la desgracia produciría las mismas consecuencias por causa del decaimiento; cada uno renunciaría a la lucha con el fallo definitivo del destino. El conocimiento absoluto del porvenir sería, pues, una dádiva funesta que nos conduciría al dogma de la fatalidad, el más peligroso de todos, el más antipático al desarrollo de las ideas. La incertidumbre del momento de nuestro fin en la tierra es lo que nos hace trabajar hasta el último latido de nuestro corazón. El viajero arrastrado por un vehículo se entrega al movimiento que ha de conducirle al término de su viaje, sin pensar en desviarlo porque conoce su impotencia. Tal sería el hombre que conociese su destino irrevocable. Si los videntes pudieran infringir esta ley de la Providencia, serían iguales a Dios; de modo que no es esa su misión. En el fenómeno de la doble vista, estando el alma separada parcialmente de la envoltura material que limita nuestras facultades, no existe para ella duración ni distancias: abrazando el tiempo y el espacio, todo se confunde en el presente. Libre de sus trabas, juzga de las causas y de los efectos mejor que nosotros; ve las consecuencias de las cosas presentes y puede hacérnoslas presentir. En este sentido debe entenderse el don de presciencia atribuido a los videntes. Las previsiones no son más que el resultado de una conciencia mas clara de lo que existe, y no una predicción de cosas fortuitas sin relación con el presente; es una deducción lógica de lo conocido para llegar a lo desconocido, que depende a menudo de nuestro modo de observar. Cuando un peligro nos amenaza, si se nos advierte, estamos en disposición de hacer lo necesario para evitarlo; nos toca a nosotros hacerlo no. En semejante caso, el vidente se halla en presencia del peligro que nos esta oculto, lo señala, indica el medio de evitarlo, pero si no se hace, el acontecimiento sigue su curso. Supongamos un coche en un camino que conduce a un abismo que el conductor no puede ver. Es vidente que si nada lo hace desviar, se precipitar en él. Supongamos, por otra parte, un hombre colocado de modo que, a vista de pájaro, domina el camino; que ese hombre, viendo la muerte inevitable del pasajero, pueda advertirle que se detenga o retroceda a tiempo; el peligro será conjurado. Desde su posición, que domina el espacio, ve lo que el viajero, cuya vista está circunscrita por los accidentes

del terreno, no puede distinguir; puede ver si una causa fortuita evitará la caída, y conoce anticipadamente, por lo tanto, el resultado del acontecimiento, pudiendo así predecirlo. Si el mismo hombre, colocado en la cima de un monte, ve desde lejos un ejército enemigo que sigue el camino de una población que quiere incendiar, le sería fácil, calculando el espacio y la rapidez, prever el momento de la llegada del ejército. Si bajando a la población, dice sencillamente: A tal hora será incendiada la población, realizado el hecho, pasará aquí, entre la multitud ignorante por un adivino, un hechicero, siendo así que no ha hecho mas que ver lo que los otros no podían ver, de lo cual ha deducido la consecuencia.

Pues lo mismo que semejante hombre, el vidente abraza y sigue el curso de los acontecimientos: no prevé por medio de la adivinación el resultado, sino que lo ve; y así puede deciros si estáis en buen camino, indicaros el mejor y anunciaros lo que al fin encontrarais. Viene a ser para vosotros el hilo de Ariadna que os enseña la salida del laberinto. Como se ve, va mucha distancia de esto a la predicción propiamente dicha, tal como la entendemos en la acepción vulgar de la palabra. En nada se menoscaba el libre albedrío del hombre, que queda siempre dueño de obrar o no, que realiza o no los acontecimientos por su voluntad o por inercia. Se le indica el medio de llegar al fin; a él le toca emplearlo. Suponerle sometido a una fatalidad inexorable en los menores sucesos de la vida, es desheredarle de su mas bello atributo, la inteligencia, y asimilarle al bruto. El vidente no es, pues, un adivino; es un ser que percibe lo que nosotros no vernos; viene a ser para nosotros el perro que guía al ciego. En este punto nada contradice las miras de la providencia sobre el secreto de nuestro destino; ella misma es quien nos da guía. Tal es el aspecto bajo el que debe mirarse el conocimiento del- porvenir en las personas dotadas de doble vista. Si este porvenir fuese fortuito, si dependiera de lo que llamamos la casualidad, si de ningún modo se relacionase con las circunstancias presentes, ninguna clarividencia podría penetrarlo, y toda previsión no ofrecería ninguna certeza en este caso. El vidente, y nosotros entendemos por él al verdadero vidente, el vidente serio y no el charlatán que lo imita; el verdadero vidente, decimos, no dice lo que el vulgo llama la buenaventura; prevé el resultado del presente, nada más, y esto es bastante. ¡Que de errores, falsas determinaciones y tentativas inútiles nos evitaríamos, si tuviésemos siempre una guía segura que nos ilustrase; que de hombres están

fuera de su centro en el mundo por no haber sido puestos en el camino que la naturaleza trazó a sus facultades! ¡Cuantos dejan de obtener buenos resultados por haber cedido a solicitaciones perniciosas o por haber seguido los consejos de una obstinación irreflexiva! Una persona clarividente hubiese podido decirles: "No emprendáis tal cosa; porque vuestras facultades intelectuales son insuficiente, por que no conviene ni a vuestro carácter, ni a vuestra constitución física o porque no seréis secundado conforme lo necesitáis o bien porque os equivocáis acerca de la trascendencia de la cosa, pues encontraréis tal dificultad que no prevéis". En otra circunstancia, diría: "Saldréis bien en tal cosa, si os portáis de este o de aquel modo, si evitáis tal paso que podría comprometeros". Sondeando las disposiciones y los caracteres, diría: "Desconfiad de tal celada que quieren tenderos", y añadiría: "Ya estáis prevenido, he cumplido mi misión; os señalo el peligro; si sucumbís, no acuséis a la suerte, ni a la fatalidad, ni a la Providencia, sino a vos mismo. ¿Qué puede hacer el médico, cuando el enfermo no toma en cuenta sus avisos? (*Véase El Génesis, capítulo XVI: De la presciencia*).

Introducción al Estudio de la Fotografía y de la Telegrafía del Pensamiento

La acción fisiológica, de individuo a individuo, con o sin contacto, es un hecho incontestable. Esta acción no puede, evidentemente, ejercerse más que por medio de un agente cuyo receptáculo es nuestro cuerpo y cuyos principales órganos de emisión y dirección son nuestros ojos y nuestros dedos. Ese agente invisible es por fuerza un fluido. ¿Cuál es su naturaleza, cuál su esencia, cuales sus propiedades íntimas? ¿Es un fluido especial o bien una modificación de la electricidad o de cualquiera otro fluido conocido? ¿Es el que en otro tiempo se designaba con el nombre de fluido nervioso? ¿No es el que designamos hoy bajo el calificativo de fluido cósmico, cuando esta esparcido por la atmósfera, y con el de fluido periespiritual, cuando está individualizado? Esta cuestión es, pues, del todo secundaria.

Como la luz, la electricidad y el calórico, el fluido periespiritual es imponderable. En su estado normal, es invisible para nosotros y solo por los efectos le revela; pero se hace visible en el estado de sonambulismo lúcido, y aun en el de vigilia para las personas dotadas de doble vista. En estado de emisión, se presenta bajo la forma de hacecillos luminosos, bastante semejantes a la luz eléctrica derramada en el vacío, y a esto es a lo que se limita su analogía con el fluido últimamente indicado, puesto que no produce, cuando menos, de una manera ostensible, ninguno de los fenómenos físicos que conocemos. En estado ordinario, refleja tintes diversos según los individuos de los que emana. Ora rojo pálido, ora verdusco o pajizo, como una ligera bruma por punto general, derrama sobre los cuerpos circunvecinos un matiz amarillento más o menos pronunciado.

Las relaciones de los sonámbulos y de los videntes son idénticas sobre este particular. Tendremos ocasión de volver a ocuparnos de él al hablar de las cualidades impresas al fluido por el móvil que lo pone en ejercicio y por el adelanto del individuo que lo emite. Ningún cuerpo le es obstáculo; los penetra y atraviesa todos y ninguno hasta ahora se conoce que sea capaz de aislarlo. Solo la voluntad puede extender o restringir su acción y la voluntad es, en efecto, su principio activo mas poderoso, y por medio de ella se dirigen sus efluvios a través del espacio, se le acumula a voluntad sobre un punto determinado; se saturan ciertos objetos o bien se le retira de los lugares en que es excesivo. Digamos de paso que en este principio esta fundada la potencia magnética. Parece en fin, ser el vehículo de la visión psíquica, como el fluido luminoso es el de la visión ordinaria.

Aunque proceda de un origen universal, el fluido cósmico se individualiza, por decirlo así, en cada ser y adquiere propiedades características que permiten distinguirlo entre todos los otros, y según hemos tenido ocasión de convencemos de ello, ni siquiera la muerte destruye semejantes caracteres de individualización, que subsisten por espacio de muchos años después de la cesación de la vida. Cada uno de nosotros tiene, pues, su fluido propio que le rodea y le sigue en todos sus movimientos, como la atmósfera sigue a cada planeta. La extensión de la irradiación de esas atmósferas individuales es muy variable; en un estado de reposo absoluto del Espíritu, semejante irradiación puede estar circunscrita a un límite de algunos pasos; pero bajo el imperio de la voluntad, puede abarcar distancias infinitas;

parece que la voluntad dilata el fluido como el calor dilata el gas. Las diferentes atmósferas particulares se encuentran, se cruzan y se mezclan sin confundirse nunca, lo mismo que las ondas sonoras que continúan siendo distintas, a pesar de la multitud de sonidos que simultáneamente conmueven el aire. Puede, pues, decirse que cada individuo es el centro de una onda fluídica cuya extensión esta en razón de la fuerza de vibración. La voluntad es la causa propulsora del fluido, como el choque es la causa vibrante del aire y propulsora de las ondas sonoras.

De las cualidades particulares de cada fluido, resulta entre ellos una especie de armonía o discordia, una tendencia a unirse o a rechazarse, una atracción o una repulsión, en una palabra, las simpatías o las antipatías que con frecuencia se experimentan sin causas determinantes conocidas. Al encontrarnos en la esfera de actividad de un individuo, su presencia nos es revelada a veces, por la impresión agradable o desagradable que de su fluido sentimos. Al hallarnos en medio de personas de cuyos sentimientos no participamos, cuyos fluidos no se armonizan con los nuestros, nos oprime una reacción penosa, y allí nos encontramos como una disonancia en un concierto. Si, por el contrario, muchos individuos se encuentran reunidos con comunidad de miras y de intenciones, los sentimientos de cada uno se exaltan en proporción de la masa de las potencias que reaccionan.

¿Quién no conoce la fuerza arrebatadora que domina a las aglomeraciones en que hay homogeneidad de pensamientos y de voluntad? No podríamos figurarnos a cuantas influencias estamos sometidos aun a pesar nuestro. Esas influencias ocultas, ¿no pueden ser la causa que provoca ciertos pensamientos, aquellos pensamientos que nos son comunes en un mismo instante con ciertas personas; esos vagos presentimientos que nos hacen exclamar: Hay algo en la atmósfera que presagia tal o cual- suceso? En fin, ciertas indefinibles sensaciones de bienestar o incomodidad moral, o de certeza, ¿no serán efecto de la reacción del medio fluídico en que estamos, de los efluvios simpáticos o antipáticos que recibimos y que nos rodean como en las emanaciones de un cuerpo odorífico? No podemos declararnos en absoluto por la afirmativa en estas cuestiones; pero se convendrá, cuando menos, en que la teoría del fluido cósmico, individualizado en cada ser bajo el nombre de fluido periespiritual, abre un campo del todo nuevo a la solución de una multitud de problemas hasta ahora inexplicados.

Cada uno, en su movimiento de traslación, arrastra, pues, consigo su atmósfera fluídica, como el caracol carga su concha; pero este fluido deja huellas de su paso; deja como un surco luminoso inaccesible a nuestros sentidos, en estado de vigilia, pero que sirve a los sonámbulos, a los videntes y a los Espíritus desencarnados para reconstruir los hechos realizados y analizar el móvil que los hizo ejecutar.

Toda acción física o moral, patente u oculta, de un ser sobre si mismo o sobre otro, supone, por un lado, una potencia que obra, y por otro, una sensibilidad pasiva. En todas las cosas dos fuerzas iguales se neutralizan y la debilidad cede a la superioridad. No estando, pues, dotados todos los hombres de la misma energía fluídica, o de otra manera, no teniendo en todos el fluido periespiritual la misma potencia activa, esto nos explica por que, en algunos, esta potencia es casi irresistible al paso que es nula en otros: porque ciertas personas son muy accesibles a su acción, al paso que otras son muy refractarias. Esta superioridad e inferioridad relativas dependen evidentemente de la organización; pero se incurriría en error si se creyese que están en razón de la fuerza o de la debilidad física. La experiencia prueba que los hombres más robustos sufren a veces más fácilmente las influencias fluídicas que otros de una constitución mucho más delicada, al paso que a veces se encuentra en estos últimos una potencia que su débil aspecto no hubiese podido hacer que se sospechase. Esta diversidad en el modo de obrar puede explicarse de varias maneras.

La potencia fluídica aplicada a la acción recíproca de unos hombres sobre otros, es decir, al magnetismo, puede depender: 1º de la suma de fluido que cada uno pose; 2º de la naturaleza intrínseca del fluido de cada uno, prescindiendo de la cantidad; 3º del grado de energía de la fuerza impulsiva y acaso de estas tres causas reunidas. En la primera hipótesis, el que tiene mas fluido daría al que tiene menos en mayor cantidad de la que recibiría. En este caso, habría analogía perfecta con el cambio de calórico que hacen entre si dos cuerpos que se ponen en equilibrio de temperatura. Cualquiera que sea la causa de la diferencia, podemos damos cuenta del efecto que produce, suponiendo tres personas cuya potencia fluídica representaremos por los números, 10, 5 y 1. El 10 obrará sobre 5 y 1; pero con más energía sobre 1 que sobre 5; 5 obrará sobre 1, pero será impotente sobre 10; en fin, 1 no obrara ni sobre 5 ni sobre 10. Esta sería la razón de que ciertos sujetos son sensibles a la

acción de tal magnetizador e insensibles a la de otro. Puede también explicarse, hasta cierto punto, semejante fenómeno, aplicando las consideraciones precedentes. Hemos dicho, en efecto, que los fluidos individuales son simpáticos o antipáticos unos para con otros. ¿No podría, pues, suceder, que la acción reciproca de los individuos estuviese en razón de la simpatía de los fluidos, es decir, de su tendencia a confundirse por una especie de armonía, como las ondas sonoras producidas por los cuerpos vibrantes? Es indudable que esta armonía o simpatía de los fluidos es una condición, si no absolutamente indispensable, cuando menos, muy preponderante, y que habiendo disonancia o antipatía, la acción solo puede ser débil y aun nula. Este sistema nos explica las condiciones anteriores de la acción, pero no nos dice de qué lado esta la potencia, y admitiéndolo, nos vernos obligados a recurrir a nuestra primera suposición.

Por lo demás, nada indica que el fenómeno se verifique en virtud de una o de otra causa. El hecho existe, esto es lo esencial: los de la luz se explican igualmente por la teoría de la emisión y por la de las ondulaciones: lo de la electricidad por los fluidos positivo y negativo, vítreo y resinoso.

Apoyándonos en las consideraciones que preceden, procuraremos en el próximo estudio establecer lo que entendemos por la Fotografía y la Telegrafía del pensamiento.

Fotografía y Telegrafía del Pensamiento

La fotografía y la telegrafía del pensamiento son cuestiones que hasta el presente, apenas si se han tratado. Como todas las que no tienen relación con las leyes, que, por esencia, deben ser universalmente divulgadas, han sido relegadas a la segunda fila, aunque su importancia sea capital y los elementos de estudio que entrañan están llamados a aclarar muchos problemas que, hasta hoy, carecen de solución.

Cuando un artista de talento pinta un cuadro, obra magistral a la que consagra todo el genio que progresivamente ha ido adquiriendo, traza ante todo a grandes rasgos el croquis, de modo que se comprenda por el bosquejo todo el partido que espera sacar. Solo después de haber elaborado minuciosamente su plan general, procede a la ejecución de los detalles, y aunque el último trabajo exija ser tratado con más esmero quizás que el bosquejo, sin haberle precedido este, sería, empero, imposible el otro. Lo

mismo sucede en Espiritismo. Las leyes fundamentales, los principios generales cuyos realces existen en el Espíritu de todo ser creado, debieron ser elaboradas desde el comienzo. Todas las otras cuestiones, cualesquiera que ellas sean, dependen de las primeras, y esta es la razón por que durante cierto tiempo se descuidó su estudio directo.

En efecto, no. puede lógicamente hablarse de fotografía y telegrafía del pensamiento antes de haber demostrado la existencia del alma, que maneja los elementos fluídicos, y la de los fluidos, que permiten que se establezcan relaciones entre dos almas distintas. Y aún hoy, apenas estamos suficientemente ilustrados para la definitiva elaboración de estos inmensos problemas. Sin embargo, algunas consideraciones capaces de preparar un estudio mas completo, no estarían por cierto, fuera de lugar en estas paginas. Siendo el hombre limitado en sus pensamientos y aspiraciones, circunscritos sus horizontes, le es forzosamente necesario concretar y designar todas las cosas, para conservar de ellas un recuerdo apreciable, y basar en datos ya adquiridos, sus futuros estudios. Las primeras nociones del conocimiento las recibe por el sentido de la vista; la imagen del objeto es la que le hace saber que el objeto existe. Conociendo mucho, haciendo inducciones de las diferentes impresiones que producen en su ser intimo, ha fijado la quintaesencia de ellos en su inteligencia por medio del fenómeno de la memoria. ¿Y que es la memoria sino una especie de álbum mas o menos voluminoso, que hojeamos para volver a encontrar las ideas borradas y constituir de nuevo los acontecimientos transcurridos? Este álbum tiene señales en los lugares notables; inmediatamente recordamos ciertos hechos, mientras que para otros nos es precise hojear mucho.

¡La memoria es como un libro! Aquellos de los que leemos con placer ciertos pasajes, ofrecen fácilmente a nuestros ojos semejantes pasajes; las hojas vírgenes o pocas veces leídas, han de ser pasadas una tras otra para que ofrezcan el hecho en que nos hemos fijado poco.

Cuando el Espíritu encarnado recuerda, su memoria le presenta la fotografía, en cierto modo, del hecho que busca. En general, los encarnados que le rodean nada distinguen; el álbum esta en un lugar inaccesible a su vista. Pero los Espíritus lo ven y lo hojean con nosotros, y en ciertas circunstancias pueden intencionadamente favorecer nuestra investigación o perturbarla.

Lo que acontece de encarnado a Espíritu, tiene igualmente lugar de Espíritu a vidente. Cuando se evoca el recuerdo de ciertos hechos en la existencia de un Espíritu, la fotografía de estos hechos se presenta a él, y el vidente, cuya situación espiritual es análoga a la del Espíritu libre, ve como él, y aún ve en ciertas circunstancias lo que el Espíritu no ve por sí mismo, exactamente como un desencarnado puede hojear en la memoria de un encarnado sin que este tenga conciencia de ello, y recordarle hechos olvidados hace mucho tiempo. En cuanto a los pensamientos abstractos, por lo mismo que existen, toman un cuerpo para impresionar el cerebro, deben obrar naturalmente en él y esculpirse hasta cierto punto. También en éste, como en el primer caso, la semejanza entre los hechos que existen en la tierra y en el espacio parece perfecta. El fenómeno de la fotografía del pensamiento ha sido objeto de muchas reflexiones en la Revue Spirite, y para mayor claridad, reproducimos aquí algunos pasajes del artículo consagrado a este estudio, completándolos con nuevas experiencias.

Siendo el fluido el vehículo del pensamiento, este obra en los fluidos como el sonido en el aire; nos aporta el pensamiento como el aire nos aporta el sonido. Puede, pues, decirse con toda verdad, que hay en los fluidos ondas y rayos sonoros.

Hay más aún: cuando el pensamiento crea imágenes fluídicas, se reflejan en la envoltura periespiritual como en un espejo, y como esas imágenes de objetos terrestres que se reflejan en los vapores del aire: toma en dicha envoltura un cuerpo y se fotografía en ella hasta cierto punto. Si un hombre, por ejemplo, concibe la idea de matar a otro, por impasible que esté su cuerpo material, el fluídico es puesto en acción por el pensamiento del que reproduce todos los matices; ejecuta fluidicamente el gesto, el acto que tiene intención de realizar: su pensamiento crea la imagen de la victima, y toda la escena se pinta, como en un cuadro, del mismo modo que esta en su espíritu.

Así es como los más secretos movimientos del alma se repercuten en la envoltura fluídica, y como un alma puede leer en otra alma como en un libro, y ver lo que no es perceptible por los ojos del cuerpo. Estos ven las impresiones interiores que se reflejan en la fisonomía; pero el alma ve en el alma los pensamientos que no se traducen al exterior.

Sin embargo, si viendo la intención, el alma puede presentir el cumplimiento del acto que le seguirá, no puede, empero, determinar el

momento en que se realizará, ni precisar los pormenores, ni siquiera afirmar que tendrá lugar; porque circunstancias ulteriores pueden modificar los planes concebidos y cambiar las disposiciones. No puede ver lo que aún no está en el pensamiento; lo que ve es la preocupación del momento o habitual del individuo, sus deseos, sus proyectos, sus intenciones buenas o malas; y de aquí los errores en las previsiones de ciertos videntes. Cuando un acontecimiento esta subordinado al libre albedrío de un hombre, aquellos no pueden más que presentir la probabilidad, a partir del pensamiento que ven; pero no afirmar que tendrá lugar de tal manera y en tal momento. La mayor o menor exactitud en las previsiones depende, por otra parte, de la extensión o de la claridad de la vista psíquica. En ciertos individuos, Espíritus o encarnados, esta limitada a un punto, o es difusa, al paso que en otros es clara y abarca el conjunto de pensamientos y voluntades que han de concurrir a la realización de un hecho. Pero por encima de todo, esta siempre la voluntad superior que puede, en su sabiduría, permitir una revelación o impedirla. En este último caso, es corrido un velo impenetrable ante la vista psíquica más perspicaz. (Véase *El Génesis*, capitulo XVI). La teoría de las creaciones fluídicas, y por consiguiente, de la fotografía del pensamiento, es una conquista del Espiritismo moderno, y puede en adelante, considerarse como adquirida en principio, salvo las aplicaciones de detalles que serán resultado de la observación. Este fenómeno es incontestablemente origen de las visiones fantásticas, y debe desempeñar un importante papel en los sueños. Creemos que ahí puede encontrarse la explicación de la mediumnidad en el vaso de agua magnetizada. Toda vez que el objeto que en el vaso se ve, no puede estar en este, el agua debe hacer el oficio de un espejo que refleja la imagen creada por el pensamiento del Espíritu, cuya imagen tanto puede ser la reproducción de una cosa real como la de una creación de la fantasía.

¿Quién es el que sabe en la tierra, la manera como se produjeron los primeros medios de comunicación del pensamiento? ¿Cómo fueron inventados, o mejor, encontrados? Porque nada se inventa, todo existe en estado latente. A los hombres toca buscar los medios de poner en acción las fuerzas que les ofrece la naturaleza. ¿Quién sabe el tiempo que fue menester para emplear la palabra de un modo completamente inteligible?

El primero que dio un grito inarticulado, tenía indudablemente cierta conciencia de lo que quería expresar; pero aquellos a quienes se dirigía, nada

comprendieron en el primer momento, y solo al cabo de una larga serie de tiempo existieron palabras convenidas, luego frases a las que se presto atención, y finalmente discursos enteros. ¿Cuántos miles de años no se han necesitado para llegar al punto en que se encuentra hoy la humanidad? Cada progreso en el modo de comunicación, de relación entre los hombres, ha sido constantemente señalado por un mejoramiento en el estado social de los seres. A medida que las relaciones de individuo a individuo se estrechan, se regularizan, se siente la necesidad de un nuevo modo de lenguaje más rápido, más capaz de poner a los hombres en relación instantáneamente y de una manera universal. ¿Por que lo que tiene lugar en el mundo físico por medio de la telegrafía eléctrica, no ha de tener lugar en el mundo moral, de encarnado a encarnado, por medio de la telegrafía humana? ¿Por que las relaciones ocultas que unen más o menos conscientemente los pensamientos de los hombres y de los Espíritus por medio de la telegrafía espiritual, no han de generalizarse de un modo consciente entre los hombres? ¡La telegrafía humana! He aquí lo que provocará la risa de los que se nieguen a admitir todo lo que no impresiona los sentidos materiales. Pero, ¿que importan las burlas de los presuntuosos? Todas sus negaciones no impedirán que las leyes naturales sigan su curso y encuentren nuevas aplicaciones, a medida que la inteligencia humana esté en disposición de percibir sus efectos.

El hombre tiene una acción directa así sobre las cosas como sobre las personas que le rodean. A menudo una persona de la que poco caso se hace, ejerce una influencia decisiva sobre otras que tienen una reputación muy superior. Depende esto de que, *en la tierra, se ven más caretas que caras*, y de que los ojos están deslumbrados por la vanidad, el interés personal y todas las malas pasiones.

La experiencia demuestra que puede obrarse en el espíritu de los hombres a pesar suyo. Un pensamiento superior, *fuertemente pensado*, permítaseme la expresión, puede, pues, según su fuerza y elevación, impresionar más o menos lejos a hombres que ninguna conciencia tienen del modo como a ellos ha llegado, de la misma manera que el que lo emite no tiene conciencia del efecto producido por su emisión. Este es un funcionamiento constante de las inteligencias humanas y de su acción reciproca.

Unid a esto la acción de los desencarnados, y calculad, si podéis, la potencia incalculable de esa fuerza compuesta de tantas otras reunidas. ¡Si se

pudiese sospechar el mecanismo inmenso que el pensamiento pone en juego, y los efectos que produce de individuo a individuo, de grupo a grupo, y la acción universal de los pensamientos de unos hombres sobre otros, quedaríamos deslumbrados! Nos sentiríamos anonadados ante esa infinidad de detalles, ante esas innumerables redes enlazadas entre si por una-poderosa voluntad, y obrando armónicamente para alcanzar un objeto único: el progreso universal. Por medio de la telegrafía del pensamiento el hombre apreciará en todo su valor, la ley de la solidaridad, reflexionando que no hay un pensamiento, sea criminal, sea virtuoso, que no tenga una acción real sobre el conjunto de los pensamientos humanos y sobre cada uno de ellos. Y si el egoísmo le hiciese desconocer las consecuencias para otro de un pensamiento perverso que le sea personal, será inducido por ese mismo egoísmo a pensar bien, para aumentar el nivel moral general, pensando en las consecuencias que a él le resultarían del pensamiento malo de otro.

¿No son consecuencia de la telegrafía del pensamiento esos choques misteriosos que proceden de la alegría o sufrimiento de una persona querida, alejada de nosotros? ¿No es a un fenómeno del mismo género que debemos los sentimientos de simpatía o repulsión, que nos arrastran hacia ciertos Espíritus y nos alejan de otros?

Ciertamente es este un campo inmenso para el estudio y la observación; pero del que solo los contornos podemos descubrir. El estudio de los detalles será consecuencia de un conocimiento más completo de las leyes que rigen la acción de unos fluidos sobre otros.

Estudio Sobre La Naturaleza De Cristo

1. Fuente de las Pruebas de la Naturaleza de Cristo

Desde los primeros siglos del cristianismo se viene agitando la cuestión de la naturaleza de Cristo, y puede decirse que aún no esta resuelta; puesto que sobre ella se discute todavía. De la divergencia de opinión sobre este punto han nacido la mayor parte de las sectas que desde hace dieciocho siglos (la diferencia aún hoy existe), dividen a la Iglesia; y es de notar que los jefes de todas estas sectas han sido obispos, o con otros títulos, miembros del clero. Eran, pues, en consecuencia, hombres ilustrados, en su mayor parte escritores de talento, nutridos de la ciencia teológica, los que no consideraban concluyentes las razones invocadas a favor del dogma de la divinidad de Cristo.

No obstante, entonces, como en la actualidad, se han formado las opiniones más en virtud de abstracciones que de hechos; se ha inquirido, sobre todo, lo que semejante dogma podría tener de plausible o de irracional, y unos y otros han descuidado generalmente el trabajo de hacer resaltar los hechos que podrían derramar sobre la cuestión una luz decisiva. Pero, ¿dónde encontrar tales hechos, sino en los hechos y palabras de Jesús?

No habiendo escrito nada Jesús, sus únicos historiadores son los apóstoles, quienes nada escribieron durante su vida. No habiendo hablado de aquel ningún escritor profano contemporáneo, no existe sobre su vida y su doctrina ningún otro documento más que los Evangelios, y en ellos solamente debe buscarse la clave del problema. Todos los escritos posteriores, sin exceptuar los de San Pablo, no son ni pueden ser más que comentarios o apreciaciones, reflejo de personales opiniones, contradictorias a menudo, que en caso alguno pueden tener la autoridad del relato de los que habían recibido las instrucciones directas del Maestro. Sobre esta cuestión, como sobre la de todos los dogmas en general, no puede invocarse como argumente de peso, ni como una prueba irrecusable en favor de su opinión, la congruencia de los Padres de la Iglesia y otros escritores sagrados, puesto que ninguno de ellos ha podido citar un solo hecho fuera del Evangelio concerniente a Jesús, ni ha descubierto documentos nuevos desconocidos de sus predecesores. Los autores sagrados no han podido más que girar en el mismo círculo, dar su apreciación personal, sacar consecuencias desde su punto de vista, y comentar bajo nuevas formas y con mayor desenvolvimiento las opiniones contradictorias. Todos los de ese mismo partido han debido escribir en el mismo sentido, ya que no en los mismos términos, so pena de ser declarados herejes, como lo fueron Orígenes y tantos otros. Naturalmente, la Iglesia no ha incluido en el número de sus Padres más que a los escritores considerados ortodoxos desde el punto de vista de aquella; no ha exaltado, santificado y coleccionado sino a los que la han defendido, al paso que ha rechazado a otros, destruyendo sus escritos cuando le ha sido posible. Nada tiene, pues, de concluyente, la congruencia de los Padres de la Iglesia, puesto que es una unanimidad elegida, formada por medio de la eliminación de los elementos contrarios. Si al lado de lo que se ha escrito en pro se pusiera lo que en contra se ha escrito, no sabemos con seguridad hacia dónde se inclinaría la balanza.

Esto en nada rebaja el mérito personal de los mantenedores de la ortodoxia, ni su valor como escritores y hombres concienzudos. Son abogados de una misma causa que con incontestable talento la han defendido, y que por fuerza debían llegar a las mismas conclusiones. Lejos de querer denigrarles en lo más mínimo, hemos querido solamente refutar el valor de las consecuencias que de su congruencia pretenden sacarse.

En el examen que vamos a hacer de la cuestión de la divinidad de Cristo, dando de mano a las sutilezas del escolasticismo, que, en lugar de dilucidarla, solo ha servido para embrollarla, nos apoyaremos exclusivamente en los hechos que resultan del texto del Evangelio, y que examinados fría, concienzudamente y, sin prevención, suministran superabundantemente todos los medios de convicción que pueden desearse. Y entre semejantes hechos, no hay otros más preponderantes ni concluyente que las mismas palabras de Cristo, palabras que nadie podría recusar sin atacar la veracidad de los apóstoles. De diferentes maneras puede interpretarse una parábola, una alegoría; pero afirmaciones sin ambigüedad y cien veces repetidas no pueden tener doble sentido. Nadie puede pretender saber mejor que Jesús lo que Él dijo, como nadie pretende estar más al corriente que Él sobre su propia naturaleza. Cuando Jesús comenta sus palabras y las explica, para evitar toda equivocación, preciso es someterse a Él, a menos que se le niegue la superioridad que se le atribuye y se sustituya con otra su propia inteligencia. Si obscura ha sido sobre ciertos puntos al usar un lenguaje figurado, no es posible la duda en lo que concierne a su persona. Antes de examinar las palabras, analicemos los hechos.

2. Prueban los Milagros la Divinidad de Cristo

Según la Iglesia, la divinidad de Cristo queda principalmente demostrada por los milagros que atestiguan una fuerza sobrenatural. Esta consideración pudo ser de cierto peso en una época en que lo maravilloso era aceptado sin examen; pero hoy, cuando la ciencia ha llevado sus investigaciones a las leyes de la naturaleza, los milagros hallan mas incrédulos que creyentes: y .lo que ha contribuido no poco a su descrédito, es el abuso de las imitaciones fraudulentas y la explicación que de ello se ha hecho. La fe en los milagros se ha extinguido por el uso que de la misma se ha venido haciendo; resultando

que los del Evangelio son considerados en la actualidad por muchas personas, como puramente legendarios. La Iglesia, por otra parte, quita a los milagros toda su importancia como prueba de la divinidad de Cristo, declarando que el demonio puede hacerlos tan prodigiosos como aquél; puesto que si el diablo tiene tal poderío, es vidente que los hechos de semejante naturaleza no gozan de un carácter puramente divino. Si puede haber cosas tan maravillosas que llegan a seducir a los mismos elegidos, ¿cómo podrían los simples mortales distinguir los buenos milagros de los malos? ¿Y no es de temer, que, viendo hechos similares, confundan a Dios con Satanás? Atribuir a Jesús un rival semejante en habilidad, era una insigne torpeza; pero en materia de contradicciones e inconsecuencias, no se era muy escrupuloso en una poca en que los fieles hubiesen elevado a la categoría de caso de conciencia el pensar por sí mismos y. el discutir el más insignificante de los artículos impuestos a su credulidad. No se contaba entonces con el progreso, ni se pensaba en que podría tocar a su termino el reino de la fe ciega y sencilla, reino cómodo como el de un placer cualquiera. La misión tan preponderante que se ha obstinado la Iglesia en señalar al demonio, ha producido para la fe desastrosa consecuencias, a medida que los hombres se han sentido capaces para ver con su propios ojos. El demonio, a quien se, ha explotado con buen éxito por algún tiempo, ha venido a ser la piqueta descargada contra el viejo edificio de las creencias, una de las principales causas de la incredulidad Puede decirse que, haciendo de él la Iglesia un auxiliar indispensable: ha alimentado en su seno al que debía revolverse contra ella y minarla en su bases, (Giovanni Papini, excelente escritor católico, con su obra *El Diablo* apoya esta tesis y con ello el pensamiento espírita en tal materia.)

Otra consideración no menos grave es la de que los hechos milagrosos no son privilegio exclusivo de la religión cristiana. No hay, en efecto, una, idólatra o pagana, que no haya tenido sus milagros tan maravillosos y auténticos para los adeptos de aquélla como los del cristianismo. La Iglesia se ha privado del derecho de negarlos, atribuyendo a las potencias infernales la facultad de producirlos. El carácter esencial del milagro en el sentido teológico, es el de ser una excepción a las leyes de la naturaleza, siendo, por consiguiente, inexplicable por las mismas. Desde el instante en que puede explicarse un hecho y se relaciona con una causa conocida, cesa de ser un milagro. Así es como los descubrimientos de la ciencia han hecho entrar en el dominio de los

acontecimientos naturales ciertos efectos calificados de prodigiosos, mientras fue desconocida su causa. Más tarde, el conocimiento del principio espiritual, de la acción de los fluidos sobre la economía, del mundo invisible en medio del cual vivimos, de las facultades del alma, de la existencia y propiedades del periespíritu, ha dado la clave de los fenómenos del orden psíquico y probado que, al igual de los otros, no son derogaciones de las leyes de la naturaleza, sino que, por el contrario, son aplicaciones frecuentes de las mismas. Todos los efectos de magnetismo, de sonambulismo, de éxtasis, de doble vista, de hipnotismo, de catalepsia, de anestesia, de transmisión del pensamiento, de presciencia, de curaciones instantáneas, de posesiones, apariciones y transfiguraciones, etc., que constituyen la casi totalidad de los milagros del Evangelio, pertenecen a semejante categoría de fenómenos. Actualmente se sabe que esos efectos son resultado de aptitudes y de disposiciones fisiológicas especiales; que se han producido en todos los tiempos, en todos los pueblos, y que no tienen más títulos para ser considerados como sobrenaturales que todos aquellos cuyas causas eran desconocidas. Esto explica por que todas las religiones han tenido sus milagros, que no son mas que hechos naturales, pero casi siempre amplificados hasta el absurdo por la credulidad, la ignorancia y la superstición, a los cuales, empero, reducen a su justo valor los conocimientos actuales, descartando la parte legendaria. La posibilidad de la mayor parte de los hechos que el Evangelio cita como realizados por Jesús, esta hoy completamente demostrada por el magnetismo y por el Espiritismo, pasando a ser aquellos meros fenómenos naturales. Puesto que a nuestra vista se producen, ora espontáneamente, ora provocados, nada hay de anormal en que Jesús poseyese facultades idénticas a las de nuestros magnetizadores, curadores, sonámbulos, videntes, médiums, etc. Desde el momento en que esas mismas facultades se hallan, aunque en diferentes grados, en una multitud de individuos que nada tienen de divinos, que hasta se encuentran en los herejes e idólatras, no implican en modo alguno una naturaleza sobrehumana. Si el mismo Jesús calificaba de milagros esos hechos, débese a que, en esto como en otras muchas cosas, debía apropiar su lenguaje a los conocimientos de sus contemporáneos; pues, ¿cómo podían apreciar estos últimos un matiz del lenguaje que no es hoy comprendido de todos? Las cosas extraordinarias que Él hacia, y que parecían sobrenaturales en aquella sazón y mucho mas tarde aun, eran milagros para el vulgo, que no podía darles otro nombre. Y es digno

de notarse el hecho de que se valió de ellos para afirmar la misión que, según sus propias expresiones, había recibido de Dios; pero nunca para atribuirse el poder divino. (Véase *El Génesis*, capitulo XIII y siguientes, donde están explicados por las leyes naturales todos los milagros del Evangelio). Preciso es, pues, dejar de incluir los milagros entre las pruebas en que pretende fundarse la divinidad de la persona de Cristo. Veamos ahora si hallamos tales pruebas en las palabras de Jesús.

3. Las Palabras de Cristo, ¿Prueban su Divinidad?

I

Dirigiéndose a sus discípulos, que disputaban acerca de quién de entre ellos era el primero, les dijo tomando a un niño y colocándolo a su lado: “Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió. Porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande." (S. Lucas, cap. IX, v. 48). "El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.". (S. Marcos, cap. IX, v. 37). Jesús les dijo: "Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió.”. (S. Juan, cap. VIII, v. 42). Y Jesús les dijo: " Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió." (S. Juan, cap. Vll, v. 33).“El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió.". (S. Lucas, cap. X, v. 16).

El dogma de la divinidad de Jesús esta fundado en la igualdad absoluta entre su persona y Dios, puesto que es el mismo Dios. Esto es un artículo de fe. Pues bien, estas palabras tan repetidas por Jesús: *El que me envió*, atestiguan, no solo la dualidad de las personas, sino que, como hemos dicho, excluyen la igualdad absoluta entre ellas, puesto que el que es enviado esta necesariamente *subordinado* al que lo envía, y obedeciendo, practica un acto de *sumisión*. Un embajador, hablando del soberano, dirá: *Mi señor, el que me envía*: pero si personalmente es el soberano, hablará en nombre propio, y no dirá: *El que me envió*. Jesús lo dice, empero, en términos categóricos: *Yo de Dios salí y vine, y no de mi mismo*.

Estas palabras: *El que a mi me desprecia, desprecia a Aquel que me envió*, no implican igualdad y menos aun identidad; puesto que, en todos los

tiempos, el insulto hecho a un embajador ha sido considerado como hecho al mismo soberano. Los apóstoles tenían la palabra de Jesús, como Jesús tenía la de Dios; y cuando les dice: *Quien a vosotros oye, a mi me oye*, no entendía decir que sus apóstoles y El constituían una sola persona igual en todo. Por otra parte, la dualidad de personas, lo mismo que el estado secundario y subordinado de Jesús con respecte a Dios, se desprenden inequívocamente de los siguientes pasajes: "Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. Y por esto dispongo yo del reino para vosotros, como *mi Padre dispuso de él para mí*. Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel". (S. Lucas, cap. XXII, v. 28, 29 y 30).

"Yo hablo lo que *he visto cerca del Padre*; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre.". (S. Juan, cap. VIII, v. 38).

"Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd." (Transfiguración; S. Marcos, cap. IX, v. 6).

"Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y los apartará unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.". (S. Mateo cap. XXV, v. 3I a 34)

"A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos. ". (S. Mateo, cap. X. 32 y 33).

"Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, *también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios*; mas el que me negare delante de los hombres, *será negado delante de los ángeles de Dios*. ". (S. Lucas, cap. XII, v, 8 y 9).

"Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y *en la del Padre, y de los santos ángeles*." (S. Lucas, cap. IX, v. 26).

Hasta parece que, en estos dos últimos pasajes, Jesús coloca por encima de sí a los santos ángeles, que componen el tribunal celeste ante el cual sería él el defensor de los buenos y el acusador de los malos. "...pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, *no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.".* (S. Mateo, capitule XX, 23).

"Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. El les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: *Dijo el Señor a mi* Señor: Siéntate a mi derecha*,* hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*?* Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? (Mateo, XXII: 41-45)

Con estas palabras consagra Jesús el principio de la diferencia jerárquica que existe entre el Padre y el Hijo. Jesús podía ser hijo de David por filiación corporal y como descendiente de su raza, por lo cual se cuida de añadir: "¿Cómo David en *espíritu* lo llama Señor?" Si hay, pues, una diferencia jerárquica entre el padre y el hijo. Jesús, como hijo de Dios, no puede ser igual a Dios.

El mismo Cristo confirma esta interpretación, y reconoce su inferioridad respecto de Dios en términos que hacen imposible toda duda.

"Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque EL PADRE MAYOR ES QUE YO. ". (San Juan, cap. XIV, v. 28)

"Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios.

Más si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos." (S. Mateo, cap. XIX, v. 16 y 17.-S. Marcos, cap. X, v. 17 y 18. -S. Lucas, .XVIII: 18 y 19).

Jesús no solo no se supuso igual a Dios en ninguna circunstancia, sino que en los anteriores pasajes afirma positivamente lo contrario, considerándose inferior a él en bondad; y declarar que Dios le es superior en poder y cualidades morales, es declarar que no es Dios. Los siguientes pasajes vienen en apoyo de este aserto, y son tan explícitos como los que preceden

"Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.". (Juan, capitulo XII, v. 49 y 50)

“Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia." (Juan, cap. VIl, v. 16, 17 y 18)

" El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.” (Juan, cap XIV, v. 24)

“¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras."(Juan, cap. XIV, v. 10)

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. (Marcos, cap. XXIV, v. 35 y 36)

"Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo de Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada." (Juan, cap. VIII, v. 28 y 29)

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió." (Juan, cap. VI, v. 38)

“Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado." (S. Juan, cap. V, v. 36)

“Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham." (S. Juan, cap. VIII, v. 40)

Desde el momento en que nada hace de sí mismo, que la doctrina que enseña no es suya, sino que la recibió de Dios que le mandó que viniese a darla a conocer; desde el momento en que solo hace lo que Dios le ha dado poder para hacer y que la verdad que enseña la ha aprendido de Dios, a cuya voluntad está sometido, no es el mismo Dios, sino su enviado, su Mesías y su subordinado.

Imposible es recusar de un modo más terminante cualquiera asimilación con la persona de Dios, y determinar en más precisos términos su verdadera misión. No son estos pensamientos ocultos con el velo de la alegoría, y que solo

a fuerza de interpretación se descubren; es el sentido propio expresado sin ambigüedades. Si se objetase que, no queriendo Dios darse a conocer en la persona de Jesús, nos ha engañado acerca de su individualidad, se podría preguntar en que se funda esa opinión, y quién ha dado autoridad para penetrar en el fondo de su pensamiento y dar a sus palabras un sentido contrario del que expresan. Puesto que, durante la vida de Jesús, nadie lo consideraba como Dios, sino que se le miraba, por el contrario, como un Mesías, le bastaba no haber dicho nada sobre el particular si no quería ser tenido por quien realmente era. De su afirmación espontánea, preciso es concluir que no era Dios, o que, si lo era, dijo voluntaria e inútilmente una cosa falsa.

II

Es digno de notarse que San Juan Evangelista, en cuya autoridad se han apoyado más para establecer el dogma de la divinidad de Cristo, es precisamente el que proporciona los más numerosos y positivos argumentos en contra. De ello puede convencerse cualquiera leyendo los pasajes siguientes, que nada añaden, es cierto, a las pruebas ya citadas, pero que vienen en su apoyo, porque de los mismos resulta evidentemente la dualidad y la desigualdad de personas: "Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo." (S. Juan, cap. V, v. 16 y 17).

"Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. (Juan. cap. V. v. 22 a 27).

“También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en

vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. (S. Juan, cap. V, v. 37 y 38).

“Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre.". (S. Juan, cap. VIII, v. 16).

"Estas cosas dijo Jesús, y alzando los ojos al cielo dijo: Padre, viene la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti”. - “Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste a Él les des a ellos vida eterna. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.” "Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra que me diste a hacer. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti, antes que fuese al mundo. "Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti; Padre Santo, guarda por tu nombre a aquellos que me diste: para que sean una cosa, como también nosotros.” "Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció: porque no nacen del mundo, como tampoco yo soy del mundo.” "Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me sacrifico a mí mismo, para que ellos sean también santificados en verdad.” "Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mi por la palabra de ellos. Para que sean todos una cosa, así como tu, Padre, en mi, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tu me enviaste.” "Padre, quiero que aquellos que tu me diste estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria que tu me diste porque me has amado antes del establecimiento del mundo.” "Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido: y estos han conocido que tu me enviaste. Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer: para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos". (S. Juan, cap. XVII v. l, 5, II, 14, 17, 21, 24 y 26).

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. ". (S.Juan, cap. X, v. 17 y 18).

“Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está

alrededor, para que crean que tú me has enviado. ". (S. Juan, cap. XI, v. 41 y 42).

“No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí." (San Juan, cap. XIV, v. 30 y 31).

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." (S. Juan, cap. XV, v. 10).

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró". (S. Lucas, cap. XXIII, v. 46).

Puesto que Jesús, al morir, encomienda su Espíritu en manos de Dios, tenía un alma distinta de Dios, sometida a Dios y par lo tanto no era el mismo Dios. Las siguientes palabras revelan cierta debilidad humana, cierto temor a la muerte y a los sufrimientos que tendría que arrostrar, y que contrastan con la naturaleza esencialmente divina que se le atribuye; pero revelan al mismo tiempo una sumisión que es la del inferior al superior.

“Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú. Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad. ". (S. Mateo, cap. XXVI, v. 36 42)

"Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.". (S. Marcos, cap. XIV, v. 34, 35 y 36)

"Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.". (Lucas, cap. XXII, v. 40 a 44)

"Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo, cap. XXVII. v. 46)

"Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Marcos, cap. XV, v. 34).

Los siguientes pasajes podrían originar alguna incertidumbre, y dar lugar a creer en una identificación de Dios con la persona de Jesús; pero, aparte de que no pueden prevalecer contra los precisos términos de los que preceden, llevan además en sí mismos su propia rectificación.

"Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: *Lo que desde el principio os he dicho*. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo." (Juan, cap. VIII, v. 25 y 26).

"Lo que me dio mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. *Yo y el Padre somos una misma cosa*". Es decir que su padre y *él son uno solo por el pensamiento*, puesto que él expresa el *pensamiento* de Dios y tiene su *palabra*.

"Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado *de mi Padre*, ¿por cuál obra de ellas me apedreáis? Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra sino por la blasfemia; y porque tu siendo hombre, te haces Dios a ti mismo". Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: *Yo dije, Dioses sois*? Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, la escritura no puede faltar. ¿A mí que el padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: que blasfemas, porque he dicho, soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creéis. Mas si las hago, aunque a mí no me queráis creer, creed a las obras para que conozcáis, que el Padre está en mí, y yo en el Padre". (S. Juan, Cap. X, v. 29 a 38).

En otro capitulo, dirigiéndose a sus discípulos, les dijo: "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros". (S. Juan, capitulo XIV, v. 20).

No ha de deducirse de estas palabras que Dios y Jesús sean uno solo, pues de lo contrario sería preciso deducir de las mismas palabras que Dios y los apóstoles son igualmente uno solo.

4. Palabras de Jesús Después de Muerto

“Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." (Juan, cap. XX, v. 17)

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra." (Mateo, capitulo XXVIII, v. 18).

"Y vosotros sois testigos de estas cosas.24:49 He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto." (Lucas, cap. XXIV, v 48 y 49).

Todo, pues, en la palabras de Jesús, ora en vida, ora después de muerto, revela una dualidad de personas perfectamente distintas, lo mismo que el profundo sentimiento de su inferioridad y subordinación con respecto al Ser Supremo. Con su insistencia en afirmarlo espontáneamente, sin ser obligado ni solicitado por nadie, parece que quiere protestar anticipadamente contra la jerarquía que, según prevé, se le asignar con el tiempo. Si hubiese guardado silencio acerca del carácter de su personalidad, hubiera quedado abierto el campo a todas las suposiciones y sistemas; pero la precisión de su lenguaje desvanece toda especie de incertidumbre.

¿Qué mayor autoridad puede encontrarse que las mismas palabras de Jesús? Cuando El dice categóricamente: soy o no soy tal o cual cosa, ¿quién será osado a atribuirse el derecho de desmentirle, aunque fuese para colocarle a mayor altura que Él se coloca? ¿Quién racionalmente puede creerse más al corriente que el mismo Cristo acerca de su propia naturaleza? ¿Qué afirmaciones pueden prevalecer contra afirmaciones tan formales y múltiples como estas?

"No he venido por mí mismo; pero el que me envió es el único Dios verdadero. De parte de Él vengo. Digo lo que he visto en mi Padre. No me toca a mí dároslo, sino que será para aquellos a quienes lo tiene preparado mi Padre. Me voy a mi Padre porque mi Padre es mayor que yo. ¿Por que me llamáis bueno?

Solo Dios es el bueno. No he hablado de mi mismo, sino mi Padre que me ha enviado es el que me ha indicado lo que debo decir. Mi doctrina no es mía, sino que es la doctrina del que me ha enviado. -La palabra que habéis oído no es mi palabra, sino la de mi Padre que me ha enviado. -No hago nada por mí mismo, sino que digo lo que me ha ensenado mi Padre. Nada puedo hacer por mi mismo. No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Os he dicho la verdad que he aprendido de Dios. Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me ha enviado. Vos que sois el único Dios verdadero, y Jesucristo a quien habéis enviado. -Padre Santo, en tus manos encomiendo mi Espíritu. Padre mío, si es posible, haced que este cáliz se aparte de mi. Dios mío, Dios mío, ¿por que me has abandonado? Subo a mi Padre y A vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios".

Cuando semejantes palabras se leen, uno se pregunta cómo ha podido ocurrirse siquiera el darle un sentido diametralmente opuesto al que con tanta claridad expresan; cómo ha podido siquiera pensarse en concebir una identificación completa de naturaleza y de poder entre el Señor y el que se confiesa su servidor. En este altercado, que dura ya quince siglos, ¿cuales son los documentos capaces de producir convicción? Los Evangelios -no hay otros- que, cerca del punto litigioso, no dejan lugar a duda alguna. A documentos auténticos, que no pueden recusarse sin negar la veracidad de los evangelistas y del mismo Jesús, documentos abonados por testigos de vista, ¿qué se opone? Una doctrina teórica puramente especulativa, nacida tres siglos mas tarde de una polémica habida sobre la naturaleza abstracta del Verbo, vigorosamente combatida durante muchos siglos y que solo por la presión de un poder civil absoluto ha conseguido prevalecer.

5. Doble Naturaleza de Jesús

Pudiera objetarse, que en razón de la doble naturaleza de Jesús, sus palabras eran la expresión de su sentimiento como hombre y no como Dios. Sin examinar en éste momento por que encadenamiento de circunstancias se llega,

mucho más tarde, a la hipótesis de esta doble naturaleza, admitámosla por un instante, y veamos si en vez de dilucidar la cuestión, no la embrolla, hasta el punto de hacerla insoluble.

Lo que debía ser humano en Jesús, era el cuerpo, la parte material, y desde este punto de vista se comprende que haya podido, y aun debido, sufrir como hombre. Lo que en Él debía ser divino, era el alma, el Espíritu, el pensamiento, en una palabra, la parte espiritual del Ser. Si sentía y sufría como hombre, debía pensar y hablar como Dios. ¿Hablaba como hombre o como Dios? He aquí la cuestión importante para la autoridad excepcional de sus enseñanzas. Si hablaba como hombre, sus palabras son controvertibles; si como Dios, son indiscutibles; preciso es aceptarlas, y conformarse con ellas, so pena de deserción y herejía, y el más ortodoxo será el que más se mantenga en ellas.

¿Se dirá, acaso, que bajo la forma humana, Jesús no tenía conciencia de su naturaleza divina? Pues, si así hubiese sido, ni siquiera hubiera *pensado como Dios*; su naturaleza divina se hubiese hallado en estado latente, y solo la naturaleza humana hubiera presidido a su misión, así respecto a sus actos morales como a los materiales. Es, pues, imposible, sin debilitar su autoridad, prescindir de su naturaleza divina durante su vida.

Pero, *si ha hablado como Dios*, ¿por qué esa incesante protesta contra su naturaleza divina, que, en el presente supuesto, no podía desconocer? Se hubiera engañado, lo que sería poco divino, o hubiese engañado conscientemente al mundo, lo que sería menos divino aún. Difícil nos parece salir de este dilema. Si se admite que ora ha hablado como Dios, ora como hombre, la cuestión se complica en virtud de la imposibilidad de distinguir lo procedente del hombre y lo procedente de Dios.

En el caso en que hubiese tenido motivos para ocultar su verdadera naturaleza durante su misión, el medio más sencillo era el de no hablar de ella, o el de expresarse, como lo hizo en otras ocasiones, de un modo vago y parabólico sobre puntos cuyo conocimiento estaba reservado al porvenir. Pues bien, no es este el caso presente, ya que sus palabras no adolecen de la mínima ambigüedad.

En fin, si a pesar de todas estas consideraciones, pudiera aun suponerse que, durante su vida, ignoró su verdadera naturaleza, esta opinión no es admisible para después de la resurrección, puesto que, cuando se aparece a

sus discípulos, no es el hombre quien habla, sino el Espíritu separado de la materia, que debe haber recobrado la plenitud de sus facultades espirituales y la conciencia de su estado normal, de su identificación con la divinidad. Pues no obstante todo esto, entonces es cuando dice: *Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*.

Está también indicada la subordinación de Jesús por su misma calidad de mediador, que implica la existencia de una persona distinta. Él es quien intercede para con el Padre: El es quien quién se ofrece en sacrificio para redimir los pecados. Pues bien, si es el mismo Dios, *o si es igual a Dios en todo*, no tiene necesidad de interceder, porque nadie intercede para consigo mismo.

6. Opinión de los Apóstoles

Hasta ahora nos hemos apoyado exclusivamente en las mismas palabras de Cristo como único elemento perentorio de convicción, puesto que, fuera de ellas, sólo pueden aducirse opiniones personales. De todas estas, las que más valor tienen son indudablemente las de los apóstoles, dado que ellos le acompañaron en su misión, y que, si sobre su naturaleza les hubiera comunicado instrucciones secretas, se descubrirían las huellas de las mismas en sus escritos. Habiendo vivido con Él, en intimidad, debían conocerle mejor que nadie. Veamos, pues, de que modo lo consideraron.

"Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella. Porque David dice de él: *Veía al Señor siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, aun mi carne descansará en esperanza. Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenarás de gozo con tu presencia.*". (Hechos de los Apóstoles, cap. II, v. 22 a 28: Predicación de Pedro).

"Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: *Dijo el Señor a mi Señor:*

Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.". (Hechos de los Apóstoles, cap. II, v. 33 a 36: Predicación de Pedro).

"Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo.

"A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad." (Hecho de los Apóstoles, cap. III, v. 22, 23 y 26: Predicación de Pedro).

"Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano." (Hechos de los Apóstoles, capitulo IV, v. 10: Predicación de Pedro).

"*Se reunieron los reyes de la tierra, Y los príncipes se juntaron en uno Contra el Señor, y contra su Cristo*. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera." (Hechos de lo Apóstoles, cap. IV, v. 26, 27 y 28: Oración de los Apóstoles).

"Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.". (Hechos de los Apóstoles, cap. V, v. 29, 30 y 31: Respuesta de los Apóstoles al Sumo sacerdote).

"Este es el Moisés, que dijo a los hijos de Israel, *Profeta os levantará Dios* de en medio de vuestros hermanos, *como yo*, a él oraréis.

"Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: *El cielo es mi trono, Y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo?*" (Hechos de lo Apóstoles, cap. VII, v. 47, 48 y 49: Discurso de Esteban).

"Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. (Más tarde Pablo). Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu.". (Hechos de los Apóstoles, cap. VII , v. 55 a 58 59 - Martirio de Esteban).

Estas citas demuestran claramente el carácter que los apóstoles atribuían a Jesús. La idea exclusiva que se desprende de ellos es la de la subordinación de aquel Dios, la de la constante supremacía de Dios, sin que nada revele un pensamiento cualquiera o simulado de naturaleza y poderío. Para ellos Jesús era un hombre profeta, escogido y bendecido por Dios; y no fue, por lo tanto, entre los apóstoles en donde se originó la creencia en la divinidad de Jesús. San Pablo, que no lo había conocido, pero que de ardiente perseguidor, se trocó en el más celoso y elocuente discípulo de la fe nueva, y cuyos escritos prepararon los primeros formularios de la religión cristiana, no es menos explicito sobre el particular que nos ocupa. El expone el mismo pensamiento de los dos seres distintos y el de la supremacía del Padre sobre el hijo.

"Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, *acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David* según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de *Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*." (Romanos, capitulo l, v. 1 a 7).

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo";

"Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos."

"Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

“Pero el don no fue como la trasgresión; porque si por la trasgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la trasgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.” (Romanos, Cáp. V, v. l, 6, 9, 11, 15 y 17).

“Y si hijos, también herederos; HEREDEROS de Dios y COHEREDEROS con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. VIII, v. 17).

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.". (Romanos, capitulo X, v. 9).

“Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos." (l. Corintios, cap. XV, v. 24 a 28).

"Mas a aquel Jesús, que por un poco fue hecho menor que los ángeles, le vemos por la pasión de la muerte coronado de gloria y de honra: para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía que aquel por quien son todas las cosas, y para quien son todas las cosas, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, consumase y perfeccionase por la pasión al autor de la salud de ellos.”

"Porque el que santifica y los que son santificados, todos son de uno. Y por esta causa no tuvo rubor de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré tu

nombre a mis hermanos, te alabar en medio de la Iglesia. Y otra vez: Yo confiaré en él. Y en otro lugar: Heme aquí *yo y mis hijos que Dios me dio.*"

" Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos." "Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo." (Hebreos, cap. II, v. 9, 13, 17 y 18).

"Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios." (Hebreos, cap. III, v. 1 a 4).

7. Predicción de los Profetas Respecto de Jesús

Además de las afirmaciones de Jesús y de la opinión de los apóstoles, existe un testimonio cuyo valor no podrán negar aun los mas ortodoxos de los creyentes, puesto que a él acuden constantemente como a un articulo de fe: tal es el del mismo Dios, es decir, el de los profetas que hablan inspirados y anuncian la venida del Mesías. He aquí, pues, los pasajes de la Biblia considerados como la predicción de aquel gran acontecimiento.

"*Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca; Saldrá ESTRELLA de Jacob, Y se levantará cetro de Israel, Y herirá las sienes de Moab, Y destruirá a todos los hijos de Set.*". (Números, cap. XXIV, v. 17).

"Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta." (Deuteronomio, cap. XVIII, v. 18y 19).

"Y luego que hayas cumplido tus día s para ir a tus padres, levantaré después de ti uno de tu sangre, que será de tus hijos: y establecerá su reino. Este me edificara casa, y yo afirmaré su trono para siempre. Yo le ser por padre, y él me será por hijo: y no quitar de él mi misericordia, como la quité de aquel que fue antes de ti. Y le establecer en mi Casa, y en mi reino para

siempre: y su trono será terrenísimo perpetuamente". (l. Paralipómenos, cap. XVII, v. 11 a 14).

"Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emmanuel.". (Isaías, Cáp. VII, v. 14).

"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” (Isaías, Cáp. IX, v. 6).

"He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pabilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley. ". (Isaías, Cáp. XLII, v. 1 a 4).

"Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos." (Isaías, Cáp. LIII, v. 11).

"Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna. Y de Efraín destruiré los carros, y los caballos de Jerusalén, y los arcos de guerra serán quebrados; y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra". (Zacarías, Cáp. IX, v. 9 y 10).

"Y él estará, y apacentará con poder de Jehová, con grandeza del nombre de Jehová su Dios; y morarán seguros, porque ahora será engrandecido hasta los fines de la tierra.” (Miqueas, Cáp. V, v. 4).

La distinción entre Dios y su enviado futuro, queda caracterizada de la más formal manera; Dios le designa como su servidor, y por consiguiente, como su subordinado. Nada, en sus palabras, implica la idea de poderío, ni de consubstancialidad entre las dos personas. ¿Se habrá, pues, engañado Dios, y los hombres, venidos tres siglos después de Jesucristo, habrán visto más claramente que él? Tal parece ser su pretensión.

8. El Verbo se Hizo Carne

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." (Juan, Cáp. l, versículos del 1 al 14).

Este pasaje de los Evangelios es el único que, a primera vista, parece contener implícitamente una idea de identificación entre Dios y la persona de Jesús, y él es también el que más tarde fue centro de la controversia sobre el particular. La cuestión de la Divinidad de Jesús se ha presentado gradualmente, naciendo de las discusiones promovidas con motivo de las interpretaciones que daban algunos a las palabras Verbo e Hijo. Hasta el siglo IV no fue adoptada como principio la Divinidad de Jesús, y solo por una parte de la Iglesia; de modo que este dogma es resultado de la decisión de los hombres y no de una revelación divina. Es de notar, ante todo, que las palabras que más arriba citamos, son de Juan y no de Jesús; y que admitiendo que no hayan sido alteradas, no expresan en realidad más que una opinión personal, una inducción, en la que campea el misticismo habitual de su lenguaje. No pueden, pues, prevalecer contra las afirmaciones reiteradas del mismo Jesús.

Pero, aun aceptándolas tales como son, no resuelven de modo alguno la cuestión en el sentido de la divinidad, puesto que son igualmente aplicables a Jesús, criatura de Dios. En efecto, el Verbo es Dios, porque es la palabra de Dios. Habiéndola recibido Jesús directamente de Dios con misión de revelarla a los hombres, se la asimiló; la palabra divina de que estaba penetrado, se

encarnó con él; la trajo consigo al nacer y con razón pudo decir Jesús: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*.

Puede, pues, estar encargado de transmitir la palabra de Dios, sin ser el mismo Dios, como, sin ser el mismo soberano, transmite un embajador las palabras del suyo. Según el dogma de la divinidad, es el mismo Dios quien habla; en la otra hipótesis, habla por boca de su enviado, lo que en nada amengua la autoridad de sus palabras.

Pero, ¿quién hace superior esta suposición a la otra? La única autoridad competente para dirimir la cuestión, es la propia palabra de Jesús, cuando dice: "No he hablado por mí mismo, sino que el que me envió me ha prescrito con su mandato lo que debo decir; mi doctrina no es mi doctrina, sino la doctrina del que me ha enviado; la palabra que habéis oído no es mi palabra, sino la de mi Padre que me ha enviado". Es imposible expresarse con mayor claridad y precisión. La calidad de *Mesías o Enviado* que le es discernida en todo el curso de los Evangelios, implica una posición subordinada con relación al que obedece no puede ser igual al que le manda. Juan caracteriza esta posición secundaria y por lo tanto establece la dualidad de personas, cuando dice: "*Y vimos la gloria de El, gloria como de Unigénito del Padre*"; porque el que recibe no puede ser el que da, y el que da la gloria no puede ser igual al que la recibe. Si Jesús es Dios, pose por sí mismo la gloria, y de nadie la espera; si Dios y Jesús es un solo ser bajo dos diferentes nombres, no podría existir entre ellos ni supremacía ni subordinación. Desde el momento en que no hay paridad absoluta de posición, es porque son dos seres distintos.

La calificación de Mesías divino tampoco implica igualdad entre el mandatario y el mandante, como la de Enviado real no la implica entre el rey y su representante. Jesús era un Mesías divino por el doble motivo de que había recibido de Dios su misión, y de que sus perfecciones le .ponían en relación directa con Dios.

9. Hijo de Dios e Hijo del Hombre.

El titulo de Hijo de Dios, lejos de implicar igualdad, es, por el contrario, indicio de sumisión; y que se esta sometido a alguien, no a sí mismo. Para que Jesús fuese absolutamente igual a Dios, preciso sería que como él, existiese de toda eternidad, es decir, que fuera increado, y el dogma dice que Dios o engendró *de toda eternidad*. Pero quien dice engendra, dice creó, sin que

influya en que deje de ser una criatura el que haya o no sido creado de toda eternidad, y como tal criatura, se halla subordinado a su Creador. Esta es la idea implícitamente contenida en la palabra *Hijo*.

¿Nació Jesús en el tiempo? Dicho de otro modo: ¿Hubo un tiempo en la eternidad pasada en que no existía? O bien, ¿es coeterno con el Padre? He aquí las sutilezas sobre que se ha discutido durante siglos enteros. ¿En que autoridad se apoya la doctrina de la coeternidad elevada a la categoría de dogma? En la opinión de los hombres que la han establecido. Pero estos hombres, ¿en que autoridad han fundado su opinión? No en la de Jesús, puesto que se declara subordinado; tampoco en la de los profetas, que le anuncian como enviado y servidor de Dios. ¿En que documentos desconocidos más auténticos que los Evangelios han encontrado semejante doctrina? Aparentemente en la conciencia de la superioridad de sus propias luces.

Dejemos, pues, estas vanas discusiones sin término, y cuya elucidación, aun suponiéndola posible, no haría mejores a los hombres. Digamos que Jesús es *Hijo de Dios* como todas las criaturas, y que le llama Padre en el mismo sentido en que nos enseñan a llamarle *Padre nuestro*. Es *el Hijo muy amado de Dios*; porque, habiendo llegado a la perfección que aproxima a Dios, posee toda su confianza y todo su afecto. Se llama a si mismo *Hijo único*, no porque sea El único ser llegado a semejante grado, sino porque solo Él estaba predestinado a cumplir en la tierra la misión que cumplió.

Si la calificación de Hijo de Dios parecía apoyar la doctrina de la divinidad, no sucedía lo mismo con la de *Hijo del hombre* que Jesús se dio durante el curso de su misión, y que ha sido objeto de no pocos comentarios. Para comprender su verdadero sentido, es preciso acudir a la Biblia, donde es dado por Dios mismo al profeta Ezequiel.

“Me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Y luego que me habló, entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba. Y me dijo: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a gentes rebeldes que se rebelaron contra mí; ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo día.". (Ezequiel, Cáp. II, versículos 1, 2 y 3).

“Y tú, oh hijo de hombre, he aquí que pondrán sobre ti cuerdas, y con ellas te ligarán, y no saldrás entre ellos.". (Cáp. III, v. 25).

“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú, hijo de hombre, así ha dicho Jehová el Señor a la tierra de Israel: El fin, el fin viene sobre los cuatro extremos de la tierra. (Cáp. VII, v. 1 y 2).

"Vino a mí palabra de Jehová en el año noveno, en el mes décimo, a los diez días del mes, diciendo: Hijo de hombre, escribe la fecha de este día; el rey de Babilonia puso sitio a Jerusalén este mismo día.” (Cáp. XXIV, v. 1 y 2)

“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo te quito de golpe el deleite de tus ojos; no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas luto de mortuorios; ata tu turbante sobre ti, y pon tus zapatos en tus pies, y no te cubras con rebozo, ni comas pan de enlutados. Hablé al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer; y a la mañana hice como me fue mandado." (Cáp. XXIV, v. 15 a 18)

“Tú, hijo de hombre, profetiza a los montes de Israel, y di: Montes de Israel, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto el enemigo dijo de vosotros: ¡Ea! también las alturas eternas nos han sido dadas por heredad" (Cáp. XXXVI, versículos l y 2).

“Y oí uno que me hablaba desde la casa; y un varón estaba junto a mí, y me dijo: Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre; y nunca más profanará la casa de Israel mi santo nombre, ni ellos ni sus reyes, con sus fornicaciones, ni con los cuerpos muertos de sus reyes en sus lugares altos.". (Cáp. XLIII, v. 6 y 7)

"Porque no son las amenazas de Dios como las de los hombres, ni se enciende su cólera a la manera de los hijos de los hombres". (Judith, Cáp. VIII, v. 15).

Es vidente que la calificación *de Hijo de los hombre* quiere decir aquí que ha nacido del hombre, por oposición a lo que esta fuera de la humanidad. La última cita, tomada del libro de Judith, no deja duda sobre la significación de las tales palabras, empleadas en un sentido muy literal. Dios no designa a Ezequiel más que con ese nombre, sin duda para recordarle que a pesar del don de profecía que le ha concedido, no deja de pertenecer a la humanidad, y para que no se crea de una naturaleza excepcional.

Jesús se da a sí mismo esta calificación con una persistencia notable, puesto que solo en muy raras circunstancias se llama Hijo de Dios. En sus labios no puede tener otro significado que el recordar que también Él

pertenece a la humanidad, asimilándose así a los profetas que le precedieron y a los cuales se compara, aludiendo a su muerte, cuando dijo: JERUSALÉN QUE MATAS A LOS PROFETAS. La insistencia que emplea en designarse como Hijo del hombre parece una protesta anticipada contra la cualidad que prevé que se le dar más tarde, a fin de que quede bien sentado que no salió de sus labios. Es de notar que, durante esta interminable polémica que ha apasionado a los hombres por espacio de una larga serie de siglos, y aun dura, que ha encendido las hogueras y hecho derramar torrentes de sangre, ha disputado sobre una abstracción: la naturaleza de Jesús, de la que se ha hecho piedra angular del edificio, aunque Él nada haya hablado de ella; y que se ha olvidado una cosa, la que Cristo ha dicho ser *toda la ley y los profetas*, es a saber: el amor a Dios y al prójimo, y la caridad, de la que hizo condición expresa para la salvación. Se han aferrado a la cuestión de afinidad de Jesús con Dios, y se han tenido en completo silencio las virtudes que recomendó y de que dio ejemplo.

El mismo Dios desaparece ante la exaltación de la personalidad de Cristo. En el símbolo de Nicea se dice simplemente: Creo en un solo Dios, etc.; pero, ¿cómo es ese Dios? No se hace mención alguna de sus atributos esenciales: la soberana bondad y la soberana justicia. Estas palabras hubieran sido la condenación de los dogmas que consagran su parcialidad para con ciertas criaturas, su inexorabilidad, sus celos, su cólera, su Espíritu vengativo, en el que se apoyan para justificar las crueldades cometidas en su nombre.

Si el símbolo de Nicea, que ha venido a ser el fundamento de la fe católica, estuviese conforme con el Espíritu de Cristo, ¿a qué el anatema con que termina? ¿No prueba esto que es obra de la pasión de los hombres? ¿A que se debe, pues, su adopción? A la presión del emperador Constantino, que había hecho de ello una cuestión más política que religiosa. Sin su mandato, no hubiese tenido lugar el concilio de Nicea; y sin la intimidación que puso en juego, es más que probable que hubiera triunfado el Arrianismo. Ha dependido, pues, de la voluntad soberana de un hombre, que no pertenece a la iglesia, que reconoció más tarde la falta que cometió políticamente, y que en vano procuró deshacer lo hecho conciliando los partidos; ha dependido, pues, de la voluntad de un hombre el que no seamos arrianos en vez de católicos, y que el Arrianismo no sea hoy lo ortodoxo y el Catolicismo lo herético.

Después de dieciocho siglos de lucha y disputas vanas durante las cuales se ha dado completamente de mano a la parte más esencial de las enseñanzas

de Cristo, la única que podía asegurar la paz de la humanidad, se siente uno cansado de esas estériles discusiones, que solo perturbaciones han producido, engendrando la incredulidad, y cuyo objeto no satisface ya a la razón.

Hay en el día una tendencia manifiesta de la opinión general a volver a las ideas fundamentales de la primitiva Iglesia, y a la parte moral de la enseñanza de Cristo; porque ella es la única que puede hacer mejores a los hombres. Es clara, positiva y no puede dar motivo a controversia. Si desde un principio hubiera seguido la Iglesia este camino, sería hoy omnipotente, en vez de hallarse en su ocaso; hubiese aliado a la inmensa mayoría de los hombres, en lugar de haber sido desgarrada por fracciones. Cuando los hombres sigan esta bandera, se tenderán fraternalmente la mano en vez de anatematizarse y maldecirse por cuestiones que la mayor parte de las veces no comprenden. Esta tendencia de la opinión es señal de que ha llegado el momento de plantar la cuestión en su verdadero terreno.

Perniciosa Influencia de las Ideas Materialistas Sobre las Artes y su Regeneración por el Espiritismo

Se lee en el Courrier de Paris del Monde Illustré del 19 de diciembre de 1868: "Carmonche había escrito más de doscientas comedias y vaudevilles, y apenas conoce su nombre nuestra poca. Consiste esto en que esa gloria dramática que excita tanta codicia, es terriblemente fugaz. A menos que no se hayan firmado obras maestras extraordinarias, se ve uno condenado a ver caer su nombre en el olvido apenas se deja de combatir en la brecha. Y aun, durante la lucha, se vive desconocido del mayor número. En efecto, el público no se cuida, cuando lee el anuncio, más que del titulo de la función, importándole poco el nombre del que ha escrito la pieza. Procurad recordar quién firmaba tal o cual obra encantadora, cuyo recuerdo conserváis, y veréis cómo casi siempre os es imposible conseguirlo. Y mientras más adelantemos, más irá sucediendo así, puesto que *las preocupaciones materiales* se sustituyen más y más a los trabajos artísticos.

"Precisamente Carmonche contaba, sobre este particular, una anécdota típica. Mi librero de lance, decía, con quien hablaba de su negocio, se expresaba así: "Señor, esto no va mal, pero se modifica: no se piden los mismos artículos. En otro tiempo, cuando venía un joven de dieciocho anos, de las diez veces, nueve me pedía un diccionario de la rima; hoy me pide un manual de

operaciones de bolsa". Si, las preocupaciones materiales sustituyen a los trabajos artísticos. ¿Puede suceder de otro modo, cuando se hacen esfuerzos por concentrar todos los pensamientos del hombre en la vida carnal, y por destruir en la toda esperanza, toda aspiración para más allá de esta existencia? Esta consecuencia es lógica, inevitable para el que no ve nada fuera del círculo efímero de la vida presente. Cuando nada se ve tras si, nada ante si, nada sobre si, ¿en que puede concentrarse el pensamiento sino en el punto en que se encuentra uno? Lo sublime del arte es la poesía del ideal que nos arrebata fuera de la estrecha estera de nuestra actividad; pero el ideal esta precisamente en aquella región extramaterial en que solo con el pensamiento se penetra, que concibe la imaginación, aunque no lo perciba n los ojos del cuerpo. ¿Y que inspiración puede encontrar el ánimo en la idea de la nada? El pintor que no hubiese visto más que el cielo nebuloso y las áridas y monótonas estepas de la Siberia, y que creyera que aquello es todo el Universo, ¿podría concebir y describir el brillo y riquezas de tonos de la naturaleza tropical? ¿Cómo queréis que vuestros artistas y poetas os transporten a regiones que no ven los ojos del alma, que no comprenden y en las que ni siquiera creen?

El Espíritu solo puede identificarse con lo que sabe o cree que es una verdad, y esta, aunque moral, se convierte para él en una realidad que expresa tanto mejor cuanto mejor la siente. Y entonces, si a la inteligencia de la cosa une la flexibilidad del talento, hace que sus propias impresiones se comuniquen a las almas de los otros. Pero, ¿qué impresiones puede despertar el que de ella carece? Para el materialista, la realidad es la tierra; su cuerpo es todo, pues fuera de él nada existe, puesto que hasta el pensamiento se extingue con la desorganización de la materia, como el fuego cuando concluye el combustible. El materialista no puede traducir por medio del lenguaje del arte más que lo que ve y siente; y si no ve y siente más que la materia tangible, no puede transmitir otra cosa. Donde solo ve el vacío, nada puede tomar. Si se aventura a penetrar en ese mundo desconocido para él, entra como un ciego, y a pesar de sus esfuerzos para elevarse al ideal, se arrastra por la tierra como ave sin alas. La decadencia de las artes, en este siglo, es resultado inevitable de la concentración de ideas en las cosas materiales; y a su vez, esta concentración es resultado de carencia de fe y creencia en la espiritualidad del ser. El siglo no cosecha más que lo que ha sembrado: *Quién siembra piedras no puede*

cosechar frutos. Las artes no saldrán de su letargo sino en virtud de una reacción hacia las ideas espiritualistas.

¿Y como el pintor, el poeta, el .literato, el músico podrán unir su nombre a obras duraderas, cuando en general no cree en el porvenir de sus trabajos, cuando no comprende que la ley del progreso, esa fuerza invencible que arrastra los universos por el camino del infinito, les pide algo más que pálidas copias de creaciones magistrales de artistas de otros tiempos? Se recuerda a Fidias, Apeles, Rafael, Miguel Ángel, faros luminosos que se destacan en la oscuridad de los siglos pasados, como brillantes estrellas en medio de profundas tinieblas. ¿Pero, se detendrá a contemplar la luz de una lámpara que lucha con el brillante sol de un hermoso día de verano?

Desde los tiempos históricos, el mundo h a progresado a pasos de gigante, las filosofías de los pueblos primitivos se han transformado gradualmente. Las artes que se apoyan en las filosofías, cuya consagración idealizada son, han debido modificarse y transformarse también. Es matemáticamente exacto, que sin creencia, las artes no tienen vitalidad posible, y que toda transformación filosófica produce necesariamente una transformación artística paralela.

En todas las épocas de transformación, peligran las artes; porque la creencia en que se apoyan no basta a las aspiraciones ya ensanchadas de la humanidad, y porque no estando aún adoptados definitivamente los nuevos principios por la gran mayoría de los hombres, los artistas, solo vacilando se atreven a explorar la mina desconocida que se abre a sus pies.

Durante las pocas primitivas en que los hombres no conocían más que la vida material, en que la filosofía divinizaba la naturaleza, el arte buscó, ante todo, la perfección de la forma. La belleza corporal era entonces la primera de las cualidades, y el arte se dedicó a reproducirla, a idealizarla. Más tarde, la filosofía entró en una nueva fase; progresando los hombres, reconocieron superior a la materia una potencia creadora y organizadora, que recompensa a los buenos, castiga a los malos y que hace ley del amor y de la caridad; y un nuevo mundo, el mundo moral, se levante sobre las ruinas del antiguo. De esta transformación nació un arte nuevo que hizo palpitar el alma bajo la forma y perfeccionó la forma plástica con la expresión de sentimientos desconocidos de los antiguos.

El pensamiento vivió bajo la materia, pero revistió las formas severas de la filosofía en que se inspiraba el arte. A las tragedias de Esquilo, a los mármoles de Milo, sucedieron las descripciones y las pinturas de los tormentos físicos y morales de los condenados. El arte se ha elevado; ha revestido un carácter grandioso y sublime, pero sombrío aun. En efecto, encuéntraselo por completo en la pintura del infierno y del cielo de la Edad Media, de los sufrimientos eternos o de una beatitud tan lejana de nosotros, tan superior, que nos parece casi inaccesible. Por esta razón quizás nos conmueve tan poco cuando la vernos reproducida en la tela o en el mármol.

También hoy, nadie puede negarlo, el mundo está en un período de transición, solicitado por las costumbres rancias, por las creencias insuficientes del pasado, y las nuevas verdades que progresivamente le son descubiertas. Como el arte cristiano sucedió al pagano, transformándolo, el arte espiritista será complemento y transformación del arte cristiano. En efecto, el Espiritismo nos demuestra el porvenir bajo un nuevo aspecto más a nuestro alcance. Según él, la dicha esta más cerca de nosotros, esta a nuestro lado, en los Espíritus que nos rodean y que nunca han cesado de relacionarse con nosotros. La moral de los elegidos y de los condenados no está aislada; existe incesante solidaridad entre el cielo y la tierra, entre todos los mundos de todos los universos; la dicha consiste en el mutuo amor de todas las criaturas llegadas a la perfección y en la constante actividad cuyo objeto es el de instruir y conducir hacia aquella misma perfección a los que están atrasados. El infierno esta en el corazón del mismo culpable que halla castigo en sus propios remordimientos, pero no es eterno, y el perverso, entrando en el camino del arrepentimiento, encuentra la esperanza, sublime consuelo de los desgraciados.

¡Que inagotables manantiales de inspiración para el arte! ¡Que obras maestras de todo género no podrán originar las nuevas ideas, reproduciendo las escenas tan múltiples de la vida espiritista! En vez de representar despojos fríos e inanimados, se ver a la madre teniendo a su lado a la hija querida en su forma radiosa y etérea; la víctima perdonando a su verdugo; el criminal huyendo en vano del espectáculo sin cesar renaciente de sus culpables acciones; el aislamiento del egoísta y del orgulloso en medio de la multitud: la turbación del Espíritu que nace a la vida espiritual, etc., etc. Y si el artista quiere levantarse por encima de la esfera terrestre hasta los mundos

superiores, verdaderos edenes en que los Espíritus adelantados gozan de la felicidad adquirida, o reproducir algunas escenas de los mundos inferiores, verdaderos infiernos en que reinan como soberanas las pasiones, ¡que conmovedoras escenas, que cuadros palpitantes de interés no reproducirá!

Si, el Espiritismo abre al arte un campo nuevo, inmenso e inexplorado aún, y cuando el artista reproduzca con convicción el mundo espiritista, tomar en semejante origen las mas sublimes inspiraciones, y su nombre vivirá en los futuros siglos, *porque a las preocupaciones materiales y efímeras de la vida presente, sustituirá el estudio de la vida futura y eterna del alma.*

Teorías de la Belleza

¿La belleza es cosa convencional y relativa a cada tipo? Lo que constituye la belleza en ciertos pueblos, ¿no es para otros una horrible fealdad? Los negros se encuentran más bellos que los blancos y viceversa. En este conflicto de gustos, ¿hay una belleza absoluta y en que consiste? ¿Somos, efectivamente, mas bellos que los hotentotes y los cafres? ¿Y por que? Esta cuestión, que, en el primer momento, parece extraña al objeto de nuestros estudios, se relaciona, sin embargo, con él de un modo directo y con el mismo porvenir de la humanidad. Ella y su solución nos ha sido sugerida por el pasaje siguiente de un libro muy interesante e instructivo titulado: *Las revoluciones inevitables en el globo y en la humanidad*, por Carlos Richard.

El autor combate la opinión de la degeneración física del hombre a partir de los tiempos primitivos; refuta victoriosamente la creencia en la existencia de una raza primitiva de gigantes; y se detiene a probar que desde el punto de vista de la fuerza física y de la estatura, los hombres de hoy valen tanto como los antiguos, si ya no les sobrepujan. Pasando a la belleza de las formas, se expresa así en las páginas 41 y siguientes: "Por lo que toca a la belleza de la cara, a la gracia de la fisonomía, a ese conjunto que constituye la estética del cuerpo, el mejoramiento es más sensible aún y quizá de más fácil demostración."

"Basta para ello echar una mirada sobre los tipos que las medallas y las estatuas antiguas nos han transmitido intactos a través de los siglos."

"La iconografía de Visconti y el museo del conde de Clarol, son, entre muchos otros, dos orígenes donde es fácil encontrar los variados elementos de este interesante estudio."

"Lo que desde luego llama la atención en aquel conjunto de rostros, es la rudeza de los alineamientos, la animalidad de la expresión, la crueldad de la mirada. Un escalofrío involuntario os hace comprender tratáis con gentes que sin piedad os harían pedazos para que sirvieseis de alimento a sus murenas, como lo hacia Polión, rico catador de vino en Roma y familiar de Augusto."

"El primer Bruto (Lucius Junius), aquel que hizo decapitar a sus dos hijos y asistió con sangre fría al suplicio, parece un ave de presa. Su perfil siniestro tiene del águila y del búho lo que de más feroz tienen esos dos carniceros del aire. Al mirarle, no se puede dudar de que haya merecido el vergonzoso honor con que le discierne la historia. Si mató a sus dos hijos, es indudable que por el mismo motivo hubiera degollado a su madre."

"El segundo Bruto (Marius), que apuñaló a César, su padre adoptivo, precisamente en el instante en que este contaba más con su amor y reconocimiento, recuerda por su fisonomía al fanático bobalicón. Ni siquiera tiene la belleza siniestra que descubre con frecuencia el artista en aquella energía exagerada que arrastra al crimen."

"Cicerón, el orador brillante, el escritor ingenioso y profundo que tan señalado recuerdo ha dejado de su tránsito por este mundo, tiene un rostro aplastado y vulgar que debía, hacerle mucho menos agradable para ser visto que para oído.

"Julio César, el grande, el incomparable vencedor, el héroe de las matanzas, que hizo su entrada en el reino de las sombras entre un cortejo de dos millones de almas, a quienes había despachado durante su vida, es tan feo como su predecesor, aunque por otro estilo. Su cara flaca y huesosa, montada en un cuello largo irregularmente adornado de una manzana saliente, le hace parecer más bien un gran payaso que un gran guerrero."

"Galba, Vespasiano, Nerva, Caracalla, Alejandro, Severo y Baibino, no solo son feos, sino también horribles. Apenas encuentra el ojo, en aquel museo de antiguos tipos de nuestra especie, algunos rostros que saldar con una mirada simpática. Los de Escipión el africano, Pompeyo, Commodo, Heliogábalo, Antinous y el afeminado Adriano, entran en ese pequeño número. Sin ser bellos en el sentido moderno de la palabra, semejantes rostros son, empero, regulares y de un aspecto agradable."

"Las mujeres no merecen ser mejor tratadas que los hombres, y dan lugar a las mismas observaciones. Livia, hija de Augusto, tiene el perfil

puntiagudo de una garduña; Agripina, da miedo de mirar, y Mesalina, como para desconcertar a Cabanis y Lavater, parece una corpulenta fregona, más partidaria de buenos bocados que de otra cosa.”

"Los griegos, preciso es decirlo, son mas pasables que los romanos. Los rostros de Temístocles y de Milcíades entre otros, pueden ser comparados a los más bellos tipos modernos. Pero Alcibíades, ese tan lejano abuelo de nuestros Richelieu y Lauzun, cuyas amorosas proezas llenan la crónica de Atenas, tiene, como Mesalina, muy poco a propósito el físico para el empleo a que lo dedicaba. Al ver sus rasgos solemnes y su frente reflexiva se le tomaría más bien por un jurisconsulto pegado a un texto legal, que por aquel audaz bromista que se hizo desterrar a Esparta, solo para ofender al pobre rey Agís, y vanagloriarse después de haber sido querido de una reina.”

"Cualquiera que sea la ventaja que en este punto puede concederse a los griegos sobre los romanos, el que se tome el trabajo de comparar esos antiguos tipos con los de nuestro tiempo, reconocer sin esfuerzo que en este, como en todos los otros aspectos, se ha realizado el progreso. Bueno es que al hacer esta comparación, no se olvide que aquí se trata de las clases privilegiadas, siempre más bellas que las otras, y que los que quieran oponerse a los antiguos, deben escogerse en los salones y no en las buhardillas. Porque la pobreza en todos los tiempos y bajo todos los aspectos, nunca es bella, y precisamente sucede así para avergonzarnos y obligarnos a que un día nos emancipemos de ella.”

"No quiero, pues, decir, ni mucho menos, que la fealdad haya desaparecido de nuestras frentes y que el sello divino se encuentre en fin en todos los disfraces que cubren el alma; lejos de mi semejante afirmación, que tan fácilmente podría ser negada por todo el mundo. Mi pretensión se limita únicamente a afirmar que en un periodo de dos mil años, *poca cosa para una humanidad que tanto ha de vivir*, la fisonomía de la especie humana se ha mejorado ya de una manera sensible.

"Creo, por otra parte, que las más bellas caras antiguas son inferiores a las que podemos admirar diariamente en nuestras fiestas y hasta en nuestras calles. Si no temiese ofender la modestia y excitar ciertos celos, cien ejemplos conocidos de todos, en el mundo contemporáneo, confirmarían la evidencia del hecho.”

"Los adoradores del pasado se llenan constantemente la boca con su famosa Venus de Médicis, que les parece el ideal de la cabeza femenina, y no observan que mas de cincuenta ejemplares de esa misma Venus se pasean todos los domingos en los bulevares de Arles, y que son pocas las ciudades, entre las del mediodía especialmente, que no posean algunos...”

"…En todo lo que acabamos de decir, solo hemos comparado nuestro tipo actual con los de los pueblos que únicamente nos han precedido en algunos miles de años. Pero, si remontando más hacia el origen de los tiempos, atravesamos las capas terrestres donde duermen los restos de las primeras razas que habitaron nuestro globo, la ventaja a favor nuestro se hace de tal modo sensible, que toda negación sobre el particular cae por si misma.”

"Bajo la influencia teológica que había detenido a Copérnico y Ticho-Brahe, que persiguió a Galileo, y que, en estos últimos tiempos, obscureció por algunos momentos el genio del mismo Cuvier, la ciencia vacilaba en sondear los misterios de las épocas antediluvianas. El relato bíblico, tomado al pie de la letra en su más estricto sentido, parecía haber dicho la última palabra sobre nuestro origen y los siglos que de él nos separan. Pero la verdad, despiadada en su progreso, ha concluido por romper la férrea coraza en que para siempre se la quería encerrar, y por mostrar en su desnudez formas hasta entonces ocultas.”

"El hombre que vivía antes del diluvio, en compañía de los mastodontes, del oso de las cavernas y de otros grandes mamíferos que hoy han desaparecido, el hombre fósil, en una palabra, negado durante tanto tiempo, ha sido hallado por fin, y puesta fuera de duda su existencia. Los recientes trabajos de los geólogos, particularmente los de Boucher de Perthes, (Véanse las dos obras de Boucher de Ferthes: *Del hombre antediluviano y de sus obras,* folio 4 y, *De los Utensilios de Piedra, K Fol. en 8º*) Filippi y Liell, nos permiten apreciar en la actualidad los caracteres físicos de aquel venerable abuelo del género humano. Y, a pesar de los cuentos imaginados por los poetas sobre su belleza original, a pesar del respeto que le debemos como al antiguo jefe que es de nuestra raza, la ciencia se ve obligada a asentar que era de una prodigiosa fealdad.”

"Su ángulo facial no pasaba mucho más allá de los 70º; sus quijadas, de un volumen considerable, estaban armadas de dientes largos y salientes; su frente era rápida; las sienes aplastadas, la nariz chata y las ventanas de esta

anchas. En una palabra, aquel venerable padre debía parecerse mucho más a un orangután que a sus lejanos hijos de la actualidad. De tal modo es así, que, si junto a él, no se hubiesen encontrado las hachas de sílice que había fabricado, y en otros casos, los animales que aún conservaban las cicatrices de las heridas hechas con esas armas informes, se podría dudar del papel importante que desempeñaba en nuestra filiación terrestre. No solo sabía fabricar hachas de sílice, sino también mazas y puntas de dardos de la misma materia. La galantería antediluviana se extendía a confeccionar brazaletes y collares de piedrecillas redondeadas que adornaban en aquellos remotos tiempos los brazos y el cuello del sexo encantador, que luego se ha mostrado mas exigente, como puede convencerse cualquiera."

"No se que pensarán de todo esto las elegantes de nuestros días, en cuyos hombros centellean los diamantes. En cuanto a mi, lo confieso, no puedo librarme de una emoción profunda, al pensar en ese primer, esfuerzo intentado por el hombre, apenas emancipado del bruto, para agradar a su compañera, pobre y desnuda como él, en el seno de una naturaleza inhospitalaria, sobre la cual debía reinar algún día su raza. ¡Oh!, ¡lejanos abuelos nuestros! Si vosotros amabais ya bajo vuestras fases rudimentarias, ¿cómo podremos dudar de vuestra paternidad ante ese signo divino de nuestra especie? Es pues, vidente, que esos hombres informes son nuestros padres, puesto que nos han dejado vestigios de su inteligencia y de su amor, atributos esenciales que nos separan del bruto. Podemos, por lo tanto, examinándolos atentamente, desprovistos de los aluviones que los cubren, medir como con un compás el progreso físico realizado por nuestra especie desde su aparición en la tierra. Ese progreso, que en un principio podía ser negado por el espíritu de sistema y las preocupaciones de educación, adquiere tal evidencia, que no hay más que conocerlo y proclamarlo.

Algunos miles de años podían dejar dudas; algunos centenares de siglos las disipan irrevocablemente. ...¡Cuán jóvenes y recientes somos aún en todas las cosas! Ignoramos todavía donde estamos y nos atrevemos a negar progresos que, por falta de tiempo, no han podido ser aún demostrados completamente. Puesto que somos niños, tengamos un poco de paciencia, y los siglos, aproximándonos al objeto, revelarán a nuestros ojos apenas entreabiertos esplendores que no se descubren desde lejos.

"Pero proclamemos desde hoy en alta voz, dado que la ciencia lo permite ya, el hecho capital y consolador del progreso lento, pero seguro, de nuestro tipo físico hacia el ideal entrevisto por los grandes artistas, a través de las inspiraciones que les envía el cielo para revelamos sus secretos. El ideal no es un producto engañador de la imaginación, un sueno fugaz destinado a dar, de vez en cuando, pábulo a nuestras miserias, sino que es un fin asignado por Dios a nuestros perfeccionamientos, fin infinito, porque solo este puede satisfacer, en todos los casos, a nuestro Espíritu y ofrecerle una carrera digna de él". Resulta de estas juiciosas observaciones, que el cuerpo se ha modificado en un sentido determinado y siguiendo una ley, a medida que el ser moral se ha desarrollado; que la forma exterior se halla en relación constante con el instinto y los apetitos del ser moral; que cuanto más se aproximan estos a la animalidad, más se le aproxima igualmente la forma, y en fin, que a medida que se purifican los instinto materiales, y hacen lugar a los sentimientos morales, la envoltura externa, que no esta ya destinada a la satisfacción de las necesidades groseras, reviste formas menos pesadas, más delicadas, en armonía con la elevación y la delicadeza de los pensamientos. La perfección de la forma es de este modo consecuencia de la del Espíritu; de donde puede concluirse que el ideal de la forma debe ser la que revisten los Espíritus en estado de pureza, la que imaginan los poetas y los verdaderos artistas, porque penetran, por medio del pensamiento, en los mundos superiores. Desde hace mucho tiempo se dice que el rostro es el espejo del alma. Esta verdad, que ha llegado a ser axiomática, explica el hecho vulgar deque ciertas fealdades desaparecen al reflejo de las cualidades morales del Espíritu, y que con mucha frecuencia se prefiere una persona fea, dotada de eminentes cualidades, a la que no tiene más que la belleza plástica. Y es que aquella fealdad solo consiste en las irregularidades de la forma, pero no excluye la finura de los rasgos necesarios a la expresión de los sentimientos delicados.

De lo que precede puede deducirse que la belleza real consiste en la forma que se aleja más de la animalidad y refleja mejor la superioridad intelectual y moral del Espíritu, que es el ser principal. Influyendo lo moral en lo físico, que apropia a sus necesidades físicas y morales, se sigue: 1º: que el tipo de la belleza consiste en la forma mas propia para la expresión de las más altas cualidades morales, e intelectuales; 2º: que a medida que el hombre se

eleve moralmente, su envoltura se aproximará al ideal de la belleza, que es la angélica.

El negro puede ser bello para el negro, como lo es un gato para otro, pero no es bello en el sentido absoluto, porque sus rasgos basto y sus labios gruesos denotan la materialidad de los instintos; pueden muy bien expresar pasiones violentas, pero no podrían acomodarse a los matices delicados del sentimiento y a las modulaciones de un Espíritu distinguido. He aquí por que podemos, sin ser fatuos, me parece, llamarnos más bellos que los negros y los hotentotes, pero quizá también seremos para las generaciones futuras perfeccionadas lo que los hotentotes para nosotros; y quizás cuando encuentren aquéllas nuestros fósiles, los tomen por los de alguna variedad de animales.

Leído este articulo a la Sociedad de Paris, fue objeto de un número bastante grande de comunicaciones, ofreciendo todas las mismas conclusiones. Solo insertamos las dos siguientes, por ser las más completas:

Paris, febrero 4 de 1869. (Médium Sra. Malet).

Bien habéis pensado; el origen primero de toda bondad e inteligencia es también el de toda belleza. El amor, que en si mismo es la perfección, engendra la perfección de todas las cosas. El Espíritu está llamado a conseguirla, pues es su esencia y su destino. Debe, por medio de su trabajo, acercarse a esa soberana inteligencia y a esa bondad infinita, y debe, pues, también revestirse más y más, de la forma perfecta que caracteriza a los seres perfectos.

Si en vuestras sociedades desgraciadas, en vuestros globos mal equilibrados aún, la especie humana se halla todavía tan lejos de esa belleza física, se debe a que la belleza moral, apenas esta desarrollada. La conexión entre estas dos bellezas, es un hecho cierto, lógico y del que el alma tiene intuición desde la tierra. Sabéis, en efecto, cuan lastimero es el aspecto de una fisonomía encantadora desmentida por el carácter. Si oís hablar de una persona de reconocido mérito, en seguida la revestiréis de los más simpáticos rasgos, y os sentiréis dolorosamente impresionados a la vista de un rostro que contradice vuestras previsiones. ¿Qué concluir de aquí, sino que, como de todas las cosas que tiene reservadas el porvenir, el alma tiene la presciencia de la belleza a medida que la humanidad progresa y se acerca a su tipo divino? No

saquéis argumentos contrarios a esta afirmación, de la decadencia aparente en que se encuentra la raza mas avanzada de ese globo. Si, es cierto que la especie parece que degenera, que se bastardea; las enfermedades se apoderan de vosotros antes de la vejez; hasta la misma infancia padece sufrimientos que por punto general acostumbran a pertenecer a otra edad de la vida, pero todo eso es una transición.

Vuestra época es mala; concluye y da a luz; concluye un periodo doloroso y da a luz una poca de regeneración física, de adelanto moral, de progreso intelectual. La raza nueva de que ya he hablado, tendrá más facultades, más resortes a disposición del Espíritu; será mayor, más fuerte, más bella. Desde el primer momento, se pondrá en armonía con las riquezas de la creación, que vuestra raza indolente y fatigada desdeña o ignora; vosotros habréis hecho grandes cosas para ella, que aprovechar y marchar por el camino de los descubrimientos y perfeccionamientos, con un ardor febril cuya potencia no conocéis. Más adelantados también en bondad, vuestros descendientes harán lo que vosotros no habéis sabido hacer de esa desgraciada tierra, es a saber: un mundo feliz, en el que ni el pobre será rechazado, ni despreciado, sino socorrido por instituciones amplias y liberales. Ya se dibuja la aurora de estos pensamientos; su luz nos llega por momentos. He ahí, amigos, el día en que la claridad brillará en la oscura y miserable tierra; en que la raza será buena y bella según el grado de adelanto que haya conquistado; en que el sello estampado en la frente del hombre no será ya el de la reprobación, sino el de la alegría y la esperanza. Entonces una multitud de Espíritus adelantados se colocarán entre los colonos de esa tierra, y como que estarán en mayoría, todo cederá ante ellos. La renovación tendrá lugar y la faz del globo será cambiada porque esa raza será grande y poderosa, y el momento en que a parezca señalar el principio de los tiempos felices.

- **PAMFILO**.

(París, febrero 4 de 1860).

La belleza, desde el punto de vista puramente Humano, es una cuestión muy discutible y muy discutida. Para juzgarla bien, es preciso estudiarla como partidario desinteresado. El que está bajo sus encantos no puede tener voto en la deliberación. El gusto peculiar a cada uno entra también en la cuenta de las apreciaciones que se hagan. Solo e bello, realmente bello, lo que lo es siempre

y para todos; y esta belleza eterna, infinita, es la manifestación divina bajo sus aspectos incesantemente variados, ¡es Dios en sus obras, en sus leyes! He ahí la única belleza absoluta. Ella es la armonía de las armonías y tiene derecho al titulo de absoluta, porque no puede concebirse nada más bello. En cuanto a lo que se ha convenido en llamar bello, y que verdaderamente es digno de semejante titulo, es preciso considerarlo como una cosa esencialmente relativa; porque siempre puede concebirse algo más bello, más perfecto. No hay más que una sola belleza, una sola perfección: Dios. Fuera de Él, todo lo que adornamos con esos calificativos no son más que pálidos reflejos de lo único bello, uno de los mil aspectos armoniosos de las mil armonías de la creación.

Hay tantas armonías como objetos creados, y por lo mismo, tantas bellezas típicas que determinan el punto culminante de perfección que puede alcanzar una de las subdivisiones del elemento animado. La piedra es bella y diversamente bella. Cada especie mineral tiene sus armonías, y el elemento que reúne todas las de la especie, pose la mayor suma de belleza que puede aspirar la especie. La flor tiene sus armonías. También ella puede poseerlas todas o aisladamente y ser distintamente bella, pero no lo será hasta que las armonías que concurren a su creación estén armónicamente fusionadas. Dos tipos de belleza pueden producir, fusionándose, un ser híbrido, informe, de aspecto repugnante. Hay entonces cacofonía. Todas las vibraciones aisladas crean armónicas, pero la diferencia de su tonalidad ha producido una discordancia en el encuentro de las ondas vibrantes; ¡*he aquí el monstruo*!

Bajando en la escala creada, cada tipo animal da lugar a las mismas observaciones, y la ferocidad, la astucia, la misma envidia podrán dar nacimiento a bellezas especiales, si el principio que determina la forma se halla sin mezcla. La armonía hasta en el mal produce la belleza. Hay lo bello satánico y lo bello angélico; la belleza enérgica y la belleza resignada. Cada sentimiento, cada manojo de sentimientos, con tal de que sea armónico, produce un tipo de belleza particular, cuyos aspectos humanos son, no degeneraciones, sino bocetos. Así es exacto decir, no que uno es bello, sino que se acerca a la perfección. Todos los tipos se unen armónicamente en lo perfecto. He aquí por lo que es la belleza absoluta. Nosotros, los que progresamos, no poseemos más que una belleza relativa debilitada y combatida por los elementos inarmónicos de nuestra naturaleza.-

LAVATER.

La Música Celeste Cierto día en una de las reuniones de la familia, el padre había leído un pasaje de El Libro de los Espíritus concerniente a la música celeste. Una de sus hijas, excelente música, se decía a si misma: ¡Pero si no hay música en el mundo invisible! Esto le parecía imposible, y sin embargo no dio a conocer su pensamiento. Durante la velada escribió ella misma espontáneamente la siguiente comunicación: "Esta mañana, hija mía, tu padre te leía un pasaje de El Libro de los Espíritus; se trataba de música. Has sabido que la del cielo es mucho más bella que la de la tierra, y los Espíritus la encuentran muy superior a la vuestra. Todo eso es la verdad; sin embargo, tu te decías aparte y a ti misma: ¿Cómo podría Bellini venir, darme consejos y oír mi música Probablemente es algún Espíritu ligero y bromista? (Alusión a los consejos que el Espíritu de Bellini le daba a veces sobre música). Te engañas, hija mía; cuando los Espíritus toman a un encarnado bajo su protección, su objeto es hacerle adelantar.

"Así pues, Bellini no encuentra ya su música bella, porque puede compararla con la del espacio, pero ve tu aplicación y amor por el arte; si te da consejos, es por satisfacción sincera; desea que tu profesor sea recompensado de todo su trabajo; aunque encuentra su ejecución bastante infantil ante las sublimes armonías del mundo invisible, sabe apreciar su talento, que puede llamarse grande en ese mundo. Créelo, hija mía, los sonidos de vuestros instrumentos, vuestras mas bellas voces, no podrían daros la más débil idea de la música celeste y de su suave armonía".

Algunos instantes después, dijo la joven: "Papa, papa, me duermo, me siento desfallecer". Inmediatamente se dejó caer sobre una butaca, exclamando: "¡Oh! papá, papá, ¡que música tan deliciosa!... Despiérname, porque me marcho".

Los asistentes, amedrentados, no sabían como despertarla, pero ella dijo: "Agua, agua". En efecto, algunas gotas arrojadas sobre la cara, produjeron un pronto resultado; aunque perturbada al principio, volvió en si lentamente, sin tener el menor recuerdo de lo que había sucedido.

La misma noche, estando el padre solo, obtuvo la siguiente explicación del espíritu de San Luis: "Cuando leías a tu hija el pasaje de El Libro de los Espíritus que trata de la música celeste, ella dudaba; no comprendía que pudiese existir la música en el mundo espiritual, y he aquí por qué esta noche

le he dicho que era cierto; no habiéndola podido persuadir, Dios permitió, para convencerla, que le fuese enviado un sueño sonambúlico. Entonces, emancipándose su Espíritu del cuerpo dormido, se lanzó al espacio, y admitido que fue en las regiones etéreas, su éxtasis fue producido por la impresión que le causó la armonía celeste; así ha exclamado: "¡qué música!, ¡que música!", pero sintiéndose por momentos arrastrada hacia las regiones elevadas del mundo espiritual, por lo cual ha pedido que se la despertara, indicándote como, esto es, con agua.

"Todo se hace por la voluntad de Dios. El Espíritu de tu hija no dudará más; aun cuando al despertar no haya conservado claramente en la memoria cuanto le ha sucedido, su Espíritu sabe a que atenerse.

"Dad gracias a Dios por los favores de que colma a esa niña; dadle gracias también por dignarse más y más haceros conocer su omnipotencia y su bondad.

¡Que se derramen sus bendiciones sobre vos y sobre ese médium feliz entre mil!" Observación: Se preguntará, tal vez, que convicción puede resultar para esa joven de lo que ha oído, puesto que no se acuerda. Si despierta, se han borrado de su memoria los detalles, el Espíritu se acuerda; le queda una intuición que modifica sus pensamientos; en vez de hacer la oposición, aceptar sin dificultad las explicaciones que le darán, porque las comprenderá y encontrará intuitivamente conformes con su sentimiento íntimo.

Lo que ha pasado aquí, en un hecho aislado, en el espacio de algunos minutos, durante la corta excursión que ha hecho el Espíritu de la joven por el mundo espiritual, es análogo a lo que ha lugar de una existencia a otra; cuando el Espíritu que se encarna pose conocimientos sobre un asunto cualquiera, hace suyas, sin trabajo, todas las ideas que se relacionan con el particular, aun cuando no se acuerde, como hombre, del modo como las ha adquirido. Por el contrario, las ideas, para el que aun no esta dispuesto, entran con dificultad en su cerebro.

Así es como se explica la facilidad con que ciertas personas se asimilan las ideas espiritistas. Estas ideas no hacen mas que despertar en ellas las mismas que ya poseen; son espiritistas al nacer, del mismo modo que otros son poetas, músicos o matemáticos. A la primera palabra comprenden y no necesitan, para convencerse, pruebas materiales. Incontestablemente es un signo de adelanto moral y desarrollo espiritual.

En la comunicación anteriormente citada, se dice: "Dad gracias a Dios por los favores de que colma a esa niña; que se derramen sus bendiciones sobre ese médium feliz entre mil". Estas palabras parecen indicar un favor, una preferencia, un privilegio, siendo así que el Espiritismo nos enseña que Dios, siendo soberanamente justo, ninguna de sus criaturas es privilegiada, y que no hace más fácil el camino a unos que a otros. Sin duda alguna, el mismo camino queda abierto para todos, empero no lo recorren todos con la misma rapidez, ni alcanzan el mismo fruto; todos no se aprovecharán igualmente de las instrucciones que reciben. El Espíritu de esa niña, aunque joven como encarnada, ha vivido mucho y ha progresado ciertamente.

Los buenos Espíritus, encontrándola dócil a sus enseñanzas, se placen en instruirla como lo hace el profesor con el discípulo en quien encuentra buenas disposiciones; en este concepto es médium dichoso entre otros muchos, que, por su adelanto moral, no sacan ningún fruto de su mediumnidad. No hay, pues, en el caso presente, ni favor ni privilegio, hay recompensa; si el Espíritu cesara de ser digno, muy pronto sería abandonado por sus buenos guías, por haber corrido a su alrededor un tropel de malos Espíritus.

La Música Espiritista Recientemente, en la Sociedad Espiritista de París, el Presidente me hizo el honor de pedirme la opinión sobre el actual estado de la música y sobre las modificaciones que en ella podría introducir la influencia de las creencias espiritistas. Si no me he prestado antes a este benévolo y simpático llamamiento, creedlo bien, hermanos, que ha sido solo porque una causa superior ha motivado mi silencio.

Los músicos, ¡oh! son hombres como los otros, más hombres quizá, y con este título, más falibles y pecables. Yo no me eximí de tales debilidades, y si Dios me concedió una larga vida para que tuviese tiempo de arrepentirme, la embriaguez del éxito, las complacencias de los amigos y las lisonjas de los cortesanos, me arrebataron el medio de alcanzarlo. Un maestro es una potencia en este mundo en que el placer juega tan gran papel. Aquel cuyo arte consiste en seducir el oído y enternecer el corazón, ve cómo se le ponen muchos lazos debajo de sus pies, y el desgraciado cae en ellos. Se seduce con la seducción de los demás, los aplausos le cierran los oídos y va derecho al abismo sin procurarse un punto de apoyo para resistir.

Sin embargo, a pesar de mis errores, tenía fe en Dios; creía en el alma que en mí vibraba, y desprendida de su caja sonora, pronto se reconoció en

medio de las armonías de la creación, confundiendo su oración con las que se elevan de la naturaleza al infinito, de la criatura al Ser increado...

Soy feliz por el móvil que ha provocado mi venida entre los espiritistas, porque lo ha dictado la simpatía, y si bien me ha traído desde luego la curiosidad, deberéis mi apreciación a la proposición que se me ha sometido al conocimiento de mi actual estado, en este mundo. Estaba ahí pronto a hablaros, creía saberlo todo, pero cuando mi orgullo se ha humillado, se ha descorrido el velo que ocultaba mi Ignorancia. Permanecía mudo y escuchaba; volvía y me instruía, y cuando a las palabras de verdad emitidas por vuestros instructores se juntaban la reflexión y la meditación, me dije: El gran maestro Rossini, el creador de tantas obras maestras según los hombres, no ha hecho, ¡oh! más que coger algunas de las perlas menos perfectas del depósito musical creado por el Maestro de los maestros.

Rossini ha juntado notas, ha compuesto melodías, ha catado la copa que contiene todas las armonías; se ha apoderado de algunas chispas del fuego sagrado, ¡pero este fuego sagrado, ni él ni los otros, lo han creado! Nosotros nada inventamos; solo copiamos del gran libro de la naturaleza y la multitud aplaude cuando no hemos deformado demasiado la partitura.

¡Una disertación-sobre la música celeste!... ¿Quién podría encargarse de ella? ¿Qué Espíritu humano podría hacer vibrar la materia al unísono de este arte encantador? ¿Qué cerebro humano, que Espíritu encarnado podría percibir los variados matices del infinito?... ¡No, el hombre no esta hecho para tales .condiciones!... ¡Mas tarde!... ¡mucho más tarde!... Esperad; yo vendré, quizás pronto, a satisfacer vuestro deseo y a daros mi apreciación sobre el estado actual de la música y a manifestaros las transformaciones y los progresos que el Espiritismo podrá introducir en ella. Hoy es demasiado pronto aún. El asunto es vasto: ya lo he estudiado, pero no estoy dispuesto todavía; cuando lo posea bien, si esto es posible, o mejor, cuando lo haya entrevisto, cuando lo permita el estado de mi Espíritu, entonces me tendréis aquí; pero aún necesito algún tiempo. Si solo un músico puede hablar de la música del porvenir, debe hacerlo como maestro y Rossini no quiere hablar como un escolar.

ROSSINI.

(Médium M. Dalielu).

Ya os he explicado por que no he contestado antes a la pregunta que me hizo el maestro de la doctrina espiritista. Érame conveniente que antes de que abordase ese difícil asunto, me recogiese para acordarme y condensar los elementos que había preparado. No tenía necesidad de estudiar la música, pues me bastaba clasificar solamente los argumentos metódicamente, con el fin de presentar un resumen suficiente que os diera una idea de mi concepción sobre la armonía. Este trabajo, que no ha dejado de ser difícil, esta terminado, y pronto voy a someterlo a la apreciación de los espiritistas.

Es muy difícil definir la armonía; se la confunde a menudo con la música, con los sonidos que resultan de un arreglo de notas y de las vibraciones de los instrumentes que reproducen ese arreglo. Pero esto no es la armonía, como la llama no es la luz. La llama resulta de la combinación de dos gases y es tangible; la luz que ella proyecta es un efecto de esta combinación y no es la misma llama; no es tangible. Aquí el efecto es tangible, cuando la luz que aquella proyecta, es un efecto superior a la causa; lo mismo sucede con la armonía; esta resulta de una coordinación musical, siendo un efecto igualmente superior a la causa: la causa es brutal y tangible, pero el efecto no es tangible.

Puede concebirse la luz sin llama, y así se comprende la armonía sin música.

Es apta el alma para percibir la armonía prescindiendo del concurso de toda instrumentación, como lo es igualmente para ver la luz sin tener en cuenta el concurso de las combinaciones materiales. La luz es un sentido intimo que pose el alma, y por lo tanto, cuanto mas desarrollado tenga ésta dicho sentido, también percibirá mejor la luz. La armonía también es un sentido. Fuera del mundo material, es decir, de las causas tangibles, la luz y la armonía son de esencia divina: se poseen en razón de los esfuerzos que se han hecho para adquirirlas. Si comparo la luz con la armonía, lo hago para hacerme comprender, y también porque esos dos sublimes goces del alma son hijos de Dios, y por consecuencia, son hermanos.

La armonía del espacio es tan compleja, tiene tantos grados que yo conozco y muchos más aún que me son ocultos en el éter infinito, que el que se halle a cierta altura de perfecciones, se encuentra tan admirado al contemplar esas diversas armonías, que si estuvieran reunidas construirían la más insoportable cacofonía; mientras que por el contrario, percibidas

separadamente, constituyen la armonía particular de cada grado. Estas armonías son elementales y groseras en los mundos inferiores, pero llevan hasta el éxtasis en los grados superiores. Tal armonía, que hiere a un Espíritu de percepciones sutiles, embriaga a otro de percepciones groseras; y cuando a un Espíritu inferior le es dado deleitarse en las delicias de las armonías superiores, se apodera el éxtasis de él y le penetra la oración; el arrobamiento le transporta a las esferas elevadas del mundo moral, y vive de una vida superior a la suya, deseando continuar viviendo de este modo.

Pero cuando cesa de penetrarle la armonía, se despierta, o si se quiere, se duerme; de todos modos vuelve a la realidad de su situación, y en los lamentos que deja escapar por haber descendido, exhala una oración al Eterno, para pedir la fuerza necesaria para volver a elevarse. Para él es un poderoso objeto de emulación.

No ensayaré el daros la explicación de los efectos musicales que produce el Espíritu cuando obra sobre el éter; lo que hay de cierto es que el Espíritu produce los sonidos que quiere, y que no puede querer lo que no sabe. Por consiguiente, el que comprende bien que en él existe la armonía, que esta saturado de ella y que goza en sí mismo de su sentido intimo, de esa nada imperceptible, de esa abstracción que, constituye la concepción de la armonía, obra cuando quiere sobre el fluido universal, que, como fiel instrumento, produce cuanto el Espíritu concibe y quiere. Vibra el éter bajo la acción de la voluntad del Espíritu, y la armonía que este lleva consigo, se concreta, por decirlo así, exhalándose dulce y suave como el perfume de la violeta, o brama como la tempestad, brilla como el rayo o gime como la brisa; es rápida como el relámpago o lenta como la nube; es fraccionaria como un llanto, o unida como el césped; desgreñada como una catarata o calmosa como un lago; murmura como un arroyo o amenaza como un torrente.

Tan pronto figura la agreste aspereza de las montanas como la frescura de un oasis; de vez en cuando es triste y melancólica como la noche, o gozosa y alegre como el día; caprichosa como el niño o consoladora como la madre y protectora como el padre; es desordenada como la pasión, límpida como el amor y grandiosa como la naturaleza. Cuando llega a este último término, se confunde con la oración, glorifica a Dios y enajena al mismo que la produce o la concibe.

¡Oh! ¡Comparación, comparación! ¿Por qué hay necesidad de emplearte? ¿Por qué es preciso doblegarse a tus degradantes necesidades y pedir prestadas a la naturaleza tangible esas groseras imágenes para hacer concebir la sublime armonía en que se deleita el Espíritu? Y aun a pesar de las comparaciones, no es posible hacer comprender bien esa abstracción que es un sentimiento cuando obra como causa, y pasa a ser sensación cuando se convierte en efecto.

El Espíritu que tiene el sentimiento de la armonía, es como el Espíritu que ha adquirido un caudal intelectual; ambos gozan de la propiedad inalienable que han amasado. El Espíritu inteligente que enseña la ciencia a los que la ignoran, goza la dicha de enseñar, porque sabe la felicidad que procura a los que instruye; lo mismo sucede con el que hace vibrar el éter a los acordes de la armonía que esta en él, pues goza de la dicha de ver satisfechos a los que le escuchan.

La armonía, la ciencia y la virtud son las tres grandes concepciones del Espíritu: la primera le arrebata, la segunda le ilumina y la tercera le eleva. Poseídas en toda su plenitud, se confunden y constituyen la pureza. ¡Oh! Espíritus puros que las tenéis, ¡descended a nuestras tinieblas e iluminad nuestro camino! ¡Mostradnos la guía que habéis tomado con el fin de que sigamos vuestras huellas! Y cuando pienso que esos Espíritus, cuya existencia puedo comprender, son seres finitos o átomos en comparación con el Maestro universal y eterno, se confunde mi razón al considerar la grandeza de Dios y de la infinita dicha de que goza en si mismo, por el solo hecho de su infinita sabiduría, puesto que todo lo que la criatura adquiere, no es más que una partecilla que mana del Creador. Luego si la partecilla llega a fascinar por la voluntad, a cautivar y arrebatar por la suavidad y a resplandecer por la virtud, ¿cuánto no debe, pues, producir la fuente eterna e infinita de donde se desprende aquella? Si el Espíritu, ser creado, llega a contener en su pureza tanta felicidad, ¿que idea hay que formarse de la que el Creador, gozar en su pureza absoluta? ¡Eterno problema! El compositor que concibe la armonía, la traduce en el grosero lenguaje llamado música, concreta su idea y la escribe. El artista aprende la forma y elige el instrumente que le permitirá transmitirla fielmente, y poniendo en juego el aire por medio del instrumento, la lleva al oído que la transmite a su vez al alma del oyente.

Pero el compositor ha sido impotente para expresar enteramente la armonía que concibió por la insuficiencia del lenguaje, el ejecutante tampoco ha comprendido toda la idea escrita, y el instrumento indócil de que se sirve igualmente, no le permite traducir todo lo que ha comprendido. El oído es herido por el aire grosero que le rodea, y el alma recibe finalmente por medio de un órgano rebelde la horrible traducción de la idea encerrada en el alma del maestro. La idea de este era su sentimiento íntimo, y sin embargo, aunque desflorada por los agentes de la instrumentación y de la percepción, produce sensaciones en los que la oyen traducir: estas sensaciones constituyen la armonía. La música las produce: son efectos de esta última. La música se pone al servicio del sentimiento para producir la sensación. El sentimiento, en el compositor, es la armonía; la sensación en el oyente, también es armonía, pero con la diferencia de que es concebida por uno y recibida por otro. La música es el médium de la armonía, pues la recibe y la da, como el reflector es el médium de la luz y como tú eres un médium para los Espíritus; la expresa mas o menos bien ejecutada, como el reflector envía mas o menos bien la luz según su brillo y pulimento, y como el médium transmite mas o menos bien los pensamientos de los Espíritus, según sea mas o menos flexible.

Y ahora que la armonía se ha comprendido bien en su significación, que se sabe que es concebida por el alma y transmitida al alma, se comprenderá la diferencia que existe entre la armonía de la tierra y la armonía del espacio.

Entre vosotros todo es grosero, así el instrumento de traducción como el de percepción; entre nosotros todo es sutil; vosotros tenéis el aire y nosotros el éter; vuestro órgano obstruye y vela, y entre nosotros la percepción es directa y nada vela; en vosotros el autor es traducido, y en nosotros se comunica sin intermediación y en la lengua que expresa todas las concepciones. Y sin embargo, estas armonías proceden de la misma fuente, como la luz de la llama procede de la misma fuente que la del sol; y así como la luz de la luna es el reflejo de la del sol, igualmente la armonía de la tierra no es más que el reflejo de la armonía del espacio.

Es tan indefinible la armonía como la dicha, el temor, la cólera: es un sentimiento. Solo se la comprende cuando se la posee, y no se la posee sino cuando se la ha adquirido. El hombre que está alegre no puede explicar su alegría, el que es medroso no puede explicar su temor; pueden manifestar los hechos que provocan estos sentimientos, definirlos y describirlos, pero los

sentimientos permanecen inexplicables. Un hecho producirá placer en uno y nada hará sentir en otro; el objeto que ocasiona el temor en uno producirá el valor en otro. Las mismas causas son seguidas de efectos contrarios; en física no sucede esto, pero si, en metafísica, porque el sentimiento es una propiedad del alma y las almas difieren entre si en sensibilidad, impresionabilidad y libertad. La música, que es la segunda causa de la armonía percibida, penetra y transporta a uno, dejando al otro frío e indiferente, porque el primero está en estado de recibir la impresión que produce la armonía, y el segundo, por el contrario, oye el aire que vibra, pero no comprende la idea que le transmite. A este le enoja y se duerme y a aquel le entusiasma y llora.

Es vidente que el hombre que percibe las delicias de la armonía es más elevado y más depurado que aquel en quien no puede aquella penetrar; su alma tiene más aptitud para sentir; se desprende más fácilmente auxiliándole la armonía y la transporta y le permite ver mejor el mundo moral. De donde hay que deducir que la música es esencialmente moralizadora, puesto que lleva la armonía a las almas, y esta las eleva y las engrandece.

Es reconocida por todo el mundo la influencia de la música sobre el alma y su progreso moral, pero generalmente se ignora la razón de esa influencia. Su explicación está contenida en este hecho: la armonía coloca el alma bajo la potencia de un sentimiento que la desmaterializa. Este sentimiento existe siempre en cierto grado, pero se desarrolla con la acción de un sentimiento similar más elevado. El que está privado de la manifestación de este sentimiento, es conducido a él por grados y concluye también por dejarse penetrar y llevar por el mundo ideal, donde olvida por un instante los groseros placeres que prefiere a la divina armonía.

Pues bien, si se considera que la armonía sale del concierto del Espíritu, se deducirá que si la música ejerce una saludable influencia sobre el alma, el alma que la concibe ejerce igualmente su influencia sobre la música. El alma virtuosa que tiene la pasión del bien, de lo bello y de lo grande, y que ha alcanzado el sentimiento de la armonía, producirá obras maestras capaces de penetrar en las almas más acorazadas y conmoverlas. Si el compositor se arrastra por el suelo, ¿cómo expresar la virtud que desdeña, lo bello que ignora y lo grande que no comprende? Sus composiciones serán el reflejo de sus gustos sensuales, de su ligereza y de su indolencia. Tan pronto serán licenciosas como obscenas, cómicas como burlescas, comunicando a los

oyentes los sentimientos que ellas expresarán y pervirtiéndolos en lugar de mejorarlos.

El Espiritismo, moralizando a los hombres, ejercerá, pues, una grande influencia sobre la música, produciendo más compositores virtuosos, que a su vez comunicarán sus virtudes haciendo oír sus composiciones.

Se reirá menos, pero se llorará más; la hilaridad será reemplazada por la emoción, la fealdad por la hermosura y lo cómico por la grandeza.

Por otra parte, los oyentes que el Espiritismo habrá dispuesto para recibir fácilmente la armonía, experimentaran con la audición de la música seria un encanto verdadero y desdeñarán la música frívola y licenciosa que se ampara en las masas. Cuando se desprecien lo grotesco y lo obsceno por lo bello y lo bueno, tales compositores desaparecerán, porque sin oyentes no ganarán nada cuando para ganar algo se salieron del verdadero camino.

¡Oh! ¡Si, el Espiritismo podrá influir mucho sobre la música! ¿Cómo podría suceder de otro modo? Su advenimiento cambiará el arte purificándolo. Su fuente es divina y su fuerza le conducirá donde quiera que haya hombres para amar, para elevarse y para comprender. Vendrá a ser el ideal y el objetivo de los artistas.

Pintores, escultores, compositores y poetas le pedirán sus inspiraciones y él se las proporcionará, porque es rico, porque es inagotable.

El Espíritu del maestro Rossini, en una nueva existencia, volverá a continuar el arte, que él considera como el primero de todos; el Espiritismo será su símbolo y el inspirador de sus composiciones.

ROSSINI.

(Médium M. Nivart).

El Camino de la Vida Hace tiempo que la cuestión de la pluralidad de existencias preocupa a los filósofos, y más de uno ha visto en la anterioridad del alma la única solución posible a los más importantes problemas de la psicología, sin cuyo principio se han enredado en el más intrincado laberinto, no pudiendo salir de él más que con el auxilio de la hipótesis de la pluralidad de existencias.

La más fuerte objeción que puede hacerse a esa teoría, es el olvido de las existencias anteriores. En efecto, "una sucesión de existencias, inconscientes las unas de las otras; dejar un cuerpo para tomar otro en seguida, sin memoria del pasado, equivaldría a la nada: porque esto sería la nulidad del pensamiento;

sería una porción de nuevos puntos de partida sin enlace con los precedentes; sería una ruptura incesante de todas las afecciones que forman el encanto de la vida presente y la más dulce y consoladora esperanza del porvenir; sería, en fin, la negación de toda responsabilidad moral". Semejante doctrina sería tan inadmisible y tan incompatible con la justicia y la bondad de Dios, como la de una existencia con la perspectiva de una absoluta eternidad de penas por algunas faltas temporales. Se comprende, pues, por que los que se han formado semejante idea de la reencarnación, la rechazan, pero no es este el modo como nos la presenta el Espiritismo.

La existencia espiritual del alma, nos dice, es su existencia normal, con recuerdo retrospectivo indefinido; las existencias corporales solo son intervalos, estaciones cortas en la existencia espiritual, y la suma de todas esas estaciones es una pequeñísima parte de la existencia normal, absolutamente como si en un viaje de muchos años, se detuviese uno de vez en cuando algunas horas. Si durante las existencias corporales parece haber solución de continuidad por la ausencia del recuerdo, el enlace se establece durante la vida espiritual que no tiene interrupción; la solución de continuidad, en realidad, solo existe para la vida corporal exterior y de relación; y en este caso, la ausencia del recuerdo prueba la sabiduría de la Providencia, que no ha querido que el hombre se desviase demasiado de la vida real, en que tiene deberes que cumplir; mas cuando el cuerpo descansa durante el sueno, el alma vuelve a tomar en parte su vuelo, y entonces se restablece la cadena que solo se halla interrumpida mientras se esta despierto.

Aun puede hacerse a esto una objeción: al preguntar el provecho que podemos sacar de las existencias anteriores para nuestro mejoramiento, si no nos acordamos de las faltas que hemos cometido. En primer lugar, el Espiritismo contesta, que el recuerdo de las existencias desgraciadas, uniéndose a las miserias de la vida presente, haría que esta fuese muy penosa. Dios ha querido con esto ahorrarnos mayor número de sufrimientos; sin ello, ¡cuál no sería nuestra humillación, pensando muchas veces en lo que hemos sido! En cuanto a nuestro mejoramiento, ese recuerdo sería inútil. En cada una de nuestras existencias damos un paso más, adquirimos algunas cualidades y nos despojamos de algunas imperfecciones; de este modo, cada una de ellas es un nuevo punto de partida, en la que somos lo que nos hemos hecho, en la que nos consideremos como lo que somos, sin cuidarnos de lo que hemos sido. Si

en una existencia anterior hemos sido antropófagos, ¿qué nos importa si ya no lo somos? Si tuvimos un defecto cualquiera del que ni quedan reliquias, es una cuenta saldada de la que no debemos ocuparnos. Por el contrario, supongamos un defecto del cual, no nos hayamos corregido sino a medias, el resto se encontrará en la vida siguiente y será preciso poner mucho cuidado en acabarse de corregirse de él. Pongamos un ejemplo: Un hombre fue asesino y ladrón, por cuyo crimen fue castigado, bien en la vida corporal, bien en la espiritual; se arrepiente y se corrige de su primera inclinación, pero no de la segunda; en la existencia siguiente, solo será ladrón, puede que un ladrón de fama, pero ya no será asesino; un poco más y no será mas que ratero; un poco mas tarde ya no robará, pero podrá tener inclinación al robo, que su conciencia neutralizará; con un esfuerzo más, habiendo desaparecido todos los síntomas de la enfermedad moral, será un modelo de probidad. En este caso, ¿que le importa lo que fue? El recuerdo de haber perecido en un cadalso, ¿no sería para él un tormento y una perpetua humillación? Aplicad este razonamiento a todos los vicios, a todas las faltas y podréis ver cómo se mejora el alma, pasando y repasando por los tamices de la encarnación. ¿Acaso no es Dios mas justo en haber hecho al hombre arbitro de su propia suerte por los esfuerzos que puede hacer, para mejorarse, que no habiendo hecho nacer su alma al mismo tiempo que el cuerpo, y condenarla a tormentos perpetuos por errores pasajeros, sin haberle dado los medios de purificarse de sus imperfecciones? Por la pluralidad de existencias, el porvenir esta en sus manos; si tarda mucho tiempo en mejorarse, sufre las consecuencias: es la justicia suprema, pero nunca se le niega la esperanza.

La siguiente comparación puede ayudar a que se comprendan las peripecias de la vida del alma.

Supongamos un largo camino en el que, de distancia en distancia, pero a intervalos desiguales, se encuentran bosques que es preciso atravesar; al entrar en cada bosque se interrumpe la hermosa y ancha carretera, que reaparece a la salida. Un viajero sigue este camino hasta entrar en el primer bosque; ya no encuentra en él ni camino, ni vereda, sino un laberinto intransitable en medio del cual se pierde; la luz del sol desaparece bajo la espesura de los copudos árboles; anda errante sin saber a donde va; al fin de muchas fatigas llega al extremo del bosque, abatido por el cansancio, destrozado por los matorrales, entumecido por los cantos. Entonces encuentra

otra vez el camino y la luz y prosigue su viaje procurando curarse de sus heridas.

Más lejos encuentra otro bosque, en donde le esperan las mismas dificultades, pero, más práctico, sabe evitarlas en parte y sale de él con menos contusiones. En uno de ellos encuentra un leñador que le indica la dirección que debe seguir, sin que pueda perderse. Cada vez que debe cruzar el bosque aumenta su destreza, de tal modo, que con la mayor facilidad allana los obstáculos, tiene la seguridad de volver a encontrar a su salida el buen Camino, y esta confianza le sostiene, y después sabe orientarse mejor para encontrarlo con más facilidad. El camino conduce a la cumbre de una alta montaña y desde allí descubre todo el espacio que ha recorrido desde el punto de partida; ve también todos los bosques que ha atravesado y se acuerda de las vicisitudes que ha sufrido, pero este recuerdo nada tiene de penoso, porque ha llegado al fin; es como el veterano que, en la calma del hogar doméstico, recuerda las batallas en que estuvo. Estos bosques diseminados en el camino son para él como puntos negros en una blanca cinta; dice entonces: "Cuando estaba en aquellos bosques, sobre todo en el primero, ¡cuán pesado se me hacía atravesarlos! Creía no llegar al fin; todo a mi alrededor me parecía gigantesco e intransitable. ¡Cuando pienso que sin aquel leñador que me puso en el buen camino, aun estaría allí!... Ahora que desde aquí considero aquellos mismos bosques, desde el punto en que estoy, ¡cuan pequeños se me presentan! Me parece que hubiera podido salvarlos de un solo salto; aun más, los penetro con mi vista y distingo sus más pequeños detalles; hasta veo los pasos que he dado en falso".

Entonces un anciano le dice: Hijo mío, has llegado al término de tu viaje, mas un descanso indefinido te causaría muy pronto una tristeza mortal y echarías de menos las vicisitudes que experimentaste, las cuales dan actividad a tus miembros y a tu Espíritu. Desde aquí, ves un gran número de viajeros en el camino que has andado y que, como tu, corren riesgo de desviarse; tú tienes experiencia, ya no temes nada; ve a encontrarlos y procura guiarles con tus consejos para que lleguen más pronto.

Allá voy con gusto, contesta nuestro hombre, pero, añade, ¿Por qué no hay un camino directo desde el punto de partida hasta aquí? De este modo los viajeros evitarían el pasar por esos bosques abominables.

Hijo mío replica el anciano, mira bien y verás cómo muchos evitan cierto número de ellos; esos son aquellos que, habiendo adquirido más pronto la experiencia necesaria, saben tomar un camino más recto y corto para llegar; mas esa experiencia es fruto del trabajo que se necesita en las primeras travesías, de tal modo, que no llegan aquí sino por su merito. Tú mismo, ¿qué sabrías si no hubieses pasado por ellos? La actividad que debiste desplegar, los recursos de tu imaginación que te han sido necesarios para abrirte un camino, han aumentado tus conocimientos y desarrollado tu inteligencia; sin eso serías tan novicio como lo eras a tu salida. Además, mientras te has esforzado en salir del apuro, tú mismo has contribuido a la mejora de los bosques que has atravesado; lo que tú has hecho es muy poca cosa, imperceptible, pero debes pensar que son muchos los viajeros que hacen lo mismo y que trabajando para ellos, trabajan, sin saberlo, para el bien común. ¿No es justo que reciban el salario de sus penalidades con el descanso que gozan aquí? ¿Qué derecho tendrían a un descanso si no hubieran hecho nada? Padre mío responde el viajero, en uno de esos bosques encontré a un hombre que me dijo: En la pendiente hay un abismo inmenso que es preciso salvar de un solo salto; pero de mil, apenas uno lo logra: todos los otros se precipitan en el fondo de un horno ardiente y se pierden sin esperanza de volver. Ese abismo no lo he visto.

Hijo mío, es porque no existe, pues de otro modo, eso sería un abominable lazo tendido a todos los viajeros que vienen a mi casa. Se muy bien que necesitan allanar muchas dificultades, pero también se que tarde o temprano las allanarán; si yo hubiese creado imposibles para uno solo, sabiendo que debía sucumbir, hubiera sido una crueldad, con mayor motivo si los hubiese hecho para el mayor número.

Ese abismo es una alegoría, cuya explicación te voy a dar. Mira el camino en el intervalo de los bosques; entre los viajeros, los ves que marchan con lentitud, con aspecto alegre; ves aquellos amigos que se han perdido de vista en los laberintos del bosque: ¡cuán felices son al encontrarse otra vez a la salida! Mas, al lado de aquellos hay otros que se arrastran penosamente; están estropeados e imploran piedad por las heridas que por su falta se han hecho, cruzando las zarzas; mas ya curarán y será para ellos una lección que les aprovechará en el primer bosque que tengan que atravesar, y del cual saldrán menos lisiados. El abismo es la figura de los males que sufren y diciendo que de mil solo se salva uno, aquel hombre tuvo razón, porque el número de los

imprudentes es muy grande, pero no ha tenido razón en decir que una vez en él no se sale mas: hay siempre una salida para llegar a mí. Ve, hijo mío, ve a enseñar esa salida a los que están en el fondo del abismo; ve a sostener a los heridos en el camino y a enseñar la senda a los que cruzan los bosques.

El camino es la figura de la vida espiritual del alma, en cuya ruta es uno mas o menos feliz: los bosques son las existencias corporales en las que se trabaja para el adelantamiento y al mismo tiempo para la obra general; el viajero que llega al fin y vuelve para ayudar a los rezagados, es la figura de los ángeles guardianes, misioneros de Dios, que encuentran su felicidad en su vista, pero también en la actividad que despliegan, haciendo el bien y obedeciendo al supremo Señor.

Las Cinco Alternativas de la Humanidad Preliminares Muy pocos hombres hay que vivan sin ocuparse del mañana. Si, pues, nos desvelamos por lo que seremos después de un día de veinticuatro horas, con mayor razón es natural que nos desvelemos por lo que será de nosotros después del gran día de la vida, puesto que no se trata de algunos instantes, sino de la eternidad. ¡Viviremos o no viviremos! No hay termino medio; ¡es esta una cuestión de vida o muerte, la suprema alternativa!...

Si se interroga el sentimiento íntimo de la casi universalidad de los hombres, todos responderán: "viviremos" y esta esperanza es para ellos un consuelo. Una insignificante minoría se esfuerza, sin embargo, y especialmente de algún tiempo a esta parte, en probarles que no vivirán.

Preciso es confesar que esta escuela ha hecho prosélitos, principalmente entre los que, temiendo la responsabilidad del porvenir, encuentran más cómodo usar del presente sin limitación alguna, sin sentirse perturbados por la perspectiva de las consecuencias. Pero no pasa esta de ser la opinión del menor número.

Si vivimos, ¿cómo viviremos? ¿Que condiciones nos rodearán? En este punto varían los sistemas con las creencias religiosas o filosóficas. No obstante, todas las opiniones sobre el porvenir del hombre pueden reducirse a cinco alterativas principales, que pasamos a resumir sumariamente, a fin de que la comparación entre ellas sea más fácil y de que cada uno pueda escoger, con conocimiento de causa, la que le parezca mas racional y mejor responda a sus aspiraciones personales y a las necesidades de la sociedad. Estas cinco

alterativas son las que resultan de las doctrinas materialistas, panteístas, deístas, dogmáticas y espiritistas.

1. Doctrina Materialista "La inteligencia del hombre es una propiedad de la materia; nace y muere con el organismo. El hombre es nada antes y nada después de la vida corporal".

Consecuencias. No siendo el hombre, más que materia, solo son reales y envidiables los goces materiales; los afectos morales carecen de porvenir; a la muerte quedan rotos para siempre los lazos morales; las miserias de la vida no tienen compensación; el suicidio viene a ser el fin racional y lógico de la existencia, cuando no hay esperanza de alivio en los sufrimientos, inútil es contrariarse para vencer las malas inclinaciones: mientras estamos en la tierra, debe vivirse para sí lo mejor posible; es una estupidez molestarse y sacrificar su reposo, su bienestar por otros, es decir, por seres que a su vez serán anonadados y que jamás volverán a verse; los deberes sociales quedan sin base; el bien y el mal son cosas convencionales y el freno social se reduce a la fuerza material de la ley civil.

Observación. Acaso no sea inútil recordar aquí a nuestros lectores, algunos pasajes de un artículo que publicamos sobre el materialismo, en la Revue Spirite, de agosto de 1868.

"El materialismo, decíamos, jactándose como en ninguna otra época, erigiéndose en regulador supremo de los destines morales de la humanidad, ha producido el efecto de atemorizar a las masas con las consecuencias inevitables de sus doctrinas en el orden social, y por esta misma razón, ha provocado en favor de las ideas espiritualistas una enérgica reacción, que debe probarle que esta muy lejos de disfrutar de tan generales simpatías como supone, y que se engaña notablemente si espera imponer algún día sus leyes al mundo.

"Ciertamente las ideas espiritualistas del pasado son insuficientes a nuestro siglo; no están al nivel intelectual de nuestra generación: en muchos puntos se contradicen con las conquistas ciertas de la ciencia; dejan en el animo ideas incompatibles con el anhelo positivista que domina en la sociedad moderna; incurren, por otra parte, en el grave renuncio de imponerse por la fe ciega y de proscribir el libre examen, y de aquí sin duda alguna el desarrollo de la incredulidad en el mayor número. Es evidente que si a los hombres se les alimentase desde la infancia con las ideas que más tarde fuesen confirmadas

por la razón, no habría incrédulos. ¡Que de personas, que han vuelto a la creencia por el Espiritismo, nos han dicho: "Si siempre se nos hubiera presentado a Dios, al alma y a la vida futura de un modo racional, nunca hubiésemos dudado!" "Porque un principio sea mal o falsamente aplicado, ¿se sigue que debemos rechazarlo? Sucede con las cosas espirituales como con la legislación y todas las instituciones sociales, que, so pena de que perezcan, es preciso apropiarlas a los tiempos. Pero, en vez de presentar algo mejor que el caduco espiritualismo, el materialismo ha preferido suprimirlo todo, lo que le dispensaba de la investigación, y parecía más cómodo a aquellos a quienes importuna la idea de. Dios y del porvenir. ¿Qué se diría de un médico, que notando que el régimen seguido por el convaleciente no es bastante substancial para su temperamento, le ordenase que no comiese nada? "Lo que más admira en la mayor parte de los materialistas de la escuela moderna, es el espíritu de intolerancia llevado a sus últimos límites; ¡ellos, que reivindican sin cesar el derecho de la libertad de conciencia!...

"Hay en este momento y por parte de cierto partido, una conjura contra las ideas espiritualistas en general, entre las que se halla naturalmente comprendido el Espiritismo. Lo que busca el materialismo no es un Dios más justo y mejor, sino el Dios-materia, menos molesto, porque no han de dársele cuentas. Nadie niega a semejante partido el derecho de tener su opinión y de discutir las contrarias, pero lo que no puede concedérsele, es la pretensión singular, por lo menos en hombres que se erigen en apóstoles de la libertad, de impedir a los otros que crean a su manera y discutan las doctrinas que no aceptan. Intolerancia por intolerancia, no es mejor la una que la otra"... 2. Doctrina Panteísta "El principio inteligente o alma, independiente de la materia, es tomado al nacer en el todo universal; se individualiza en cada ser durante la vida y a la muerte vuelve a la masa común como las gotas del agua al Océano." Consecuencias: Sin individualidad y sin conciencia de si mismo, el ser es como si no existiese; las consecuencias morales de esta doctrina son exactamente las mismas que las de la materialista.

Observación: Cierto número de panteístas admiten que el alma, tomada al nacer en el todo universal, conserva su individualidad durante un tiempo indefinido y que no vuelve a la masa sino después de haber llegado a los últimos grados de la perfección. Las consecuencias de esta variedad de creencia son absolutamente las mismas que las de la doctrina panteísta

propiamente dicha; porque si es perfectamente inútil tomarse el trabajo de adquirir algunos conocimientos, cuya conciencia ha de perderse, anonadándose después de un tiempo relativamente corto, si el alma se resiste generalmente a admitir semejante concepción, cuánto mayor no sería su pena, pensando que el momento en que llegas al conocimiento y a la perfección supremos, sería aquel en que fuese condenado a perder el fruto de todos sus trabajos, perdiendo su individualidad.

3. Doctrina Deísta El deísmo comprende dos categorías distintas de creyentes: los deístas independientes y los deístas providenciales.

Los deístas independientes creen en Dios y admiten todos sus atributos como Creador. Dios, dicen, ha establecido las leyes generales que rigen el universo, pero creadas estas leyes, funcionan por si solas, y su autor no se ocupa más de ellas.

Las criaturas hacen lo que quieren o lo que pueden, sin que Dios se preocupe de ello. No hay providencia y no ocupándose Dios de nosotros, ni debemos darle gracias, ni pedirle nada.

Los que niegan toda intervención de la Providencia en la vida del hombre, son como niños que se creen bastante juiciosos para emanciparse de la tutela de sus consejeros y de la protección de sus padres o que se figuran que sus padres no han de ocuparse de ellos una vez que les han puesto en el mundo.

So pretexto de glorificar a Dios, demasiado grande, dicen, para rebajarse hasta sus criaturas, hacen de él un gran egoísta y le rebajan al nivel de los animales que abandonan sus pequeñuelos a los elementos.

Esta creencia es resultado del orgullo y la idea de verse sometido a un poder superior, del cual procuran emanciparse, es lo que lastima su amor propio.

Mientras unos recusan semejante poder, otros consienten en reconocer su existencia, pero condenándole a la nulidad.

Existe una diferencia esencial entre el deísta independiente de que acabamos de hablar y el deísta providencial. En efecto, este último cree, no solo en la existencia y virtud creadora de Dios desde el origen de las cosas, sino también en su intervención incesante en la creación y le dirige súplicas, pero no admite el culto externo ni el actual dogmatismo.

4. Doctrina Dogmática "El alma, independiente de la materia, es creada al nacimiento de cada ser; sobrevive y conserva su individualidad después de la muerte; desde este momento, su suerte queda irrevocablemente fijada; sus progresos ulteriores son nulos, y por consecuencia, intelectual y moralmente es para toda eternidad lo que era durante la vida. Siendo los malos condenados a castigos perpetuos e irremisibles en el infierno, resulta que el arrepentimiento les es completamente inútil, pareciendo que Dios se niega a concederles la posibilidad de reparar el mal que han hecho. Los buenos son recompensados por la visión y contemplación perpetua de Dios en el cielo. Los casos en que pueden merecerse eternamente el cielo o el infierno, depende de la decisión y juicio de hombres falibles a quienes es dado absolver o condenar".

(Nota: Si se objeta a esta última proposición que Dios juzga en última apelación, puede preguntarse: ¿que valor tiene la decisión pronunciada por los hombres, ya que puede ser anulada?) "Separación definitiva de los condenados y de los elegidos. Inutilidad, respecto de los condenados, de los socorros morales y consuelos." "Creación de Ángeles o almas privilegiadas, exentas de todo trabajo para llegar a la perfección, etc., etc." Consecuencias: Esta doctrina deja sin solución los graves problemas siguientes: 1º ¿De dónde proceden las disposiciones innatas, intelectuales y morales, que hacen que los hombres nazcan buenos o malos, inteligente o idiotas? 2º ¿Cuál es la suerte de los niños que mueren en edad temprana? ¿Por qué entran en la bienaventuranza sin aquel trabajo a que están sujetos otros durante largos años? ¿Por que son recompensado sin haber podido hacer el bien o privados de perfecta dicha sin haber hecho el mal? 3º ¿Cuál es la suerte de los cretinos y de los idiotas que no tienen conciencia de sus actos? 4º ¿Como se justifican las miserias y enfermedades innatas, no siendo resultado de la vida presente? 5º ¿Cuál es la suerte de los salvajes y de todos los que forzosamente mueren en el estado de inferioridad moral en que se hallan colocados por la misma naturaleza, si no les es dado progresar ulteriormente? 6º ¿Por que crea Dios almas más favorecidas que otras? 7º ¿Por que llama a sí prematuramente a los que hubieran podido mejorarse si hubiesen vivido más, supuesto que no les es permitido progresar después de la muerte? 8º ¿Por que ha creado Dios ángeles, llegados sin trabajo alguno a la perfección, mientras que otras criaturas están sometidas a las más rudas pruebas y en las cuales tienen mas probabilidades de sucumbir que de salir victoriosas?, etc.

5. Doctrina Espiritista El principio inteligente es independiente de la materia; el alma individual preexiste y sobrevive al cuerpo. Uno mismo es el punto de partida de las almas sin excepción; todas son creadas sencillas e ignorantes y están sometidas al progreso indefinido. No hay criaturas privilegiadas ni más favorecidas unas que otras; los ángeles son seres llegados a la perfección, después de haber pasado, como las otras criaturas, por todos los grados inferiores. Las almas o Espíritus progresan más rápidamente en virtud de su libre albedrío, mediante el trabajo y la buena voluntad. La vida espiritual es la normal; la vida corporal es una fase temporal de la vida del Espíritu, durante la cual reviste momentáneamente una envoltura material de la que se despoja al morir.

El Espíritu progresa en estado corporal y en estado espiritual. El corporal es necesario al Espíritu hasta que ha alcanzado cierto grado de perfección; en él se desarrolla por el trabajo, al que le obligan sus propias necesidades, y adquiere conocimientos prácticos especiales. Siéndole insuficiente una sola existencia corporal para adquirir todas las perfecciones, vuelve a tomar cuerpo tan a menudo como le es necesario, y vuelve cada vez con el progreso alcanzado en las existencias anteriores y en la vida espiritual. Cuando ha adquirido en un mundo todo lo que en él puede adquirirse, lo deja para ir a otros más adelantados moral e intelectualmente, menos y menos materiales, y así sucesivamente hasta la perfección de que es susceptible la criatura.

El estado feliz o desgraciado de los Espíritus es inherente a su estado moral; el castigo es consecuencia de su contumacia en el mal, de suerte que perseverando en él, se castigan por sí mismos, pero nunca les es cerrada la puerta del arrepentimiento y pueden, queriéndolo, entrar nuevamente en el camino del bien y llegar con el tiempo a todos los progresos.

Los niños que mueren en edad temprana pueden estar más o menos adelantados, porque han vivido ya anteriores existencias en las que han podido hacer el bien o cometer malas acciones. La muerte no les libra de las pruebas que han de sufrir, y en tiempo oportuno dan comienzo a una nueva existencia en la tierra o en mundos superiores, según su grado de elevación.

El alma de los cretinos e idiotas es de la misma naturaleza que la de los otros encamados; a menudo es superior su inteligencia, y la insuficiencia de medios en que se hallan para entrar en relación con sus compañeros de

existencia les hace sufrir, como a los mudos, el no poder hablar. Los cretinos abusaron de su inteligencia en anteriores existencias, y para expiar el mal que cometieron, han aceptado voluntariamente el verse reducidos a la impotencia, etc.

La Muerte Espiritual La cuestión de fa muerte espiritual es uno de esos principios nuevos que denotan el progreso en la ciencia espiritista. El modo como fue presentado este tema en cierta teoría individual, hizo que fuese rechazado, porque parecía implicar la pérdida a un tiempo dado del yo que caracteriza al individuo, y asimilar las transformaciones del alma a las que sufre la materia, cuyos elementos se desagregan para dar lugar a la formación de nuevos cuerpos. De esto se desprende que los seres perfeccionados serian en realidad nuevos seres, lo cual no es admisible, si se atiende a que la equidad de las penas y goces futuros no puede ser evidente sin admitir la perpetuidad de los mismos seres marchando constantemente por la vía del progreso, y limpiándose de sus imperfecciones por medio del trabajo y con los esfuerzos de su voluntad.

Tales eran las consecuencias que a priori podían deducirse de esa teoría, que confesamos no fue presentada con pretensiones ni movida por el orgullo del que quiere imponerse a los demás, ya que el autor dijo muy modestamente que solo traía su ideal al terreno de la discusión, y que bien podría ser que de esta idea brotara una nueva verdad. Según el parecer de nuestros guías espirituales, hubo menos falta en el fondo de dicha teoría que en la forma como fue planteada, dando lugar a una torcida interpretación, siendo esta la razón por que nos ha invitado a estudiar detenidamente el asunto, lo que trataremos de hacer, tomando por base la observancia de los hechos que resulten de la situación del Espíritu en las pocas capitales de su entrada en la vida corporal y su vuelta a la vida espiritual.

En el momento de la muerte del cuerpo, vemos al Espíritu que queda en una profunda turbación y pierde la conciencia de sí mismo, hasta tal punto, que jamás recuerda el último suspiro exhalado por su cuerpo. Pero poco a poco la turbación se disipa; el Espíritu se reconoce como el hombre que despierta de un profundo sueño; su primera sensación es la del que se encuentra libre de la pesada materia que le oprimía, pero pronto llega al perfecto conocimiento de su nueva situación.

Esta es idéntica a la de un hombre a quien se cloroformiza para practicar una amputación y que durante el sueño, se traslada a una habitación distinta. Al despertar se siente desembarazado del miembro causa de su sufrimiento anterior y en su sorpresa, le busca repetidas veces; así también el Espíritu separado del cuerpo, ve a este a su lado y le busca; sabe que es el suyo y se admira de la separación, pero poco a poco se da cuenta de su nuevo estado.

En el fenómeno descrito no ha habido otra cosa que un cambio material de situación; pues respecto de lo moral, el Espíritu es exactamente lo mismo que era pocas horas antes. Sus facultades, ideas, gustos, inclinaciones y carácter son los mismos; no han sufrido modificación alguna sensible; y los cambios que estas cualidades puedan experimentar solo se operan gradualmente y merced a la influencia de cuanto le rodea.

En resumen: la muerte ha sido para el cuerpo, pues para el Espíritu, no ha sido otra cosa que un sueño.

En la reencarnación las cosas suceden de muy distinto modo.

En el momento de la concepción del cuerpo destinado al Espíritu, éste se encuentra envuelto por una corriente fluídica que le atrae hacia el punto de su nueva morada, y desde este momento, el Espíritu pertenece a un cuerpo, como este cuerpo le pertenece a él hasta la muerte del mismo, a pesar de que la unión completa entre la materia y el Espíritu' no tiene lugar hasta el instante precise del nacimiento.

Luego que ha tenido lugar la concepción, se apodera del Espíritu una turbación especial; sus ideas se ofuscan; sus facultades se aniquilan y esa turbación va creciendo a medida que el lazo de unión del Espíritu con el cuerpo se estrecha más y más, siendo completa en los últimos tiempos de la gestación; de tal suerte, que el Espíritu no es nunca testigo del nacimiento de su cuerpo, como tampoco tiene conciencia de la muerte de éste. Pero nace el niño y respira, y la turbación desaparece paulatinamente, y las ideas renacen, si bien en otras condiciones que cuando muere el cuerpo.

En el acto de la reencarnación, las facultades del Espíritu no quedan solamente entorpecidas por una especie de sueño momentáneo, como sucede cuando aquél vuelve a la vida espiritual porque todas, sin excepción alguna, pasan al estado latente. La vida corporal tiene por objeto desarrollar esas facultades por medio del ejercicio, pero no pueden serlo todas simultáneamente, porque el desarrollo de las unas podría perjudicar a las

demás, mientras que con el desarrollo sucesivo, no existe este inconveniente. Es menester, pues, que algunas permanezcan en reposo mientras que otras se ejercitan; y esto explica por que en una nueva existencia, un Espíritu puede aparecer bajo un aspecto bien distinto que en su anterior vida corporal, sobre todo si no es de los más adelantados. Por ejemplo: en un Espíritu podría ser muy activa la facultad musical; concebirá, percibirá y por consiguiente ejecutará todo aquello que es necesario al desenvolvimiento de esta facultad: en otra existencia se perfeccionará en la pintura, poesía, ciencias exactas, etc., y mientras citas nueva facultades se desarrollan, la de la música se conservará en estado latente, no perdiendo por esto el adelanto adquirido en la existencia anterior. Resulta, pues, de lo expuesto, que el que en una existencia ha sido artista, en otra será tal vez un gran sabio, hombre de Estado o estratega, sin que como artista tenga importancia alguna, o viceversa.

El estado latente en que permanecen las facultades de un Espíritu cuando se encarna de nuevo, explica el olvido completo de las existencias anteriores, mientras que el recuerdo de la vida corporal es entero al despertar el Espíritu de la especie de aletargamiento en que queda en el momento de la muerte del cuerpo.

Las facultades que se manifiestan en el Espíritu, están naturalmente en relación con la posición social que aquél debe ocupar en el mundo y también con las pruebas que ha elegido; sin embargo, sucede a veces que las preocupaciones sociales le rebajan o elevan más de lo conveniente, lo cual hace que alguno Espíritus no estén, intelectual y moralmente hablando, en relación con el lugar que ocupan. Este hecho, por los inconvenientes que consigo lleva, forma parte de las pruebas elegidas y debe cesar con el progreso, porque en un orden social adelantado, todo se arregla según la lógica de las leyes naturales, no siendo por derecho de nacimiento llamado a gobernar aquel que solo es apto para trabajos manuales.

Pero volvamos al Espíritu en la infanda de su cuerpo. Hemos visto que hasta el momento de nacer, todas las facultades del Espíritu se encontraban en estado latente, y por lo tanto, el Espíritu sin tener conciencia de sí mismo; las facultades que deben ejercitarse en la nueva existencia no se manifiestan súbitamente en el momento de nacer, sino que se desarrollan gradualmente con los órganos destinados a su manifestación; pero por su actividad íntima, cada facultad acelera el desarrollo de su órgano correspondiente, le empuja,

por decirlo así, del mismo modo que empuja la corteza del árbol el vástago que se oculta debajo de aquella.

Resulta, pues, que en la infanda, el Espíritu no disfruta del pleno goce de ninguna de sus facultades, no solamente como ser humano, sino tampoco como Espíritu, porque es un verdadero niño, lo mismo que el cuerpo al cual esta sujeto. Ni se encuentra comprimido penosamente en el cuerpo imperfecto todavía, porque de otro modo, Dios hubiera hecho de la encarnación un suplido para todos los Espíritus buenos o malos indistintamente. No sucede lo mismo con el idiota y el imbécil, cuyos órganos, no habiéndose desarrollado en relación con las facultades del Espíritu, ponen a éste en la situación de un hombre sujeto por fuertes lazos que le impiden moverse libremente. Y esta es la razón por que puede evocarse al Espíritu de un idiota y obtener del mismo, contestaciones cuerdas, mientras que el de un niño de muy corta edad, se ve privado de dar respuesta alguna.

Todas las facultades .y aptitudes se encuentran en embrión en el Espíritu desde la creación de éste, si bien en estado rudimentario, como se encuentran todos los órganos en el primer filamento del feto informe y todas las partes del árbol en la semilla. El salvaje que más tarde llegará a ser un hombre civilizado, pose todos los gérmenes que un día harán del mismo un sabio, un artista o un filósofo.

A medida que esos gérmenes llegan al estado de madurez, la Providencia da al Espíritu, para la vida terrestre, un cuerpo apropiado a su aptitud, y así es que el cerebro de un europeo esta mejor organizado y provisto de mayor número de órganos que el de un salvaje. Para la vida espiritual, la misma Providencia le facilita un cuerpo fluídico o periespíritu, más útil e impresionable que el anterior para otras sensaciones, y a medida que el Espíritu muera a cada nueva encarnación para resucitar luego con nuevos atributos, sin dejar por esto de ser siempre el mismo.

Sirva de ejemplo, para demostrar más palpablemente lo que acabamos de decir, un campesino que se enriquece y pasa a ser un gran señor; ha abandonado su cabaña para habitar un palacio, y el paño burdo de que labraba sus vestidos por ricas telas y bordados; todo cambia en él: sus costumbres, gustos, lenguaje y carácter; en una palabra, no parece sino que el campesino ha muerto y ha enterrado su buriel, para nacer tan mejorado que casi es

desconocido. Y sin embargo, es el mismo individuo, y en él no ha habido otra cosa que una transformación.

Cada existencia corporal, es, pues, para el Espíritu, un motivo de progreso más o menos perceptible. Vuelto al mundo de los Espíritus, lleva consigo un nuevo caudal de ideas; su horizonte moral se dilata, sus percepciones son más finas y delicadas; ahora ve y comprende lo que antes no veía ni comprendía y su vista, que al principio no iba mas allá de su última existencia, abarca sucesivamente todas sus existencias anteriores, como el hombre que se leva en el aire abarca cada vez más vastos horizontes.

En cada una de las estaciones del Espíritu en la erraticidad se desarrollan a su vista nuevas maravillas del mundo invisible, porque cada vez se descorre para él un nuevo velo. Al mismo tiempo su envoltura fluídica se mejora, se vuelve más ligera y brillante, hasta que por fin será resplandeciente. Es un Espíritu casi nuevo; es el labriego de que hemos hablado antes, pulido y transformado. El Espíritu primitivo ha muerto: sin embargo, siempre es el mismo Espíritu.

He aquí explicado como debe entenderse, según nuestro modo de ver, la muerte espiritual.

La Carne es Débil – Estudio Fisiológico y Moral (Este estudio se ha publicado en la Revue Spirite de París, en 1869, y por consiguiente no pertenece a las Obras Póstumas. Lo incluimos aquí por su importancia – Sociedad Anónima Propagadora del Espiritismo) Hay pensamientos viciosos que evidentemente son inherentes al Espíritu, porque tienden más a lo moral que a lo físico: otros más bien parecen la consecuencia del organismo y por esta razón, se cree que en ellos hay menos responsabilidad. Tales son las predisposiciones a la cólera, a la malicie, a la sensualidad, etc.

Esta perfectamente reconocido hoy por los filósofos espiritualistas que los órganos cerebrales, correspondiendo a las diversas aptitudes, deben su desarrollo a la actividad del Espíritu; que este desarrollo es, pues, un efecto y no una causa.

Un hombre no es músico porque tiene la protuberancia de la música, sino que tiene la protuberancia de la música porque su Espíritu es músico.

Si la actividad del Espíritu obra sobre el cerebro, debe obrar igualmente sobre las demás partes del organismo. El Espíritu es así el artista de su propio cuerpo, que amolda, por decirlo así, con objeto de apropiarlo a sus necesidades

y a la manifestación de sus tendencias. Dado esto, la perfección del cuerpo en las razas adelantadas sería el resultado del trabajo del Espíritu, que perfecciona su organismo a medida que aumenta sus facultades. (El Génesis según el-Espiritismo, Cáp. II; Génesis Espiritual).

Por una consecuencia natural de este principio, las disposiciones morales del Espíritu deben modificar las cualidades de la sangre, darle más o menos actividad, provocar una secreción más o menos abundante de bilis o de otros fluidos. Así es, por ejemplo, como el glotón se siente venir la saliva o, como vulgarmente se dice, el agua a la boca, al ver un manjar apetitoso. No es el manjar quien puede sobrexcitar el órgano del gusto, puesto que no hay contacto: es, pues, el Espíritu, cuya sensualidad se ha despertado, quien obra por el pensamiento sobre este órgano, mientras que la vista de este manjar no produce efecto alguno .en otro Espíritu. Lo mismo sucede con todos los apetitos, con todos los deseos provocados por la vista.

La diversidad de las emociones no puede explicarse en muchos casos sino por la diversidad de las cualidades del Espíritu. Tal es la razón por que una persona sensible vierte fácilmente lágrimas: no es la abundancia de las lágrimas la que da la sensibilidad al Espíritu, sino la sensibilidad del Espíritu es la que provoca la secreción abundante de lágrimas. Bajo el imperio de la sensibilidad se ha modelado el organismo sobre esta disposición normal del Espíritu, como se ha modelado sobre la del Espíritu glotón.

Siguiendo este orden de ideas, se comprende que un Espíritu irascible debe infundirse en un temperamento bilioso: de donde se deduce que un hombre no es colérico porque es bilioso, sino que es bilioso porque es colérico. Lo mismo sucede con todas las demás disposiciones instintivas. Un Espíritu débil e indolente dejará a su organismo en un estado de atonía en relación con su carácter, en tanto que si es activo y enérgico, dará a su sangre y a sus nervios cualidades completamente distintas. La acción del Espíritu sobre el físico es de tal modo evidente, que se ve con frecuencia producirse por el efecto de violentas conmociones morales grandes desórdenes orgánicos. La expresión vulgar: La emoción le ha vuelto la sangre, no es tan desnuda de sentido como pudiera creerse; luego, ¿Quién ha podido volver la sangre sino las disposiciones morales del Espíritu? Este efecto es sensible, especialmente en los grandes dolores, las grandes alegrías y los grandes sustos, cuya reacción puede hasta causar la muerte. Se ven gentes que mueren de miedo de morir;

¿que relación existe, pues, entre el cuerpo del individuo y el objeto que causa su espanto, objeto que, con frecuencia, no tiene realidad alguna? Se dice: es efecto de la imaginación: sea; pero, ¿que es la imaginación sino un atributo, un modo de sensibilidad del Espíritu? Difícil parece atribuir la imaginación a los músculos y a los nervios, porque entonces no se explicaría por que estos músculos. Y estos nervios no tienen siempre imaginación; por que no la tienen ya después de la muerte; por que lo que en unos causa un espanto mortal, excita el valor en otros, etc.

De cualquier sutileza que se use para explicar los fenómenos morales por las solas propiedades de la materia, se cae inevitablemente en un laberinto, en cuyo fondo se percibe, en toda su evidencia y como única solución posible, el ser espiritual independiente, para quien el organismo no es sino un medio de manifestación, como el piano es el instrumento de las manifestaciones del pensamiento del músico. Del mismo modo que el músico armoniza su piano, puede decirse que el Espíritu armoniza su cuerpo para ponerlo al diapasón de sus disposiciones morales.

Es curioso, en verdad, ver al materialismo hablar incesantemente de la necesidad de levantar la dignidad del hombre, cuando se esfuerza por reducirlo a un pedazo de carne que se pudre y desaparece sin dejar ningún vestigio; reivindicar para él la libertad como un derecho natural, cuando le considera solo un mecanismo sin responsabilidad de sus actos.

Con el ser espiritual independiente, preexistente y sobreviviendo al cuerpo, la responsabilidad es absoluta; pues, para la mayoría, el primero, el principal móvil de la creencia en la nada, es el espanto que causa esta responsabilidad, fuera de la ley humana, y a la cual creen escapar cerrando los ojos. Hasta hoy ninguna buena definición tenía esta responsabilidad: no era mas que un terror vago, fundado, es preciso reconocerlo, en creencias no siempre admisibles por la razón: el Espiritismo la demuestra como una realidad patente, efectiva, sin restricción, como una consecuencia natural de la espiritualidad del ser; por eso ciertas gentes tienen miedo al Espiritismo, que les turbaría en su inquietud, colocando frente a ellos el terrible tribunal del porvenir. Probar que el hombre es responsable de todos sus actos, es probar su libertad de acción, y probar su libertad, es elevar su dignidad.

La perspectiva de la responsabilidad fuera de la ley humana es el elemento moralizador más poderoso; a este fin conduce el Espiritismo por la fuerza de las cosas.

Según las precedentes .observaciones fisiológicas, puede, pues, admitirse, que el temperamento es, en parte al menos, determinado por la naturaleza del Espíritu, que es causa y no es efecto. Decimos en parte, porque hay casos en que el físico influye evidentemente sobre lo moral; por ejemplo, cuando un estado mórbido o anormal esta determinado por una causa externa accidental, independiente del Espíritu, como la temperatura, el clima, los vicios hereditarios de constitución, un mal pasajero, etc. La moral del Espíritu puede entonces estar afectada en sus manifestaciones por el estado patológico, sin que su naturaleza intrínseca sea modificada.

Excusarse de las malas acciones por la debilidad de la carne, no es, pues, más que un pretexto para escapar a la responsabilidad. La carne no es débil sino porque el Espíritu es débil, lo que cambia la cuestión y deja al Espíritu la responsabilidad de todos sus actos. La carne, que no tiene pensamiento ni voluntad, no prevalece nunca sobre el ser pensador y que quiere; el Espíritu es quien da a la carne las cualidades correspondientes a sus instintos, como un artista imprime a su obra material el sello de su genio. El Espíritu, libre de los instintos de la bestialidad, se amolda un cuerpo que ya no es un tirano para sus aspiraciones hacia la espiritualidad de su ser: entonces es cuando el hombre come para vivir, porque vivir es una necesidad, pero no vive ya para corner.

La responsabilidad moral de los actos de la vida, queda, pues íntegra; pero la razón dice que las consecuencias de esta responsabilidad deben ser proporcionadas al desarrollo intelectual del Espíritu; cuanto más ilustrado, le es menos excusable, porque con la inteligencia y el sentido moral nacen las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. El salvaje, muy próximo todavía a la animalidad, que cede al instinto del bruto comiéndose a su semejante, es, sin duda, menos culpable que el hombre civilizado que comete simplemente una injusticia.

También en la medicina encuentra esta ley su aplicación y da la razón del mal éxito de aquella en ciertos casos. Desde el momento que el temperamento es un efecto y no una causa, los esfuerzos intentados para modificarlo pueden ser paralizados por las disposiciones morales del Espíritu, que opone una resistencia inconsciente y neutraliza la acción terapéutica. Es, pues, preciso

obrar sobre la causa principal: si se consigue cambiar las disposiciones morales del Espíritu, el temperamento se modificará él mismo bajo, el imperio de una voluntad diferente o, por lo menos, la acción del tratamiento médico será secundada en vez de ser contrarrestada. Dad, si es posible, valor al poltrón y veréis cesar los efectos fisiológicos del miedo: lo mismo sucede con las demás disposiciones.

Sin embargo, ¿se dirá, el médico del cuerpo, puede hacerse médico del alma? ¿Está en sus atribuciones hacerse el moralizador de sus enfermos? Si, indudablemente, hasta cierto punto; es hasta un deber que un buen médico no desatiende nunca, desde el instante que ve en el estado del alma un obstáculo al restablecimiento de la salud del cuerpo; lo esencial es aplicar el remedio moral con prudencia, tacto y oportunidad, según las circunstancias. Desde este punto de vista, su acción es forzosa- mente circunscrita, porque, además de no tener el médico sobre el enfermo más que un ascendiente moral, una transformación del carácter es difícil en cierta edad: a la educación primera es a quien incumbe esta clase de cuidados. Cuando desde la cuna la educación se dirija en este sentido, cuando se trate de ahogar en su germen las imperfecciones morales, como se hace para las imperfecciones físicas, el médico no encontrará ya en el temperamento un obstáculo contra el cual es impotente su ciencia las mas de las veces.

Este es, como se ve, todo un estudio pero un estudio completamente estéril, en tanto que no se cuide de la acción del elemento espiritual en el organismo.

Participación incesantemente activa del elemento espiritual en los fenómenos de la vida: tal es la clave de la mayor parte de los problemas contra los que se estrella la ciencia; cuando la ciencia haga tener en cuenta la acción de este principio, vera abrirse ante ella horizontes completamente nuevos. El Espiritismo demuestra esta verdad.

La Vida Futura La vida futura no es ya un problema; es un hecho adquirido por la razón y la demostración, para la casi unanimidad de los hombres, puesto que los impugnadores se reducen a una ínfima minoría a pesar del ruido que se empeñan en meter. No nos proponemos, pues, demostrar su realidad, pues no haríamos mas que repetir lo dicho, sin aumentar en nada la convicción general. Admitido el principio como premisa,

lo que nos proponemos es examinar su influencia en el orden social y en la moralización, según el modo como se le considera.

Las consecuencias del principio contrario, es decir, del nihilismo, son igualmente harto conocidas y bien comprendidas para que sea preciso desenvolverlas de nuevo. Diremos únicamente, que, si estuviese demostrado que no existe la vida futura, la vida presente no tendría otro objeto que la conservación de un cuerpo que mañana, dentro de una hora, podría dejar de existir, en cuyo caso, todo acabaría para siempre. La consecuencia lógica de semejante condición de la humanidad, sería la concentración de todos los pensamientos en el acrecentamiento de los goces materiales, sin tener en cuenta el perjuicio ajeno; ¿a que privarse e imponerse sacrificios? ¿Que necesidad habría de violentarse para perfeccionarse y corregir defectos? El remordimiento y el arrepentimiento serían también completamente inútiles, puesto que nada se esperaría; y quedarían, en fin, consagrados el egoísmo y la máxima: El mundo pertenece a los más fuertes y astutos. Sin la vida futura, la moral no pasa de ser una violencia, un código convencional impuesto arbitrariamente, que ninguna raíz tiene en el corazón. Una sociedad fundada en tal creencia, no tendría mas lazo que la fuerza y muy pronto entraría en disolución.

Y no se objete que entre los impugnadores de la vida futura hay personas honradas incapaces de hacer conscientemente daño a otro y susceptibles de la mayor abnegación. Digamos, ante todo, que en muchos incrédulos la negación de la vida futura es mas bien una fanfarronada, una jactancia, un deseo de sentar plaza de escépticos, que el resultado de una convicción absoluta. En el fuero íntimo de su conciencia se agita una duda que les importuna y de aquí, que procuren desvanecerla; pero no sin una secreta prevención pronuncian el terrible nada que les priva del fruto de todos los trabajos intelectuales y rompe para siempre los mas caros afectos. Más de uno de esos que vociferan, son los primeros en temblar ante la idea de lo desconocido; y así es que, cuando se aproxima el momento fatal de entrar en ese desconocido, pocos son los que se entregan al último sueño con la firme persuasión de que no despertaran en ninguna otra parte, pues nunca abdica la naturaleza de sus derechos.

Digamos, por lo tanto, que la incredulidad del mayor número no es más que relativa; es decir, que no estando satisfecha su razón ni de los dogmas, ni de las creencias religiosas, y no habiendo encontrado en parte alguna con que

llenar el vacío que en ellos han hecho, han deducido que nada existe más allá y han levantado sistemas para justificar la negación. Son, pues, incrédulos a falta de algo mejor. Los incrédulos absolutos, si es que los hay, son muy raros.

Una intuición latente e inconsciente de lo futuro, puede, por lo tanto, contener a cierto número en la pendiente del mal, y pudiera citarse una multitud de hechos, aún en los más endurecidos, que atestiguan ese sentimiento secreto que, a pesar suyo, los domina.

Debe decirse también que, cualquiera que sea el grado de incredulidad, las gentes de cierta condición social son contenidas por el respeto humano; su posición les obliga a mantenerse en una línea de conducta muy reservada. Lo que más temen es la censura y el desprecio, que, haciéndoles perder, a consecuencia del decaimiento en el rango que ocupan, la consideración del mundo, les privaría de los goces de que en él disfrutan; así es que, si no siempre son virtuosos en el fondo, tienen, por lo menos, las apariencias de la virtud. Pero en los que no teniendo razón alguna para respetar la opinión, se burlan del que dirán, y no se negará que no sean estos la mayoría, ¿que freno puede imponerse al desbordamiento de las pasiones brutales y de los apetitos groseros? ¿En que base puede apoyarse la teoría del bien y del mal, la necesidad de que reformen sus malas inclinaciones, el deber de que respeten lo que poseen los otros, siendo así que ellos nada poseen? ¿Cuál puede ser el estimulante del honor en gentes a quienes se persuade de que no son más que los animales? Ahí esta la ley para contenerlos, se dirá, pero la ley no es un código moral que llegue al corazos; es una fuerza que esos tales soportan y eluden, si les es posible. En caso de que caigan a sus golpes, lo atribuyen a desgracia o a torpeza, que procuran remediar a la primera ocasión.

Los que pretenden que es más meritorio para los incrédulos el hacer el bien sin la esperanza de una remuneración en la vida futura, en la que no creen, se apoyan en un sofisma de los más infundados. Los creyentes dicen también que el bien realizado con la mira de las ventajas que reporta, es menos meritorio, y van más lejos aun, porque están persuadidos de que, según el móvil que los hace obrar, el mérito puede ser completamente nulo. La perspectiva de la vida futura no excluye el desinterés en las buenas acciones, porque la dicha de que en ellas se disfruta, esta ante todo, subordinada al grado de adelanto moral, y los orgullosos y ambiciosos están colocados en el número de los menos afortunados. Pero los incrédulos que obran el bien, ¿son

tan desinteresados como dicen? Si no esperan nada del otro mundo, como dicen, nada esperan tampoco de este. ¿No entra para nada en ellos el amor propio? ¿Son insensibles a los humanos elogios? Esto sería un raro grado de perfección, y no creemos que sean muchos los que a él son elevados por el solo culto de la materia.

Más seria es la siguiente objeción. Si la creencia en la vida futura es un elemento moralizador, ¿Por que los hombres, a quienes se habla de ella desde que están en la tierra, son generalmente tan malos? Ante todo, ¿alguien puede asegurar que no serian peores sin semejante creencia? Y no se puede dudar de que fuera así, si se consideran los resultados inevitables del nihilismo popularizado. ¿No se ve, por el contrario, al observar los diferentes peldaños de la humanidad, desde los pueblos salvajes hasta los civilizados que marchan al frente del progreso intelectual y moral, la morigeración de las costumbres y la idea más racional de la vida futura? Pero esta idea, muy imperfecta aun, no ha podido ejercer toda la influencia que necesariamente tendrá a medida que se la comprenda mejor y que se adquieran nociones más exactas sobre el porvenir que nos espera.

Por firme que sea la creencia en la inmortalidad, el hombre suele no ocuparse de su alma más que desde un punto de vista místico. La vida futura, con muy escasa claridad definida, solo vagamente le impresiona, no pasa de ser un objeto que se pierde en lontananza, y no un medio, porque la suerte esta en ella irrevocablemente fijada, y porque en parte alguna se le ha presentado como progresiva; de donde se concluye que el hombre será en la eternidad lo que es al salir de este mundo. Por otra parte, la pintura que de ella se hace y las condiciones determinantes de la dicha o desdicha que en ella se experimenta, están lejos de satisfacer completamente a la razón, sobre todo en un siglo de examen como el nuestro. Además, no se la relaciona bastante directamente con la vida terrestre; entre ambas no existe solidaridad, sino un abismo, de suerte que el que se ocupa principalmente de la una, pierde de vista casi siempre a la otra.

Bajo el imperio de la fe ciega, esta creencia abstracta bastaba a las aspiraciones de los hombres; entonces se dejaban guiar; hoy, bajo el reinado del libre examen, quieren conducirse a si mismos, ver por su propios ojos y comprender. Esas vagas nociones de la vida futura no están a la altura de las nuevas ideas y no corresponden ya a las necesidades creadas por el progreso.

Con el desarrollo de las ideas, todo debe progresar alrededor del hombre, porque todo se relaciona y es solidario en la naturaleza; ciencias, creencias, cultos, legislación, medios de acción. El movimiento hacia adelante es irresistible, porque es ley de la existencia de los seres. Cualquiera que se quede rezagado, bajo el nivel social, es dejado a un lado, como el vestido que nos queda corto y acaba por ser arrastrado por el oleaje que sube.

Tal ha sucedido con las ideas pueriles de la vida futura con que se contentaban nuestros abuelos, y persistir en imponerlas hoy equivaldría a fomentar la incredulidad. Para ser aceptada por la opinión y para ejercer su influencia moralizadora, la vida futura debe presentarse bajo el aspecto de una cosa positiva, tangible hasta cierto punto, capaz de soportar el examen, que satisfaga a la razón y que nada deje en tinieblas. En el momento en que la insuficiencia de las nociones sobre lo futuro abría la puerta a la duda y a la incredulidad, nuevos medios de investigación han sido dados al hombre para que penetre el misterio, y le hagan comprender la vida venidera en su realidad, en su positivismo, en sus relaciones intimas con la corporal.

¿Por qué, siendo, sin embargo, una cosa actual, ya que cada día se ve a miles de hombres partir para ese destine desconocido; por que se ocupa la generalidad tan poco de la vida futura? Como a cada uno de nosotros debe llegarle fatalmente su turno, y como la hora de la partida puede sonar en todo instante, parece natural que pensáramos en lo que ha de suceder después. ¿Por que no sucede así? Precisamente porque el destino es desconocido y porque hasta el presente, no se tenía medio de conocerle. La inexorable ciencia ha venido a desalojar a la vida futura del puesto a que se la había circunscrito. ¿Está cerca, o está lejos?, ¿Está perdida en lo infinito? Los filósofos de los tiempos pasados nada responden porque nada saben sobre el particular, y de aquí que se diga: "Sucederá lo que Dios quiera"; de donde resulta la indiferencia.

Cierto es que se nos dice que en ella seremos felices o desgraciados, según que hayamos vivido bien o mal, pero, ¡es tan vago esto! ¿En que consiste semejante dicha o desdicha? La pintura que se nos ofrece esta tan en desacuerdo con la idea que nos formamos de la justicia de Dios, tan sembrada de contradicciones, inconsecuencias e imposibilidades radicales, que involuntariamente se encuentra uno entregado a la duda, si no a la incredulidad absoluta. Y después se reflexiona que los que se han equivocado

sobre los lugares que se asignan a las moradas futuras, pueden del mismo modo haber sido inducidos en error sobre las condiciones que asignan a la felicidad o al sufrimiento.

Por otra parte, ¿de que modo viviremos en ese otro mundo? ¿Seremos en él, entidades concretas o abstractas? ¿Tendremos una forma, una apariencia? Si nada material tenemos, ¿cómo podremos experimentar sufrimientos materiales? Si nada tienen que hacer los bienaventurados, la ociosidad perpetua, en vez de recompensa, se convierte en suplicio, a menos que se admita el Nirvana del Budismo, que no es mucho más envidiable.

El hombre no se ocupará de la vida futura hasta que vea en ella un objeto clara y distintamente definido, una situación lógica que responda a todas sus aspiraciones, que resuelva todas las dificultades del presente, y en la cual no encuentre nada que no pueda ser admitido por la razón. Si se ocupa del día de mañana, es porque el mañana se relaciona íntimamente con la vida del día anterior, porque son solidarias estas dos vidas. Sabe el hombre que la posición de mañana depende de lo que hace hoy, y que la posición del día siguiente, y así sucesivamente, depende de lo que haga mañana.

Lo mismo debe suceder con la vida futura. Cuando deje de estar perdida en las nebulosidades de la abstracción, y sea una actualidad palpable, complemento necesario de la vida presente, una de las fases de la vida general, como los días son fases de la vida corporal; cuando el hombre vea que el presente reacciona sobre el porvenir por la fuerza de las cosas, y sobre todo cuando comprenda la reacción del porvenir sobre el presente; cuando, en una palabra, vea el pasado, el presente y el porvenir encadenarse por una inexorable necesidad, como la víspera, el día actual y el subsiguiente en la vida presente, entonces cambiarán radicalmente sus ideas, porque verá en la vida futura no solo un objeto, sino que también un medio; no un efecto lejano, sino actual; y entonces será también cuando esta creencia ejercerá por fuerza y por una consecuencia natural, una acción preponderante sobre el estado social y la moralidad.

Tal es el aspecto bajo el cual nos hace contemplar el Espiritismo la vida futura.

Cuestiones y Problemas: Las Expiaciones Colectivas Cuestión: El Espiritismo nos explica perfectamente la causa de los sufrimientos individuales, como consecuencias inmediatas de las faltas cometidas en la

existencia presente o expiación del pasado. Pero dado que nadie ha de ser responsable más que de sus propias faltas, son menos explicables las desgracias colectivas que abrazan a las aglomeraciones de individuos, como a veces a toda una familia, ciudad, nación o raza, desgracias que comprenden así a los buenos como a los malos, a los inocentes como a los culpables.

Respuesta: Todas las leyes que rigen al universo, ya sean físicas, ya morales, así materiales como intelectuales, han sido descubiertas, estudiadas y comprendidas, procediéndose del estudio del individuo y de la familia al de todo el conjunto, generalizando gradualmente y comprobando la universalidad de los resultados.

Lo mismo sucede hoy con las leyes que el estudio del Espiritismo ha dado a conocer, y podéis aplicar, sin temor de equivocaros, las leyes que rigen al individuo, a la familia, a la nación, a las razas y al conjunto de los habitantes de los mundos, que son individualidades colectivas. El individuo, la familia y la nación cometen faltas y cada una de ellas, cualquiera que sea su carácter, se expía en virtud de una misma ley. El asesino expía respecto de su victima, ora hallándose en su presencia en el espacio, ora viviendo en contacto con ella en una o muchas existencias sucesivas, hasta la reparación de todo el mal causado. Otro tanto acontece, tratándose de crímenes cometidos solidariamente por un cierto número de personas. Las expiaciones son solidarias, lo que no reduce la expiación simultánea de las faltas individuales.

Cada hombre reúne tres caracteres: el de individuo o ser en si mismo, el de miembro de la familia, y, en fin, el de ciudadano. Bajo cada una de estas fases, puede ser criminal o virtuoso, es decir, que pueden ser virtuosos, como padre de familia y criminal al mismo tiempo que como ciudadano, y viceversa, y de aquí las situaciones especiales en que se encuentra en sus existencias sucesivas.

Salvas las excepciones, puede, pues, admitirse como regla general, que todos aquellos a quienes une, en una existencia, una empresa común, han vivido ya juntos trabajando en el logro del mismo resultado, y que volverán a encontrarse juntos en el porvenir hasta que hayan alcanzado su fin, es decir, hasta que hayan expiado su pasado o cumplido la misión aceptada.

Gracias al Espiritismo, ya comprendéis la justicia de las pruebas que no derivan de los actos de la vida presente, pues os decís que son el pago de deudas pasadas. ¿Y por qué no ha de ser lo mismo en las pruebas colectivas?

Decís que las desgracias generales alcanzan así al inocente como al culpable: pero; ¿no sabéis que el inocente de hoy puede ser el culpable de ayer? Ya sea castigado individual, ya colectivamente, es porque lo merece. Y además, según hemos dicho, hay faltas del individuo y, del ciudadano, y las expiaciones del uno no absuelven al otro, pues toda deuda ha de ser pagada hasta el último óbolo. Las virtudes de la vida privada no son las mismas que las de la pública, y tal, que es un excelente ciudadano, puede ser muy mal padre de familia, y aquí, que es buen padre de familia, probo y honrado en sus negocios, puede ser un mal ciudadano, haber atizado el fuego de la discordia, oprimido al débil y manchado su mano con crímenes de lesa sociedad. Estas faltas colectivas son las que expían colectivamente los individuos que a ellas han concurrido, los cuales vuelven a encontrarse para sufrir juntos la pena del Talión, o tener ocasión de reparar el mal que han hecho, probando su amor a la cosa pública, socorriendo y asistiendo a los que maltrataron en otro tiempo. Lo que sin la preexistencia del alma es incomprensible e irreconciliable con la justicia de Dios, pasa a ser claro y lógico una vez conocida aquella ley.

Cuestión: La solidaridad, que es el verdadero lazo social, no solo comprende al presente, sino que se extiende al pasado y porvenir, puesto que las mismas individualidades se han encontrado, se encuentran y se encontrarán para subir juntos la escala del progreso, prestándose mutuo auxilio. Esto lo hace comprender el Espiritismo por la equitativa ley de la reencarnación y la continuación de relaciones entre los mismos seres. CLELIE DUPLANTIER.

Observación: Si bien esta comunicación entra en los principios conocidos de la responsabilidad del pasado y la continuación de relaciones entre los Espíritus, contiene una idea, hasta cierto punto nueva y de gran importancia. La distinción que establece entre la responsabilidad de las faltas individuales y las colectivas, de las de la vida privada y pública, de la razón de ciertos hechos poco comprendidos aun; y demuestra de un modo mas fijo la solidaridad que une entre sí a los seres y generaciones.

A menudo se renace, pues, en la misma familia, o cuando- menos, los miembros de una misma familia renacen juntos para constituir otra nueva en diferente posición social, con el fin de estrechar los lazos de efecto o reparar culpas reciprocas. Por consideraciones de orden más general, se renace a menudo en el mismo centro, en la misma nación, en la misma raza, ya por simpatía, ya para continuar, con los elementos que se han elaborado, los

estudios hechos, para perfeccionarse y proseguir trabajos empezados y que la brevedad de la vida o las circunstancias no permitieron concluir. Esta reencarnación en el mismo centro es la causa del carácter distintivo de los pueblos y de las razas; pues, mejorándose progresivamente, los individuos conservan, sin embargo, el matiz primitivo, hasta que el progreso los transforma completamente.

Los franceses de hoy, son, pues, los del siglo último, los de la Edad Media, los de los tiempos druídicos; son los exactores y las victimas del feudalismo, los que esclavizaron a los pueblos y han luchado por emanciparse, los cuales se hallan en la Francia transformada, donde los unos expían en la humillación el orgullo de raza y los otros disfrutan del producto de su trabajo. Cuando se piensa en todos los crímenes de aquellos tiempos en que ningún respeto se tenía a la vida de los hombres y al honor de las familias, en que el fanatismo levantaba hogueras en honor de la divinidad; cuando se piensa en todos los abusos del poder, en todas las injusticias que se cometían con mengua de los mas sagrados derechos naturales, ¿quién puede estar cierto de no haber sido mas o menos participe y quién debe admirarse de ver grandes y terribles expiaciones colectivas? Pero de semejantes convulsiones sociales resulta siempre un mejoramiento; los Espíritus se adoctrinan con la experiencia; la desgracia es el estímulo que los conduce a buscar remedio al mal; reflexionan en la erraticidad, toman nuevas resoluciones y cuando se reencarnan, proceden con más acierto de generación en generación.

No puede dudarse que hay familias, ciudades, naciones y razas culpables; porque, dominadas por el orgullo, el egoísmo, la ambición y la codicia, van por el mal camino y hacen colectivamente lo que aisladamente un individuo. Así se ve que una familia se enriquece a expensas de otra, que un pueblo subyuga a otro pueblo, llevando la desolación y la ruina, y que una raza quiere anonadar a otra. He aquí por que hay familias, pueblos y razas sobre las que pesa la pena del Talión.

"Quien mate con espada morirá por espada", dijo el Cristo; y estas palabras pueden traducirse: El que ha derramado sangre verá derramada la suya; el que ha llevado la tea incendiaria a la casa ajena, la verá aplicada a la suya; el que ha despojado lo será también; el que ha esclavizado y maltratado al débil, será débil, esclavizado y maltratado, ya sea un individuo, una nación o

una raza, porque los miembros de una individualidad colectiva son solidarios así del mal como del bien que se haga en común.

Mientras que el Espiritismo dilata el campo de la solidaridad, el materialismo la reduce a las mezquinas dimensiones de la existencia efímera de un hombre. La trueca en un deber social sin raíces, sin más sanción que la buena voluntad y el interés personal del momento, la convierte en una máxima filosófica, cuya práctica por nadie es impuesta. Para el Espiritismo, la solidaridad es un hecho que descansa en una ley universal de la naturaleza, que enlaza a todos los seres del pasado, del presente y del porvenir, a cuyas consecuencias nadie puede esquivarse. Esto puede comprenderlo cualquiera, por ignorante que sea.

Cuando todos los hombres conozcan el Espiritismo, comprenderán la verdadera solidaridad, y en consecuencia la fraternidad verdadera. La solidaridad y la fraternidad no serán entonces deberes de circunstancias, predicados con suma frecuencia más en interés propio que en el ajeno. El reino de la solidaridad y de la fraternidad será forzosamente el de la justicia para todos y el reino de la justicia será el de la paz y de la armonía entre los individuos, familias, pueblos y razas.

¿Llegaremos a poseerlo? Dudarlo equivaldría a negar el progreso. Si se compara la sociedad actual en las naciones civilizadas, con lo que era en la Edad Media, ciertamente es grande la diferencia; y si, pues, los hombres han progresado hasta ahora, ¿por qué habían de detenerse? Visto el camino que han recorrido de un siglo únicamente a esta parte, puede juzgarse del que recorrerán dentro de otro.

Las convulsiones sociales son la brega de los Espíritus encarnados con el mal que los comprime, el indicio de sus aspiraciones hacia ese reino de la justicia de que están sedientos, sin que se den, empero, exacta cuenta de lo que quieren y de los medios de lograrlo. He aquí por qué bregan, se agitan, destruyen a diestro y siniestro, crean sistemas, proponen remedios más o menos utópicos, hasta cometen mil injusticias por espíritu de justicia, según dicen, esperando que de tal movimiento salga quizás algo. Mas tarde, definirán mejor sus aspiraciones y el camino será iluminado.

Cualquiera que penetre hasta el fondo los principios del Espiritismo filosófico, que considere los horizontes que nos descubre, las ideas que hace nacer y los sentimientos que desarrolla, no puede dudar de la parte

preponderante que ha de tomar en la regeneración, pues lo conduce precisamente y por la fuerza de las cosas, al objeto a que aspira la humanidad: al reino de la justicia por medio de la extinción de los abusos que han entorpecido sus progresos y por la moralización de las masas. Si los que sueñan en la conservación del pasado no lo creyesen así, no se encarnizarían en él, y le dejarían morir en paz, como han hecho con muchas utopías. Esto solo debería hacer pensar a ciertos escarnecedores, que algo más serio de lo que ellos imaginan debe haber en el Espiritismo, pero hay personas que de todo se ríen, que se reirían del mismo Dios, si lo viesen en la tierra, y hay otras, además, que tienen miedo de ver levantarse ante ellas el alma que se obstinan en negar.

Cualquiera que sea la influencia que algún día haya de ejercer el Espiritismo en el porvenir de las sociedades, no quiere decirse que sustituirá su autocracia a otra, ni que impondrá leyes. Y esto porque, proclamando el derecho absoluto de la libertad de conciencia y del libre examen en materia de fe, quiere ser como creencia libremente aceptado, por convicción y no por violencia. Por su naturaleza, no puede ni debe ejercer ninguna presión: proscribiendo la fe ciega, quiere ser comprendido; para él no existen misterios, sino una fe razonada, apoyada en hechos y amante de la luz; y no rechaza ninguno de los descubrimientos de la ciencia, ya que ésta es la recopilación de las leyes de la naturaleza, y que siendo de Dios semejantes leyes, rechazar la ciencia sería lo mismo que rechazar la obra de Dios.

Consistiendo, en segundo lugar, la acción del Espiritismo en su poder moralizador, no puede tomar ninguna forma autocrática, pues haría entonces lo mismo que condena. Su influencia será preponderante por las modificaciones que introducirá en las ideas, opiniones, carácter, hábitos de los hombres y relaciones sociales, influencia tanto mayor cuanto que no será impuesta. El Espiritismo, poderoso como filosofía, no podría menos que perder, en este siglo de raciocinio, transformándose en poder temporal. No será él, pues, quien hará las instituciones sociales del mundo regenerado, sino los hombres bajo el imperio de las ideas de justicia, caridad, fraternidad y solidaridad, mejor comprendidas a causa del Espiritismo.

El Espiritismo, esencialmente positivo en sus creencias, rechaza toda clase de misticismo, a menos que bajo este nombre se comprenda, como hacen los que en nada creen, toda idea espiritualista de la creencia en Dios, en el

alma y en la vida futura. Cierto que induce a los hombres a que se ocupen seriamente de la vida espiritual, porque esta es la vida normal, y en ella deben realizarse sus destinos, pues la vida terrestre solo es transitoria y pasajera. Por las pruebas que da de la vida espiritual, les enseña a no dar a las cosas de este mundo más que una importancia relativa, dándoles así fuerza y valor para soportar con paciencia las vicisitudes de la vida terrestre. Pero enseñándoles que, al morir, no dejan definitivamente este mundo, que pueden volver a él a perfeccionar su educación intelectual y moral, a menos que estén bastante adelantados para merecer un mundo mejor, que los trabajos y progresos que aquí realizan o hacen realizar, les serán provechosos a ellos mismos, mejorando su posición futura; les enseña que todos tienen interés en no descuidarlo. Si les repugna volver, como tienen su libre albedrío, depende de ellos hacer lo preciso para ir a otro mundo: pero el Espiritismo advierte a los hombres que no se engañen acerca de las condiciones que puede proporcionarles un cambio de residencia. No lo obtendrán a beneficio de algunas formulas en palabras y en acciones, sino por una reforma seria y radical de sus imperfecciones, modificándose, despojándose de sus malas pasiones, adquiriendo cada día nuevas prendas, enseñando a todos con el ejemplo la línea de conducta que ha de conducir solidariamente a todos los hombres a la dicha, por medio de la fraternidad, la tolerancia y el amor.

La humanidad se comporte de personalidades que constituyen las existencias individuales y de generaciones que constituyen las existencias colectivas. Las unas y las otras caminan hacia el progreso por fases variadas de pruebas, que son así individuales para las personas y colectivas para las generaciones. Del mismo modo que para el encarnado cada existencia es un 'paso' hacia adelante, cada generación señala una etapa de progreso para el conjunto, y este es el progreso irresistible que arrastra las masas al mismo tiempo que modifica y transforma en instrumento de regeneración los errores y preocupaciones de un pasado llamado a desaparecer. Pero como las generaciones están compuestas de individuos que han vivido ya en las generaciones precedentes, el progreso de las generaciones es, pues, la resultante del progreso de los individuo.

Pero, ¿quién me demostrará, se dirá acaso, la solidaridad que existe entre la generación actual y las que la han precedido o la seguirán? ¿Cómo podrá probárseme que he vivido en la Edad Media, por ejemplo, y que vendré a

tomar parte en los acontecimientos que se verificarán en la serie de los tiempos? El principio de la pluralidad de existencias ha sido demostrado con frecuencia en las obras fundamentales de la doctrina, para que prescindamos de ocupamos ahora de él. La experiencia y la observación de los hechos de la vida ordinaria prodigan las pruebas físicas y ofrecen la demostración casi matemática de la pluralidad de existencias. Nos limitamos, pues, a suplicar a los pensadores que se fijen en las pruebas morales que resultan del raciocinio y de la inducción.

¿Es absolutamente necesario ver una cosa para creerla? Viendo los efectos, ¿No puede tenerse certeza material de la causa? Fuera de la experimentación, el único camino legitimo que se abre a esta investigación, es el de remontarse del efecto a la causa. La justicia nos ofrece un ejemplo muy notable de este principio, cuando se dedica a descubrir los indicios de los medios que han servido para la perpetración de un delito y las intenciones que agravan la culpabilidad del malhechor. Este no ha sido cogido in fraganti, y sin embargo, es condenado por los indicios.

La ciencia, que se vanagloria de proceder siempre por experiencia, afirma diariamente principios que no son más que inducciones de causas de las que solo conoce los efectos.

En Geología se determina la edad de las montañas. ¿Y han asistido los geólogos al levantamiento de aquellas, han visto formarse las capas de sedimento que determinan semejante edad? Los conocimientos astronómicos, físicos y químicos permiten apreciar el peso de los planetas, su densidad, volumen y velocidad que los anima, así como la naturaleza de los elementos que los componen. Los sabios, sin embargo, no han podido experimentar directamente, y a la analogía e inducción debemos tan bellos y preciosos descubrimientos.

Los primeros hombres, aceptando el testimonio de los sentidos, afirmaban que era el sol el que giraba al rededor de la tierra. Semejante testimonio les engañaba empero y el raciocinio ha prevalecido.

Otro tanto suceder con los principios preconizados por el Espiritismo, desde el momento que se quiera estudiarlos sin prevención, y entonces será cuando la humanidad entrará verdadera y rápidamente en la era de progreso y regeneración, porque no sintiéndose los individuos aislados entre dos abismos, lo desconocido del pasado y la incertidumbre del porvenir, trabajaran con

ardor en perfeccionar y multiplicar los elementos de felicidad que son obra suya; porque reconocerán que no deben a la casualidad la posición que ocupan en el mundo, y disfrutarán en el porvenir y con mejores condiciones del resultado de sus trabajos y desvelos; porque el Espiritismo, en fin, les enseñará que, si las faltas cometidas colectivamente se expían solidariamente, los progresos realizados en común son asimismo solidarios; y en virtud de este principio desaparecerán las disensiones de razas, de familias y de individuos; y ya fuera la humanidad de los pañales de la infancia, caminar rápida y virilmente a la conquista de sus verdaderos destinos.

Egoísmo y Orgullo: sus causas, sus efectos y medios de destruirlos Está reconocido que la mayor parte de las miserias de la vida tienen su origen en el egoísmo de los hombres. Desde el momento en que cada uno piensa en sí, antes de pensar en los otros, y que ante todo quiere su propia satisfacción, procura naturalmente proporcionársela a toda costa, y sacrifica sin escrúpulo los intereses de otro, desde las más pequeñas a las más grandes cosas, así en el orden moral como en el material. De aquí todos los antagonismos sociales, todas las luchas, todos los conflictos y todas las miserias, pues cada cual quiere despojar a su vecino.

El egoísmo tiene su origen en el orgullo. La exaltación de la personalidad induce al hombre a considerarse como superior a los otros, y creyéndose con derechos superiores, se resiente de todo lo que, según él, es un ataque a sus derechos. La importancia que por orgullo da a su persona, le hace naturalmente egoísta.

El egoísmo y el orgullo tienen su origen en un sentimiento natural: el instinto de conservación. Todos los instintos tienen su razón de ser y su utilidad, porque Dios no puede hacer nada inútil. Dios no ha creado el mal, sino que es el hombre quien lo produce por el abuso que hace de los dones de Dios, en virtud de su libre albedrío. Ese sentimiento, encerrado en sus justos limites, es, pues, bueno, en si mismo, y lo que le hace malo y pernicioso es la exageración. Lo mismo sucede con todas las pasiones que a menudo desvían al hombre de su objeto providencial.

Dios no ha creado al hombre egoísta y orgulloso; le creo sencillo e ignorante, y él es quien se ha hecho egoísta y orgulloso, exagerando el instinto que Dios le ha dado para su propia conservación.

Los hombres no pueden ser felices si no viven en paz, es decir, si no están animados de un sentimiento de benevolencia, indulgencia y condescendencia reciprocas, en una palabra, mientras procuren destruirse unos a otros. La caridad y la fraternidad resumen todas esas condiciones y todos los deberes sociales, pero suponen la abnegación, y esta es incompatible con el orgullo y el egoísmo. Luego, con estos vicio, no es posible la verdadera fraternidad, ni por consiguiente, la igualdad y libertad, porque el egoísta y el orgulloso lo quiere todo para si. Estos serian siempre los gusanos roedores de todas las instituciones progresivas, y en tanto que reinen, los sistemas sociales más generosos y mas sabiamente combinados, caerán a sus golpes. Bello es sin duda proclamar el reino de la fraternidad, pero, ¿a que hacerlo, existiendo una causa destructora del mismo? Eso es edificar en terreno movedizo, y tanto valdría como decretar la salud en un país malsano. Si se quiere que en ese país estén buenos los hombres, no basta enviarles médicos, pues morirán como los otros, sino que es preciso destruir las causas de insalubridad. Si queréis que los hombres vivan como hermanos en la tierra, no basta que les deis lecciones de moral, sino que es necesario destruir las causas de antagonismo, atacar el principio del mal, el orgullo y el egoísmo. He aquí la llaga y en ella debe concentrarse toda la atención de los que seriamente quieren el bien de la humanidad. Mientras este obstáculo subsista, verán paralizados sus esfuerzos, no solo por una resistencia inerte, sino también por una fuerza activa que sin cesar trabajar por destruir su obra, porque toda idea grande, generosa y emancipadora arruina las pretensiones personales.

Se dirá que es imposible destruir el egoísmo y el orgullo, porque son vicios inherentes a la especie humana. Si así fuese, preciso sería desesperar de todo progreso moral; y sin embargo, cuando se considera al hombre en las diversas edades, no puede desconocerse un progreso vidente, y si ha progresado, puede progresar aun. Por otra parte, ¿no se encuentra, acaso, algún hombre desprovisto de orgullo y egoísmo? ¿No se ven, por el contrario, esas naturalezas generosas, en las que el sentimiento de amor al prójimo, de humildad, de desinterés y de abnegación parece innato? Su número es menor que el de los egoístas, cierto, pues de lo contrario, no dictarían estos la ley, pero hay más de las que se cree; y si parecen tan poco numerosas, es porque el orgullo se pone en evidencia, al paso que la virtud modesta permanece en la oscuridad. Si, pues, el egoísmo y el orgullo fuesen condiciones necesarias de la

humanidad, como la de alimentarse para vivir, no habría excepciones. Lo esencial es, por lo tanto, conseguir que la excepción se eleve a regla, y para ello se trata, me todo, de destruir las causas que producen y conservan el mal.

La principal de esas causas proviene evidentemente de la idea falsa que se forma el hombre de su naturaleza, de su pasado y de su porvenir. No sabiendo de donde viene, se cree ser más de lo que es; no sabiendo a donde va, concentra todo su pensamiento en la vida terrestre; la quiere tan agradable como sea posible; quiere .todas las satisfacciones, todos los goces y por esto se echa sin escrúpulo sobre su vecino si este le es obstáculo. Mas para que así suceda, le es preciso dominar, pues la igualdad daría a los otros derechos que quiere para él solo; la fraternidad le impondría sacrificios en detrimento de su bienestar; quiere la libertad para si y solo la concede a los otros en tanto que no produzcan menoscabo a sus prerrogativas. Teniendo cada uno las mismas pretensiones, resultan conflictos perpetuos que hacen pagar muy caros los pocos goces que llegan a procurarse.

Identifíquese el hombre con la vida futura y cambiará completamente su modo de considerar las cosas, como sucede al viajero que solo ha de permanecer pocas horas en una mala posada, y que sabe que a su salida tendrá otra magnifica para el resto de sus días.

La importancia de la vida presente, tan triste, tan corta, tan efímera, se borra ante el esplendor del porvenir que se ofrece a sus ojos. La consecuencia natural, lógica, de esta certeza, es la de sacrificar un presente fugaz a un porvenir duradero; al paso que más lo sacrificaba todo al presente. Viniendo a ser su objeto, poco le importa tener un poco más o menos en esta; los intereses mundanos son entonces lo accesorio en vez de ser lo principal; trabaja al presente con la mira de asegurar su posición en el porvenir, y sabe, además, con que condiciones puede ser feliz.

Para los intereses mundanos, los hombres pueden estorbarle: le es preciso separarlos, y por la fuerza de las cosas, se hace egoísta. Si dirige sus miradas a la altura, hacia una dicha que ningún hombre puede dificultarle, no tiene interés en anonadar a nadie, y el egoísmo carece de objeto, pero siempre le queda el estimulante del orgullo.

La causa del orgullo esta en la creencia que tiene el hombre de su superioridad individual, y también en esto se hace sentir la influencia de la concentración del pensamiento en la vida terrestre. Para el hombre que no ve

nada ante él, nada después de él y nada que le sea superior, el sentimiento de la personalidad se sobrepone a todo y el orgullo no tiene contrapeso.

La incredulidad no solo no pose ningún medio de combatir el orgullo, sino que le estimula y le da razón de ser, negando la existencia de un poder superior a la humanidad. Solo en sí mismo cree el incrédulo, y es natural que tenga orgullo.

Mientras que en los golpes que recibe el incrédulo no ve más que la casualidad, el que tiene fe ve en ellos la mano de Dios y se inclina. Creer en Dios y en la vida futura, es, pues, la primera condición para templar el orgullo, pero no basta esto, y junto al porvenir, debe verse el pasado para formarse una idea justa del presente.

Para que el orgulloso cese de creer en su superioridad, le es preciso probarse que no es más que los otros y que estos son tanto como él: que la igualdad es un hecho y no simplemente una hermosa teoría filosófica, verdades que se desprenden de la preexistencia del alma y de la reencarnación.

Sin la preexistencia del alma, el hombre es inducido a creer que Dios le ha dotado excepcionalmente, si es que cree en Dios, pues cuando así no sucede, da gracias a la casualidad y a su propio mérito. Iniciándole la preexistencia en la vida anterior del alma, le enseña a distinguir la vida espiritual infinita de la vida corporal temporal; sabe de este modo que las almas salen iguales de manos del Creador, que tienen un mismo punto de partida y un mismo objeto, que todas deben lograrlo en más o menos tiempo según sus esfuerzos; que él mismo no ha llegado a ser lo que es sino después de haber vegetado largo tiempo y penosamente como los otros en los grades inferiores; que entre los más atrasados y los más adelantados solo existe una cuestión de tiempo; que las ventajas del nacimiento son puramente corporales e independientes del Espíritu, y que el simple proletario, puede, en otra existencia, ocupar el trono, y el mas potentado, renacer proletario. Si solo considera la vida temporal, ve las desigualdades sociales del momento, que le lastiman; pero si fija la mirada en el conjunto de la vida del Espíritu, en el pasado y en el porvenir, desde el punto de partida hasta el de arribo, estas desigualdades desaparecen, y reconoce que Dios no ha privilegiado a ninguno de sus hijos con perjuicio de los otros; que a cada uno ha dado igual parte y no ha allanado el camino más a los unos que a los otros; que el que en la tierra esta menos adelantado que él, puede llegar antes que él si trabaja más en su

perfeccionamiento, y reconoce, en fin, que no llegando cada uno más que por sus esfuerzos personales, el principio de igualdad es a la vez un principio de justicia y una ley natural, ante los cuales cae el orgullo del privilegio.

Probando la reencarnación que los Espíritus pueden renacer en diferentes condiciones sociales, ya como expiación, ya como prueba, enseña que en aquel a quien se trata con desdén puede hallarse un hombre que ha sido nuestro superior o nuestro igual en otra existencia, un amigo o un pariente. Si el hombre lo supiese, le trataría con miramiento, pero entonces no tendría mérito alguno. Si, por el contrario, supiese que su actual amigo ha sido su enemigo, su servidor o su esclavo, lo rechazaría. Dios no ha querido que sucediese así, y por esto ha corrido un velo sobre el pasado, y de semejante manera el hombre es conducido a ver hermanos e iguales suyos en todos, de donde resulta una base natural para la fraternidad. Sabiendo que podrá ser tratado como trató a los otros, la caridad viene a ser un deber y una necesidad fundados en la misma naturaleza.

Jesús sentó el principio de la caridad, de la igualdad y de la fraternidad; hizo ellos una condición expresa para la salvación, pero estaba reservado a la tercera manifestación de la voluntad de Dio, el Espiritismo por el conocimiento que da de la vida espiritual, por los nuevos horizontes que descubre y las leyes que revela; le estaba reservado el sancionar ese principio, probando que no solo es una doctrina moral, sino una ley natural, y que es conveniencia del hombre practicarla. Así lo hará cuando, cesando de ver en el presente el principio y el fin, comprenda la solidaridad que existe entre el presente, el pasado y el porvenir. En el inmenso campo de lo infinito que el Espiritismo le hace entrever, se anula su importancia personal; comprende que solo no es ni puede nada; que todos tenemos necesidad unos de otros y que no somos unos más que otros: doble golpe asestado al orgullo y al egoísmo.

Mas para esto le es menester la fe, sin la que permanecer forzosamente en el atolladero del presente; no la fe ciega que huye de la luz, restringe las ideas, y mantiene, por lo tanto, el egoísmo; sino la fe inteligente, razonada, que quiere la claridad y no las tinieblas, que rasga valerosamente el velo de los misterios y dilata el horizonte; esta fe, elemento primero de todo progreso, que le da el Espiritismo; fe robusta, porque esta fundada en la experiencia y en los hechos, porque le da pruebas palpables de la inmortalidad de su alma, le

enseña de donde viene, a dónde va y por que se halla en la tierra; por que fija, en fin, sus inciertas ideas sobre su pasado y su porvenir.

Una vez pisado este camino, no teniendo el orgullo y el egoísmo las mismas causas de sobreexcitación, se extinguirán poco a poco por carecer de objeto y de alimento, y todas las relaciones sociales se modificarán bajo el imperio de la caridad y de la fraternidad bien comprendidas.

¿Puede esto acontecer en virtud de un cambio brusco? No, es imposible; nada hay brusco en la naturaleza; jamás recobra súbitamente la salud el enfermo; pues entre la salud y la enfermedad media siempre la convalecencia. No puede, pues, el hombre cambiar instantáneamente su punto de vista y dirigir la mirada desde la tierra al cielo; el infinito le confunde y le deslumbra, y le es necesario tiempo para asimilarse las ideas nuevas. El Espiritismo es, sin contradicción, el mas poderoso elemento moralizador, porque mina por su base al orgullo y al egoísmo, dando un punto de apoyo a la moral: en materia de conversión, ha hecho milagros; cierto que no son más que curas individuales y con frecuencia parciales; pero lo que ha producido en los individuos es prueba de lo que un día producir en las masas. No puede arrancar de una sola vez todas las malas hierbas; da la fe: esta es la buena semilla, pero a la semilla le es necesario tiempo para germinar y dar buenos frutos. He aquí por que todos los espiritistas no son aun perfectos. Ha tomado al hombre en mitad de la vida, en el fuego de las pasiones, en la fuerza de las preocupaciones, y si en tales circunstancias ha operado prodigios, ¿qué será cuando le tome al nacer, virgen de todas las impresiones malsanas, cuando mame la caridad con la leche y sea mecido por la fraternidad, cuando toda una generación, en fin, sea educada y alimentada en esas ideas, que desplegándose a la razón, fortificarán en vez de desunir? Bajo el imperio de semejantes ideas, que habrán llegado a ser la fe de todos, el progreso no hallará obstáculos en el orgullo y el egoísmo, las instituciones se reformarán por si mismas y la humanidad avanzará rápidamente hacia los destinos que le están prometidos en la tierra mientras espera los del cielo.

Libertad, Igualdad, Fraternidad Libertad, Igualdad y Fraternidad: he aquí tres palabras que constituyen por sí solas el programa de todo un orden social que realizaría el progreso más absoluto de la humanidad, si los principios que las mismas representan pudieran recibir entera aplicación. Pero veamos los

obstáculos que en el estado actual de la sociedad se oponen a ello y busquemos el remedio en vista del mal.

La palabra Fraternidad, en su rigurosa acepción, resume todos los deberes del hombre respecto de sus semejantes. Fraternidad, es lo mismo que decir: desinterés, abnegación, tolerancia e indulgencia; es, en una palabra, la caridad evangélica en toda su pureza, y la aplicación de la máxima "amar a los demás del mismo modo que quisiéramos ser amados". El egoísmo es el opuesto de la fraternidad, pues al paso que esta dice "uno para todos y todos para uno", el primero dice simplemente "cada uno para si". Por lo expresado se ve que esas dos cualidades son la absoluta negación una de otra; de modo que tan imposible es al egoísta obrar fraternalmente con los demás hombres, como a un avaro ser generoso y a un hombre de pequeña talla alcanzar la de un hombre alto; y que mientras el egoísmo siga siendo la plaga dominante de la sociedad, el reinado de la verdadera fraternidad será imposible, porque cada uno querrá la fraternidad para sí y no para hacer participes de sus beneficios a sus semejantes, y si acaso lo hace, será después de haberse asegurado que aquel acto ha de redundar en provecho propio.

Considerada la fraternidad desde el punto de vista de su importancia para la realización del bienestar social, se ve que es la base de este, porque sin ella, no podrían existir formalmente ni la libertad, ni la igualdad, que brota de la fraternidad, como la libertad es consecuencia de la fraternidad y la igualdad juntas.

En efecto, si suponemos una sociedad de hombres bastante desinteresados y bondadosos para vivir fraternalmente, entre ellos no habrá privilegios ni derechos excepcionales, pues de otro modo, no existirla verdadera fraternidad. Tratar a su semejante de hermano es tratarle de igual a igual; es desearle cuanto uno mismo desea para sí, y en un pueblo de hermanos, la igualdad será la consecuencia, de su modo de obrar en relación natural de sus sentimientos, y se establecer por la fuerza de las circunstancias. Pero aquí nos encontramos con el orgullo que siempre quiere dominar y ser el primero en todas las cosas, y que solo se alimenta de privilegios y excepciones: sufrirá tal vez la igualdad social, pero no la fundará jamás, y si acaso se establece, aprovechar la primera ocasión para destruirla. Así es que siendo el orgullo otra de las plagas de la sociedad, mientras no se le destruya del todo, será un obstáculo para el reinado de la verdadera igualdad.

Hemos dicho que la libertad es hi)a de la fraternidad y de la igualdad, pero debe entenderse que aquí hablamos de la libertad legal y no de la libertad natural, que de derecho es imprescriptible para toda criatura humana, desde el salvaje hasta el hombre civilizado. Viviendo los hombres como hermanos, con idénticos derechos y animados de un sentimiento de benevolencia mutua, practicarán entre ellos la justicia, y no trataran de causarse daño ni perjuicio alguno, y no teniendo, por la tanto, absolutamente nada que temer unos de otros, la libertad estará asegurada, porque ninguno tratara de abusar de ella en perjuicio de sus semejantes. Pero como no es posible que ni el egoísmo, ni el orgullo, deseosos de ejercer su dominio eternamente, consientan en el entronizamiento de la libertad que los destruiría, se sigue de aquí, que los enemigos de la libertad son a la vez el egoísmo y el orgullo, así como ya hemos demostrado que lo son también de la igualdad y la fraternidad.

La libertad supone la confianza mutua, y esta no puede haberla entre individuos movidos por el sentimiento exclusivista de la personalidad, que quieren ver satisfechos sus deseos a costa de sus semejantes, lo cual motiva que unos individuos estén recelosos constantemente de los otros. Temerosos siempre de perder lo que ellos llaman sus derechos, hace que su existencia se consagre a. la dominación y este es el motivo por el cual esos tales pondrían constantemente obstáculos a la libertad e impedirían su reinado mientras puedan.

Esos tres principios, son, pues, solidarios unos de otros, y se apoyan entre si, de suerte que sin su reunión, el edificio social seria incompleto. La fraternidad practicada en toda su pureza ha de ir acompañada de la igualdad y la libertad, porque de otro modo ya no sería verdadera fraternidad. La libertad sin la fraternidad, es la rienda suelta a todas las malas pasiones, es la anarquía y la licencia; al paso que con la fraternidad, es el orden, porque el hombre no puede hacer mal uso de su libertad. Sin la fraternidad, el hombre hace uso de la libertad solamente para toda clase de bajezas, y esto explica por que las naciones más libres se ven obligadas a fijar límites a la libertad. Practicar la igualdad sin la fraternidad conduce a idénticos resultados, porque la igualdad quiere la libertad; y además, ofrece el inconveniente de que con el pretexto de igualdad, el proletario quiere sustituir al poderoso que llama su tirano, sin reparar en que él se constituye en tirano a su vez.

Pero, ¿Se sigue de esto que sea preciso mantener a los hombres en estado de servidumbre hasta que comprendan el sentido de la verdadera fraternidad, y que no puedan vivir al amparo de instituciones fundadas sobre los principios de igualdad y libertad Sostener semejante opinión, más que un error, sería un absurdo. Nunca se espera que un niño llegue a su mayor desarrollo para enseñarle a andar. Pero veamos que hombres son los que más a menudo ejercen su tutela sobre los demás; ¿son, por ventura, los que teniendo ideas grandes y generosas, se guían solo por el amor al progreso y aprovechan la sumisión de los demás para desarrollar en ellos el sentimiento de lo justo y llevarlos paso a paso a la condición de hombres libres? Desgraciadamente no, porque, por lo regular, estos tales son déspotas celosos de su poderío, a quienes conviene mantener en la ignorancia a los demás hombres, de los que se sirven como instrumentos más inteligentes que los animales para satisfacer su ambición y desenfrenadas pasiones. Pero este estado de cosas cambia por sí mismo y por la violencia irresistible del progreso; y la reacción es tanto más terrible cuanto que el sentimiento de la fraternidad, imprudentemente anulado, no puede interponer su influencia moderadora entre los desheredados y los poderosos, que luchan, unos para adquirir, y otros para retener, naciendo de aquí un conflicto que dura a veces largos siglos. Llega, por fin, a establecerse un equilibrio ficticio; algo se ha logrado, pero se conoce siempre que los cimientos de la sociedad no son sólidos; el suelo tiembla, y es porque no se ha establecido todavía el reinado de la libertad y la igualdad bajo la égida de la fraternidad, y si esto no se ha logrado, acháquese la falta al orgullo y al egoísmo, que oponen siempre una valla insuperable a los esfuerzos de los hombres de buena voluntad.

Aquellos que sueñan con esa edad de oro para la humanidad, deben, ante todo, asegurar la base del edificio por medio de la fraternidad en su más pura acepción; pero no crean que basta decretarla o inscribir aquella palabra en una bandera; es menester que esté en el corazón del hombre, y ya se sabe que el corazón del hombre no se cambia con meros decretos. De la misma manera que para que un campo produzca es preciso librarlo antes de las piedras y zarzales, trabájese, sin darse punto de reposo, en extirpar el maldito virus del orgullo y el egoísmo; porque en ellos esta el verdadero obstáculo que se opone al advenimiento del reinado del bien. Bórrense de las leyes y las instituciones, de las religiones y de la educación, los últimos restos del tiempo de la barbarie y

los privilegios; destrúyanse por completo todas las causas que dan vida y desarrollo a estos eternos obstáculos del verdadero progreso, y que por decirlo así, se aspiran por todos los poros en la atmósfera social, y entonces, los hombres comprenderán los deberes y beneficios que consigo lleva la fraternidad y se establecerán por si solas la libertad y la igualdad, sin violencia y sin peligro de ninguna especie.

¿Es posible la destrucción del orgullo y del egoísmo? Nosotros decimos redondamente que si, porque de lo contrario sería preciso señalar un término a la humanidad. Que el hombre crece en inteligencia es un hecho indiscutible. ¿Ha llegado ya al punto culminante que no se pueda traspasar? Sostener esta tesis sería un absurdo. ¿Progresa en moralidad? Basta, para toda respuesta, comparar las épocas de una misma nación. ¿Por que, pues, habría llegado antes el limite del progreso moral que el del intelectual? La aspiración del hombre hacia un orden de cosas mejor que el actual, es un indicio cierto de la posibilidad de llegar a él. A los hombres amantes del progreso toca, pues, el activar este movimiento por el estudio y la practica de los medios que se crean mas eficaces.

Las Aristocracias Aristocracia viene del griego aristas, lo mejor, Kratos, poderío; aristocracia, en su acepción literal, significa, pues, Poderío de los mejores. Es preciso convenir en que el sentido primitivo ha sido desviado a veces de un modo muy notable; pero veamos que influencia puede ejercer el Espiritismo en su aplicación. Para ello tomemos las cosas desde su punto de partida, sigámoslas a través de las edades, para deducir lo que ocurrirá más tarde.

En ningún tiempo, ni en pueblo alguno ha podido prescindir de jefes la sociedad, y se los encuentra aún entre los hombres más salvajes. Se debe esto a que, en razón de la diversidad de aptitudes y caracteres inherentes a la especie humana, hay en todas partes hombres a quienes ha sido preciso dirigir, débiles a quienes ha sido necesario proteger, pasiones que ha sido menester refrenar. De aquí la precisión de una autoridad. Se sabe que en las sociedades primitivas semejante autoridad fue discernida a los cabezas de familia, a los mayores, a los ancianos, en una palabra, a los patriarcas. Esta fue la primera de las aristocracias.

Habiéndose hecho más numerosas las sociedades, la autoridad patriarcal fue impotente en ciertas circunstancias. Las disensiones entre poblaciones

vecinas originaron los combates, y precisos fueron, para dirigirlos, no ancianos, sino hombres fuertes, vigorosos e inteligentes. De aquí los jefes militares. Victoriosos éstos se les confirió la autoridad esperando encontrar en su valor una garantía contra los ataques de los enemigos. Muchos, abusando de su posición, se levantaron por sí mismos con aquella; luego se impusieron los vencedores a los vencidos, se les redujo a servidumbre, y de aquí la autoridad de la fuerza brutal, que fue la segunda aristocracia.

Los fuertes transmitieron, naturalmente, con sus bienes, la autoridad a sus hijos, y subyugados los débiles, sin atreverse a protestar, se habituaron poco a poco a considerar a aquellos como herederos de los derechos conquistados por sus padres, y como superiores suyos. De aquí la división de la sociedad en dos clases: superiores e inferiores, los que mandan y los que obedecen; de donde se originó, en consecuencia, la aristocracia del nacimiento, que llegó a ser tan poderosa y potente como la de la fuerza, puesto que, si por si misma no tenía la fuerza como en los primitivos tiempos en que era preciso arriesgar la persona, disponía de una fuerza mercenaria. Disponiendo de todo el poder, naturalmente, se concedió privilegios.

Para la conservación de éstos, era necesario darles el prestigio de la legalidad e hizo las leyes en provecho suyo, lo cual le era fácil, pues solo ella las hacia. No siempre bastaba esto, y les dio el prestigio del derecho divino para hacerlos respetables e inviolables. Para mantener este respeto entre la clase sometida que se hacia más y más numerosa y más difícil de sujetar, aun por la fuerza, solo había un medio, cual era el de impedirle que viese claro, es decir, mantenerla ignorante.

Si la clase superior hubiese podido alimentar a la inferior sin hacerla trabajar, hubiera conseguido disponer de ella durante mucho tiempo aun, pero como ésta venía obligada a trabajar para comer, y a trabajar tanto más, cuanto mas tiranizada era, resulta que la necesidad de encontrar siempre nuevos recursos, de luchar con una invasora competencia y de hallar nuevas salidas a los productos, desarrollo su inteligencia viniendo a ilustrarse por los mismos medios que se empleaban en dominarla. ¿No se ve en esto el dedo de la Providencia? La clase sometida vio, pues, claro; vio la poca consistencia del prestigio que se le oponía y sintiéndose fuerte por su número, abolió los privilegios y proclamó la igualdad ante la ley. Este principio ha señalado en

ciertos pueblos el fin del reino de la aristocracia de nacimiento, que solo es nominal y honorífica, puesto que no confiere mas derechos legales.

Entonces se levante otro nuevo poderío, el del dinero, puesto que con él se dispone de los hombres y de las cosas. Era el dinero un sol naciente ante el cual se han inclinado los mortales, como se inclinaban antes a presencia de un blasón, y mas aún. Lo que no se concedía ya al titulo, se concedía a la fortuna, y esta ha tenido sus privilegios. Pero se echa de ver entonces, que si para hacer fortuna se necesita cierta dosis de inteligencia, no es menester tanta para heredar: que los hijos son con frecuencia más aptos para comérsela que para ganarla, y que los medios de enriquecerse no siempre son irreprochables. Resulta de esto que el dinero pierde poco a poco su prestigio moral, y que tiende a sustituir a este poderío otro poderío, otra aristocracia mas justa: la de la inteligencia, ante la cual puede inclinarse cada uno sin envilecerse, porque pertenece así al pobre como al rico.

¿Será ella la última? ¿Es la mas alta expresión de la humanidad civilizada No. La inteligencia no siempre es prenda de moralidad, y el hombre más inteligente puede hacer muy mal uso de sus facultades. Por otra parte, la moralidad, de por si solamente, puede ser incapaz con frecuencia. La unión de estas dos facultades, inteligencia y moralidad, es necesaria, pues, para crear una preponderancia legitima, a la cual se someterán ciegamente las masas, puesto que les inspirará completa confianza por su ilustración y justicia. Esta será la última aristocracia, la que será consecuencia, o mejor, señal del advenimiento del reino del bien en la tierra. Llegará naturalmente por la fuerza de las cosas, y cuando los hombres de semejante categoría sean bastante numerosos para formar mayoría, a ellos confiarán las masas sus intereses.

Según hemos visto, todas las aristocracias han tenido su razón de ser; han nacido del estado de la humanidad, y lo mismo sucederá con aquella que vendrá a ser una necesidad. Todas han tenido o tendrán su época según las comarcas, pues ninguna se basaba en el principio moral, y sólo este principio puede constituir una supremacía duradera, porque estará animada de los sentimientos de justicia y caridad; supremacía que llamaremos: aristocracia intelecto-moral.

Semejante estado de cosas, ¿es posible con el egoísmo, el orgullo y la codicia, que se enseñorean de la tierra? A esto respondemos redondamente: ¡si, no solo es posible, sino que sucederá, pues es inevitable! La inteligencia

domina hoy; es soberana, nadie podrá negarlo, y esto es tan cierto, que se ve al hombre del pueblo llegar a los primeros empleos. Esta aristocracia, ¿no es más justa, más lógica y más racional que la de la fuerza bruta, la del nacimiento o el dinero? ¿Por qué, pues, ha de ser imposible aunarla con la moralidad? Porque, dicen los pesimistas, el mal domina en la tierra. ¿Se ha dicho, acaso, que nunca triunfará del mal el bien? Las costumbres, y en consecuencia las instituciones sociales, ¿no son hoy cien veces mejores que en la Edad Media? Cada siglo, ¿no ha señalado un progreso? ¿Por qué, pues, ha de detenerse la humanidad, cuando aun tiene tanto que hacer? Los hombres, por natural instinto, buscan su bienestar; si no lo encuentran perfecto en el reino de la inteligencia, lo buscarán en otra parte; y ¿Dónde podrán hallarlo sino en el reino de la moralidad? Para esto es preciso que la ventaja numérica esté de parte de la moralidad. Es innegable que mucho hay que hacer aun; pero, volvemos a decirlo: ¿no sería una vana pretensión decir que la humanidad ha llegado a su apogeo, cuando se la ve adelantar incesantemente en el camino del progreso? Digamos, ante todo, que los buenos en la tierra no son tan raros como se cree; los malos son numerosos, esto es desgraciadamente cierto; pero lo que hace que parezcan más numerosos, es que tienen más audacia, y comprenden que les es necesaria para triunfar. Y sin embargo, conocen de tal modo la preponderancia del bien, que, no pudiendo practicarlo, lo simulan.

Los buenos, por el contrario, no hacen alarde de sus buenas cualidades; no se ponen en evidencia y he aquí por que parecen tan poco numerosos; pero buscad los actos íntimos realizados sin ostentación, y en todas las clases de la sociedad encontrareis bastantes buenas y leales naturalezas que os tranquilizaran el corazón, y os harán no desesperar de la humanidad. Y luego, también es preciso decirlo, entre los malos, hay muchos que lo son solo por impremeditación, y que serian buenos si se les sometiera a una buena influencia. Sentamos como hecho que de cada 100 individuos hay 25 buenos y 75 malos. Entre los ultimes, 50 no lo son sino por debilidad, y serian buenos si presenciaran buenos ejemplos, y sobre todo, si desde la infancia hubiesen tenido una buena dirección. De los 25 francamente malos, no todos son incorregibles.

En el actual estado de cosas, los malos están en mayoría y hacen la ley a los buenos. Supongamos que una circunstancia produzca la conversión de 50 medianos; los buenos pasarán a ser mayoría y harán la ley a su vez. De los

restantes 25 abiertamente malos, muchos sufrirán aquella influencia, y solo quedarán algunos incorregibles sin preponderancia.

Tomemos por comparación un ejemplo. Hay pueblos en los que el asesinato y el robo son el estado normal; el bien es excepcional en ellos. En los pueblos más adelantados y mejor gobernados de Europa, la excepción es el crimen; encadenado por las leyes, no influye en la sociedad. Lo que domina aun en ellos son los vicios de carácter: el orgullo, el egoísmo y sus consecuencias.

¿Por qué, pues, progresando, esos pueblos, no han de llegar a ser excepción en ellos los vicios, como lo son ya hoy los crímenes, mientras los pueblos inferiores se ponen a nuestro nivel? Negar la posibilidad de esta marcha ascendente, equivaldría a negar el progreso.

Ciertamente que semejante estado de cosas no puede ser obra de un día; pero, si una causa hay que deba apresurar su advenimiento, es sin duda el Espiritismo. Agente por excelencia de la solidaridad humana, presentando las pruebas de la vida actual como lógica y racional consecuencia de actos realizados en existencias anteriores, erigiendo a cada hombre en artífice voluntario de su propia dicha, resultar necesariamente de su vulgarización universal una elevación sensible del actual nivel moral.

Los principios generales de nuestra filosofía están apenas elaborados y coordinados, y han reunido ya en una imponente comunión de pensamientos millones de adeptos diseminados por toda la tierra. Los progresos realizados bajo su influencia, las transformaciones individuales y locales que han provocado en menos de quince anos, nos permiten apreciar las inmensas modificaciones que están llamados a determinar en el porvenir.

Pero, si gracias al desarrollo y aceptación general de las enseñanzas de los Espíritus, el nivel moral de la humanidad tiende constantemente a elevarse, nos engañaríamos extraordinariamente suponiendo que la moralidad se hará preponderante con relación a la inteligencia. El Espiritismo no exige, en efecto, que se le acepte ciegamente, sino que pide discusión y luz.

"En vez de la fe ciega que anonada la libertad de pensar, dice: Solo es inquebrantable la fe que en todas las edades de la humanidad puede mirar cara a cara a la razón. Una base es menester a la fe, y esta bases la perfecta inteligencia de lo que se cree; para creer no basta ver, es preciso sobre todo comprender". (El Evangelio según el Espiritismo). Con razón podemos, pues,

considerar al Espiritismo como a uno de los más poderosos precursores de la aristocracia del porvenir, la aristocracia intelecto-moral.

Los Desertores del Espiritismo Si todas las grandes ideas han tenido sus apóstoles fervientes y denodados, también las mejores han tenido sus desertores. El Espiritismo no podía librarse de las consecuencias de la humana flaqueza; ha tenido los suyos, y no serían inútiles algunas consideraciones sobre el particular.

Muchos se equivocaron, al principio, acerca de la naturaleza y objeto del Espiritismo y no entrevieron su trascendencia. Desde luego excitó la curiosidad y muchos no distinguieron en las manifestaciones más que un asunto de distracción.

Se divirtieron con los Espíritus tanto como estos quisieron divertirlos. Las manifestaciones eran un pasatiempo y con frecuencia un accesorio de tertulia.

Este modo de pensar, al principio, la cosa, era una táctica diestra de los Espíritus. Bajo la forma de diversión, la idea penetró en todas partes y plantó gérmenes sin sublevar las conciencias timoratas. Se jugó con el niño, pero el niño debía hacerse hombre.

Cuando a los Espíritus bromistas sucedieron los graves y moralizadores; cuando el Espiritismo se elevó a ciencia, a filosofía, las gentes superficiales no lo encontraron recreativo, y para los que, ante todo, aprecian la vida material, era un censor importune y molesto, que a más de uno arrinconó. No hay que echar a menos semejantes desertores, pues que las personas frívolas son en todo pobres auxiliares. Esta primera fase está, sin embargo, muy lejos de ser tiempo perdido. A favor de semejante disfraz, la idea se ha popularizado cien veces más que si hubiese revestido, desde su origen, una forma severa. Pero de esos centros ligeros e indolentes salieron pensadores graves.

Estos fenómenos, puestos en moda por el atractivo de la curiosidad, convertidos en una especie de manía, excitaron la codicia de ciertas gentes atraídas por la novedad y por la esperanza de hallar en ellos una nueva puerta abierta. Las manifestaciones parecían un asunto maravilloso, susceptible de explotación, y más de uno pensó hacer de ellas un auxiliar de su industria, y otros las consideraron como una variante del arte de la adivinación, un medio quizás más seguro que la cartomancia, la quiromancia, etc., etc., para conocer el porvenir y descubrir las cosas ocultas, pues, según la opinión de aquella poca, los Espíritus debían saberlo todo.

Desde el momento en que tales gentes vieron que la especulación resbalaba entre sus manos y se convertía en engaño, que los Espíritus no venían a ayudarles a hacer fortuna, a darles buenos números para la lotería y decirles la verdadera buenaventura, a descubrirles tesoros o proporcionarles herencias, a sugerirles algún buen invento fructífero y de privilegio exclusivo, a suplir su ignorancia y a dispensarles del trabajo intelectual y material, los Espíritus no fueron buenos para nada, y sus manifestaciones no eran mas que ilusiones. Tanto como ensalzaron el Espiritismo mientras acariciaron la esperanza de sacar de él algún provecho, tanto le denigraron cuando tuvieron el desengaño. Más de un crítico que le zurra, lo levantaría hasta las nubes si le hubiese hecho descubrir un tío americano o ganar a la Bolsa. Esta es la categoría más numerosa de los desertores, pero se echa de ver que seriamente no puede calificárseles de espiritistas.

También ha tenido su utilidad esta fase, pues demostrando lo que no debía esperarse del concurso de los Espíritus, ha hecho conocer el objeto serio del Espiritismo, ha depurado la doctrina. Los Espíritus saben que las lecciones de la experiencia son las más, provechosas. Si desde un principio hubiesen dicho: No pidáis tal o cual cosa, porque no la obtendréis, acaso no se les hubiera creído, y por esta razón no limitaron la libertad de nadie, a fin de que la verdad resultase de la observación. Los desengaños desanimaron a los explotadores y contribuyeron a disminuir su número, privando al Espiritismo, no de adeptos sinceros, sino de parásitos.

Ciertas gentes, más perspicaces que otras, entrevieron al hombre en el niño que acababa de nacer y le tuvieron miedo, como Herodes tuvo miedo al niño Jesús. No atreviéndose a atacar de frente al Espiritismo, han tenido agentes que lo abrazaron para ahogarlo, que se visten con el disfraz de espiritistas para introducirse en todas partes, atizar diestramente la desavenencia en los grupos, derramar en ellos y por bajo mano el veneno de la calumnia, dejar caer chispas de discordia, impeler a actos que comprometan, intentar el desvío de la doctrina para ponerla en ridículo o hacerla odiosa, y simular en seguida desengaños. Otros son mas hábiles aun: predicando la unión, siembran la división; ponen sobre el tapete diestramente cuestiones irritantes y mortificadoras, excitan los celos de preponderancia entre los diferentes grupos, y su delicia sería verlos apedrearse y levantar bandera contra bandera, con motivo de ciertas divergencias de opiniones sobre

determinadas cuestiones de forma y de fondo, provocadas las mas de las veces. Todas las doctrinas han tenido sus Judas; el Espiritismo no podía dejar de tenerlos y no le han faltado.

Estos tales son espiritistas de contrabando, pero han tenido también su utilidad. Han enseñado a que como buenos espiritistas, seamos prudentes, circunspectos, y a que no nos fiemos de las apariencias.

En principio, es preciso desconfiar de los arrebatos calenturientos, que son casi siempre fuegos fatuos o simulacros, entusiasmo de circunstancias, que suple los actos con la abundancia de palabras. La verdadera convicción es apacible, reflexiva, motivada; como el verdadero valor, se revela por hechos, es decir, por la firmeza, la perseverancia, y sobre todo, por la abnegación. El desinterés moral y material es la verdadera piedra de toque de la sinceridad.

La sinceridad tiene un sello sui generis; se refleja por matices más fáciles a veces de comprender que de definir, se la siente por ese efecto de la transmisión del pensamiento, cuya ley nos revela el Espiritismo, y que la falsedad no consigne nunca simular completamente, dado que no puede cambiar la naturaleza de las corrientes fluídicas que proyecta. Cree equivocadamente que puede suplirla con una baja y servil adulación que solo seduce a las almas orgullosas, pero esta misma adulación se deja conocer de las almas elevadas.

Nunca el hielo podrá simular el calor.

Si pasamos a la categoría de los espiritistas propiamente dichos, también echaremos de ver ciertas flaquezas humanas, de las que no triunfa inmediatamente la doctrina. Las más difíciles de vencer son el egoísmo y el orgullo, pasiones originales del hombre. Entre los adeptos convencidos, no hay deserción en la acepción de la palabra, porque el que desertase por motivo de interés u otro cualquiera, no habría sido nunca sinceramente espiritista; pero hay desalientos, El valor y la perseverancia pueden flaquear ante un desengaño, una ambición fracasada, una preeminencia no alcanzada, un amor propio lastimado o una prueba difícil. Se retrocede ante el sacrificio del bienestar, el temor de comprometer sus intereses materiales y el reparo del que dirán, se siente desazón por un fraude; no se renuncia, pero se desanima; se vive para si y no para los otros; se quiere sacar beneficio de la creencia, pero siempre que no cueste nada. Ciertamente que los que así proceden pueden ser creyentes; pero, a no dudarlo, son creyentes egoístas, en quienes la

fe no ha encendido el fuego sagrado del desinterés y de la abnegación; su alma se desprende con trabajo de la materia. Forman número nominal, pero no puede contarse con ellos.

Muy distintos son los espiritistas que verdaderamente merecen tal nombre.

Aceptan para sí todas las consecuencias de la doctrina y se les reconoce por los esfuerzos que hacen para mejorarse. Sin descuidar inconsideradamente los intereses materiales, son éstos para ellos lo accesorio y no lo principal; la vida terrestre es solo una travesía más o menos penosa; de su empleo útil o inútil depende el porvenir; sus alegrías son mezquinas comparadas con el objeto esplendido que entrevén más allá; no se desazonan por los obstáculos que encuentran por el camino; las vicisitudes, los desengaños, son pruebas ante las cuales no se desalientan, puesto que el descanso es el premio del trabajo, y por estas razones, no se ven entre ellos deserciones y desfallecimientos.

Los Espíritus buenos protegen visiblemente a los que luchan con valor y perseverancia y cuyo desinterés es sincero y sin miras ulteriores; le ayudan a triunfar de los obstáculos y aligeran las pruebas que no pueden evitarles, al paso que abandonan no menos visiblemente a los que les abandonan y sacrifican la causa de la verdad a su ambición personal.

¿Debemos colocar entre los desertores del Espiritismo a los que se alejan, porque no les satisface nuestra manera de ver las cosas; a los que, encontrando muy lento o muy rápido nuestro método, pretenden alcanzar más pronto y con mejores condiciones el objeto que nos proponemos? Ciertamente que no, si son sus guías la sinceridad y el deseo de propagar la verdad. Ciertamente que sí, si sus esfuerzos tienden únicamente a hacerse notable y a captarse la atención pública para satisfacer su amor propio y su interés personal... ¡Tenéis distinto modo de ver que nosotros; no simpatizáis con los principios que admitimos! Nada prueba que andéis más acertados que nosotros. En materia de ciencia, puede diferirse de opinión; buscad a vuestro modo como buscamos nosotros; el porvenir pondrá en claro quién tiene razón y quién está equivocado. No pretendemos ser los únicos en poseer las condiciones sin las cuales no pueden hacerse estudios serios y útiles; lo que hemos hecho nosotros ciertamente pueden hacerlo otros. ¡Qué importa que los hombres inteligentes se reúnan con nosotros o sin nosotros! Que se multiplican

los centros de estudios, tanto mejor; porque esta es una señal del progreso incontestable, que aplaudimos con todas nuestras fuerzas.

En cuanto a las rivalidades, a las tentativas para suplantarnos, tenemos un recurso infalible para no temerlas. Trabajemos por comprender, por ensanchar nuestra inteligencia y nuestro corazón; luchemos con los otros, pero luchemos por superarnos en caridad y abnegación. Sea nuestra única divisa el amor al prójimo inscrito en nuestra bandera, y nuestro objeto único inquirir la verdad, venga de donde viniere. Con tales sentimientos arrostraremos las burlas de nuestros adversarios y las tentativas de nuestros competidores. Si nos equivocamos, no tendremos el necio amor propio de aferrarnos a ideas falsas, pero hay principios respecto de los cuales se tiene certeza de no engañarse nunca, tales son: el amor del bien, la abnegación, la abjuración de todo sentimiento de envidia y de celos.

Estos principios son los nuestros, en ellos vernos el lazo que ha de unir a todo los hombres de bien, cualquiera que sea la divergencia de sus opiniones; el egoísmo y la mala fe son los únicos que entre ellos levantan barreras insuperables.

Pero ¿cuál será la consecuencia de este estado de cosas? Sin duda alguna las maquinaciones de los falsos hermanos podrán producir momentáneamente algunas perturbaciones parciales. Por esto es preciso hacer toda clase de esfuerzos para burlarlos tanto como sea posible, pero necesariamente no tendrán más que una época de existencia y no podrán ser perjudiciales en el porvenir. Ante todo, porque son una maniobra de oposición que caen por la fuerza de las cosas; y por otra parte, por más que se diga y haga, no podrá quitarse a la doctrina su carácter distintivo; su filosofía racional es lógica y su moral consoladora y regeneradora. Las bases del Espiritismo están hoy puestas de un modo inquebrantable: los libros escritos sin reticencias y puestos al alcance de todas las inteligencias, serán siempre la expresión clara y exacta de la enseñanza de los Espíritus, y la transmitirán intacta a los que vengan en pos de nosotros.

No se ha de perder de vista que estamos en un momento de transición y que ninguna transición se opera sin conflicto.

No hay, pues, que admirarse de ver cómo se agitan ciertas pasiones, tales como las ambiciones comprometidas, los intereses lastimados, las pretensiones frustradas, pero todo esto se extingue poco a poco, la fiebre se calma, los

hombres pasan y las nuevas Ideas subsisten. Espiritistas, si queréis ser invencibles, sed benévolos y caritativos; el bien es una coraza contra la cual se estrellarán siempre las maquinaciones de la malevolencia...

Vivamos, pues, sin temor: el porvenir es nuestro; dejemos que nuestros enemigos se retuerzan comprimidos por la verdad que les ofusca: toda oposición es impotente contra la evidencia, que triunfa inevitablemente por la fuerza misma de las cosas. La vulgarización universal del Espiritismo es cuestión de tiempo, y en este siglo, el tiempo avanza a pasos de gigante impulsado por el progreso.

OBSERVACIÓN. - Como complemento de este artículo, publicamos aquí, la siguiente comunicación que nos dio Allan Kardec sobre el mismo asunto, después de haber entrado en el mundo de los Espíritus. Nos ha parecido interesante pare nuestros lectores, unir a las elocuentes y viriles páginas que preceden, la actual opinión del organizador por excelencia de nuestra filosofía.

París, noviembre de 1869 Cuando existía corporalmente entre vosotros, a menudo decía que debiera hacerse una historia del Espiritismo, puesto que no dejaría de tener interés; aún participo hoy de esta misma opinión, pudiendo servir un día, para realizar mi pensamiento, los diferentes elementos que con este fin había reunido. Porque, en efecto, estaba en mejor posición que nadie para apreciar el curioso espectáculo provocado por el descubrimiento y vulgarización de una gran verdad. En otro tiempo presentía, pero hoy sé el maravilloso orden y la inconcebible armonía que presiden a la concentración de todos los documentos que están destinados a dar origen a la nueva obra. La benevolencia, la buena voluntad y abnegación absoluta en unos y la mala fe, la hipocresía y las malévolas maniobras de los otros, todo concurre para asegurar la estabilidad del edificio que se levanta. Entre las manos de las potencias superiores que presiden al progreso, las resistencias inconscientes o simuladas y los ataques que tienen por objeto sembrar el descrédito y el ridículo, se convierten en instrumentos de elaboración.

¡Qué no se ha hecho, que móviles no se han puesto en movimiento para ahogar al niño en la cuna! El charlatanismo y la superstición, a su vez, han querido ampararse en nuestros principios para explotarlos en su provecho; todos los rayos de la prensa han atronado contra nosotros; se ha entregado a la irrisión las cosas mas respetables; se han atribuido al Espíritu del mal las enseñanzas de los Espíritus, las más dignas de admiración y de veneración

universal; y sin embargo, todos esos esfuerzos acumulados, esa coligación de todos los intereses bastardos, no ha alcanzado otra cosa que proclamar la impotencia de nuestros adversarios.

Pero, en medio de esa lucha incesante contra las preocupaciones establecidas y contra los errores acreditados, es como se aprende a conocer a los hombres. Sabía que al consagrarme a mi obra predilecta, me exponía a las iras de los unos y a la envidia y a los celos de los otros. El camino estaba sembrado de dificultades sin cesar renovadas. No pudiendo alcanzar nada contra la doctrina, se atacaba al hombre, pero por mi parte me sentía fuerte porque había hecho renuncia de mi personalidad. ¿Qué me importan las tentativas de la calumnia, si mi conciencia y la grandeza del objeto me hacían olvidar voluntariamente las espinas y abrojos del camino? Los testimonios de simpatía y de estimación que he recibido de aquellos que supieron apreciarme, han sido la más dulce recompensa que jamás haya ambicionado, pero ¡oh!, ¡cuantas veces hubiese sucumbido bajo el peso de mi tarea, si el afecto y el reconocimiento del mayor número no me hubiesen hecho olvidar la ingratitud y la injusticia de algunos! Porque si los ataques dirigidos contra mí siempre me han encontrado insensible, debo confesar que me afectaba penosamente cada vez que encontraba falsos amigos entre aquellos de quienes más esperaba.

Si es justo vituperar a aquellos que intentan explotar el Espiritismo o desnaturalizarlo en sus escritos sin haber hecho de él un estudio previo, ¡cuán culpables no son aquellos que después de haberse asimilado todos sus principios, no contentos de retirarse pacíficamente, se han vuelto contra él con todas sus fuerzas! Sobre tales desertores especialmente es necesario reclamar la misericordia divina, porque voluntariamente han extinguido la luz que les iluminaba, con cuyo auxilio podían iluminar a los otros. Pero no tardan en verse privados de la asistencia de los buenos Espíritus y la experiencia nos ha demostrado que bien pronto caen de un paso al otro en las más criticas situaciones.

Desde mi regreso al mundo de los Espíritus he vuelto a ver algunos de estos desgraciados; ahora se arrepienten; sienten su inacción y su mala voluntad, pero no pueden reparar tan pronto como desearan el tiempo perdido; volverán, sí, luego a la tierra con la firme resolución de concurrir activamente al progreso, pero aún lucharán con sus antiguas tendencias, hasta que definitivamente hayan triunfado de ellas.

¿Puede creerse que los espiritistas de hoy, ilustrados por estos ejemplos, evitarán caer en los mismos errores? Durante mucho tiempo aún, habrá falsos hermanos y amigos mal intencionados, pero del mismo modo que nada pudieron los primeros, tampoco lograrán estos desviar de su camino al Espiritismo. Si acaso producen algunas perturbaciones momentáneas y puramente locales, no por esto peligrará la doctrina; antes al contrario, bien pronto los espiritistas desviados reconocerán su error y vendrán a concurrir con nuevo ardor a la obra de la cual se habían separado un instante, y obrando de concierto con los Espíritus superiores que dirigen las transformaciones humanitarias, avanzarán con paso rápido hacia los felices tiempos prometidos a la humanidad regenerada. – ALLAN KARDEC.

Breve Contestación a los Detractores del Espiritismo El derecho de examen y de critica es un derecho imprescriptible al que no pretende esquivarse el Espiritismo, como tampoco pretende satisfacer a todos.

Cada cual es, pues, libre de aprobarlo o de rechazarlo, pero aun así, preciso debiera ser que se le discutiese con conocimiento de causa. Pues bien, la crítica ha probado con suma frecuencia su ignorancia respecto de los principios más elementales de aquél, haciéndole decir justamente lo contrario de lo que dice, atribuyéndole lo que rechaza, confundiéndole con las groseras y burlescas imitaciones del charlatanismo, dando, en fin, como regla general, las excentricidades de algunos individuos. Con suma frecuencia también la malevolencia ha querido hacerle responsable de actos reprensibles o ridículos, en los que se halla su nombre incidentalmente, de lo que se ha hecho arma contra él.

Antes de imputar a una doctrina la incitación a un acto reprensible cualquiera, exigen la razón y la equidad que se examine si tal doctrina contiene máximas justificadoras de aquel acto.

Para conocer la parte de responsabilidad que alcanza al Espiritismo en determinada circunstancia, existe un medio muy sencillo, cual es el de inquirir de buena fe, no de los adversarios, sino en el mismo origen, lo que aprueba y lo que condena. Esto es tanto más fácil, cuanto que el Espiritismo no tiene secretos; su enseñanza se da a la luz del día y cada cual puede comprobarla.

Si, pues, los libres de la doctrina espiritista condenan de un modo explicite y formal un acto justamente reprobado; si, por el contrario, solo contienen instrucciones capaces de conducir al bien, prueba es de que el

individuo culpable del delito no se ha inspirado en aquella, aunque tuviese en su poder los libros.

El Espiritismo no es más solidario de aquellos a quienes se les antoja llamarse espiritistas, que la Medicina de los charlatanes que la explotan, y la sana Religión de los abusos y hasta de los crímenes cometidos en su nombre. Solo reconoce por adeptos suyos a los que practican su enseñanza, es decir, a los que trabajan en su propio mejoramiento moral, esforzándose en vencer sus malas inclinaciones, en ser menos egoístas y orgullosos, más afables, más humildes, pacientes, benévolos, caritativos para con el prójimo y moderados en todas las cosa, pues este es el signo característico del espiritista verdadero.

El objeto de esta breve contestación no es el de refutar todas las alegaciones falsas dirigidas contra el Espiritismo, ni el de desarrollar o probar todos sus principios, y menos aún el de convertir a sus ideas a los que profesan opiniones contrarias, sino el de decir, en pocas palabras, lo que es el Espiritismo y lo que no es, lo que admite y lo que rechaza.

Sus creencias, sus tendencias y su objeto, se resumen en las proposiciones siguientes: 1º: El elemento espiritual y el elemento material son los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza, que se completan la una a la otra y reaccionan incesantemente una en otra, indispensables ambas al funcionamiento del mecanismo del universo.

De la acción reciproca de estos dos principios nacen fenómenos, para cuya explicación es impotente cada uno de aquellos, aisladamente considerado.

La ciencia propiamente dicha tiene la misión especial de estudiar las leyes de la materia.

El Espiritismo tiene por objeto el estudio del elemento espiritual en sus relaciones con el material, y encuentra en la unión de estos dos principios la razón de una multitud de hechos, hasta ahora inexplicados.

El Espiritismo marcha de concierto con la ciencia en el terreno de la materia, admite todas las verdades que aquella sienta, pero donde se detienen las investigaciones de la ciencia, el Espiritismo continua las suyas en el terreno de la espiritualidad.

2º: Siendo el elemento espiritual una de las fuerzas de la naturaleza, los fenómenos que con él se relacionan están sometidos a leyes, y por lo mismo, tan naturales como las que tienen su origen solo en la materia.

Solamente por la ignorancia de las leyes que los rigen, se han tenido por sobrenaturales ciertos fenómenos. Por consecuencia de este principio, el Espiritismo no admite el carácter milagroso atribuido a ciertos hechos, a pesar de sentar su realidad o su posibilidad. Para él no existen milagros, como derogaciones de las leyes naturales; de donde se signe que los espiritistas no hacen milagros, y que la calificación de taumaturgos que les dan algunos, es impropia.

El conocimiento de las leyes que rigen el principio espiritual se relaciona directamente con la cuestión del pasado y del porvenir del hombre. ¿Su vida está limitada a la existencia actual? Al entrar en este mundo, ¿sale de la nada, a la cual vuelve, al marcharse de él? ¿Ha vivido ya y vivirá todavía? ¿Cómo vive y en que condiciones? En una palabra, ¿de donde viene y a donde va? ¿Por que está en la tierra, y por que sufre en ella? Tales son las cuestiones que cada cual se propone, porque para todos son de interés capital, y porque ninguna doctrina les ha dado aún solución racional. La que da el Espiritismo, apoyada en los hechos y satisfaciendo las exigencias de la lógica y de la justicia, es una de las causas principales de la rapidez de su propagación.

El Espiritismo no es una concepción personal, ni resultado de un sistema anticipadamente concebido. Es la resultante de miles de observaciones hechas en todos los puntos del globo, que han convergido en el centro que las ha enlazado y coordinado. Todos sus principios constitutivos sin excepción, están deducidos de la experiencia, pues esta ha precedido siempre a la teoría.

Así es como, desde un principio, el Espiritismo encontró raíces en todas partes. La historia no ofrece ejemplo de ninguna doctrina filosófica o religiosa que haya reunido en diez anos (1) tan gran número de adeptos; y sin embargo, para darse a conocer no ha empleado medio alguno de los vulgarmente usados. Se ha propagado por sí mismo, gracias a las simpatías que ha encontrado.

Un hecho no menos constante es el de que en ningún país ha nacido la doctrina en las capas inferiores de la sociedad, sino que en todas partes se ha propagado de lo alto a lo bajo de la escala social. En las clases ilustradas es en las que esta aún casi exclusivamente esparcido, siendo ínfima la minoría de las personas no ilustradas que lo conocen.

Está así mismo probado que la propagación del Espiritismo ha seguido desde su origen una marcha siempre ascendente, a pesar de todo lo que se ha hecho para estorbarlo y desnaturalizar su carácter, con la mira de

desacreditarlo ante la opinan pública. Es también muy de notar, que todo lo que con este objeto se ha hecho, ha favorecido su difusión. La algazara que con motivo de él se ha originado, lo ha puesto en conocimiento de gentes que nunca habían oído hablar del asunto; mientras más se le ha afeado y ridiculizado, mientras más violentas han sido las declaraciones, más se ha excitado la curiosidad, y como que el examen no puede dejar de serle favorable, ha resultado que sus adversarios se han hecho, sin quererlo, sus ardientes propagadores. Si ningún perjuicio le han irrogado las diatribas, es porque, estudiándolo en su verdadero origen, se le ha encontrado muy diferente de lo que se le representa.

En las luchas que ha tenido que sostener, las personas imparciales le han tomado en consideración su moderación. Jamás ha usado de represalias con sus adversarios, ni devuelto injuria por injuria.

El espiritismo es una doctrina filosófica que tiene consecuencias religiosas como toda filosofía espiritualista y por esto mismo toca forzosamente las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura; pero no es una religión constituida, dado que no tiene culto, rito ni templo, y que entre sus adeptos ninguno ha tomado ni recibido titulo de sacerdote o sumo sacerdote. Estas calificaciones son pura invención de la crítica.

Se es espiritista por el solo hecho de simpatizar con los principios de la doctrina y de conformar a ella la conducta. Es una opinión como otra cualquiera, que cada uno ha de tener el derecho de profesar, como se tiene el de ser judío, católico, protestante, furierista, sansimoniano, volteriano, cartesiano, deísta y hasta materialista.

El Espiritismo proclama la libertad de conciencia como un derecho natural y la reclama para los suyos como para todo el mundo. Respeta todas las convicciones sinceras, pidiendo para sí la reciprocidad.

De la libertad de conciencia se desprende el derecho de libre examen en materia de fe. El Espiritismo combate el principio de la fe ciega, pues ésta exige del hombre la abdicación de su propio juicio, y dice que toda fe impuesta carece de raíz. Por esto inscribe esta en el número de sus máximas: "Solo es inquebrantable la fe, que en todas las edades de la humanidad, puede mirar cara a cara a la razón".

Consecuente con sus principios, el Espiritismo no se impone a nadie, sino que quiere ser libremente y por convicción aceptado. Expone sus doctrinas y recibe a los que voluntariamente se unen a él.

No procura separar a nadie de sus convicciones religiosas; no se dirige a los que tienen una fe que les basta, sino a los que, no estando satisfechos de lo que se les ha dado, buscan algo mejor.

(l) En la actualidad la causa espirita cuenta con miles de partidarios en todas las partes del mundo. (N. de la E.) SEGUNDA PARTE EXTENSOS EXTRACTOS TOMADOS DEL LIBRO PREVISIONES ACERCA DEL ESPIRITISMO Manuscrito compuesto con especial atención por ALLAN KARDEC y del que algunos capítulos no han sido publicados hasta el día Mi Primera lniciación En El Espiritismo Era en 1854 cuando yo oí hablar por primera vez de las mesas giratorias. Un día me encontré con Mr. Foitier, el magnetizador, que ya conocía de antiguo, quien me dijo: "¿Sabéis la singular propiedad que acabo de descubrir en el magnetismo? Al parecer, no son solamente los individuos los que puedo magnetizar, sino también las mesas, a las que hago mover a mi deseo". - "Esto es muy singular, en efecto, le respondí yo; mas en rigor, confieso no me parece radicalmente imposible.

El fluido magnético, que es una especie de electricidad, puede muy bien obrar sobre los cuerpos inertes y hacerlos mover". Las narraciones que publicaron los periódicos de las experiencias hechas en Nantes, en Marsella y en algunas otras poblaciones, no podrán dejar duda sobre la realidad del fenómeno.

Algún tiempo después, volví a ver a Fortier, y me dijo: "Ved si es bien extraordinario: no solamente hago girar una mesa, magnetizándola, sino que la hago hablar; yo la interrogo y ella responde". - Esta es otra cuestión, le respondí; creeré lo que me decís cuando lo vea y cuando me hayáis probado que una mesa posee un cerebro para pensar y nervios para sentir, y que puede convertirse en sonámbula Hasta entonces, permitidme que no vea en ello más que un cuento de esos que hacen dormir de pie.

Este razonamiento es lógico; yo concebía la posibilidad del movimiento por una fuerza mecánica mas ignorando la causa y la ley del fenómeno, me parecía absurdo atribuir la inteligencia a una cosa puramente material. Yo estaba en la posición de los incrédulos de nuestros días, que niegan los hechos porque no se saben dar cuenta de los que presencian. Si hace cincuenta años

hubiera habido quien dijera pura y simplemente que podía transmitirse un despacho a 500 leguas y recibir su contestación en una hora, no hubiera faltado quien se riera de la afirmación, aduciendo excelentes razones científicas para probar que la cosa era materialmente imposible. Hoy que la Ley de la electricidad es conocida, semejante afirmación no chocaría a nadie. En este mismo caso se hallan todos los fenómenos espiritistas: a quienes no conozcan las leyes que los rigen, les parecerán sobrenaturales, maravillosos, y por consecuencia, imposibles y ridículos; mas conocida la ley, lo maravilloso desaparece, la cosa no ofrece nada que repugne a la razón y se comprende perfectamente su posibilidad.

Yo me hallaba entonces ante un hecho inexplicado, aparentemente contrario a las leyes de la naturaleza, y que repugnaba a mi razón. No había visto ni observado nada; las experiencias realizadas ante personas honorables y dignas de fe, me confirmaban en la posibilidad del efecto puramente material, pero la idea de una mesa parlante, no cabía en mi cerebro.

Al año siguiente, esto es, a principios de 1855, me encontré con Mr. Carlotti, un amigo de veinticinco anos, que me habló de estos fenómenos durante una hora con el entusiasmo que él pone en todas las ideas nuevas. Mr. Cariotti era corso, de una naturaleza ardiente y enérgica; yo había apreciado en el las cualidades de un alma grande y bella, pero no me fiaba de su exaltación. Principió por hablarme de la intervención de los espíritus y me contó tantas cosas sorprendentes, que lejos de convencerme, aumentó mis dudas. "Vos seréis un día de los nuestros", me dijo por fin, y yo le respondí: "No digo que no; nadie puede responder del mañana”.

Algún tiempo después, en mayo de 1855, me encontré en casa de la sonámbula Mme. Roger, con Mr. Fortier, su magnetizador; allí estaban también Mr, Patier y Mme. Plainemaison quienes me hablaron de estos fenómenos en el mismo sentido que Mr. Carlotti, pero en otro tono bastante diferente. Monsieur Patier era un funcionario público de cierta edad, y hombre muy instruido y de carácter grave, frío y reposado. Su lenguaje, exento de todo entusiasmo, produjo en mi viva impresión, y cuando me ofreció asistir a las experiencias que tenían lugar en casa de Mme. Plainemaison, calle Granpe-Bateliere, 18, acepté con regocijo. El día designado fue el martes (1) de mayo, a las ocho de la noche.

Esta fue la primera vez que fui testigo del fenómeno de las mesas que giraban, saltaban y corrían, y lo fui en condiciones tales, que la duda no me era posible. Presencié también algunos ensayos bastante imperfectos de escritura mediúmnica sobre una pizarra con ayuda de una cestita.

No por esto mis ideas se modificaron, pero entre aquellas futilidades aparentes y la especie de juego a que se había reducido el fenómeno, hube de reconocer un hecho, y por consecuencia, una causa que lo determinara, que desde luego conceptué seria y como la revelación de una nueva ley que me propuse profundizar.

La ocasión de poder observar atentamente se me ofreció poco tiempo después. En una de las veladas de madame Plainemaison conocí a la familia Baudin, que por aquel entonces vivía en la calle de Rochechouart. Mr. Baudin me brindó asistiera a las sesiones semanales que celebraba en su casa, y en ellas fui, desde tal instante, uno de los más asiduos concurrentes.

Eran estas reuniones bastante numerosas, tanto por los habituales asistentes a ellas, cuanto porque se admita sin dificultad a todos los que lo solicitaban. Los dos médiums eran las hermanas señoritas Baudin, que escriban sobre una pizarra con la ayuda de una cestita, llamada peonza, (Este dato esta en blanco en el manuscrito), o trompo, ya descrita en El Libro de los Médiums. Este procedimiento, que exige el concurso de dos personas, excluye toda posibilidad de participación de las ideas del médium. Por ende, la continuidad de las comunicaciones y las respuestas dadas a los temas que se proponían, no importando que estos temas se formularan mentalmente, señalan hasta la evidencia la intervención de una inteligencia extraña.

Los puntos tratados eran generalmente frívolos. Nos ocupaban, sobre todo, las cosas que afectaban a la vida material, al porvenir, todo aquello que no tenía nada de verdaderamente serio: la curiosidad y el entretenimiento eran el principal móvil de los asistentes. El Espíritu que se comunicaba de ordinario tomaba, el nombre de Zephir, nombre perfectamente en consonancia con su carácter y con el de la reunión; no obstante, el era muy bueno y se declaró el protector de la familia.

Si frecuentemente usaba tonos joviales, también sabía dar sanos consejos y manejar oportunamente el epigrama mordaz e ingenioso. Apenas nos conocimos, me dio constantes pruebas de muy grande simpatía. Aunque no es un Espíritu muy avanzado, más tarde, asistido por otros superiores, me ayudó

en mis primeros trabajos. Después me dijo que debía reencarnar y no volví a conversar con él.

Aquí fue, pues, donde hice mis primeros estudios serios sobre Espiritismo, aunque tuvieran más de revelaciones que de puras observaciones. Apliqué a esta nueva ciencia, como había hecho siempre con toda otra, el método de la experimentación: no me he fiado nunca de teorías preconcebidas. Observe atentamente, comparé, deduje las consecuencias de los efectos quise remontarme a las causas por la deducción y el encadenamiento lógico de los hechos, y no admití como verdadera ninguna explicación que no resolviera todo género de dificultades. Así era como había procedido en mis trabajos anteriores desde la edad de 15 a 16 años. Comprendí al momento la gravedad de la exploraci6n que iba a acometer; entreví en estos fenómenos la clave del problema oscuro y controvertido del pasado y del porvenir de la humanidad, la solución que yo haba buscado vanamente toda mi vida; me di cuenta, en una palabra, de que iba a provocar toda una revolución en las ideas y en las creencias, y en vista de todo ello, me prometí obrar con circunspección y no ligeramente, ser positivista y no idealista, para no pagarme de bellas ilusiones.

Uno de los primeros resultados de mis observaciones fue el darme cuenta de que los Espíritus, no siendo otros que las almas de los hombres, no poseen ni la soberana sabiduría ni la soberana prudencia; que su saber era proporcionado a su progreso, y que su opinión no tenia más valor que el de una opinión personal. Esta verdad, reconocida desde el principio, me preservó del grave escollo de creer en su infalibilidad y de formular prematuras teorías sobre la palabra de uno solo o de varios de ellos.

El solo hecho de la comunicación con los Espíritus, cualesquiera que ellos sean y exprésense como se expresen, prueba la existencia de un mundo ambiente invisible. Esto es ya un punto capital, un campo inmenso abierto a nuestras exploraciones, la clave de una multitud de fenómenos inexplicados; el segundo punto, no menos importante, es el de conocer el estado de ese mundo y de sus moradores, si uno puede expresarse de este modo. Observé que cada Espíritu, en razón de su posición personal y de sus conocimientos, desenvolvía ante mi una fase, un modo de ser privativo, absolutamente igual que cuando uno quiere conocer el estado de un país interrogando a sus habitantes de todas clases y condiciones: cada uno lo define a su manera y de todos se puede aprender alguna cosa de provecho, no siendo posible que del interrogatorio de

uno solo pudiera obtenerse un resultado tan completo. En este caso, el observador ha de formar opinión en vista de las impresiones o documentos recogidos aquí y allí; ha de coleccionarlos, coordinarlos y contrastarlos unos con otros; y esto mismo fue lo que yo hice. Procedí con los Espíritus como hubiera procedido con los hombres: me sirvieron, desde el más pequeño al más grande, como medios de estudio; nunca como reveladores predestinados.

Tales son las disposiciones con que empecé y continué mis estudios espiritistas: observar, comparar y juzgar desapasionadamente todos los hechos.

Hasta entonces, las sesiones que se celebraban en casa de Mr. Baudin no habían tenido ningún objeto determinado. Yo propuse se procurara la solución de los problemas que me interesaban desde el punto de vista de la filosofía, la psicología y la naturaleza del mundo invisible, y llevé a cada sesión una serie de cuestiones Preparadas y metódicamente ordenadas, que recibieron contestación precisa, profunda y lógica. Desde este momento las sesiones adquirieron distinto carácter; entre los asistentes se encontraban personas serias que tomaron por ellas un vivo interés, y si alguna vez faltaban, yo estaba allí como de más; las cuestiones fútiles habían perdido su atractivo para el mayor número. En el primer momento no vi en ello más que mi propia instrucción; más tarde, cuando uniendo las comunicaciones me di cuenta de que adquirirían las proporciones de una doctrina, pensé en publicarlas para instrucción de todo el mundo, Estas cuestiones son las mismas que, sucesivamente desenvueltas y completadas, forman la base de EI Libro de los Espíritus.

Al año siguiente, en 1856, frecuenté al mismo tiempo las reuniones espiritistas que se celebraban en la calle de Tiquetone, domicilio de Mr. Roustan y Mlle.

Japhet, sonámbula. Estas reuniones eran serias y ordenadas. Las comunicaciones tenían lugar por intermedio de Mlle. Japhet con ayuda de la cestita.

Mi trabajo estaba en gran parte terminado y había adquirido las dimensiones de un libro, pero quise someterlo a la aprobación de otros Espíritus valiéndome de diferentes médiums. A este efecto pensé convertirlo en objeto de estudio en las sesiones de Mr. Roustan. Los Espíritus, después de algunas de ellas, me dijeron que era preferible revisarlo en el seno de la

intimidad, y me designaron ciertos días para trabajar particularmente con Mlle. Japhet, a fin de hacerlo con más calma y evitar indiscreciones y los comentarios prematuros del público.

No me contenté con esta revisión, a pesar de recomendármela los Espíritus.

Las circunstancias hicieron que me relacionase con otros médiums, y cada vez que la ocasión se me ofrecía, la aprovechaba para proponer alguna de las cuestiones que me parecían más espinosas. De este modo más de diez médiums me prestaron su concurso para este trabajo. Después de la comparación y de la fusión de todas estas respuestas, coordinadas, clasificadas y muchas veces sometidas a examen en el silencio de la meditación, fue cuando me decidí a formar la primera edición de EI Libro de los Espíritus, que vio la luz el 18 de Abril de 1857.

Hacia fines de este mismo año las dos señoritas Baudin contrajeron matrimonio, las reuniones no volvieron a celebrarse y la familia se dispersó; pero entonces mis relaciones empezaron a extenderse, y los Espíritus multiplicaron para mi los medios por los cuales pudiera recibir sus instrucciones en los trabajos sucesivos.

11 de diciembre de 1855 (Casa de Mr. Baudin. - Médium, Mlle. Baudin) Mi Espíritu Protector Pregunta al Espíritu Z. - En el mundo de los Espíritus, ¿hay alguno que sea para mi un buen genio? - Respuesta: Si. - P. ¿Es el Espíritu de algún pariente o de algún amigo -R. Ni lo uno ni lo otro. -P. ¿Cuál fue su estado en la tierra? –R. Un hombre justo y sabio. -P. ¿Que debo hacer para captarme sus simpatías? -R. El mayor bien posible. -P. ¿Con que signos podré reconocer su intervención? -R Con la satisfacción que experimentarás. -P. ¿Hay algún medio por el cual pueda invocarle? Si le hay, ¿cual es? -R. Tener una fe viva y pedirle con insistencia. -P.

Después de mi muerte, ¿le reconoceré en el mundo de los Espíritus? -R. Esto no es dudoso: el será quien saldrá a recibirte y a felicitarte si has cumplido tu misión.

-Nota. - Por todas estas preguntas puede colegirse cuán novicio era yo todavía en las cosas del mundo espiritual.

-Pregunta. El Espíritu de mi madre, ¿viene alguna vez a visitarme? -Respuesta. Sí, y te protege tanto cuanto le es posible. -P. Frecuentemente la

veo en sueños; ¿es, en efecto, así, o es ilusión imaginativa? -R. No, es ella que se te aparece, y tú debes comprenderlo por la emoción que experimentas.

Nota. - Esto es perfectamente exacto; tan luego como mi madre se me aparece en sueños, yo experimento una emoción indescriptible, que el médium no podía saber.

Pregunta. Hace algún tiempo evocamos a S. y le preguntamos si podría ser el genio protector de algunos de nosotros. "Que uno de vosotros se muestre digno, y yo estaré con él; Z. os lo dirá", nos contestó. ¿Me crees tú capaz de este favor? - Respuesta: Si, si tú lo quieres. -P. ¿Qué he de hacer para quererlo? -R. Practicar todo el bien que puedas y soportar las penalidades de la vida con firmeza.

Pregunta. ¿Soy apto. por mi inteligencia, para penetrar tanto cuanto al hombre le es permitido, las grandes verdades de nuestro destino futuro? - Respuesta. Sí; tú tienes las aptitudes necesarias, mas el resultado dependerá de tu perseverancia en el trabajo. -P. ¿Puedo contribuir a la propagación de estas verdades? -R. Sin duda alguna. -P. ¿Por que medios? R. Más tarde lo sabrás; ínterin, trabaja.

25 de marzo de 1956 (Casa de Mr. Baudin. - Médium Mlle. Baudin) Mi Guía Espiritual Por esta época habitaba yo en la calle de los Mártires, Nº 8, 2ª habitación interior. Una noche, estando en mi gabinete de trabajo, percibí el ruido de pequeños golpes dados en el tabique que me separaba de la pieza vecina. Al principio no les di importancia ni les preste atención, pero como persistieran cada vez con mayor fuerza y cambiando de lugar, me levante y fui a examinar ambos lados del tabique, y escuché si podrían provenir de alguna otra estancia contigua.

Nada en claro pude sacar de mi examen minucioso. Lo particular era, que cada vez que me levantaba para proceder al examen; los golpes cesaban, y en cuanto reanudaba mi trabajo, volvían a dejarse oír. A eso de las diez mi esposa entró en el gabinete, y no tardó en darse cuenta de ellos y en preguntarme a que eran debidos. No lo se, le respondí; hace ya más de una hora que duran. Nos sentamos uno junto al otro y no volvimos a ocuparnos del asunto; a medianoche, hora en que nos retiramos a descansar, todavía continuaban.

Al día siguiente tuvimos sesión en casa de Mr. Baudin; conté el hecho, y solicité se me explicara.

Pregunta. Estaréis sin duda enterados del hecho que acabo de referir; ¿podríais decirme la causa de aquellos golpes tan persistentes? -Respuesta. Era tu Espíritu familiar. -P. ¿Con que objeto golpeaba así? -R. Quería comunicarse contigo. -P. ¿Podríais decirme que quería? -R. Puedes preguntárselo a él mismo, ya que está presente.

Nota. - En esta poca no había hecho aún la distinción entre las diversas categorías de Espíritus simpáticos y a todos los englobaba bajo la denominación genérica de Espíritus familiares.

Pregunta. Mi Espíritu familiar, quien quiera que seáis, os agradezco que os hayáis dignado visitarme. ¿Querríais decirme quien sois? -Respuesta. Para ti, me llamo la Verdad, y todos los meses, durante un cuarto de hora, estaré aquí a tu disposición.

Pregunta. Cuando golpeasteis mientras trabajaba, ¿teníais algo de particular que decirme? -Respuesta. Lo que quería decirte se relacionaba con el trabajo que estabas realizando; no me satisfacía lo que escribías y quería hacerte cesar.

Nota. - Lo que escribía precisamente era relativo al estudio que venia haciendo sobre los Espíritus y sus manifestaciones.

Pregunta. Vuestra desaprobación, ¿recae sobre el capitulo que escribía o sobre el conjunto del trabajo? -Respuesta. Sobre el capítulo de ayer. Te constituyo en juez de tu obra; léelo esta noche y verás cómo reconoces y corriges sus faltas. - P. Tampoco yo estaba muy satisfecho, y lo he rehecho hoy; ¿es este mejor? -R.

Mejor es, pero no está bien. Lee de la tercera a la trigésima línea, y reconocerás un grave error.

Pregunta. Ya rompí lo que hice ayer. -Respuesta. No importa; lo que rompiste no priva que en lo que hoy has hecho la falta subsista. Léelo y verás.

Pregunta. El nombre de Verdad que vos tomáis, ¿es una alusión a la verdad que yo busco? -Respuesta. Puede ser; por lo menos será un guía que te protegerá y te ayudará. -P. ¿Puedo evocaros por mi? -R. Si, te asistiré por el pensamiento; pero por la escritura, pasará mucho tiempo antes de que recibas mis instrucciones.

Nota. - En efecto, durante un año, no pude obtener por mi, ninguna comunicación escrita, y cada vez que encontré un médium con el que esperaba lograr alguna cosa, cualquiera circunstancia imprevista se oponía a ello. No

conseguí sus comunicaciones de este género hasta que me serví a mi mismo de instrumento.

Pregunta. ¿Podríais comunicarnos más a menudo que todos los meses? -Respuesta. Si, pero no te lo prometo hasta nueva orden. -P ¿Habéis animado alguna persona conocida sobre la tierra? -R. Ya te he dicho que para ti soy la Verdad, y este para ti quiere decir discreción; de ello no saldrás sin ventajas.

Nota. - Por la noche, concentrándome en mi mismo, releí lo que había escrito, y así en la copia arrojada al cesto de los papeles, como en la nueva, en la línea 30 reconocí un error grave que me sorprendió lo hubiera cometido. Después de este momento, ninguna comunicación del mismo género tuvo lugar. Las relaciones con mi Espíritu protector quedaron establecidas, mas como aquellas manifestaciones no eran necesarias, cesaron. El intervalo de un mes que él asignó para sus comunicaciones, no fue observado más que al principio, y aún entonces muy raramente, más tarde no se comunicó. Esto fue, sin duda, una advertencia acerca del deber en que me hallaba de trabajar por mi mismo y no recurrir a él para solventar cualquiera dificultad.

9 de abril de 1856 (Casa de Mr. Baudin. - Médium, Mlle. Baudin) Pregunta. (a la Verdad) Criticasteis el trabajo que hice el otro día y teníais razón: Lo he releído y he hallado en la línea 30 un error, contra el cual vuestros golpes eran una justa protesta. Esto me ha conducido a reconocer otros defectos y a rehacer el trabajo. ¿Los satisface este último? -Respuesta. Lo encuentro mejor, pero te invito a que esperes un mes antes de darlo a luz. -P. ¿Qué entendéis por darlo a luz? Yo no tengo ciertamente la intención de publicarlo, ni jamás he dicho que lo haría. -R. Entiendo por darlo a luz mostrarlo a los extraños. Busca un pretexto para rehusar exhibirlo a quienes te lo soliciten, y en el entretanto, lo perfeccionas. Te hago esta recomendación para evitarla critica y que sufra tu amor propio.

Pregunta. Me habéis dicho que seríais para mi un guía que me ayudaría y me protegería; yo concibo en principio esta protección dentro de cierto orden de cosas, pero, ¿querríais decirme si esta protección se extiende también a las cosas materiales de la vida? -Respuesta. En la tierra la vida material es preocupación para muchos; no ayudarte a vivir, no seria amarte.

Nota. - La protección de este Espíritu, del que estaba lejos de sospechar su superioridad, no ha defraudado jamás mis esperanzas. Su solicitud y la solicitud de los buenos Espíritus a sus órdenes, se ha extendido sobre todas las

circunstancias de mi vida, sea para allanar mis dificultades materiales, sea para facilitarme el cumplimiento de mis trabajos, sea, en fin, para preservarme de los efectos de la malevolencia de mis adversarios, justamente reducidos a la impotencia. Si las tribulaciones inherentes a la misión que tengo que llenar no han podido ahorrármelas, han hecho por endulzarlas y me las han compensado largamente con inefables satisfacciones morales.

30 de abril de 1856 (Casa de Mr. Roustan. - Médium Mlle. Japhet) Primera Revelación De Mi Misión Hacia algún tiempo que seguía asistiendo a las sesiones que se celebraban en casa de Mr. Roustan, y había comenzado el trabajo que más tarde debía formar El Libro de los Espíritus (véase la introducción), cuando en una sesión íntima, a la que no asistíamos más que siete u ocho personas, y en la que nos ocupábamos de los acontecimientos que podrían sobrevenir produciendo una transformación social, el médium, tomando la cestita, escribió espontáneamente lo que sigue: "Cuando la campana suene, vosotros la detendréis; solamente vosotros salvaréis a vuestros semejante individualmente les magnetizaréis a fin de curarles.

Pues cada uno a su puesto preparado, porque habrá que fundar de todo, después que todo estará destruido, al menos por un instante. No habrá más religión, porque se fundará una más verdadera, grande y digna del Creador... Los primeros fundamentos están ya echados... Tú, Rivail, tu misión es esa. (La cestita, libre, se volvió hacia mí como lo hubiera hecho una persona que me designara con el dedo). A ti, M... que la espada no cese de blandirse contra todo lo que existe: Tú irás el primero, luego te seguirá Rivail: este es el obrero que reconstituirá todo lo que tú hayas demolido".

Nota. - Esta fue la primera revelación positiva sobre mi misión, y confieso que tan pronto vi a la cestita dirigirse bruscamente hacia mi y designarme por mi nombre, no pude defenderme de cierta emoción.

Mr. M.., que asistía a esta reunión, era un joven cuyas opiniones radicales le llevaron a comprometerse en los asuntos políticos, de los que no podía desligarse sin ponerse en evidencia. Creyendo en una asonada próxima, se preparó a tomar parte en ella y combinar sus planes de reforma. Por lo demás, era de carácter dulce e inofensivo.

7 de mayo de 1856 (Casa de Mr. Roustan. - Médium, Mlle. Japhet) Pregunta (a Hahnemann). El otro día los Espíritus me dijeron que tenía una misión importante que cumplir, y se me indicó el objeto; desearía saber si vos

la confirmáis. -Respuesta. Si, y si interrogáis tus aspiraciones, tus tendencias, el objeto constante de tus meditaciones no te sorprenderás de ella. Debes cumplir lo que hace mucho tiempo sueñas, y por lo que trabajas con tanta actividad; y el día designado, está más próximo de lo que tú mismo imaginas. -P. Para cumplir esta misión tal como yo la concibo, hacen falta medios de ejecución que están bien lejos de mí -R. Deja que la Providencia haga su obra, y quedaréis satisfecho.

Acontecimientos Futuros Pregunta. La comunicación dada el otro día, hace presumir advenimientos muy graves, ¿podríais darnos algunas explicaciones a este objeto? -Respuesta.

Nosotros no podemos precisar los hechos; lo que podemos decir es que habrá muchas ruinas y desolación. -P. ¿Que causarán estas ruinas? ¿Será un cataclismo? -R. No habrá cataclismo material como vosotros lo entendéis, pero grandes calamidades de toda suerte desolarán las naciones; la guerra diezmará los pueblos; las instituciones viejas serán ahogadas por los borbotones de sangre... Es que el viejo mundo expira para abrir una era nueva al progreso. -P. ¿Entonces la guerra no se circunscribirá a un país? -R. No; abrasar la tierra. -P. Sin embargo, nada en este momento hace presagiar la tempestad próxima. -R. Las cosas se mantienen en suspensión por una sola tela de araña. -P. ¿Puedo, sin Indiscreción, preguntar de donde partirá la primera chispa? -R. De Italia.

12 de mayo de 1856 (Sesión personal en casa de Mr. Boudin) Acontecimientos Futuros Pregunta. (A la Verdad). ¿Qué pensáis de M...? ¿Es un hombre que tendrá influencia en los acontecimientos próximos? -Respuesta. Mucho ruido. Está dotado de buenas ideas, es un hombre de acción, pero no es una cabeza. - P.¿Debe tomar a la letra lo que le fue dicho, esto es, que pertenece al grupo que ha de destruir cuanto existe? -R No; se quiso personificar con él, al partido cuyas ideas representa. -P. ¿Puedo continuar con él la intimidad en las relaciones? -R.

Por el momento, no; correrías peligros inútiles. -P. Mr. M... dice que un médium le ha precisado la marcha de los acontecimientos, por decirlo así, a día fijo; ¿es esto verdad? -R. Si, le han fijado épocas; pero fueron Espíritus ligeros que no saben del asunto más que él y explotan su exaltación. Tú sabes que no debemos ni podemos precisar las cosas futuras. Los acontecimientos presentidos tendrán ciertamente lugar en un tiempo próximo, mas cuando, no puede ser precisado.

Pregunta. Los Espíritus han dicho que los tiempos han llegado en que estas cosas deben cumplirse, ¿en que sentido debemos tomar estas palabras? - Respuesta. Para las cosas de esta gravedad, ¿que son algunos anos más o menos? No llegan nunca bruscamente y como un rayo, sino que son por largo tiempo preparadas con acontecimientos parciales que vienen a ser como los precursores y como los ruidos sordos que preceden a la erupción de un volcán. Se puede, pues, decir que los tiempos han llegado, sin que esto signifique que los sucesos acaecerán mañana. Estáis en el período en que tendrán lugar: esto es todo.

Pregunta. ¿Confirmáis lo que ha sido dicho, de que no habrá cataclismos? - Respuesta. Ciertamente podéis creer que no habrá un diluvio ni un abrasamiento, ni otras cosas de este género para vuestro planeta, sino esas perturbaciones locales que se producen en todas las épocas, a las que no se puede dar el nombre de cataclismos. El cataclismo que se os anunció será un cataclismo moral, del que todos los hombres seréis instrumentos.

10 de junio de 1956 (Casa de Mr. Roustan. - Médium. Mlle.]aphet) El Libro De Los Espíritus Pregunta (a Hahnemann). He pensado que puesto que hace poco termine la primera parte del libro, para darle más vida, podría rogar a B... que me ayudara como médium. ¿Qué pensáis vos? -Respuesta. Pienso que te valdría más no servirte de él. -P. ¿Por qué? -R Porque la verdad no puede ser interpretada por el error.

Pregunta. Aunque el Espíritu familiar de B... sea un embustero, no impedirá que un Espíritu bueno se comunique por el médium, desde el momento en que yo no evocare al primero y si al segundo. -Respuesta. Sí, mas este médium ayuda al Espíritu, y como el Espíritu es un farsante y se presta... Aristo, su intérprete y B...acabarán mal.

Nota. - B... era un joven médium escribiente dotado de mucha facilidad, pero asistido por un Espíritu orgulloso, déspota y arrogante, que tomaba el nombre de Aristo, y que le hizo infatuado y le condujo a un excesivo amor propio. Las previsiones de Hahnemann se cumplieron: el médium B... se creyó poseer con su facultad una fortuna, y quiso aprovecharse de ella explotándola en las consultas medicinales y en las de invenciones y descubrimientos, no recogiendo más que decepciones y engaños. Algún tiempo después no volví a oír hablar de él.

12 de junio de 1858 (Cosa de Mr. C... - Médium Mlle. Aline C...) Mi Misión Pregunta: (a la Verdad). Buen Espíritu, desearía saber que pensáis de la misión que me ha sido asignada por algunos Espíritus: ¿querríais decirme, os lo ruego, si esto es una prueba para mi amor propio? Yo tengo, bien lo sabéis, el más grande deseo de contribuir a la propagación de la verdad; pero de la condición de simple trabajador a la de misionero en jefe, la distancia es grande, y no comprendo con que se puede justificar en mí, tal favor y preferencia sobre tantos otros poseedores del talento y cualidades que yo no tengo.

Respuesta. Confirmo lo que se te ha dicho, pero te aconsejo hagas acopio de discreción si quieres salir airoso. Más tarde sabrás cosas que te explicarán lo que hoy te sorprende. No olvides que puedes triunfar como puedes sucumbir; en este último caso, otro te reemplazaría, porque los designios de Dios no descansan sobre la cabeza de ningún hombre. No hables pues, jamás, de tu misión: este será el mejor medio para que no sucumbas. Ella no puede ser justificada sino por el cumplimiento de las obras, y tú no las has comenzado todavía. Si la cumples, los hombres sabrán reconocerlo tarde o temprano, que por los frutos es por lo que se reconoce la cualidad del árbol.

Pregunta. Reconozco mi nulidad para engreírme con una misión que me apena; pero si he sido destinado para servir de instrumento a los designios de la Providencia, que se disponga de mí. En este caso, reclamo vuestra asistencia y la de los buenos Espíritus para que me ayuden y me sostengan en la empresa.

Respuesta. Nuestra asistencia no te faltara, pero si por tu parte no hicieras lo necesario, será inútil. Tienes libre albedrío y debes usar de él según entiendas: ningún hombre está fatalmente obligado a nada.

Pregunta. ¿Que causas podrían hacerme naufragar? ¿Mi insuficiente capacidad? Respuesta. No; pero la misión de los reformadores está llena de escollos y peligros. La tarea es ruda, te lo prevengo, porque has de agitar, remover y transformar al mundo entero. No creas que sea suficiente el que escribas uno, dos ni diez libros para conseguirlo, ni que luego te quedes disfrutando de reposo; nada de eso: sublevarás contra ti enemistades temibles; enemigos encarnizados se conjugarán para perderte; serás objeto de la malquerencia, de la calumnia, de la traición misma de aquellos que te parecerán los más leales; tus mejores instrucciones serán desconocidas y desnaturalizadas, y más de una vez caerás rendido de fatiga; en una palabra,

ser una lucha constante y personal la que habrás de mantener, y a ella tendrás que sacrificar tu reposo, tu tranquilidad, tu salud y hasta tu vida, porque sin esa lucha vivirías más largo tiempo. Y bien: más de uno retrocede cuando, en lugar de una senda de flores, sólo encuentra a su paso enmarañados espinos, guijarros agudos y reptiles. Para tales misiones, la inteligencia no es suficiente: hace falta, para complacer a Dios, la humildad, la modestia, el desinterés, aquello que abate a los orgullosos, a los presuntuosos y a los ambiciosos; para luchar contra los hombres hace falta el valor, la perseverancia y la firmeza inquebrantable no menos que la prudencia y el tacto para conducir las cosas por sus verdaderos derroteros y no comprometer los resultados con frases intempestivas y entusiasmos prematuros; hace falta, en fin, no tener voluntad propia, estar dotado de abnegación y estar dispuesto a todos los sacrificios.

Ve, pues, cómo tu misión está subordinada a las condiciones que dependen de ti.

El Espíritu de Verdad.

Yo, Espíritu de Verdad, os agradezco los muy sabios consejos que acabáis de darme. Acepto todo sin restricción y sin ideas preconcebidas.

¡Señor! Si os habéis dignado fijar los ojos sobre mí, para el cumplimiento de vuestros designios, que vuestra voluntad se cumpla. Mi vida está en vuestras manos: disponed de vuestro servidor. En presencia de una tarea tan colosal, reconozco mi debilidad. Mi buen deseo no faltar, pero puede ser que mis fuerzas me traicionen. Suplid mi insuficiencia, dadme las fuerzas físicas y morales que me sean necesarias. Sostenedme en momentos difíciles, y con vuestra ayuda y la de vuestros celestes mensajeros, me esforzaré por responder a vuestros designios.

Nota. - Esto lo escribía en 19 de enero de 1867. Diez años y medio después de habérseme dado esta comunicación, he comprobado que se realiza en todas sus partes, porque he pasado por todas las vicisitudes que me fueron anunciadas.

He sido objeto de odio para mis enemigos encarnizados; he sufrido la injuria, -la calumnia, la envidia y los celos; libelos infames han sido publicados en contra mía; mis mejores instrucciones las he visto desnaturalizadas; la traición de aquellos en quienes deposité mi confianza no me ha faltado, y sólo ingratitudes recibí en premio de los que gozaron de mis servicios. La Sociedad de Paris ha sido un foco continuo de intrigas urdidas por aquellos que más

decían estar conmigo y que me halagaban tanto de presencia como a espaldas me deprimían. No ha faltado quien ha dicho que los que tomaban mi partido, estaban sobornados por mí con el dinero que del Espiritismo sacaba. No he conocido el reposo; más de una vez he cado rendido por exceso de trabajo, mi salud ha sido alterada y mi vida comprometida.

En tanto, gracias a la protecci6n y asistencia de los buenos Espíritus que sin cesar me han dado pruebas de su solicitud, puedo reconocer que hasta esta hora no he experimentado ni un solo instante de desfallecimiento y que he perseverado constantemente en mi obra con el mismo ardor del primer día, sin preocuparme de la malevolencia de que sea objeto. Después de la comunicación del Espíritu de Verdad, yo debía atenerme a todos sus consejos y previsiones, y todo se ha cumplido.

Pero, al lado de todas estas vicisitudes, ¡qué satisfacciones no he experimentado viendo cómo la obra se ensanchaba de una manera prodigiosa! ¡Con que creces no han sido compensadas mis tribulaciones! ¡Que de bendiciones, que de testimonios de verdadera simpatía no he recibido de parte de numerosos afligidos a quienes la doctrina ha consolado! Este resultado no me había sido anunciado por el Espíritu de Verdad, quien, sin duda deliberadamente, no quiso mostrarme más que las dificultades de la empresa. ¡Cuanta no sería mi ingratitud, pues, si me condoliera de mi suerte! Si dijera que el bien y el mal resultaron equilibrados, faltaría a la verdad, porque el mal fue por mucho sobrepujado por el bien. Cuando recibía una decepción, una contrariedad cualquiera, me elevaba con el pensamiento por encima de la humanidad, penetraba por anticipado en la región de los Espíritus, y desde este lugar culminante desde donde descubría mi obra, las miserias de la vida resbalaban sobre mí sin hacerme daño. Me habitué tanto a esto, que los gritos de la injusticia jamás ofuscaron mi razón.

17 de junio de 1856 (Casa de Mr. Baudin. - Médium Mlle. Baudin) El Libro De Los Espíritus Pregunta (a la Verdad). Una parte de la obra está revisada; ¿seriáis tan bueno que me dijerais que pensáis de ella? Respuesta. Lo que está revisado está bien, pero cuando esté toda concluida, tendrás que revisarla nuevamente a fin de extenderte sobre ciertos puntos y de ser más conciso en otros.

Pregunta. ¿Pensáis que debo publicarla antes que tengan cumplimiento los acontecimientos anunciados? Respuesta. Una parte sí, toda no, porque te

fío que aún no conoces los capítulos más espinosos. Cualquiera que sea la importancia de este primer trabajo, no es de todos modos más que la introducción. Con él tiempo tomará dimensiones que hoy por hoy estás muy lejos de suponerlas, y tú mismo comprenderás que ciertas partes no pueden ser expuestas en el día, sino más tarde y gradualmente, a medida que las ideas nuevas se desenvuelvan y vayan tomando carta de naturaleza. Darlo todo de una vez sería una imprudencia: hay que dejar al tiempo que vaya formando la opinión. Encontrarás impacientes que se te anticiparán; no les escuches. Ve, observa, explora el terreno, haz como el general prudente que no ataca hasta que es llegado el momento oportuno.

Nota (escrita en enero de 1867). - En la poca en que me fue dada esta comunicación, no había recibido más que El Libro de los Espíritus, y estaba lejos, como el Espíritu dijo, de sospechar las dimensiones que tomaría el conjunto del trabajo. Los sucesos anunciados no tenían que cumplirse antes de muchos años, puesto que al presente no se han cumplido aún. Las obras publicadas hasta este día lo han sido sucesivamente, y yo me he sentido impulsado a coordinarlas a medida que las ideas nuevas se desenvolvían. De las que faltan por hacer, la más importante, la que puede considerarse como el coronamiento del edificio, y contiene, en efecto, los capítulos más espinosos, no podría publicarse sin perjuicio antes del periodo de los desastres. Yo no veía entonces más que un libro y no comprenda que pudiera ser dividido, hasta que el Espíritu hizo alusión a los que debían seguir y que habría inconveniente en publicarlos prematuramente.

"Se previsor, no escuches a los impacientes que te pasarán delante", dijo el Espíritu. Los impacientes no han faltado, y si les hubiera atendido, el navío se hubiera estrellado contra los escollos. ¡Cosa notable! mientras unos me pedían que obrara con más vigor, otros me acusaban de ligero. No escuché a los unos ni a los otros, y constantemente tuve por brújula la marcha de las ideas.

La confianza en el porvenir me iba animando a medida que se cumplían las cosas previstas y a medida que reconocía la profundidad y sabiduría en las instrucciones de mis protectores invisibles.

11 de septiembre de 1856 (Casa de Mr. Baudin. - Médium Mlle. Baudin) El Libro De Los Espíritus Después de haber dado lectura a algunos capítulos de

EI Libro de los Espíritus concernientes a las leyes naturales, el médium escribió de manera espontánea.

"Has comprendido perfectamente el objeto de tu trabajo; el plan esta bien concebido; nosotros estamos contentos de ti. Continúa, pero, sobre todo, cuando la obra esté terminada, llámanos, que nosotros te diremos si la has de imprimir y propagar. Es de una utilidad general. Nosotros estamos satisfechos y no nos separamos de ti. Cree en Dios y adelante". - Varios Espíritus.

6 de mayo de 1857 (Casa de Madame de Cardone) La Tiara Espiritual Tuve ocasión de conocer en las sesiones de Mr. Roustan a Mme. De Cardone. En una de ellas me dijo, creo que M. Carlotti, que dicha señora poseía un talento excepcional para leer en la mano. Nunca he credo en la significación de las líneas de la mano, pero entonces pensé que podía muy bien ser, para ciertas personas dotadas de doble vista, un medio de ponerse en relación que le permitiera, como a los sonámbulos, decir algunas veces la verdad. Las líneas de la mano no son más que un pretexto, un medio de fijar la atención, de desenvolver la lucidez, como lo son los naipes, los pocillos del café, los espejos llamados mágicos, etc., para los individuos que gozan de esta facultad. La experiencia me ha confirmado más de una vez en esta opinión. Sea lo que fuere, esta señora me invitó a que la visitara y accedí a su invitación. He aquí un resumen de lo que me dijo: "Nacisteis en una grande abundancia de bienes de fortuna y de medios intelectuales... fuerza extraordinaria de juicio... vuestro gusto está formado: gobernar por la cabeza. Moderáis la inspiración por el juicio; subordináis el instinto, la pasión y la intuición, al método, a la teoría. Tenéis inclinación por las ciencias morales... Amor a la verdad absoluta... amor al arte definido.” "Vuestro estilo es cadencioso, claro, preciso; pero cambiaríais alguna vez un poco de precisión por otro poco de poesía.” "Como filósofo idealista, estuvisteis sujeto a opiniones extrañas; como filósofo creyente, experimentáis la necesidad de forma secta.” "Disposición juiciosa; necesidad imperiosa de aminorar los sufrimientos de socorrer, de consolar; necesidad de independencia.” "Os corregís dulcemente de la prontitud y violencia de vuestro humor.” "Sois a propósito para la misión que os está confiada, porque valéis más para servir de centro a desenvolvimientos inmensos que para llevar a cabo trabajos aislados... vuestros ojos tienen la mirada del pensamiento.” "Veo aquí el signo de la tiara espiritual... es muy pronunciado... mirad". (Miré, pero no vi nada de particular.) -¿Que entendéis, le dije, por tiara espiritual? ¿Queréis

decir que seré papa? Si esto queréis decir, no será ciertamente en la presente existencia.

Respuesta. "Fijaos en que he dicho tiara espiritual, lo que quiere decir autoridad moral y religiosa y no soberanía efectiva".

He trascripto pura y simplemente las palabras que esta señora me ha referido.

No me pertenece juzgarlas ni definir si son no exactas en todos sus puntos.

Reconozco algunos por verdaderos, porque reflejan bien mi carácter y las disposiciones de mi espíritu; pero hay un pasaje evidentemente erróneo, el que se refiere a mi estilo, donde dice que cambiaría alguna vez un poco de mi precisión por otro poco de poesía. No tengo ningún instinto poético. Lo que busco sobre todo, lo que estimo y lo que me place en otros, es la claridad, la fidelidad y la precisión, y lejos de sacrificar estas cualidades a la poesía, se me podrá reprochar que sacrifique el sentimiento poético a la sequedad de la forma positiva. Prefiero al que habla a la inteligencia sobre el que se dirige a la imaginación.

Cuanto a la tiara espiritual, EI Libro de los Espíritus acababa de aparecer: la doctrina estaba en sus comienzos y no podía prejuzgarse de sus resultados ulteriores. Di escasa importancia a esta revelación, y ni siquiera tomé nota de ella a titulo de reseña.

Esta señora salió de París al año siguiente y no volví a verla hasta ocho años más tarde, en 1866. Durante este intervalo, las cosas habían hecho una parte de su camino. Ella me dijo: -¿Recordáis mi predicción de la tiara espiritual? Vedla realizada. -¿Cómo realizada? Yo no estoy, que sepa, colocado en el trono del Santo Padre. -No, es verdad; pero tampoco es esto lo que yo os anuncié. ¿Acaso no sois, de hecho, el jefe de la: doctrina, reconocido por los espiritistas del mundo entero? ¿No son vuestros escritos los que forman ley? ¿Vuestros adeptos, no se cuentan por millones? ¿Existe algún otro con más autoridad que la vuestra en hechos espiritistas? ¿Los títulos de gran sacerdote, de pontífice, de papa mismo, no se os han dado espontáneamente? Ya se que estos títulos os han sido dados por vuestros adversarios y por ironía, pero no por ello dejan de ser indicio del género de influencia que os reconocen. Ellos presentan vuestra misión con tales títulos con el objeto de que ellos os la resten.

En suma, habéis conquistado sin grande esfuerzo una posición moral que ningún otro puede sobrepujarla; y aunque algunos trabajos se hagan después de los vuestros o con vuestro concurso, no seréis menos reconocido como el fundador de la doctrina. Desde este momento, pues, poséis en realidad la tiara espiritual, es decir, la supremacía moral. Ved, por lo tanto, si estuve en lo cierto.

-¿Creéis al presente algo más en los signos de la mano? -Menos que nunca. Estoy bien convencido de que si visteis alguna cosa, no fue en la mano, sino en vuestro propio espíritu. Os lo voy a probar.

Admito en la mano, como en el pie, en el brazo y en toda otra parte del cuerpo, ciertos signos fisiognómicos, pero cada órgano representa aquellos signos especiales según el uso a que está afectado y sus relaciones con el pensamiento.

Los signos de la mano no pueden ser los mismos que los de los pies, de los brazos, de la boca, de los ojos, etc.

Cuanto a los pliegues interiores de la mano, su más o menos acentuación es debida a la mayor o menor abundancia de fibras celulares; y como estas partes no tienen ninguna relación fisiológica con los órganos de las facultades intelectuales y morales, no pueden ser en manera alguna su expresión. Aun admitiendo esta correlación, podrían ser inicio del estado presente del individuo, mas no presagios de las cosas futuras ni de acontecimientos pasados independientes de su voluntad.

En la primera hipótesis, comprendo que a todo rigor, con la ayuda de tales líneas, se pueda venir en conocimiento de que una persona posee tal o cual aptitud, tal o cual inclinación; pero el más vulgar buen sentido rehúsa la, idea de que uno pueda ver en ellas si se ha estado casado o no, cuantas veces, cuantos hijos se ha tenido, Si se es viudo y otras cosas semejantes, como pretenden la mayor parte de los quirománticos.

Lo que los pliegues de la mano figuran muy bien y esto es conocido de todo el mundo, es una M; si está muy marcada se dice que presagia una vida malheureuse (infeliz), pero la palabra malheur es francesa, y se olvida que la equivalente no empieza con m en todas las lenguas. Si el significado que se pretende fuera cierto, debiera afectar una forma diferente en cada país, según su respectiva lengua.

Cuanto a la tiara espiritual, es evidentemente una cosa especial, excepcional y de cualquier suerte individual, y estoy convencido de que no habéis hallado esta palabra en vocabulario alguno quiromántico.

¿Cómo, pues, os ha acudido al pensamiento? Por la intuición, por la inspiración, por esa especie de presciencia inherente a la doble vista que buen número de personas poseen, sin poderlo dudar. Vuestra atención estuvo reconcentrada sobre las líneas de mi mano. y aplicasteis la idea a un signo en el cual otra persona hubiera visto otra cosa muy diferente, y aun vos misma le atribuyerais distinta significación en otro individuo.

17 de enero de 1857 (Casa de Mr. Baudin. - Médium, Mlle. Baudin) Primer Anuncio De Una Nueva Encarnación El Espíritu me había prometido darme una comunicaci6n con motivo del nuevo año, porque tenía, dijo, alguna cosa de particular que decirme. Se la pedí en una de las sesiones ordinarias, y contestó que la daría en la intimidad al médium que me la transmitiría. Véase la comunicación: Querido amigo: no quise comunicarme el martes último ante todo el mundo, porque hay ciertas cosas que no se pueden decir sino entre nosotros.

Empiezo por hablarte de tu obra, de la que estás imprimiendo (EI Libro de los Espíritus estaba en prensa).

No te des tan malos ratos por ella: tú estarás mejor, y la obra no perderá por falta de ser atendida.

Además de esto, tú eres muy capaz de llevar la empresa a término feliz, y estás llamado a realizar grandes cosas. No exageres: ve y aprecia todo con fría serenidad. No te dejes arrastrar por entusiasmos febriles, calcula bien tus pasos a fin de llegar al objeto; no creas más que lo que veas, pero no niegues tampoco todo aquello que te parezca incomprensible. Como los objetos de estudio te serán puestos ante los ojos. Llegarás a comprender más que otro ninguno eso mismo que al principio te parecerá destituido de cordura.

Pero ¡ah! la verdad no será conocida ni creída por todos sin que pase antes mucho tiempo. En esta existencia verás tan solo la aurora de tu obra; para completarla volverás reencarnado en otro cuerpo, y entonces tendrás la satisfacción de ver en plena fructificación la simiente que hoy esparzas por la tierra.

Tendrás que habértelas con envidiosos y celosos que querrán denigrarte y oponerse a tu camino; no te descorazones, no te inquiete lo que hagan o

digan en contra tuya. Prosigue tu obra, trabaja siempre por el progreso de la humanidad, y serás sostenido por los buenos Espíritus mientras no te separes de la buena senda.

Recuerdas que hace un año prometí mi amistad a los que en el siguiente hubieran ajustado convenientemente su conducta. ¡Pues bien!, te advierto que eres uno de los que prefiero entre todos.

Tu amigo que te ama y te protege. - Z.

Nota. - Ya he dicho que Z no es un Espíritu superior, pero sí muy bueno y muy caritativo. Puede que sea más avanzado que lo que hace presumir el nombre con que se manifiesta, según se colige por el carácter serio y la sabiduría de sus comunicaciones, quien sabe si ha querido presentarse así para, a favor de este nombre, poder permitirse un lenguaje familiar apropiado a la ocasión, y decir, en momentos determinados, las más duras verdades bajo la ligera forma del epigrama. Quienquiera que sea, yo conservare siempre de el un buen recuerdo y profundo reconocimiento por los buenos consejos que me ha dado y el cariño que me testifica. Desapareció con la familia Baudin y tena dicho que pronto reencarnaría.

15 de noviembre de 1857 (Casa de Mr. Dufaux - Médium Mme. E. Dufaux) La "Revista Espiritista" Pregunta. Tengo la intención de publicar un periódico espiritista; ¿pensáis que llegaré a realizarlo? ¿Que me aconsejáis? La persona a quien me he dirigido, Mr. Tiedeman, no parece estar decidida a prestar su concurso pecuniario.

Respuesta. Sí, conseguirás lo que te propones siendo perseverante. La idea es buena y de óptimos resultados.

Pregunta. Temo que otros me aventajen.

Respuesta. Haz porque salga pronto.

Pregunta. No solicito ya ventajas, pero el tiempo me falta. Desempeño dos empleos que me son necesarios; bien lo sabéis, y quisiera poder renunciarlos a fin de consagrarme por entero a la causa, sin ninguna otra preocupación.

Respuesta, No importa que no los renuncies por el momento; hay tiempo para todo, muévete y a todo llegarás.

Pregunta. ¿Debo hacerlo sin el concurso de Mr. Tiedeman? Respuesta. Hazlo con o sin su concurso; no te inquietes por el; puedes muy bien prescindir de su apoyo.

Pregunta. Tenía la intención de publicar un primer número como ensayo, tanto para adquirir la propiedad como para formar idea del recibimiento, reservándome continuar o no su publicación, según me pareciese. ¿Qué pensáis? Respuesta. La idea es buena, pero un primer número no basta, con tanto mayor motivo cuanto que es, más que útil, necesario para preparar el camino al resto de tu empresa. Debe salir bueno de interés, de manera que sirva para sentar las bases de una existencia duradera. Si lo hacer defectuoso, nada esperes de él porque la primera impresión es la que ha de decidir de su porvenir. Que satisfaga la curiosidad de todos desde el primer número, abarcando por igual lo serio y lo ameno: lo serio para que atraiga a los hombres de ciencia, lo ameno para que recree al vulgo. Esta parte es esencial, pero la otra es la más importante, porque sin ella no tendría el periódico fundamento sólido. En una palabra, evita la monotonía con la variedad, reúne a la instrucción sólida el interés siempre creciente, y tendrás un auxiliar poderoso para tus trabajos ulteriores.

Nota - Me apresuré a poner en orden el primer número y lo di al público el primero de febrero de 1857, sin comunicárselo a nadie. No contaba Con un solo suscriptor ni solicité de nadie fondos. Lo hice por completo a mi cuenta y riesgo, y por cierto que no tuve ocasión de arrepentirme. A partir del primero de enero los números se sucedieron sin interrupción, y, como lo había previsto el Espíritu, el periódico fue para mí un poderoso auxiliar.

Más tarde reconocí que gané mucho con no solicitar fondos de nadie, porque de este modo era absolutamente libre; por el contrario, si un extraño cualquiera hubiera tenido participación en la empresa, posible es que hubiera intentado imponerme sus ideas y su voluntad, y entorpecer de este modo mi marcha. Solo, no tuve que rendir cuentas a nadie ni siquiera de lo espinoso de mi empeño.

1º de abril de 1855 Fundación De La Sociedad Espiritista De Paris Aun cuando esta fundación no haya sido resultado de previsión alguna, la menciono como recuerdo, a causa del papel que desempeñó en la marcha del Espiritismo y de las comunicaciones ulteriores a que dio lugar.

Hacía más de seis meses se reunían todos los martes en mi casa, calle de los Mártires, algunos adeptos de la idea. El principal médium de que disponíamos era Mlle. E. Dufaux. Aunque el local no permita mayor concurrencia que 15 o 20 personas, veces hubo que llegamos hasta 30. Estas

reuniones ofrecían un grande interés por su carácter serio y la suma trascendencia de los problemas que se elucidaban. Acudan a ellas frecuentemente príncipes extranjeros y otros personajes de distinción.

El local, además de poco cómodo por su disposición, evidentemente era muy exiguo. Algunos propusieron imponernos una cuota para alquilar otro más adecuado. Entonces se hizo precisa la competente autorización gubernativa para evitar ser atormentados por la autoridad. Mr. Dufaux, que conocía personalmente al prefecto de policía, se encargó de la petición. La autorizaci6n dependía del Ministro del Interior, cuyo elevado cargo desempeñaba por aquel entonces el general X, quien era, sin que nadie lo supiese, si no un amante decidido de nuestras ideas, muy simpatizante de ellas. Esto influyó bastante para que en el termino de quince días nos fuera otorgada la autorización, que de seguir el curso ordinario, nos hubiera hecho esperar lo menos tres meses.

La Sociedad quedó entonces regularmente constituida, y se reunía todos los martes en el local alquilado en el Palacio Real* galería de Valois. Allí estuvo un año, del 1º de abril de 1858 al 1º de abril de 1859. No pudiendo habilitar este local por más tiempo, reunióse los viernes en uno de los salones del hotel Douix, en el Palacio Real, galería de Montpensier, desde el 1º de abril de 1859 al 1º de abril de 1860, época en que se instaló en su local, calle y pasaje de Santa Ana, Nº 59.

La Sociedad, formada en un principio de elementos poco homogéneos y de personas de buena voluntad que aceptamos sobrado fácilmente, tuvo que sufrir numerosas vicisitudes que no fueron las que menos embarazaron mi tarea.

24 de febrero de 1860 (Casa de Mme. Forbes. - Médium, Mr. Forbes) Duración De Mis Trabajos Según mi apreciación, me faltaban todavía diez años para terminar mis trabajos; pero de esto, no había dicho nada a nadie. Uno de mis corresponsales de Limoges me remitió una comunicación obtenida espontáneamente, y puede juzgarse cuál no sería mi asombro al leer en ella que el Espíritu, ocupándose de mis trabajos, decía que tenía tarea todavía para dos lustros.

Pregunta (a la Verdad). ¿Cómo se explica que un Espíritu que se ha comunicado en Limoges, donde yo no he estado nunca, haya dicho precisamente lo que yo he pensado sobre la duración de mis trabajos? Respuesta. Nosotros sabemos lo que te resta por hacer, y por consecuencia, el

tiempo aproximado que necesitas para acabar. Es, pues muy natural que los Espíritus lo hayan dicho en Limoges para dar una idea de la importancia de la cosa, por el trabajo que exige.

Por otra parte, el término de diez años no es absoluto: puede ser prolongado algunos más por circunstancias imprevistas e independientes de tu voluntad.

Nota (escrita en diciembre de 1866). - Llevo publicados cuatro volúmenes de doctrina fundamental sin ocuparme poco ni mucho de las cosas accesorias. Los Espíritus me instigaron a publicar EI Génesis en 1867, antes de iniciarse las revueltas. Durante este periodo de perturbación, trabajé en los libros complementarios de la doctrina, que no pudieron aparecer hasta después de la gran tormenta, y en los cuales invertí de tres a cuatro años. Esto nos conduce a fines de 1870, es decir, a diez años después de obtenida la transcrita comunicación.

28 de febrero de 1860 (Casa de Mr. Solichon. - Médium Mlle. Solichon) Acontecimientos - El Papado Pregunta (al Espíritu de Ch.). Vos estuvisteis de embajador en Roma y por aquel tiempo, vaticinasteis la caída del poder temporal del Papa. ¿Qué pensáis hoy a este propósito? Respuesta. Creo que se aproxima el momento en que habrá de cumplirse mi profecía, pero no será sin grandes trastornos. Todo se complica, las pasiones se exaltan, y una cosa que hubiera podido hacerse sin conmoción, ha tomado tales caracteres, que toda la cristiandad sufrirá un estremecimiento.

Pregunta. ¿Queréis decirnos vuestra opinión sobre el poder temporal del Papa? Respuesta. Creo que el poder temporal del Papa no es necesario a su esplendor ni a su primacía moral; al contrario, creo que cuanto menos sea su emporio material, mucho más será venerado. Quien representa a Dios sobre la tierra, posee muy elevada representación para necesitar del boato con que se rodea la potestad terrestre. Dirigir a los terrícolas espiritualmente; he aquí la única misión del Papa de los cristianos.

Pregunta. ¿Pensáis que el Papa y el Sacro Colegio, ambos muy esclarecidos, no harán cuanto sea necesario para evitar un cisma y la intestina guerra, aunque esta no se más que moral? Respuesta. No lo creo; todos estos hombres son pertinaces, ignorantes, habituados a los goces profanos, que satisfacen holgadamente porque les sobra dinero para ello, y temerían que el nuevo orden de cosas pudiera privarles de la vida que disfrutan. Por esta razón

llevarán las cosas hasta el extremo, importándoles muy poco lo que pueda acontecer. Son ciegos para comprender la trascendencia de su manera de obrar.

Pregunta. En este conflicto, ¿es de creer que la desdichada Italia sucumba y pase a ser feudataria del cetro de Austria? Respuesta. No, es imposible, Italia saldrá vencedora de la lucha y la libertad reinará sobre esa nación gloriosa. La Italia nos salvó de la barbarie; fue nuestra madre en todo aquello que la inteligencia tiene de más noble y elevado, y no caerá de nuevo bajo el yugo de aquellos que la humillaron.

12 de abril de 1860 (Casa de Mr. Dehau. - Médium. Mr. Crozet) (Comunicación espontánea obtenida en mi ausencia) Mi Misión Por su firmeza y perseverancia, vuestro Presidente desbaratará los proyectos de aquellos que querían destruir su crédito y arruinar la sociedad con la esperanza de dar un golpe mortal a la doctrina, ¡Honor a él! Sabe muy bien que nosotros estamos a su lado, y los Espíritus sabios serán dichosos pudiéndole asistir en su misión. Mientras los envidiosos y los mal intencionados se afanan por llenar de sombras esta misión, ella extiende incalculables beneficios, que serán los primeros en disfrutar.

Pero esta misión es peligrosa, y para cumplirla, hace falta una fe y una voluntad inquebrantables, a la vez que !a abnegación y el valor necesarios para desafiar las injurias, los sarcasmos y las decepciones, y no excitarse por el vilipendio que puedan arrojar sobre el la envidia y la calumnia. En esta posición, lo menos que puede prometerse es ser tratado de loco y de charlatán.

Dejad decir, dejad pensar en los goces de la vida; todo es pasajero menos la felicidad eterna. Todo os será tenido en cuenta; y sabéis muy bien que para ser dichosos, tenéis que contribuir al bienestar de los pobres seres de que Dios ha poblado vuestra tierra. Que vuestra conciencia disfrute de reposo y de serenidad: esta es la avanzada de la beatitud celeste.

15 de abril de 1860 (Marsella. - Médium Mr. Jorge Genovillat) (Esta comunicación me fue transmitida por Mr. Dorgeval) Porvenir Del Espirismo El Espiritismo está llamado a representar un papel inmenso sobre la tierra.

Reformará la legislación, frecuentemente contraria a las leyes divinas; rectificará los errores de la historia; restablecerá la religión de Cristo, convertida en manos de los sacerdotes, en comercio y vil tráfico; instituir la verdadera religión, la religión natural, aquella que parte del corazón y va

derecha a Dios sin revestirse con fórmulas religiosas ni necesitar de las gradas de un presbiterio. Detendrá el vuelo al materialismo y al ateismo, en los cuales se han refugiado ciertos seres por el abuso incesante de los que se dicen ministros de Dios y predican la caridad con una espada en cada mano, sacrificando a su ambición y a su sed de dominio los derechos más sagrados de la humanidad. - UN ESPIRITU.

10 de junio de 1860 (En mi casa. - Médium Mad. Schmidt) Mi Regreso Pregunta (a la Verdad). - Acabo de recibir una carta de Marsella, donde se me dice que en el seminario de aquella ciudad se ocupan seriamente del Espiritismo y de EI Libro el los Espíritus. ¿Qué presagiáis? ¿Creéis que el clero tomar la cosa a pecho? Respuesta. No puedes dudarlo; tomar la cosa a pecho porque prevé las consecuencias y sus temores son muy grandes. El clero, sobre todo en las más altas jerarquías, estudia el Espiritismo mucho más de lo que te parece; pero no creas que sea por simpatía, no; es por el contrario, buscando medios con que combatirle, y te aseguro que le declarara formidable guerra.

No te inquietes por eso; continúa trabajando con prudencia y con circunspección; tienes quien te guarda de los lazos que te serán tendidos; evita cuidadosamente en tus palabras y en tus escritos todo aquello que pudiera trocarse en armas contra ti.

Persiste en tu camino sin pavor, que si está sembrado de espinas, te aseguro que gozarás de grandes satisfacciones antes de regresar un poco entre nosotros.

Pregunta. ¿Qué entendéis por las palabras un poco? Respuesta. Tú no estarás mucho tiempo entre nosotros: debes volver a terminar tu misión, que no puede ser acabada en esta existencia. Si fuera posible, no desencarnarías; pero hay que someterse a la ley de la naturaleza. Estarás ausente durante algunos años, y cuando vuelvas, será en condiciones que te permitirán trabajar sin estorbos. Mientras, activa tus trabajos, porque es muy útil que los termines antes de partir; por esto nosotros te dejamos el tiempo necesario para ello.

Nota. - Calculando aproximadamente lo que puedo tardar en completar mis trabajos, y teniendo en cuenta el tiempo de mi ausencia, el de mi infancia y el de mi juventud hasta la edad en que un hombre puede desempeñar un papel en el mundo, nos remontaremos forzosamente a fines de este siglo o a principios del inmediato.

21 de septiembre de 1861 (En mi casa. - Médium Mr. de R.) Auto De Fe En Barcelona CREMACION DE LOS LIBROS Pedidos por Mr. Lachâtre, entonces establecidos en Barcelona. envié a dicho señor una remesa compuesta de algunos EI Libro de los Espíritus, EI Libro de los Médiums, colecciones de la Revista Espírita y otras diversas obras y folletos, alcanzando entre todos un total de 300 volúmenes. La expedición fue regularmente hecha por su corresponsal en París, en una caja que contenía también otras varias mercancías. No se contravino ninguna disposición legal, y a la llegada de los libros, se le hizo pagar en su destinatario los derechos de aduana. Sin embargo, antes de entregárselos, le llevaron un ejemplar de cada uno al obispo. Dicha autoridad, en este país, ejerció la policía de imprenta. A la sazón estaba el obispo en Madrid, y hubo de esperarse a que viniera para conocer su fallo. Este hizo que todas las obras fueran confiscadas y quemadas en la plaza pública por la mano del verdugo.

La ejecución de la sentencia se fijó para el 9 de octubre de 1861.

Si se hubiera querido introducir estas obras de contrabando, la autoridad española hubiera estado en su derecho disponiendo de ellas a su gusto; pero desde el momento en que no hubo fraude ni sorpresa, sino que voluntaria y rigurosamente se satisficieron todos los derechos establecidos, era de estricta justicia que hubiese ordenado la reexportación si no le hubiera convenido admitirlos. Las reclamaciones hechas ante el Cónsul francés en Barcelona no dieron resultado. Mr. Lachâtre me consultó si acudía en alzada a la autoridad superior, y yo le respondí que dejase consumar ese acto arbitrario. Por otra parte, creí de mi deber pedir consejo a mi guía espiritual.

Pregunta (a la Verdad). No ignoráis, sin duda, lo que acaba de acontecer en Barcelona con las obras espiritistas; ¿tendríais la bondad de decirme si es conveniente que procure la restitución? Respuesta. En derecho, puedes reclamar esas obras, y obtendrás ciertamente la reparación dirigiéndote al ministro de negocios extranjeros de Francia; pero mis previsiones son que resultará de este “auto de fe” más grande bien que el que produciría la lectura de los mismos volúmenes condenados a la hoguera. La parte material no es nada comparada con la fama que un hecho semejante ha de dar a la doctrina. Conviene una persecución tan ridícula como anticuada para que el Espiritismo progrese en España. Las ideas de este modo volarán más rápidamente, y las

obras serán solicitadas con más ahínco que si no fueran quemadas. Todo, es en bien.

Pregunta. ¿Conviene que publique a este respecto un articulo en el próximo numero de la Revista? Respuesta. Espera el “auto de fe”.

9 de octubre de 1861 Auto De Fe En Barcelona Esta fecha se señalará en los anales del Espiritismo por el auto de fe de que fueron objeto los libros espiritistas en Barcelona. Véase el extracto del acta de la ejecución: "Este día, nueve de octubre de mil ochocientos sesenta y uno, a las diez y media de la mañana, en la explanada de la ciudad de Barcelona y lugar donde son ejecutados los criminales condenados a último suplicio, y por orden del obispo de esta diócesis, han sido quemados trescientos volúmenes y folletos sobre Espiritismo, a saber: EI Libro de los Espíritus, por Allan Kardec... etc.".

Los principales periódicos de España han dado cuenta detallada de este hecho, la prensa liberal lo ha condenado justamente. Y es de notar que en Francia, aun los periódicos más liberales, se han limitado a publicar la noticia sin agregarle comentarios. “El Siglo” mismo, tan ardiente estigmatizador de los abusos del poder y de los menores actos de intolerancia del clero no ha tenido ni una palabra de reprobación para este, digno tan solo de la Edad Media; los periódicos de poca circulación lo han hecho objeto de sus cuchufletas.

Aparte toda creencia, era esta una cuestión de principios, de derecho internacional que interesa a todo el mundo, y sobre la cual no hubieran pasado de ligero a tratarse de otras obras. No procedieron tan secamente cuando se agitó la cuestión del rehuso de estampillas para la difusión de un libro materialista; y sin embargo, no era el asunto tan grave como este, en que la inquisición ha ejercido sus funciones a las puertas mismas de la Francia con todo el aparato y esplendor de sus mejores tiempos. ¿Por qué tamaña indiferencia? Si entonces se creyó obligada a vindicar la justicia en favor de una doctrina de incredulidad, de la que veía con horror sus progresos, si estima que la autoridad, para conservar su crédito, debía consagrar aquel derecho y protegerle; con igual motivo debía ahora elevar sus clamores, puesto que el auto de fe de Barcelona no será menos funesto en sus efectos. La injusta retención y quema de las obras espiritistas en España, puede contribuir muchísimo a la propagación de tales ideas (Véase la Revista Espiritista de noviembre de 1861 - Pág. 321).

Este acontecimiento dio lugar a numerosas comunicaciones de parte de los Espíritus. La que sigue fue obtenida espontáneamente en la Sociedad de París, el 19 de octubre, a mi regreso de Burdeos.

"Hacia falta que alguna cosa arrastrara de un golpe violento a ciertos Espíritus encarnados, para que se decidieran a ocuparse de esta grande doctrina que ha de regenerar al mundo. Nada es inútilmente hecho en vuestra tierra, y nosotros que inspiramos el "auto de fe de Barcelona", sabíamos bien que obrando así, haríamos dar al Espiritismo, un gran paso hacia adelante. Este hecho brutal, desconocido en los tiempos actuales, ha sido consumado con el objeto de llamar la atención de los periodistas, que permanecían indiferentes ante la agitación profunda que removía los pueblos y las sociedades espiritistas. Ellos dejaban decir y hacer, obstinándose en ser sordos y en responder con el mutismo a los deseos de propaganda de los adeptos de esta idea, pero; con este hecho, de grado o por fuerza han tenido que hablar, unos afirmándolo y otros desmintiéndolo, y dando con ello lugar a una polémica que dar la vuelta al mundo y de la que solo el Espiritismo sacará provecho. Véase por qué hoy la retaguardia de la inquisición ha hecho su último "auto de fe": porque nosotros lo hemos querido.

UN ESPRITU.

Nota. - Me ha sido enviado desde Barcelona un dibujo a la acuarela, hecho sobre el terreno por un artista distinguido, que representa el "auto de fe". Lo he hecho reproducir en fotografía reducida y con algunas cenizas, que también poseo, de las recogidas en la pira, donde pueden leerse algunos fragmentos de las hojas quemadas, la conservo en una urna de cristal. (Al presente posee dichos objetos la Sociedad de la Librería Espiritista) 22 de diciembre de 1861 (En mi casa; comunicación particular. - Médium., Mr. d'A.) Mi Sucesor En una conversación que tuve con los Espíritus a propósito de mi sucesor, planteé la proposición siguiente: Pregunta. Entre los adeptos, muchos se inquietan acerca de quién vendrá en pos de mi, y se preguntan quién me reemplazará cuando parta, puesto que no ven persona notoriamente apta para tomar las riendas.

Yo respondo que no tengo la pretensión de ser el indispensable, que Dios es muy sabio para hacer descansar el porvenir de una doctrina que debe regenerar el mundo sobre la vida de un hombre, y que además, me ha sido dicho que para cumplir mi tarea de constituir la doctrina, me será otorgado el

tiempo necesario. A mi sucesor le será entonces la empresa más fácil, puesto que tendrá trazado todo el camino y no necesitará más que perseverar en él. Esto no obstante, si los Espíritus juzgan a propósito decirme alguna cosa más positiva a este respecto, les estaré reconocido.

Respuesta. Todo lo que has dicho es rigurosamente exacto; oye, no obstante, lo que podemos decirte por añadidura.

Tienes razón al decir que no eres indispensable: lo eres a los ojos de los hombres, porque era necesario que el trabajo de organización estuviera concentrado en las manos de uno solo para que no careciera de unidad; mas no lo eres a los ojos de Dios. Has sido el preferido, por eso eres solo; mas no eres el único capaz de llenar esta misión. Si ella fuera interrumpida por una causa cualquiera, no le faltarían a Dios sujetos para reemplazarte. Venga, pues, lo que venga, el Espiritismo no puede peligrar.

Hasta que el trabajo de elaboración este terminado, conviene que seas solo, en apariencia, para que sirvas de bandera en torno de la cual todos se agrupen, para que todos te consideren como indispensable y para que la obra salga de tus manos con más autoridad para el presente y para el porvenir; por esto es tan unánime el temor que inspira la idea de tu partida.

Si el que debe reemplazarte fuera designado con antelación, podría sufrir entorpecimientos la obra no concluida; se formarían contra él oposiciones sugeridas por los celos, se discutiría su aptitud antes de que pudiera dar pruebas; los enemigos de la doctrina amontonarían barreras en su camino, y el resultado postrero serian los cismas y divisiones. No se revelará, por lo tanto, hasta que el momento sea oportuno.

Su tarea ser más fácil, porque, como tú has dicho, tendrá todo el camino trazado, pero si se separa de él, se perderá, como se han perdido cuantos han querido desviarse del sendero. Sin embargo, su misión será más penosa mirada desde otro punto de vista, porque tendrá que sostener rudas contiendas. A ti incumbe el trabajo de la concepción; a él, el de la ejecución: por esto necesitará ser un hombre enérgico y activo. Admirad la sabiduría de Dios en la elección de sus mandatarios: tú posees las cualidades necesarias para el trabajo que debes llenar, pero careces de las precisas a tu sucesor. A ti te conviene la calma, la tranquilidad del escritor que madura sus ideas en el silencio de la meditación; a él le convendrá la fortaleza del capitán que gobierna un navío según las reglas de la ciencia.

Descargando el trabajo de la creación de la obra, bajo la protección de aquél, tu cuerpo sucumbirá y él se verá más libre para aplicar todas sus facultades al desenvolvimiento y consolidación del edificio.

Pregunta. ¿Podríais decirme si la elección de mi sucesor está hecha en este momento? Respuesta. Lo está, y no lo está, atendido a que el hombre, gozando de su libre albedrío, puede retroceder en el último momento ante la tarea que el mismo eligió. Precisa que haga pruebas de capacidad, de desenvoltura, de desinterés y de abnegación. Si fue movido tan solo por la ambición y el deseo de figurar, no lo dudes, ser dejado a un lado.

Pregunta. Se me ha dicho que muchos Espíritus superiores encarnarían para ayudar al movimiento.

Respuesta. Sin duda muchos Espíritus encarnarán con tal misión, mas cada uno tendrá su especialidad, y obrará por su posición sobre tal o cual parte de la sociedad. Todos se revelarán por sus obras, y ninguno por una pretensión cualquiera a la supremacía.

Segur, 9 de agosto de 1863 (Médium Mr. d'A.) Imitación Del Evangelio Nota. - A nadie había comunicado el asunto del libro en que trabajaba, y ni el propio editor, Mr. Didier, conoció el titulo hasta el momento mismo de la impresión.

Éste fue, para la edición primera, Imitación del Evangelio; más tarde, por las observaciones reiteradas de Mr. Didier y de algunas otras personas, fue cambiado por el de EI Evangelio según el Espiritismo. Las reflexiones contenidas en las comunicaciones siguientes, no podían ser, por lo mismo, el resultado de las ideas preconcebidas del médium.

Pregunta. ¿Qué pensáis de la nueva obra en que trabajo? Respuesta. Las doctrinas de ese libro obtendrán una influencia considerable.

Abordas con ellas cuestiones capitales que no solamente darán al mundo religioso las máximas que le son necesarias, sino que podrán servir a la vida práctica de las naciones de excelente código. Has hecho bien en abordar las cuestiones de alta moral práctica desde el punto de vista de los intereses generales, de los intereses sociales y de los intereses religiosos. La duda debe ser destruida; la tierra y sus pobladores civilizados están preparados para ello. Hace ya mucho tiempo que tus amigos de ultratumba están preparando el terreno: esparce, pues. la semilla que te hemos confiado, porque es llegado el

momento de que la tierra gravite en el orden armónico que reina en las esferas, que salga, en fin, de la penumbra y nebulosidades intelectuales. Acaba tu obra y cuenta con la protección de tu guía y nuestro guía, y con el concurso decidido de tus fieles amigos espirituales, entre quienes tengo el placer de contarme.

Pregunta. ¿Qué dirá el clero? Respuesta. El clero gritará herejía, porque atacas irrebatiblemente las penas eternas y otros puntos sobre los cuales apoya su influencia y su crédito; y gritará tanto más, cuanto que se sentirá muy de otro modo conmovido que por la publicaci6n de EI Libro de los Espíritus, del que, a todo rigor, podía aceptar los principales principios. Al presente vas a entrar por un sendero en el que no te podrá seguir; y el anatema secreto se hará oficial, y los espiritistas serán repelidos, como los judíos y los paganos, por la Iglesia romana. Por el contrario, los espiritistas aumentarán en número en razón de estas persecuciones, sobre todo viendo a los sacerdotes acusar de obra exclusivamente demoníaca una doctrina en que la moralidad resplandecerá como un rayo de sol, por la publicación misma de tu nuevo libro y de los que le seguirán.

La hora se aproxima en que habrás abiertamente de declarar lo que el Espiritismo es en sí y mostrar a todos dónde se encuentra la verdadera doctrina predicada por el Cristo: la hora se aproxima, en que a la faz del cielo y de la tierra, deberás proclamar al Espiritismo como la sola tradición cristiana, la sola institución verdaderamente divina y humana. En tu elección, los Espíritus reconocieron la solidez de tus convicciones, y que tu fe, como un muro de bronce, resista todos los ataques.

Sin embargo, amigo, si tu valor no ha decaído en la tarea que aceptaste, has de saber que se debe a que fuiste el primero en beneficiarte con tu obra; pero ha llegado el momento de las dificultades. Si, querido maestro; la gran batalla se avecina; el fanatismo y la intolerancia, sublevados por el hecho de tu propaganda, van a disparar sobre ti y los tuyos los dardos mis emponzoñados. Prepárate a la lucha. Yo fío en ti como tú fías en nosotros, porque tu fe es de aquellas que transportan las montañas y hacen caminar sobre las aguas. Valor, pues, y que se cumpla tu obra. Cuenta con nosotros, y cuenta sobre todo con la grande alma del maestro, que te protege de una manera muy particular.

Paris. 30 de septiembre de 1863 Nota. - Había yo solicitado una comunicación para mí sobre un asunto cualquiera, y pedido queme fuera enviada a mi retiro de Sainte Adresse.

No veo la necesidad de hablarte en Paris, mejor que aquí, atendido a que mis voces íntimas se esparcen alrededor de ti y tu cerebro percibe nuestras inspiraciones con una facilidad de que no puedes dudar. Nuestra acción, sobre todo la del Espíritu de Verdad, es constante en torno de ti, y de tal modo, que no puedes recusarla. No entraré, por lo tanto, en ociosos detalles respecto al plan de tu obra, que siguiendo mis consejos ocultos, has modificado casi completamente.

Ahora comprendes por que nosotros teníamos necesidad de tenerte a mano, desligado de otra preocupación que la de la doctrina. Una obra como la que elaboramos de común concierto, necesita recogimiento y soledad. Yo sigo con vivo interés los progresos de tu trabajo, que es un considerable paso de avance y abre al Espiritismo la larga vía de sus aplicaciones útiles al bien de la sociedad. Con esta obra, el edificio empezado a elevarse sobre sus cimientos, podrá dejar entrever su cúpula en el horizonte. Continua, pues, sin impaciencias ni desmayos: el monumento estará concluido a la hora dicha.

Nosotros te hemos hablado hasta el presente de cuestiones accidentales o de momento, es decir, de cuestiones religiosas; el Espíritu de Verdad te ha hablado de la rebelión en contra tuya que se originara a la hora actual. Estas hostilidades previstas son necesarias para sostener la atención de las personas que fácilmente caen en el abandono y se olvidan aun de las cosas más serias. Los soldados que combaten por una causa, quieren juntarse incesantemente a nuevos combatientes en que la palabra y los escritos hagan sensación, y llevar el pavor y la confusión a las filas de los adversarios.

Adiós, querido compañero de otras veces, discípulo fiel de la verdad, que continúas a través de la vida, la obra a la cual he jurado en otros días, ante las manos del gran Espíritu que te ama y que yo venero, consagrar mis fuerzas y mi existencia hasta que aquella haya terminado. Salud a ti.

Observación. - El plan de la obra había sido, en efecto, completamente modificado, lo que el médium seguramente no podía saber, puesto que el se hallaba en París y yo en Sainte Adresse: a lo sumo, lo de que este podía estar enterado era de que el Espíritu de Verdad me había hablado del levantamiento en armas del obispo de Argel y otros. Todas estas circunstancias eran bien a

propósito para confirmarme la participación que los Espíritus tomaban en mis trabajos.

Paris, 30 de septiembre de 1863 (Médium Mr. d'A.) La Iglesia Estáis de vuelta, mi amigo, y aunque no has desperdiciado el tiempo, no es hora todavía de que abandones el yunque. Forja, forja armas bien templadas; reposa de este trabajo para acometer otros más difíciles; los elementos no te faltarán a medida que los vayas necesitando.

Ha llegado la hora en que la Iglesia debe rendir cuentas del depósito que le fue confiado, de la manera como ella practicó las enseñanzas de Cristo, del uso que tiene hecho de su autoridad, en fin, del estado de indiferencia a que ha conducido a los Espíritus; la hora ha llegado en que debe dar al César lo que es del César e incurrir en la responsabilidad de todos sus actos. Dios la ha juzgado, y la considera impropia para lo futuro de la misión de progreso que incumbe a toda autoridad espiritual. Sólo con una transformación absoluta podrá vivir, pero, ¿se amoldará a ella? No, que tanto valdría que dejara de ser Iglesia. Para poder asimilarse, las verdades y descubrimientos de la ciencia, tiene que renunciar a los dogmas que le sirven de fundamento; para practicar con estricto rigor los preceptos del Evangelio, tiene que renunciar al poder y a la dominación y cambiar el fausto y la púrpura por la humildad y simplicidad apostólicas. Está entre dos opciones: transformarse o estacionarse. Si se transforma, se suicida; si se estaciona, sucumbir a los embates del progreso.

Roma está siendo presa en este instante de una viva ansiedad; en la Ciudad Eterna se sabe bien, por revelaciones irrecusables, que la doctrina espiritista está llamada a causar graves trastornos al Papado, puesto que el cisma toma incremento amenazador en Italia. No es, pues, de extrañar el ardor con que el clero se apresta a combatir al Espiritismo, impulsado por el instinto de conservación; pero no tardará en ver enmohecerse sus armas al chocar con esta potencia naciente, y falto de lógica en sus argumentos, no le resta; más que el demonio, que es muy pobre auxiliar en el siglo diecinueve.

Por otra parte, la lucha está entablada entre la Iglesia y el progreso más que entre la Iglesia y el Espiritismo; es el progreso quien la ataca con fuerza por todos los costados, y bajo el cual sucumbirá, como sucumbe todo lo que no sigue sus pasos y se coloca a su nivel. La rápida marcha de las cosas debe haberos hecho presentir que este cambio no tardará mucho tiempo en

operarse: la Iglesia misma parece fatalmente impelida a precipitarse en su ruina. - Espíritu de E.

Paris, 14 de octubre de 1863 SOBRE EL PORVENIR DE DIFERENTES PUBLICACIONES (Médium Mr. d'A.) Vida De Jesús Por RENAN Pregunta (a Erasto). ¿Que efecto producirá la "Vida de Jesús", por Renán? Respuesta. Inmenso. La conmoción será grande en el clericalismo, porque ese libro mina los fundamentos del edificio bajo el cual se cobija hace más de dieciocho siglos. La obra, sin embargo, dista mucho de ser irreprochable; por el contrario, es el reflejo de una opinión personal exclusiva, que circunscribe su punto de vista al estrecho círculo de la vida material, y que por esta misma circunstancia deja muchos flancos vulnerables. Mr. Renán no es materialista, pero pertenece a esa escuela que si no niega el principio espiritual, tampoco le atribuye ninguna acción efectiva en la dirección de las cosas del mundo. Es de esos ciegos inteligentes que explican a su manera aquello que no pueden ver, y que no comprendiendo el mecanismo de la vista a distancia, se figuran que no puede conocerse una cosa que no se palpa. Por esto ha reducido al Cristo a las proporciones del más vulgar de los hombres, despojándole de todas las facultades que son el atributo del Espíritu libre e independiente de la materia.

Esto aparte al lado de errores capitales, sobre todo en aquello que respecta a la espiritualidad, este libro contiene observaciones muy justas, que habían pasado inadvertidas a los comentaristas, y que le dan alta importancia desde cierto punto de vista. Su autor pertenece a esa legión de Espíritus encarnados que se pueden calificar de demoledores del viejo mundo, y que tienen por misión nivelar el terreno sobre el cual se edificará un mundo nuevo más racional. Dios ha querido que un escritor, justamente acreditado por su talento, fuera el que arrojase la luz sobre ciertas cuestiones obscuras y recubiertas de prejuicios seculares. Sin disputa, Mr.

Renán allana el camino para el Espiritismo.

30 de enero, de 1866 (Paris. Grupo de Mr. Galovine. Médium Mr. L.) Precursores De La Tormenta Permitid a un viejo dignatario de Taurida bendecir vuestros dos hijos; quizás sean ellos, bajo la égida de su madre, inteligentes en todo y motivo para vuestra mayor satisfacción. ¡Yo deseo sean Espíritus convencidos, es decir, que estén saturados de la idea de otras vidas, de los principios de fraternidad, de caridad y de solidaridad! ¡Que los acontecimientos que se sucedan cuando ellos lleguen a la edad de la razón, no

les hagan retroceder, ni siquiera debiliten su confianza en la justicia divina, en medio de las pruebas que debe sufrir la humanidad! Os sorprende algunas veces la actitud con que vuestros adversarios os atacan. Según ellos, sois locos, sois iluminados, tomáis la ficción por realidad, resucitáis el diablo y todos los errores de la Edad Media.

Sabéis que responder a todos estos ataques seria empezar una polémica sin término; vuestro silencio es prueba de vuestra fuerza, y no dándoles ocasión para que os contradigan, acabaran por abandonar su empeño.

Lo que es más de temer es lo imprevisto: que se opere un cambio de gobierno en sentido ultramontano intransigente. Entonces sí que seríais sorprendidos, deshonrados, combatidos, condenados y expatriados. Los acontecimientos, más fuertes que las sordas maquinaciones, preparan en el horizonte político una tormenta muy negra; cuando se desencadene, procurad estar al abrigo de ella y ser fuertes y desinteresados. Traer ruinas, invasiones, relajación de fronteras, y de este naufragio inmenso que provendrá de Europa, de Asia, de América, ¿sabéis lo que se conservará a flote? Las almas bien templadas, los Espíritus esclarecidos, todo aquello que es justicia, legalidad, honor, solidaridad.

Vuestras sociedades, tal y como están organizadas, ¿son perfectas? Tenéis parias por millones; la miseria llena sin cesar vuestras cárceles y vuestros lupanares y eleva los patíbulos; Alemania ve, como en ninguna época, emigrar sus habitantes por cientos de miles, lo que no hace honor a sus gobiernos; el Papa, príncipe temporal, esparce el error por el mundo en lugar del Espíritu de Verdad de que es artificial emblema. Por todas partes la envidia, por todas la lucha por los intereses mundanos, y por ninguna el esfuerzo por acabar con la ignorancia. Los gobiernos, minados por sus egoísmos, piensan resistir a la marea que sube, y esta marea, que es la conciencia humana sublevada después de muchos siglos de sumisión, se rebela al fin contra el exiguo número que explota las fuerzas vivas de las naciones.

¡Las naciones! Poderosa la Rusia, no debía haber hallado un escollo terrible, una Cabeza de Motín, en esta palabra. ¡Bien amado país!, podían tus hombres de estado no olvidar que la grandeza de un pueblo no consiste en tener fronteras ilimitadas, muchas provincias con pocos pueblos, algunas grandes ciudades en un océano de ignorancia, llanuras inmensas desiertas, estériles e inclementes como la envidia, ¡cómo todo aquello que es falso y muy

falso! ¡El sol que no se ocultó por vuestras conquistas, no hará menos por las conquistas de los desheredados, por el crujir de dientes, por el infierno que os amenaza abierto como la inmensidad! Sólo dirigiéndose las naciones, como los gobiernos y como los individuos, por el amor, la unión y la concordia, podrán deshacer la tormenta anunciada que se avecina, y en la que tan gran papel jugarán los elementos eléctricos para la destrucción y desagregación de todo lo corrupto.

INOCENCIO (En vida, arzobispo de Taurida) 30 de enero de 1866 (Lyón. Grupo Villón. Médium, Mr. G.) La Nueva Generación La tierra se conmueve de alegría; el día del Señor se aproxima; todo lo que es cabeza entre nosotros desea entrar en liza.

Desde este momento algunos valerosos Espíritus encarnados sacuden de sus cuerpos las cadenas; la carne no sabe que pensar; un fuego desconocido la devora; ellos, los Espíritus, serán libertados, porque los tiempos han llegado; una eternidad gloriosa viene a reemplazarla; Dios cuenta a sus hijos.

El reinado del oro cederá su puesto a otro reinado más puro; el pensamiento será dentro de poco soberano, y los Espíritus elegidos que encarnaron en épocas atrasadas para iluminar su siglo y servir de jalones a los siglos futuros, quieren reencarnar entre vosotros. ¿Qué digo? Muchos han encarnado ya. Su elocuente palabra será llama devoradora que causará perjuicios irreparables en el seno de los viejos abusos. ¡Qué de añejos prejuicios caerán a un solo golpe, tan luego como el Espíritu, semejando a un hacha de dos filos, los ataque en sus fundamentos! Sí, los padres del progreso del Espíritu humano han abandonado, los unos sus moradas de luz, los otros sus grandes trabajos en los que a la felicidad unían el placer de instruirse, para venir a escoger el bastón del peregrino que habían depositado en el quicio de la puerta del templo del saber. Muy pronto los sabios oficiales verán surgir con terror de los cuatro ángulos del globo a los genios imberbes que aspirarán, con un lenguaje profundo, a modificar los argumentos de los primeros, aquellos argumentos que se creían irrebatibles. La sonrisa sardónica no podrá serles un escudo invulnerable, y so pena de descrédito, tendrán que contender. Desde este instante quedará a descubierto el circulo vicioso a que se aferran los maestros de la vana filosofía, mientras que los nuevos campeones llevarán en sí, no solamente la llama de la inteligencia desembarazada de todo velo, sino, algunos, cierto estado particular privilegio exclusivo de las almas grandes,

como Jesús, que da el poder de curar y hacer maravillas hasta hoy reputadas de milagrosas. Ante hechos semejantes en que el Espíritu se mostrará superior a la materia, ¿cómo negar la existencia del primero? El materialismo será anulado en sus progresos y rechazado de los dominios que posee, por la palabra, más elocuente que la suya, y por el hecho patente, positivo y demostrado que permitirá a todos, grandes y pequeños, tocarlo con el dedo.

Si, el viejo mundo se conmueve, el viejo mundo fina, y con él, todos los dogmas que subsisten no más que por el oropel con que se les cubre. Espíritus valerosos, a vosotros os está encomendado escudriñar su falso brillo. ¡Atrás los que queréis en vano sostener este falso ídolo! Si persistís en vuestro empeño, seréis arrastrados con él en su caída.

Atrás todos vosotros, negadores del progreso; atrás, creyentes de otras edades. ¿Por qué negáis el progreso y queréis oponeros a su paso? Claro lo habéis dicho al condensar vuestro pensamiento en artículos de fe, al decirle a la humanidad: "Tú serás siempre el niño y nosotros, que hemos recibido de lo alto la luz divina, somos los destinados a conducirte." Habéis visto que los andadores del niño se os escapan de la mano, que el instante salta delante de vosotros, ¡y, sin embargo, negáis que pueda caminar solo! ¿Será con la impresión que puedan causarle los andadores con lo que vosotros le probareis la autoridad de vuestros argumentos? No, vosotros lo sabéis bien, pero es muy dulce, cuando uno se ha llamado infalible, creer que los otros conservan aún la fe en esa infalibilidad en que no creéis vosotros mismos. ¡Ah!, ¡pero esos gemidos no los exhaláis dentro del santuario! ¡Esos gemidos sólo los percibe el que aplica atento oído a los cuchicheos que en vosotros arranca el dolor! ¿Qué, pues, decís vosotros, pobres obstinados? ¿Que la mano de Dios se deja sentir sobre su Iglesia? ¿Que por toda la prensa libre se os ataca y se combaten con fuerza vuestros argumentos? ¿Cual será el Crisóstomo nuevo que con su palabra reducirá al no ser, a este diluvio de racionalistas? En vano lo intentáis; vuestras plumas, aun las más vigorosas y acreditadas, no pueden nada; se obstinan en reconstituir el pasado que se va, mientras que la generación nueva, con el vuelo del progreso que la empuja hacia adelante, grita: ¡Nada de lo pasado, venga el porvenir; una nueva aurora amanece y a ella tienden nuestras aspiraciones! ¡Adelante!, dice de nuevo; despejad la ruta, nuestros hermanos nos siguen; seguid la ola que nos impele; vamos a la cabeza del

movimiento que es la vida, mientras vosotros nos presentáis la inmovilidad que es la muerte.

Abrid vuestras tumbas, vuestras catacumbas; posad vuestra mirada sobre las ruinas de un pasado que no ha de volver. Vuestros santos mártires no han muerto para inmovilizar su presente. Han entrevisto nuestra época y se han lanzado a la muerte como sobre la vía que ha de conducirles a la vida. A cada época su genio; nosotros queremos lanzarnos a la vida, porque los siglos futuros que aparecen sienten horror a la muerte.

Ved, queridos amigos, lo que los valerosos Espíritus que se encarnan al presente tienen por misión hacer comprender. Este siglo no acabará sin que las ruinas obscurezcan el sol. La guerra mortal y fratricida desaparecerá muy pronto ante la discusión; la inteligencia reemplazar a la fuerza bruta, y después que todas las almas generosas hayan combatido, entrarán en nuestro mundo espiritual para recibir la corona del vencedor.

He ahí el fin, amigos míos; los campeones son muy aguerridos para que el resultado sea dudoso. Dios ha escogido lo mejor de sus combatientes, y ha adquirido la victoria la humanidad.

Regocijaos, pues, vosotros todos los que aspiráis al bien y que queréis que vuestros hermanos participen de él como vosotros. ¡El día ha llegado! La tierra rebosa de alegría, porque va a ver comenzar el reinado de la paz prometido por Cristo, el divino Mesías; reinado del que él vino a echar los cimientos. – UN ESPIRITU.

23 de abril de 1866 (Paris. Comunicación particular. Médium Mr. D.) Instrucción Para La Salud De Mr. ALLAN KARDEC La salud de Mr. Allan Kardec se debilita de día en día a causa de sus excesivos trabajos, que no puede resistir. Yo me veo en la necesidad de repetirle de nuevo lo que le he dicho ya otras veces: Necesitáis de reposo; las fuerzas físicas son menores que vuestro deseo de ver progresar las enseñanzas que esparcís, y esto os lleva a menudo a infringir mi precepto; habéis faltado, y agitándoos así no levantareis la marcha de la doctrina, pero arruinaréis vuestra salud y os veréis en la imposibilidad material de acabar la tarea que os habéis impuesto. Vuestra enfermedad actual no es más que el resultado de un desgaste de fuerzas vitales que no da a la reparación el tiempo que necesita, y de un calentamiento de sangre producido por la falta absoluta de reposo. Nosotros os sostenemos, sin duda, pero a condición de que no desharéis lo que nosotros hacemos. ¿De que

sirve el correr? ¿No se os ha dicho muchas veces que cada cosa vendrá a su tiempo, y que los Espíritus interesados en el movimiento de las ideas sabrán hacer surgir circunstancias favorables cuando el momento sea oportuno? Cuando cada Espíritu recoge sus fuerzas para la lucha, ¿pensáis que sea de vuestro deber exponer las vuestras? No. En todo debéis dar el ejemplo, y vuestro lugar será sobre la brecha en el momento del peligro. ¿Qué haréis si vuestro cuerpo debilitado no permite a vuestro Espíritu servirse de las armas que la experiencia y la revelación han colocado en vuestras manos? Creedme; dejad para más tarde las grandes obras destinadas a completar la doctrina esbozada en vuestras primeras publicaciones. Vuestros trabajos actuales y algunos pequeños folletos urgentes deben absorber vuestro tiempo y ser el solo objeto de vuestras preocupaciones.

No os hablo solamente en nombre propio; he sido delegado por todos aquellos Espíritus que han contribuido poderosamente a la propagación de la enseñanza con sus sabias instrucciones. Ellos os dicen por mi mediación, que este compás de espera que consideréis sensible para el porvenir de la doctrina, es una medida necesaria desde más de un punto de vista, sea porque ciertas cuestiones no están aun completamente dilucidadas, sea para preparar a los Espíritus a los medios de asimilación; y sobre todo porque durante él otros irán allanando el terreno y ciertas teorías probarán su insuficiencia, preparando de paso más pujante vida al Espiritismo. En una palabra, el momento no es oportuno. Reservad, pues, hasta que éste llegue, todo vuestro vigor de cuerpo y espíritu, porque os será necesario. El Espiritismo ha sido hasta hoy objeto de diatribas y ha salido a flote de todas las tempestades: ¿Creéis que ese movimiento haya pasado, que las cóleras están calmadas y reducidas a la impotencia? Os equivocáis. El crisol depurador no ha eliminado aún todas las impurezas; el porvenir aguarda con otras pruebas, y las postreras crisis no serán las menos dolorosas de soportar.

Ya se que vuestra posición particular os acarrea un cúmulo de trabajos secundarios que absorben; la mayor parte de vuestro tiempo. Las peticiones de toda suerte os abruman, y vos os habéis impuesto como un deber el satisfacerlas en cuanto os es posible. Yo haré lo que vos no osaríais: me dirigiré a la generalidad de los espiritistas, y les rogare que en interés del Espiritismo, os releven de todo trabajo que pueda absorber los instantes que debéis consagrar exclusivamente a la terminación de la obra. Si vuestra

correspondencia sufre con ello un poco, la enseñanza ganará. Algunas veces es necesario sacrificar las satisfacciones particulares al interés general. Esta es una medida urgente que todos los adeptos sinceros sabrán comprender y aprobar.

La inmensa correspondencia que recibís, es para vos un manantial precioso de documentos y de reseñas; ella os pone al corriente de la marcha verdadera y los progresos reales de la doctrina; es un termómetro imparcial; con ella gozáis de satisfacciones morales que en más de una ocasión han sostenido vuestro valor en vista de la adhesión que se captan vuestras ideas en todos los parajes del globo; y desde este punto de vista, la superabundancia es un bien y no un inconveniente, pero a condición de secundar vuestros trabajos y no de entorpecerlos con un cúmulo de ocupaciones. - Doctor Demuere.

Bueno señor Demeure, os agradezco con toda el alma vuestros consejos.

Gracias a la resolución que he tomado de hacerme suplir, salvo en los casos excepcionales, la correspondencia corriente sufre poco retraso y no sufrirá ninguno en lo sucesivo; pero, ¿Qué hacer de más de quinientas cartas que tengo esperando contestación, y que, a pesar de toda mi buena voluntad, no he podido colocar al día? Respuesta. Pasadlas en globo, como se dio en términos comerciales, a la cuenta de pérdidas y ganancias. Anunciando esta resolución en la Revista, vuestros corresponsales sabrán a que atenerse, y comprenderán la necesidad, y aun la hallarán justificada, por los consejos que preceden.

Lo repito: será imposible que las cosas continuasen mucho tiempo como hasta aquí: sufriría con ello por igual vuestra salud y la doctrina. Se impone saber hacer los sacrificios necesarios. Tranquilo en adelante sobre este punto, podréis entregaros libremente a vuestros trabajos obligatorios. Ved lo que os aconseja quien ser siempre vuestro devoto amigo. - Demuere.

Atendiendo a este sabio consejo, hemos rogado a nuestros corresponsales con quienes desde larga fecha estamos en descubierto, nos dispensen si a pesar de nuestros vehemente deseos, no hemos podido responder en detalle a sus apreciadas cartas, y que se sirvan aceptar colectivamente la expresión de nuestros fraternales sentimientos.

25 de abril de 1866 (Paris. - Resumen de las comunicaciones dadas por monsieures M y T, en sonambulismo) Regeneración De La Humanidad Los acontecimientos se precipitan con rapidez, y por lo tanto, no os decimos como

otras veces: "Los tiempos están próximos", sino que os decimos: "Los tiempos han llegado".

Por estas palabras no entendáis un nuevo diluvio, ni un cataclismo, ni una revuelta general. Las convulsiones parciales del globo han tenido lugar en todas las épocas y se producen aún, porque tienden a su constitución; pero estos no son los signos de los tiempos.

Y no obstante, todo lo que fue predicho en el Evangelio, debe cumplirse y se cumple en este instante, como vosotros lo conoceréis más tarde; mas no toméis los signos anunciados sino como figuras de las que es necesario buscar el Espíritu y no la letra. Todas las Escrituras contienen grandes verdades bajo el velo de la alegaría, y por esto los comentaristas que se han aferrado a la letra, se han equivocado. Les faltaba la clave para descifrar el sentido verdadero. Esta clave se halla en los descubrimientos de las ciencias y en las leyes del mundo invisible que os revela el Espiritismo. De hoy en adelante, con la ayuda de estos nuevos conocimientos, lo que está oscuro se hará claro e inteligible.

Todo sigue el orden natural de las cosas, y las leyes inmutables de Dios no serán por ningún concepto interrumpidas. No veréis, por consiguiente, ni milagros, ni prodigios, ni nada sobrenatural en el- sentido vulgar que se da a estas palabras.

No miréis al cielo para buscar los signos precursores, porque no los hallaréis, y aquellos que os los anuncien os engañarán; pero mirad en torno de vosotros, entre los hombres, y aquí los hallareis.

¿No sentís un viento que sopla sobre la tierra y agita todos los Espíritus? El mundo está atento y como en expectativa de un presentimiento vago acerca la proximidad de la tormenta.

No creáis por esto que venga el fin del mundo material: la tierra ha progresado después de su transformación, debe progresar aún y no puede ser destruida; pero la humanidad ha llegado a uno de esos períodos de transformación, y la tierra va a elevarse en la jerarquía de los mundos.

No es, pues, el fin del mundo material lo que se prepara; es el fin del mundo moral, esto es, del viejo mundo, del viejo mundo de los prejuicios, del egoísmo, del orgullo y del fanatismo. Cada día se lleva algunos restos. Todo concluirá para él con la generación que se va, y la generación nueva elevará el nuevo edificio que las generaciones siguientes consolidaran y completaran.

De mundo de expiación, la tierra está llamada a ser un día un mundo de felicidad, y su habitación será una recompensa en lugar de ser un castigo. El reinado del bien debe suceder-al reinado del mal.

Para que los hombres sean felices sobre la tierra, se hace preciso que no sea poblada más que por Espíritus encarnados y desencarnados que sólo quieran el bien. Este tiempo ha llegado ya. Una grande emigración, de entre los que la habitan se está realizando en este momento. Aquellos que hacen el mal por el mal y a los que el sentimiento del bien no les atañe, son indignos de la tierra transformada y serán excluidos, porque le llevarían de nuevo las revueltas y confusiones, siendo un obstáculo a su progreso. Irán a expiar su endurecimiento en mundos inferiores, donde portarán el caudal de sus conocimientos y servirán a la causa del perfeccionamiento. En la tierra serán reemplazados por Espíritus mejores, que harán reinar entre ellos la justicia, la paz y la fraternidad.

La tierra, hemos dicho ya, no debe ser transformada por un cataclismo que acabe súbitamente con una generación.

La actual desaparecerá gradualmente y la nueva le sucederá del mismo modo, sin que nada se altere en el orden ordinario de las cosas. Exteriormente todo pasar en su forma habitual con la sola y esenciadísima diferencia de que una parte de los Espíritus que en ella se encarnaban, no volverán a encarnarse. En el niño que nazca, en vez de encarnar un Espíritu atrasado y con tendencias al mal, encarnará un Espíritu adelantado y portador del bien. Se trata, por lo tanto, menos de una generación corporal que de una nueva generación de Espíritus; y aquellos que esperan ver operarse esta transformación por efectos sobrenaturales y maravillosos, sufrirán una decepción.

La época actual es de transición: los elementos de dos generaciones se confunden. Colocados en el punto intermedio, asistís a la partida de una y a la llegada de otra, y cada cual se manifiesta en el mundo por los caracteres que le son propios.

Las dos generaciones tienen ideas y puntos de vista diametralmente opuestos. En la naturaleza de las disposiciones morales, y, sobre todo, de las intuitivas e innatas, es fácil distinguir a cual de las dos pertenece cada individuo.

La nueva generación, debiendo fundar la era del progreso moral, se distingue por una inteligencia y una razón generalmente precoces, aunadas a

un sentimiento innato del bien y de las creencias espiritualistas; todo lo cual es signo indubitable de cierto grado de progreso anterior. No se crea por esto que toda ella la compongan Espíritus eminentemente superiores, pero si de aquellos que habiendo progresado lo bastante, están predispuestos a asimilarse todas las ideas progresivas y sean aptos para secundar el movimiento regenerador.

Se distingue, por el contrario, a los Espíritus atrasados, por su rebelión desde el primer instante contra Dios, negando la providencia y todo poder superior a la humanidad; y después, por la propensión instintiva a las pasiones degradantes, a los sentimientos antifraternales del orgullo, la malevolencia, los celos, la lujuria, en fin, por el predominio, por el deseo vehemente en ellos hacia todo lo que es material.

De estos vicios debe la tierra purgarse por el alejamiento de aquellos que rehúsan su enmienda y son incompatibles, por lo mismo, con el reino de la fraternidad y con los hombres de bien, que sufrirían con su contacto. La tierra será libertada y los hombres marcharán sin trabas hacia el porvenir mejor, que les está reservado en ese planeta como premio a sus esfuerzos y perseverancia, en tanto que una depuración más completa les abre la entrada en los mundos superiores.

Por esta emigración de los Espíritus no debéis entender que todos los retardatarios serán expulsados de la tierra y relegados a mundos inferiores.

Muchos, por el contrario, reencarnarán para ceder al empuje de las circunstancias y del ejemplo, porque su corteza era peor todavía que el fondo. Una vez sustraídos a la influencia de la materia y de los prejuicios del mundo corporal, la mayor parte, y de esto lograréis muchos ejemplos, verán las cosas de una manera totalmente diferente de cuando vivan. En esto serán ayudados por los Espíritus buenos que se interesan por su bien y que se prestan a mostrarles el falso camino que habían seguido. Por vuestras preces y vuestras exhortaciones podéis también contribuir a su mejoramiento, estableciendo de este modo la solidaridad perpetua entre los muertos y los vivos.

Para aquellos, pues, que puedan volver de nuevo, esta vuelta les será un bien, porque será una recompensa. ¿Qué importa lo que ellos hayan sido ni lo que hayan hecho, si están animados de mejores sentimientos? Lejos de ser hostiles a la sociedad y al progreso, serán auxiliares útiles porque pertenecerían a la nueva generación.

No habrá, pues, exclusión definitiva mas que para los Espíritus profundamente rebeldes, para aquellos a quienes el orgullo y el egoísmo, más que la ignorancia, les tiene sordos a la voz del bien y de la razón. Y aun estos mismos no serán condenados a una inferioridad perpetua, sino que vendrá un día en que repudiarán su pasado y abrirán los ojos a la luz.

Rogad por estos endurecidos a fin de que se enmienden ahora que es tiempo, porque el día de la expiación se les aproxima.

Desgraciadamente, desconociendo la voz de Dios, la mayor parte de ellos persistirán en su ceguera, y su resistencia señalará el fin de su reinado por el de las luchas terribles. En su error correrán presurosos a su propia perdición. Apelarán a la destrucción que engendra multitud de males y de calamidades; y de este modo, sin quererlo, precipitarán el advenimiento de la nueva era, pero como la destrucción no será tan rápida como sus deseos, se multiplicarán los suicidios hasta en los niños, en una proporción desconocida. La locura no habrá arrebatado jamás tan gran número de hombres al libro, de los vivos aun antes de que estén muertos. Estas serán las verdaderas señales de los tiempos. Y todo se cumplirá por el encadenamiento de las circunstancias, sin que nada se derogue en las leyes de la naturaleza, tal como os lo llevamos dicho.

Entretanto, a través de la densa sombra que os envuelve y en medio de la grande tempestad que os amenaza, ¡ved aparecer los primeros fulgores de la era nueva! La fraternidad sienta sus fundamentos en todos los puntos del globo y los pueblos se tienden la mano; la barbarie se familiariza al contacto de la civilización; los prejuicios de razas y sectas, que han hecho derramar lagos de sangre, se extinguen; el fanatismo y la intolerancia pierden terreno, mientras que la libertad de conciencia se abre paso entre los buenos y se proclama como un derecho. Por todas partes las ideas fermentan: se ve el mal y se ensaya remediarlo, pero muchos caminan sin brújula y se engolfan en utopías. El mundo se halla empecinado en un inmenso trabajo de transformación que durará un siglo; en este trabajo, todavía confuso, se ve, no obstante, dominar una tendencia desde el principio: la de la unidad y uniformidad que predispone a la fraternidad.

Éstos serán los signos de los tiempos que han de venir, bien contrarios, por cierto, a los precedentes, pues mientras estos son los de la agonía del pasado, aquellos son los primeros lamentos del niño que nace, los precursores de la aurora que lucirá sus galas en el siglo próximo, porque entonces la nueva

generación estará en todo su apogeo. Mientras, el aspecto del siglo decimonono diferirá del aspecto del decimoctavo desde ciertos puntos de vista, como el siglo vigésimo diferir del actual por otros que le serán propios.

Uno de los caracteres distintivos de la nueva generación será la fe innata; no la fe exclusivista y ciega que divide a los hombres, sino la fe razonada que esclarece y fortifica, que une y confunde en un común sentimiento de amor a Dios y al prójimo. Con la generación que se extingue desaparecerán los últimos vestigios que la incredulidad y del fanatismo; contrarios por igual al progreso moral que al social.

El Espiritismo es el camino que conduce a la renovación, porque derroca los dos más grandes obstáculos que a ella se oponen: la incredulidad y el fanatismo.

Como innato o en estado de intuición en el corazón de sus representantes, desenvuelve todos los sentimientos e ideas que corresponden a la nueva generación y da una fe sólida y esclarecida. La era nueva le vera engrandecer y prosperar por la fuerza misma de las cosas; viniendo a ser la base de todas las creencias y el punto de apoyo de todas las instituciones.

Pero hasta entonces, ¡que de luchas no habrá de sostener contra sus dos más encarnizados enemigos, la incredulidad y el fanatismo! Aunque parezca extraño, estos principios tan antitéticos, estos polos tan opuestos, se dan la mano para no ser vencidos en la lucha. Presienten el porvenir y su muerte, y no quieren dejar ondear sobre las ruinas del egoísta viejo mundo la bandera que ha de unir a todos los pueblos. En la divina máxima: Fuera de la caridad no hay salvación, ellos leen su propia condenación, porque es el símbolo de la nueva alianza fraternal proclamada por Cristo, símbolo que se les presenta como la sentencia fatal del festín de Baltasar. Y sin embargo, esta máxima les garantiza que no han de ser victimas de las represalias de aquellos a quienes hoy persiguen; esta máxima debieran hacerla objeto de su culto. Pero no, una fuerza ciega les impele a rechazar lo único que pudiera salvarles.

¿Qué podrán contra el ascendiente de la opinión que les repudia? El Espiritismo saldrá triunfante de la lucha, no lo dudéis, porque está en las leyes de la naturaleza, y es por eso mismo imperecedero. Ved por que multitud de medios, la idea se esparce y penetra en todas partes; estos medios, creedlo, no son fortuitos, sino providenciales, y si al principio parece deben servirles de obstáculo, es precisamente porque así ayudan a su propagación.

Dentro de poco surgirán campeones acreditados que apoyarán su autoridad en su nombre y en su ejemplo e impondrán silencio a los detractores, quienes no osarán calificarles de locos. Estos hombres harán sus estudios en el silencio y no se mostrarán hasta el momento propicio. Hasta entonces, es útil que permanezcan ignorados.

Dentro de poco veréis a las artes acudir al Espiritismo como una mina fecunda, y traducir sus pensamientos y los horizontes que descubre por la pintura, la música, la poesía y la literatura. Ya se os ha dicho que habrá un día para el arte espírita, como lo hubo para el arte pagano y para el arte cristiano, en que los más grandes genios se inspirarán en esta verdad. Pronto veréis los primeros resplandores y más tarde alcanzará el apogeo que debe alcanzar.

Espiritistas, el porvenir es vuestro y de todos los hombres de corazón, y de confianza. No os arredren los obstáculos, porque no hay ninguno que pueda obstruir los designios de la Providencia. Trabajad sin interrupción y dad gracias a Dios por haberos colocado a la vanguardia de la nueva falange. Este es un puesto de honor que habéis pedido y del que os haréis dignos por vuestro valor, vuestra perseverancia y vuestro desinterés. Aquellos que sucumban valerosamente en esta lucha contra la fuerza, obtendrán su galardón; a los que sucumban por debilidad o miedo, la confusión les rodeará en el mundo de los Espíritus. Las luchas son necesarias para fortificar el alma; el contacto del mal hace apreciar mejor las ventajas del bien. Sin las luchas que estimulan las facultades, el Espíritu se entregaría a una apatía funesta para su progreso. Las luchas contra los elementos desarrollan las fuerzas físicas e inteligentes; las luchas contra el mal desenvuelven las fuerzas morales.

Marcha Gradual Del Espiritismo DISIDENCIAS Y OBSTACULOS 27 de abril de 1866 (Paris. Casa de Mr. Leymarie. - Médium Mr. L.) Queridos condiscípulos: Aquello que es verdad, es; nada puede oponerse a lo rayos esplendorosos de una verdad; algunas veces se la puede velar, torturar, poner diques, pero no derruirla en sus pilares; la verdad cruza el espacio, esta en el aire ambiente, y si se puede cegar a una generación, no así a las encarnaciones nuevas de todos los días, reclutadas en la erraticidad, que aportan de ella los gérmenes fecundos de otro elementos y que saben escrutar todas las grandes cosas desconocidas.

No os impacientéis, amigos; muchos de entre vosotros quisieran moverse al vapor y en estos tiempos de electricidad, correr como ella, olvidándoos de

las leyes de la naturaleza, querríais anteponeros al tiempo. Reflexionad que Dios es sabio en todo. Los elementos que constituyen vuestro planeta, han atravesado un largo y laborioso período de infancia; ante que vosotros pudierais existir, fue preciso que todo se amoldase a. la constitución de vuestros órganos. La materia, los minerales fundidos y refundidos, los gases, los vegetales fueron poco a poco armonizados y condensados a fin de permitir vuestra aparición en la tierra. Esta es la eterna ley del trabajo, que no ha cesado de regir lo mismo en los seres inorgánicos, que en los seres inteligentes.

El Espiritismo no puede escapar a esta ley, a la ley de la infancia. Implantado en un suelo ingrato, ha de verse rodeado de malas hierbas, de pésimos frutos.

Pero cada día se barbecha, se escarda, se cortan las malas yerbas; el terreno se transforma insensiblemente, y cuando el viajero fatigado de las luchas de la vida, vea la abundancia y la paz a la sombra de tan fresco oasis, volver a calmar su sed y enjugar sus sudores en este Dios, este dispensador, reino lenta y laboriosamente preparado, en el que el rey es generoso, este juicioso igualitario, que sabe bien que el trayecto que hay que recorrer, si esta lleno de dolores, es fecundo, si es penoso, es necesario. El Espíritu formado en la escuela del trabajo, sale fuerte y apto para las más grandes obras. A los que desfallecen, les dice: "Valor", y como esperanza suprema, les deja entrever, de igual modo que a los ingratos, un punto de llegada, un punto saludable, camino jalonado por las reencarnaciones.

Nada de declaraciones vanas; dejad hablar a los disidentes, alborotar a tos que no pueden consolarse de no ser tos primeros; todo este pequeño alboroto no privara que el Espiritismo haga invariablemente su camino. El Espiritismo es una verdad, y como los grandes ríos, toda verdad debe seguir su curso.

16 de agosto de 1867 (Sociedad de Paris - Médium sonámbulo, Mr. M.) PUBLICACIONES ESPIRITISTAS Nota. Mr. L. acababa de anunciar que se proponla editar las obras espiritistas para venderlas a precios fabulosamente reducidos. A este propósito, he aquí lo que Mr. Morin dijo durante su sueño sonambúlico: "Los espiritistas son numerosos en el día, pero muchos no comprenden en la parte eminentemente moralizadora y emancipadora del Espiritismo. El núcleo continúa hasta hoy su marcha lenta, pero segura por la

buena senda; se aleja de todos los disidentes, se ocupa poco de lo que deja en el camino.

Desgraciadamente, entre los miembros que forman el núcleo fiel, entre los que quieren el bien ajeno tanto como el propio, fácil y benévolamente se dejan engañar por las apariencias y vienen a ser presa de la liga de sus enemigos, hay una personalidad que dice despojarse gozosa, dar su sangre, sus bienes, su inteligencia, todo, por el triunfo de la idea. Pues bien, releed la comunicación (comunicación que ella acaba de escribir), y veréis que en ciertos individuos, tales sacrificios no se explican sin un segundo pensamiento.

No debéis fiaros más de las devociones y generosidades de parada, que de la veracidad de las gentes que dicen no mienten nunca.

Pretender dar una cosa a precios imposibles y sin perder, es una forma de mentir; pero dar por nada, por exceso de celo, según dicen, y a titulo de prima, todos los elementos de una doctrina sublime, es lo sublime de la hipocresía.

Espiritistas, poneos en guardia.

16 de agosto de 1867 (Sociedad de Paris. Médium M. D.) ACONTECIMIENTOS FUTUROS La sociedad en general o, por mejor decir, la reunión de seres tanto encarnados como desencarnado que componen la población flotante de un mundo, una humanidad, en una palabra, no es otro que un gran niño colectivo, que, como todo ser dotado de vida, ha de pasar, por las fases intermedias a cada uno desde la infancia hasta la longevidad; y lo mismo que el desenvolvimiento del individuo es acompañado de ciertas perturbaciones físicas e intelectuales que incumben mas particularmente a ciertos períodos de la vida, la humanidad tiene sus enfermedades de crecimiento y sus agitaciones morales e intelectuales.

Asistís a una de esas grandes épocas en que termina un período y principia otro. Participando a la vez de las cosas del pasado y de las del porvenir, de los sistemas que agonizan y de las verdades que se fundan, prestad atención, mis amigos, en colocaros del lado de la solidaridad, del progreso y de la lógica si no queréis ser violentamente desviados de la verdadera senda, y en abandonar los palacios suntuosos en apariencia, pero vacilantes en su base, que amortajarán con sus ruinas dentro de poco a los desgraciados insensatos que no quieran abandonarles, no obstante las advertencias de todo género que se les darán.

Todas las frentes están asombradas, y la calma aparente de que gozáis, no sirve más que para acumular mayor número de elementos destructores.

Alguna vez, la nube que destruye los frutos de todo un año de sudores, va precedida de truenos que permiten tomar las precauciones necesarias para evitar en lo posible la devastación. Esta vez no será así. El cielo encapotado parecer esclarecerse, las nubes huirán, pero, todo de un golpe, los furores largo tiempo contenidos de desencadenarán con violencia desconocida.

¡Desgraciados de aquellos que no se hayan preparado un buen abrigo! ¡Desgraciados los fanfarrones que acudirán al peligro con el brazo desarmado y el pecho descubierto! ¡Desgraciado del que le afronte con la copa en la mano! ¡Que decepción tan terrible les espera! ¡La copa que tenga en la mano no le llegará a los labios, porque antes le serán éstos cerrados! A las obras, pues, espiritistas, y no olvidéis que debéis ser todo prudencia y previsión. Tenis un escudo: sabed aprovecharos de él; tenéis un áncora de salud: no la dejéis abandonada.

9 de septiembre de 1867 (Ségur. - Sesión íntima. - Médium Mr. D.) MI NUEVA OBRA SOBRE EL GÉNESIS (Comunicación espontánea) Dos palabras a propósito de la obra que esta en preparación. Como lo hemos dicho muchas veces, es urgente ejecutarla sin tardanza y darla cuanto antes a la publicidad. Es necesario que la primera impresión en los espíritus se produzca antes que estalle el conflicto europeo; si apareciera más tarde, los acontecimientos brutales podrían desviar la atención de las obras puramente filosóficas; y como esta obra esta llamada a desempeñar un gran papel en la elaboración que se prepara, no debe faltar en el tiempo oportuno.

Dadle toda la amplitud posible; cada pequeña parte, pesada en la balanza de la acción y en una poca decisiva como esa, multiplica su valor así en el orden moral como en el material.

Yo estoy satisfecho personalmente del trabajo, pero mi opinión es de poca monta después de la satisfacción de aquellos que esta llamado a transformar. Lo que me regocija, sobre todo, son las consecuencias que ha de tener sobre las masas, tanto del espacio como de la tierra.

Pregunta. Si nada viene a oponerse, la obra podrá aparecer en diciembre.

¿Prevéis vos algún obstáculo? Respuesta. No preveo dificultades insuperables; vuestra salud será lo principal, y por eso os aconsejamos sin

cesar que no la deis al olvido. Cuanto a obstáculos exteriores, no presiento ninguno. Dr. D.

22 de febrero de 1868 (Comunicación particular. Médium Mr. C.) EL GÉNESIS Seguidamente de una comunicación del Dr. Demeure, en la que me da muy sabios consejos acerca de las modificaciones que debo hacer en el libro El Génesis antes de reimprimirlo, trabajo que me excita lo haga sin tardanza, yo le dije: La venta ha sido rápida, pero se calmará sin duda: este es el efecto del primer momento. Yo creo que la 4º y la 5º edición tardarán bastante en agotarse. Por lo tanto, como hace falta cierto tiempo para la revisión y la reimpresión, me importa no estar desprevenido. ¿Podríais decirme aproximadamente cuanto tiempo tengo por delante, para obrar en consecuencia? Respuesta. Es un trabajo serio el de esta revisión y os incito a que no tardéis en empezarlo; vale más que lo hagáis antes de la hora, que no el que tenga que hacerlo otro después de vos. Sobre todo, no os apresuro. A pesar de la contradicción aparente de mis palabras, vos me comprendéis sin duda. Empezad pronto la obra, pero no tenéis que ocuparos en ella mucho tiempo. Tomaos el que os sea necesario; las ideas resultarán más límpidas y el cuerpo ganará no fatigándose tanto.

Por otra parte, debéis atender a una venta rápida. Cuando os dijimos que este libro sería un éxito entre vuestros éxitos, quisimos referirnos a la vez a un éxito filosófico y material. Como lo veis, nuestras previsiones fueron justas. Estad prestos a toda hora; esta será más pronto que suponéis.

Observación. En una comunicación de 18 de diciembre, me fue dicho: Este será, ciertamente, un éxito entre vuestros éxitos. Es de notar que dos meses más tarde, otro Espíritu repita precisamente las mismas palabras, diciendo: cuando os dijimos, etc. Estas palabras prueban que los Espíritus obran de concierto, y que con frecuencia habla uno en nombre de muchos.

Paris, 23 de febrero de 1868 (Comunicación íntima dada a. Mr. C médium) ACONTECIMIENTOS FUTUROS Ocupaos desde el presente en el trabajo que habéis esbozado sobre los medios de ser un día útil a vuestros hermanos en creencias y de servir a la causa de la doctrina, porque es posible que los acontecimientos que se desarrollen no os dejen tiempo suficiente para ello.

Estos acontecimientos serán llevados por fases durante las cuales el pensamiento humano podrá revelarse con libertad absoluta. En aquellos

momentos, los cerebros delirantes, desprovistos de toda dirección sana engendrarán tales enormidades, que el anuncio de la aparición próxima de la bestia apocalíptica no sorprender a nadie y pasará inadvertido. La prensa vomitará todas las locuras humanas y alentar todas las pasiones nacidas de ellas.

Este tiempo será favorable a los espiritistas; en él se contarán y prepararán sus armas y materiales; nadie soñará en inquietarles porque ellos tampoco inquietarán. Serán los solos discípulos del Espíritu, mientras los otros serán los discípulos de la materia.

4 de julio de 1868 (Paris. - Médium Mr. D.) MIS TRABAJOS PERSONALES CONSEJOS DIVERSOS Vuestros trabajos personales están en buen camino; preparada la reimpresión de vuestra última obra, haced la tabla de materias de que queréis ocuparos hasta fin de año, que es una cosa útil, y podéis descansar fiando en nosotros lo restante.

La impulsión dada a la idea por el Génesis no está aún más que en el principio; muchos de los elementos conmovidos por su aparición se cobijarán dentro de poco bajo vuestra bandera. Otras obras serias aparecerán aún para acabar de esclarecer el pensamiento humano sobre la nueva doctrina.

Aplaudo igualmente la publicación de las cartas de Lavater: es una pequeña cosa destinada a producir grandes efectos. En suma: el año será fructífero para todos los amigos del progreso racional y liberal.

Estoy también enteramente conforme con que publiquéis en forma de catecismo manual, el resumen que tenéis en proyecto, y creo del mismo modo que debe ser examinado con calma. Cuando lo tengáis a punto de darlo a luz, no olvidéis consultarme sobre el titulo, que es fácil pueda daros un buen consejo entonces, según los adelantados que estén los acontecimientos.

Cuando os aconsejamos últimamente que no retardarais en ocuparos de la corrección de El Génesis, os dijimos que tendierais a llenar algunos vacíos y a sintetizar la materia con objeto de no hacerle excesivamente voluminoso. Nuestras observaciones, no podían quedar desatendidas, y nos place colaborar a su corrección como de haber contribuido a ejecutarlo.

Os exhorto hoy a que reviséis con calma, sobre todo los primeros capítulos, en los que todas las ideas son excelentes y no contienen nada que no sea verdad, pero donde hay algunas frases que se prestan a interpretaciones erróneas. Salvo estas rectificaciones, que os aconsejo no olvidéis, por más que

afectan a la forma y no al fondo del pensamiento, no tengo otra cosa que indicaros a propósito de él. Os aconsejo, por ejemplo, que no perdáis el tiempo; que vale más que los volúmenes esperen al público que no que éste espere a aquellos. Nada deprecia tanto una obra como una laguna en su venta. El editor, impacientado por no poder responder a los pedidos que se le hacen, desperdiciando tan bonita ocasión para la venta, se enfría por las obras de un autor imprevisor; el público se fatiga de esperar y es difícil rehacer la opinión una vez desperdigada.

Por otra parte, no es malo que gocéis de alguna libertad de espíritu para estar dispuesto a las eventualidades que pueden surgir en tomo a vos, y dedicaros con calma a los estudios particulares que, según los acontecimientos, pueden ser suscitados actualmente o aplazados para tiempos más propicios.

Estad, pues, presto a todo; sabed desligaros de cualquier entorpecimiento, sea para poderos entregar a un trabajo especial, si la tranquilidad general lo permite, sea para estar preparado a todo acontecimiento, si las complicaciones imprevistas hicieran necesarias por vuestra parte una determinación súbita. El año próximo se avecina; procurad, en lo que os resta de este, dar la última mano a la primera parte de la obra espirita, con objeto de tener el campo libre para terminar la tarea que concierne al porvenir.

FUERA DE LA CARIDAD, NO HAY SALVACIÓN Estos principios no representan para mí, tan solo una teoría, sino que representan también una práctica. ¿Hago el bien, tanto cuanto me lo permite mi posición? ¿Presto el servicio que puedo? ¿He rechazado o tratado con dureza a los pobres? ¿No los he recibido siempre, con la misma benevolencia? ¿He ahorrado alguna vez mis pasos y excusado mis tentativas de prestar servicios? ¿No he sacado de las cárceles, con mi perseverancia a muchos padres de familia? Es cierto que no me pertenece formular el inventario del bien que pude hacer; pero en un momento en el que todo parece olvidarse, debe serme permitido manifestar a los que me sobrevivan, que mi conciencia me dice que no he traicionado a nadie, que he hecho todo el bien que me ha sido posible y que he respetado y no he pedido cuentas a la opinión; sobre este punto mi conciencia esta tranquila, y aunque la ingratitud, en más de una ocasión, haya sido el premio a mis servicios, no por esto he dejado de prestarlos. La ingratitud es uno de los defectos de la humanidad, y como no hay nadie que pueda creerse exento de

ellos, dispense a los otro para que me dispensen a mi, a fin de que no pueda decírseme como Jesús: "El que está exento de pecado, que arroje la primera piedra". Yo continuar haciendo el mayor bien que pueda aun a mis propios enemigos, porque la cólera no me ciega, y si la ocasión se presenta, les tenderé gozoso la mano para salvarle del precipicio.

Véase cómo yo comprendo la caridad cristiana: como una religión que nos ordena devolver bien por mal. No comprendo que jamás pueda prescribirse devolver mal por mal. - (Pensamientos íntimos de Allan Kardec. Documento hallado entre sus papeles).

PROYECTO - 1868 Uno de los más grandes obstáculos que pueden entorpecer la propagación de la doctrina espirita, será la falta de unidad. El único medio de evitarlo, si .no para el presente, al menos para el porvenir, es formularle en, toda sus partes y aun en sus menores detalles, con tanta precisión y claridad, que toda interpretación divergente sea imposible.

Si la doctrina de Cristo ha dado lugar a tantas controversias, si aun es en el día mal comprendida y diversamente practicada, es debido a que el Cristo se limitó a una enseñanza oral y sus mismos apóstoles no dieron más que los principios generales que cada uno interpretó según su ideal o sus intereses. Si Él hubiera formulado la organización de la Iglesia con la precisión de una ley o de un reglamento, es incontestable que hubiera evitado la mayor parte de los cismas y de las querellas religiosas posteriores, así como el que fuera convertida en objeto de explotación con que satisfacer las ambiciones personales. De aquí ha resultado, que si el Cristianismo representa para algunos hombres de esclarecida razón una reforma moral muy seria y muy plausible, para la mayoría no ha sido más que el objeto de una creencia ciega y fanática, y para un gran número, motivo de duda o de incredulidad absoluta.

El Espiritismo bien entendido, es el único que puede remediar este estado de cosas, y servir, como han dicho los Espíritus, de poderosa palanca para la transformación de la humanidad. La experiencia debe servirnos de guía para el porvenir. Mostrándonos los inconvenientes del pasado, nos dice claramente que el solo medio de evitarlos, es asentar el Espiritismo sobre las bases sólidas de una doctrina positiva, no dejando nada al arbitrio de las interpretaciones. Las disidencias que en este caso podrán surgir, se disolverán por si mismas ante la unidad principal, que estará establecida sobre las bases más racionales, si estas leyes son claramente definidas y no expuestas con

vaguedad. Y resulta más de todas estas consideraciones: resulta que esta marcha, dirigida con prudencia, es el más poderoso medio para luchar contra los antagonistas de la doctrina espirita, todos los sofismas se estrellarán contra sus principios en los cuales la sana razón no hallará nada que pueda combatir.

Dos elementos deben concurrir al progreso del Espiritismo, que son el establecimiento teórico de la doctrina y los medios de popularizarla. El desenvolvimiento que del día en día toma, multiplica nuestras relaciones, que no pueden menos de acrecentarse por el impulso que le dará la nueva edición de El Libro de los Espíritus y la publicidad que con tal motivo se hará. Para poder utilizar estas relaciones de una manera provechosa, después de haber constituido la teoría, debo dedicarme a su consolidación, y será necesario, que además de la publicación de las obras, use de medios más directos. Creo, por lo tanto, que será útil que quien ha fundado la teoría, pueda al mismo tiempo impulsarla, porque de este modo tendrá más unidad. Bajo este concepto, la sociedad debe necesariamente ejercer grande influencia, como han dicho los Espíritus, pero su acción no será realmente eficaz hasta que sirva de centro y punto de unión, del que partirá la enseñanza preponderante sobre la opinión. Para esto hace falta una organización más fuerte y elementos que por el momento no pose. En este siglo, los recursos financieros son el gran motor para todas las cosas, sobre todo si son empleados con discernimiento. En la hipótesis de que estos recursos me vinieran de una parte cualquiera, he aquí el plan que me propondría seguir, y cuya ejecución sería proporcionada a la importancia de los medios y subordinada a los consejos de los Espíritus.

ESTABLECIMIENTO CENTRAL La cosa más urgente será proveernos de un local convenientemente situado y dispuesto para las relaciones y recepciones. Sin engalanarle con un lujo excesivo, que sería inútil y contraproducente, debe estar decorado en forma que nada denote penuria y represente lo bastante para que las personas de distinción puedan acudir a él sin creerse rebajadas. La distribución interior del edificio debe comprender: 1º Una gran sala para las sesiones de la Sociedad y las grandes reuniones.

2º Un salón de recepción.

3º Un gabinete consagrado a las evocaciones íntimas, especie de santuario que no será profanado por ninguna otra ocupación.

4º Un despacho para la Revista, los archivos y las oficinas de la Sociedad.

Y todo ello dispuesto de una manera cómoda y conveniente para el objeto a que se destina.

Será creada una biblioteca compuesta de todas las obras y periódicos franceses y extranjeros, antiguos y modernos, que se ocupen de Espiritismo.

El salón de recepción estará abierto todos los días a ciertas horas para los miembros de la Sociedad, quienes podrán acudir a él para conferenciar libremente, leer los periódicos y consultar los archivos y la biblioteca. Los adeptos de fuera de la capital que estén de paso en Paris, siempre que sean presentados por un socio, serán admitidos.

Se establecerá una correspondencia regular con los demás centros de Francia y del extranjero.

Serán nombrados un secretario y un servidor para el establecimiento.

ENSEÑANZA ESPIRITA Se dará un curso regular de Espiritismo, a fin de desarrollar los principios de la ciencia y de propagar la afición a los estudios serios. Este curso tendrá la ventaja de fundar la unidad de principios, hacer adeptos esclarecidos capaces de esparcir las ideas espiritistas y de desarrollar un gran número de médiums. Presiento que éste curso ha de ejercer una influencia capital, en el porvenir del Espiritismo y sus consecuencias.

PUBLICIDAD Se le dará más desarrollo a la "Revista", sea aumentándola, sea acortando la periodicidad de su publicación. Tendrá un redactor retribuido.

Un anuncio a lo largo de las páginas en los periódicos de más circulación, llevará al mundo entero, aun en sus más recónditos rincones, la noticia de las ideas espiritas; hará nacer el deseo de profundizarlas, y multiplicándose los adeptos, impondrán silencio a los detractores, que bien pronto habrán de ceder ante el ascendiente de la opinión.

VIAJES Dos o tres meses al año serán consagrados a viajes, para visitar los diferentes Centros e imprimirles una buena dirección.

Si los recursos lo permiten, será constituido un fondo para retribuir cierto número de viajeros propagandistas esclarecidos y de talento, que estarán encargados de la divulgación de la doctrina.

Una organización completa y el concurso de ayudantes retribuidos con los cuales podré contar, me librarán de un cúmulo de ocupaciones y de preocupaciones materiales, me dejarán el tiempo necesario para activar los trabajos que me restan por hacer, y a los cuales el estado actual de las cosas

no me permite entregarme con la asiduidad que requieren, porque el tiempo me falta y las fuerzas físicas no podrían resistirlo.

Si algún día me reserva poder cumplir este proyecto, en la ejecución del cual obraría con la misma prudencia que en el pasado, es indudable que pocos años serían suficientes para que la doctrina avanzara algunos siglos.

La Constitución del Espiritismo fue inserta por Allan Kardec en la “Revista” de diciembre de 1868, pero sin los comentarios que le añadió antes de morir, y que nosotros reproducimos textualmente. La muerte corporal le arrebató cuando se preparaba a trazar los Principios fundamentales de la doctrina espirita, conocidos como verdades adquiridas; principios que nuestros lectores, como nosotros, deploran no completen su constitución, por el cúmulo de reflexiones lógicas y juiciosas que habían de entrañar. Este es el último manuscrito del maestro, y nosotros lo hemos leído con gran respeto.

Constitución Del Espiritismo Exposición De Motivos CONSIDERACIONES PRELIMINARES El Espiritismo ha tenido, como todas las cosas, su periodo de infancia; y hasta que todas las cuestiones que abraza, principales y accesorias, estén resueltas, no puede ofrecemos más que resultados incompletos. Se ha podido entrever el objeto y presentir las consecuencias; pero solamente de una manera vaga. De la incertidumbre sobre los puntos todavía no determinados debían forzosamente nacer divergencias acerca del modo de considerarlos; la unificación no podía ser sino obra del tiempo y elaborarse gradualmente a medida que los principios fueran elucidados. Esto no será hasta que la doctrina abrace todas las partes que con ella se relacionan, formando un todo armonioso, y solamente en tal instante es cuando podrá juzgarse de lo que verdaderamente es Espiritismo.

Mientras el Espiritismo ha sido solo una opinión filosófica, no podía producir entre los adeptos más que la simpatía natural fundamentada en la comunidad de ideas; faltando un programa claramente definido, ningún otro lazo serio podía ligarles. Tal es, evidentemente, la principal causa de la poca cohesión y estabilidad de los grupos y sociedades que han sido formados. Por esto mismo hemos procurado constantemente y con todas nuestras fuerzas, que los espiritistas no fundaran prematuramente ninguna institución especial apoyada en la doctrina, antes que esta fuese asentada sobre sólidas bases. Hubiera sido exponerse a fracasos inevitables, cuyos efectos resultarían desastrosos por la impresión producida en el público y la desanimación

consiguiente entre los adeptos. Estos fracasos hubieran podido retardar un siglo el progreso definitivo de la doctrina, a la impotencia de la cual se le hubiera imputado un hecho, que, en realidad, fuera exclusivamente el resultado de la imprevisión. Por no saber esperar, los impacientes y los apresurados han comprometido en todas las pocas las mejores causas. (Véase la Revista Espiritista de julio de 1866. Pág. 19, donde se halla más altamente expuesta la cuestión de las instituciones espiritistas).

No hay que pedirle al tiempo, más que aquello que puede dar: no se puede exigir de un niño, lo que de un adulto, ni de un árbol recién plantado, lo que producirá cuando esté en todo su vigor. El Espiritismo, en vías de elaboración, no puede dar más que resultados individuales; los resultados colectivos y generales serán los frutos que desarrollar paulatina y sucesivamente cuando esté completo.

Aunque el Espiritismo no ha dicho su última palabra en todos los asuntos, se aproxima a completarse, y ha llegado el momento de que tenga una base sólida y permanente, aunque capaz de recibir todas las modificaciones que aconsejen las circunstancias ulteriores, y de que pueda dar seguridades a quienes lo soliciten de que esta base empuñará las riendas después de aquel que ha dirigido sus primeros pasos.

La doctrina espírita es imperecedera, sin duda alguna, porque descansa sobre las leyes de la naturaleza, y porque, mejor que toda obra, responde a las legítimas aspiraciones de los hombres; empero, su difusión y su instalación definitiva pueden ser anticipadas o retardadas por las circunstancias, puesto que en parte están subordinadas a la marcha general de las cosas, y en parte son inherentes a la doctrina misma, a su constitución y a su organización.

Aunque el fondo sea en todo preponderante y acabe siempre por prevalecer, la forma no deja de revestir una importancia capital que puede, según la manera como se presente, dar origen a más o menos entorpecimientos y a que momentáneamente el fondo quede eclipsado. Nosotros, pues, hubiéramos hecho una cosa incompleta y dejado grandes estorbos para el porvenir, si no hubiéramos previsto las dificultades que pueden surgir. Para prevenirlas hemos elaborado un plan de organizado, aprovechándonos de las experiencias del pasado, que nos han puesto de relieve los escollos sobre que suelen estrellarse la mayor parte de las doctrinas que han aparecido en el mundo.

El plan ha sido formulado después de mucho tiempo de estudiarlo, porque nos hemos preocupado siempre del porvenir del Espiritismo. Lo hemos revelado en diversas circunstancias, aunque vagamente, es cierto, pero basta esto para demostrar que no es una concepción del día, sino que, por el contrario, ni aun trabajando en la parte teórica hemos dejado en el olvido su aspecto práctico.

II LOS CISMAS Una cuestión que se nos presenta desde el principio, es la relativa a lo cismas que podrán nacer en el seno de la doctrina. ¿Se verá libre de ellos el Espiritismo? No, seguramente, porque tendrá que luchar, al principio sobre todo, con las ideas personales, siempre absolutas, tenaces, lentas a someterse a las ideas ajenas; contra la ambición de aquellos que quieren, por lo menos, unir su nombre a una innovación cualquiera, y crean novedades únicamente para poder decir que no piensan ni ejecutan como los otros; y contra los que no pueden sufrir en su amor propio el ocupar un lugar secundario.

Si el Espiritismo no puede escapar a las debilidades humanas, con las cuales cuenta, puede paralizar sus consecuencias, que es lo esencial.

Es de notar que los numerosos sistemas divergentes nacidos en el origen del Espiritismo sobre la manera de explicar los hechos han desaparecido a medida que la doctrina se ha completado por la, observación y una teoría racional, llegando al extremo de que en el día apenas si se encuentra algún partidario. Este es un hecho notorio del que se puede deducir que las últimas divergencias se desmoronarán con la completa elucidación de todas las partes de la doctrina, pero habrá siempre disidentes consumases, interesados, por una u otra causa, en formar bandería.

Contra estos es contra quienes conviene estar prevenidos.

Para asegurar la unidad en el porvenir, una condición es indispensable, a saber: que todas las partes que componen la doctrina sean expuestas con precisión y claridad tal, que no den lugar a vaguedades. Por esto nosotros hemos hecho de manera que nuestros escritos no den pábulo a interpretaciones contradictorias, y procuraremos en lo sucesivo continuarlos del mismo modo.

Cuando se haya dicho claramente y sin ambigüedades que dos y dos hacen cuatro, no se podrá pretender que se ha querido decir que dos y dos hacen cinco.

Podrán entonces formarse al lado de la doctrina las sectas que no adopten todos los principios o parte de ellos, pero no en la doctrina por la interpretación del texto, como se han formado numerosas sobre el sentido mismo de las palabras del Evangelio. Este es, pues, un punto de importancia capital.

El segundo punto es que no se debe salir del círculo de las ideas prácticas. Si es verdad que la utopía de la víspera suele ser la verdad del día siguiente, dejemos al mañana el cuidado de realizar la utopía de la víspera, pero no embaracemos a la doctrina con principios que serian considerados como quimeras y que la harían recusable para los hombres positivos.

El tercer punto, en fin, es inherente al carácter esencialmente progresivo de la doctrina. De que no debe rodearse de sueños irrealizables para el presente, no se sigue que deba inmovilizarse. Exclusivamente apoyada en las leyes de la naturaleza, no puede variar en tanto no varíen estas leyes; pero si una nueva ley se descubre, debe apropiársela en el acto. So pena de suicidio, no puede cerrar la puerta a ningún progreso. Asimilándose todas las ideas reconocidas justas, de cualquier orden que sean, físicas o metafísicas, no traspasará nunca los límites de lo justo, y hallará en ello una de las principales garantías de su perpetuidad.

Si, pues, una secta se forma a su lado, fundada o no en los principios espiritistas, se llegará a una de estas dos cosas. O la secta estará en la verdad o no estará; si no esta en la verdad, sucumbirá por si misma bajo el ascendiente de la razón y del sentido común, como tantas otras han sucumbido en el transcurso de los siglos; si sus ideas son justos, como no pueden serlo sino sobre un punto, la doctrina, que acepta el bien y la verdad doquiera que los halle, se las asimilará, de modo que en lugar de ser absorbida, será ella la que absorba.

Si algunos de sus miembros se separan, es porque creerán poder hacerlo mejor. Si realmente lo hacen, la doctrina les imitará; si lo hacen muy bien, la doctrina se esforzar en hacer otro tanto, y aun en aventajarles si les es posible; pero si lo hacen mal, les dejará hacer, en la certeza de que, tarde o temprano, el bien se sobrepone al mal y la verdad a los errores. Véase la sola lucha en que la doctrina se empeñará.

Digamos, además, que la tolerancia, consecuencia de la caridad, que es la base de la moral espiritista, le impone como un deber el respetar todas las

creencias. Queriendo ser aceptado libremente, por convicción y no por violencia, proclama la libertad de conciencia como un derecho natural imprescriptible, y dice: Si tengo razón, los otros acabaran por pensar como yo; si estoy en el error, acabaré por pensar como los otros. En virtud de estos principios, no tirar su piedra a nadie y no dará pretexto a represalias, dejando a los disidentes toda la responsabilidad de sus palabras y de sus actos.

El programa de la doctrina no será, pues, invariable más que en los principios pasados al estado de verdades comprobadas; cuanto a los otros, no los admitirá, como hasta el día ha hecho, sino a titulo de hipótesis, en tanto llega la confirmación. Si se le demuestra que esta en un error acerca de un punto, se modificará en el sentido conveniente.

La verdad absoluta es eterna, y por eso mismo, invariable, pero, ¿quién puede vanagloriarse de poseerla por entero? En el estado de imperfección de nuestros conocimientos, lo que hoy nos parece falso podemos mañana reconocerlo verdad, a causa de haber descubierto nuevas leyes, así en el orden moral como en el físico. Contra esta eventualidad es contra la que nunca debe hallarse la doctrina desprevenida. El principio progresivo que ella escribe en su código será la salvaguardia de su perpetuidad, y su unidad se mantendrá precisamente por no reposar en el quietismo.

La inmovilidad, en lugar de ser una fuerza, es causa de debilidad y de ruina para quien no sigue el movimiento general. La razón es clara: todos los que quieren seguir el curso de los tiempos, se separan de los que se obstinan en quedarse atrás, quebrantan la unidad, y. el principio que por ésta fue fuerte es en manos de aquellos debilitado y hasta deshecho. Pero al seguir el movimiento progresivo, debe hacerse con prudencia y librándose de caer en los sueños de los utopistas y en el de los sistemáticos; debe hacerse a tiempo, ni muy pronto ni muy tarde, y con conocimiento de causa.

Compréndese que una doctrina sentada sobre tales bases, debe, en realidad, ser fuerte: desafía toda competencia y neutraliza las pretensiones de sus competidores.

La experiencia, por otra parte, deja justificada esta previsión. Habiendo desde su origen marchado la doctrina por esta vía ha progresado constantemente, aunque sin precipitación, porque ha tenido especial cuidado en ver si el terreno que pisaba era sólido y si el estado de la opinión le era

propicio. Ha hecho como el navegante que marcha con la sonda en la mano y consultando los vientos.

EL JEFE DEL ESPIRITISMO Pero, ¿quién será el encargado de mantener al Espiritismo en este terreno? ¿Quién tendrá el tiempo y la perseverancia para entregarse a un trabajo tan incesante como exige semejante tarea? Si el Espiritismo se deja entregado a sí mismo, sin guía, ¿no es de creer que se desvíe de su senda? ¿No es de temer que la malevolencia, con la cual estará aún por mucho tiempo en lucha, se esfuerce en desnaturalizar su Espíritu? Esta es una cuestión vital, cuya solución entraña gran interés para el porvenir de la doctrina.

La necesidad de una dirección central superior, guardiana celosa de la unidad y de los intereses generales de la doctrina, es de una evidencia tan ostensible, que uno se siente inquieto por no ver aparecer en el horizonte quién pueda servir de director. Se comprende que sin una autoridad moral, capaz de centralizar los trabajos, los estudios y las observaciones, de dar impulsos, de estimular celos, de defender al débil, de sostener los animes abatidos, de ayudar con los consejos de la experiencia, de fijar la opinión sobre los puntos inciertos, el Espiritismo correr riesgo de marchar a su ruina. No solamente esta dirección es necesaria, sino que se hace preciso esté dotada de fuerza y estabilidad suficientes para desafiar las tempestades.

Aquellos que no quieren ninguna autoridad, no comprenden los verdaderos intereses de la doctrina; si algunos piensan les es innecesaria toda dirección, la mayor parte, aquellos que no creen en su infalibilidad y no tienen confianza absoluta en sus propias luces, experimentan la falta de un punto de apoyo, de un guía que les ayude a marchar con más confianza y seguridad (Véase la “Revista Espiritista” de abril de 1866, Pág.111: "El Espiritismo independiente").

Quedando sentada la necesidad de una dirección, ¿de quién obtendrá el jefe sus poderes? ¿Será aclamado por la universalidad de los adeptos? Esto es una cosa impracticable. Si se impone por su autoridad privada, será aceptado por unos, desechado por otros, y veinte pretendientes podrían surgir desplegando bandera contra bandera, lo cual sería a la vez el despotismo y la anarquía. Semejante acto solo puede esperarse de un ambicioso para dirigir una doctrina basada en la abnegación, el desinterés y la humildad. Planteada así la dirección, como fuera contraria a los principios fundamentales de la

doctrina, no podría por menos que falsear el espíritu; cosa inevitable, de no tomar por anticipado las medidas convenientes para entorpecerlo.

Admitamos, sin embargo, que un hombre reuniese todas las cualidades requeridas para el cumplimiento de este mandato, y que llegará a la dirección superior por un procedimiento cualquiera; los hombres se suceden y no se parecen; después de uno bueno puede venir otro malo; con el individuo puede cambiar el espíritu de la dirección; sin malos propósitos, puede haber apreciaciones más o menos justas; si el jefe quiere hacer prevalecer sus ideas personales, puede hacer retroceder a la doctrina y suscitar divisiones; y todas estas dificultades se renovarían a cada cambio. Conviene no perder de vista que el Espiritismo no se halla aún en la plenitud de su apogeo; que desde el punto de vista de su organización, es un niño que apenas anda solo, y que importa mucho, por consiguiente, sobre todo en los comienzos, evitarle toda clase de tropiezos.

Se dirá: ¿No puede ser que uno de los Espíritus anunciados que han de encarnar en la nueva generación, sea el que se coloque a la cabeza del Espiritismo? Es probable, pero como no llevar en la frente una marca por la cual podamos reconocerle; como todos los Espíritus de esa nueva generación no se revelarán más que por sus actos, y estos actos no serán reconocidos por la mayor parte hasta después de su muerte; y como aun el que se reconozca, no gozará de la perpetuidad, debemos estar prevenidos a todas estas eventualidades. Además sabemos que las misiones serian múltiples, que las habrá en todos los grados de la escala y en toda las ramas de la economía social, donde cada cual ejercer su influencia en provecho de las ideas nuevas según la especialidad de su posición.

Todos concurrirán al establecimiento de la doctrina, sea desde una parte, sea desde otra; los unos como jefes de Estado, los otros como legisladores, como magistrados, como sabios, como literatos, como oradores, etc., todos realizarán su parte, desde el proletario hasta el soberano, sin que ninguna otra cosa que las obras le distinga del común de los hombres. Si alguno de ellos debe tomar parte en la dirección, es probable que sea providencialmente colocado en condiciones oportuna para llegar hasta allí por los medios legales que sean adoptados: circunstancias, al parecer fortuitas, le conducirán, sin premeditado deseo por su parte, sin que ni siquiera se de cuenta de su misión. (Revista Espírita: "Los Mesías del Espiritismo", febrero y marzo de 1868,

paginas 45 y 65) En semejante caso, el peor de todos los jefes será aquel que se presente a titulo de elegido de Dios. Como no es racional admitir que Dios confié tales misiones a los ambiciosos u orgullosos, las virtudes características de un verdadero Mesías deben ser ante todo la simplicidad, la humildad, la modestia, en una palabra, el desinterés moral y material más completo. Luego, la sola pretensión de ser un Mesías será la negación de esas cualidades esenciales, y probará en el que como tal se presente, o una presunción tonta si su buena fe es acreditada, o una solemne impostura. No faltarán intrigantes, espiritistas a su decir, que querrán elevarse por orgullo, ambición o lujuria, ni otros que se basarán en presuntas revelaciones con ayuda de las cuales querrán ponerse de relieve y fascinar las imaginaciones crédulas. Todo esto nos hace prever que bajo falsas apariencias, algunos individuos puede que intenten ampararse en el gobierno con el torpe y mezquino fin de hacer zozobrar el navío y desviarle de su ruta, cosas ambas que no lograrán, pero si puede que entorpezcan mucho su marcha majestuosa, si es que con antelación no se evitan. Estos son, sin disputa, los más grandes escollos con los que el Espiritismo ha de tropezar, pues cuanta más consistencia vaya tomando, más sus adversarios le harán frente tendiéndole emboscadas.

Es, pues, un deber de todo espiritista sincero, desbaratar las maniobras de la intriga que pueden urdirse lo mismo en los pequeños que en los grandes centros.

Deben, desde el principio, repudiar de la manera más absoluta a cualquiera que se proclame a sí mismo Mesías, sea como Jefe del Espiritismo, sea como simple apóstol de la doctrina. Se conoce al árbol por el fruto: espérese, pues, a que cada árbol haya dado el suyo para juzgar si es bueno, y espérese todavía a saber si ellos son frágiles. (El Evangelio según el Espiritismo, capitulo XXI, Nº 9: Caracteres del verdadero profeta).

Se ha propuesto que los Espíritus designarán en cada grupo o sociedad quién había de dirigirlos. Aparte de que este medio no obvia todos los inconvenientes, la experiencia ha demostrado que es superfluo. Los Espíritus tienen la misión de instruirnos, de educarnos, pero no de sustituir la iniciativa de nuestro libre albedrío.

Ellos nos sugieren buenos pensamientos, nos ayudan con sus consejos, sobre todo en lo que se relaciona con el orden moral, pero dejan a nuestro juicio el trabajo de la ejecución de las cosas materiales que no tienen por

misión economizarnos. Que los hombres se contenten con ser asistidos y protegidos por los buenos Espíritus; pero que no descarguen sobre estos, la responsabilidad que solo incumbe a los encarnados.

Este medio, por otra parte, suscitaría muchos contratiempos que no pueden ni aun soñarse, por la imposibilidad de hacer partícipes a todos los grupos en esta elección. Sería una complicación en los rodajes, y los rodajes son tanto menos susceptibles de descomponerse cuanto más simplificados son.

El problema esta, pues, en constituir una dirección central con las condiciones de fuerza y estabilidad que la pongan al abrigo de las fluctuaciones, que responda a todas las necesidades de la causa y que oponga una barrera absoluta a todos los manejos de la intriga y de la ambición. Tal es el objeto del plan que nosotros damos en rápido bosquejo.

IV COMITÉ CENTRAL Durante el periodo de elaboración, la dirección del Espiritismo ha debido ser individual: era necesario que todos los elementos constitutivos de la doctrina, salidos del estado de embrión de una multitud de lugares, concurrieran a un centro común para ser comprobados y coleccionados, y que un solo pensamiento presidiera a su coordinación para establecer la unidad y la armonía en las partes y el conjunto. Si no hubiera sido así, la doctrina tendría mucha semejanza con un mecanismo en el que sus rodajes no engranarán con la debida precisión.

Lo hemos dicho y es una verdad incontestable, claramente demostrada en el día. La doctrina no puede salir en toda su integridad de un solo centro, como la ciencia astronómica no puede salir de un solo observatorio. Cualquier centro que hubiera intentado constituirla sobre sus solas observaciones, hubiera hecho un algo incompleto y se hubiera encontrado en una infinidad de puntos en contradicción abierta con los otros. Si mil centros hubiesen querido hacer su particular doctrina, no habría dos parecidas en todos los puntos; si hubieran estado acordes en el fondo, no lo hubieran estado en la forma, y, como hay muchas gentes que miran la forma antes que el fondo, habría tantas sectas como formas diferentes. La unidad no podía salir más que de la unión y la comparación de todos los resultados parciales. Por esto la concentración de los trabajos era necesaria.

(El Génesis, Cáp. 1, "Caracteres de la revelación espiritista", Nº. 51 y siguientes).

Pero esto, que tuvo sus ventajas en aquel tiempo, sería más tarde un inconveniente. Hoy, cuando el trabajo de elaboración esta terminado en lo que concierne a las cuestiones fundamentales; hoy, cuando los principios generadores de la ciencia están establecidos; la dirección, de individual que convino fuera en el principio, debe pasar a ser colectiva, tanto porque llegará el momento en que su misión exceda a las fuerzas de un hombre, cuanto porque ofrece mayores garantías de estabilidad en una reunión de individuos, en la que cada uno solo aporta su voz y no puede nada sin el concurso de los otros; resultando de aquí más difícil el predominio de las ideas personales y el abuso del poder.

En lugar de un jefe único, la dirección debe conferirse a un comité central permanente, al que la organización y las atribuciones le sean definidas de modo que nada quede a su arbitrio. Este comité estará compuesto por doce o más miembros titulares, que deberán reunir determinadas condiciones, y de un número igual de consejeros. Se completará, según reglas igualmente determinadas, a medida que ocurran las vacantes por defunción u otras causas. Una disposición especial fijar el modo como deben ser llamados los doce primeros.

El comité nombrará su presidente por un año.

La autoridad del presidente es puramente administrativa; dirigirá las deliberaciones del comité, velar por la ejecución de los trabajos y por el cumplimiento de su misión, pero fuera de las atribuciones que le están conferidas en los estatutos constitutivos, no podrá tomar ninguna decisión sin el concurso de sus compañeros. Por lo tanto, nada de abusos posibles, nada de alimentar la ambición, nada que pueda servir de pretexto a las intrigas ni a los celos, nada de supremacía irritante.

El comité central será, pues, la cabeza, el verdadero jefe del Espiritismo; jefe colectivo que no podrá nada sin el asentimiento de la mayoría. Suficientemente numeroso para tomar acuerdo en las discusiones, no será, sin embargo, lo bastante para evitar que haya confusión.

La autoridad del comité será atenuada y sus actos revisados por los congresos o asambleas generales convocada al efecto.

Para la generalidad de los adeptos, la aprobación o la desaprobación, el consentimiento o la negativa, las decisiones, en una palabra, de un cuerpo constituido, representan una opinión colectiva y obtienen una fuerza de

autoridad que no conseguirían jamás emanando de un solo individuo, que no representa más que una opinión personal. Con frecuencia rechazamos la opinión de uno solo, creyéndonos humillados si nos sometiéramos a ella, y aceptamos sin dificultad la opinión de muchos.

Téngase bien entendido que solo se trata aquí de una autoridad moral en aquello que concierne a la interpretación y aplicación de los principios de la doctrina; nunca de un poder disciplinario cualquiera. Esta autoridad será en materia de Espiritismo lo que es una Academia en materia de ciencia.

Para el público extraño, un cuerpo constituido goza de más ascendiente y preponderancia; contra los adversarios, sobre todo, representa una fuerza de resistencia y medios de acción que no podrían ver en el individuo: se lucha con muchísimas más ventajas. Atacar a una individualidad no es lo mismo que atacar a un ser colectivo.

Hay, igualmente, en un ser colectivo, una garantía de estabilidad que no existe cuando todo reposa sobre una sola cabeza. Que el individuo quede imposibilitado por una causa cualquiera, y todo puede desaparecer con él. En cambio un ser colectivo se perpetúa sin cesar, y aunque se pierda uno o muchos de sus miembros, nada peligra.

La dificultad, se dirá, está en reunir de una manera permanente, doce personas que estén siempre de acuerdo.

Lo esencial es que estén de acuerdo sobre los principios fundamentales, y esto será una condición absoluta para su admisión, como para la de todos los que de algún modo tengan que intervenir en el comité; que en cuanto a las cuestiones de detalle pendientes, poco importa su divergencia, puesto que es la opinión de la mayoría la que prevalece. En aquello en que la manera de ver sea justa, no faltarán buenas razones para justificarla. Si alguno, contrariado por no poder hacer admitir sus ideas, se retirara, no será obstáculo para que las cosas sigan su curso regular, ni será motivo para que se sienta, puesto que en ello habrá la prueba de una susceptibilidad orgullosa poco espiritista, que podría dar lugar a muchos enredos.

La causa más común de división entre los cointeresados, es el conflicto de los intereses y la posibilidad por parte de uno de poder suplantar a otro en provecho propio. Esta causa no tiene razón de ser en el comité, desde el instante en que el perjuicio de uno no puede aprovechar a los demás, sino muy

al contrario: siendo todos solidarios entre sí, no pueden menos de perder con la desunión. Tal cuestión de detalle fue bien prevista en la organización.

Admitamos, empero, que entre los miembros del comité se encuentre un falso hermano, un traidor vendido a los enemigos de la causa. ¿Qué podría damnificarle, cuando no lleva más que su voz a las decisiones? Supongamos que por algo imposible el comité entero entra por caminos de perdición: los Congresos están allí para llamarle al orden.

El examen de los actos de la administración corresponde a los Congresos, quienes pueden decretar la condenación a una acusación contra el comité central, por causa de haber infringido sus mandatos, de haberse desviado de los principios reconocidos o de haber tomado medidas perjudiciales a la doctrina. Por esta misma razón, el comité debe diferir en los Congresos la adopción de toda medida que juzgue pueda acarrearle responsabilidad más o menos graves.

Si, pues, los Congresos son un freno para el comité, en ellos adquiere éste, con la aprobación de sus actos, una nueva fuerza ante la opinión, que no puede menos de reconocer en el Jefe colectivo la representación de generalidad.

Las principales atribuciones del comité central, serán: 1º- Velar por los intereses de la doctrina y su propagación; mantenerla integra en los principios reconocidos; procurar el desenvolvimiento de sus consecuencias.

2º- Estudiar los principios nuevos, susceptibles de adaptación al cuerpo doctrinal.

3º- Coleccionar cuantos documentos y reseñas puedan interesar al Espiritismo.

4º- Establecer y regularizar la correspondencia.

5º- Mantener, consolidar y extender los lazos fraternales entre los adeptos y sociedades particulares de loa diferentes países.

6º- Dirigir la “Revista” que será el órgano oficial del Espiritismo, y a la cual podrá adjuntarse otra u otras publicaciones periodísticas.

7º- Examinar y apreciar las obras, artículos de periódicos y todos los escritos de interés para la doctrina, y refutar los ataques si a ello hubiera lugar.

8º- Publicar las obras fundamentales de la doctrina en las condiciones más propias para su divulgación. Confeccionar y publicar aquellas de que

daremos el plan y que por falta de tiempo no hayamos podido hacer durante nuestra vida. Dar impulso a las obras que puedan ser útiles a la causa.

9º- Fundar y conservar la biblioteca, los archivos y el museo.

10º- Administrar la caja de socorros, el dispensario y la casa de retiro.

11º- Administrar los efectos materiales.

12º- Dirigir las sesiones de la sociedad.

13º- Propagar oralmente la doctrina.

14º- Visitar e instruir las reuniones y sociedades particulares que se coloquen bajo su patronato.

15º- Convocar los Congresos y asambleas generales.

Estas atribuciones serán repartidas entre los diferentes miembros del comité, según la especialidad de cada uno, los cuales, si lo necesitan, serán asistidos por un número suficiente de miembros auxiliares o de simples empleados.

V INSTITUCIONES ACCESORIAS Y COMPLEMENTARIAS DEL COMITÉ CENTRAL Como dependencias locales anexas al comité central, serían creadas algunas instituciones a medida que las circunstancias lo permitan. Entre ellas figurarán: 1º- Una biblioteca, donde se hallarán reunidas todas las obras que interesen al Espiritismo, las cuales podrán ser consultadas dentro del local o prestadas para su lectura.

2º- Un museo, en el que estarán las primeras obras del arte espirita, los trabajos mediunímicos más dignos de consideración, los retratos de los adeptos a quienes deba la causa por sus servicios, los de los hombres que el Espiritismo honra y los de cualquier extraño a la doctrina, cuyos méritos como hombre de genio, bienhechor de la humanidad, etc., etc., le hagan digno de semejante distinción.

3º- Un dispensario destinado a las consultas médicas gratuitas y al tratamiento de ciertas enfermedades bajo la dirección de un médico titular.

4º- Una caja de socorros y previsión ajustada a condiciones prácticas.

5º- Una casa de retiro.

6º- Una sociedad de adeptos, donde se celebren sesiones con regularidad.

Sin entrar en un examen prematuro a este respecto, es útil dedicar algunas palabras a dos artículos sobre los cuales se nos pudiera objetar.

El establecimiento de una caja general de socorros es una cosa impracticable y que presenta serios inconvenientes, según demostramos en un articulo especial (Revista, de julio de 1866, Pág. 193). El comité no puede comprometerse en una empresa que bien pronto se vería obligado a abandonar, ni debe emprender lo que no esté cierto de poder realizar. Debe ser positivo y no alimentarse con ilusiones quiméricas, porque es el único medio de marchar por largo tiempo sobre seguro; su esfera de acción esta limitada a lo posible.

Esta caja de socorros no puede ni debe ser otra cosa que una institución local con acción circunscrita, que por su prudente organización pueda servir de modelo a las del mismo género que puedan crear las sociedades particulares. La multiplicidad de las mismas, y no su centralización, es lo que podrá prestar servidos eficaces.

Esta caja será alimentada: 1º por la porción correspondiente que se le destine de los fondos de la caja general del Espiritismo; 2º por los donativos especiales que le sean hechos. Capitalizadas estas sumas formarán su fondo, del que prestar los socorros temporales o vitalicios y llenar las obligaciones de su instituto, las cuales están estipuladas en el reglamento constitutivo.

El proyecto de una casa de retiro, en la acepción completa de la palabra, no puede ser realizado al principio en razón de los capitales que su fundación exigirá, y además, porque absorbería el tiempo que la administración debe emplear en asentar su base y marchar con regularidad, antes que en crear complicaciones a su misión y en buscar escollos donde podría estrellarse. Abarcar muchas cosas antes de tener asegurados los medios de ejecución, sería una imprudencia. Esto se comprende fácilmente si se reflexiona sobre todos los detalles que llevan aparejados establecimientos de tal índole. Es bueno, sin duda, acariciar tan hermosos proyectos; pero antes precisa tener los medios con que poder realizarlos.

VI ESFERA DE ACCIÓN DEL COMITÉ CENTRAL Por la fuerza misma de las cosas y sin ningún plan preconcebido, se formó por sí en el origen del Espiritismo un centro de elaboración para las ideas, aunque careciendo en absoluto de todo carácter oficial. Era necesario, y de no haber existido, ¿donde se hubiera fijado el punto de reunión de los espiritistas diseminados en diferentes países? No pudiendo comunicarse sus ideas, sus impresiones, sus observaciones; diseminados y frecuentemente divididos, hubieran abandonado

por fin sus estudios y trabajos y la difusión de la doctrina se hubiera resentido. Faltaba, pues, un punto en el que todo convergiera, de donde todo se esparciese. El desarrollo de las ideas espiritistas, lejos de demostrar la inutilidad de este centro, lo hará todavía más necesario, porque el deseo de aproximarse y de formar un apretado haz, será tanto más grande cuanto más considerable sea el número de los adeptos. La constitución del Espiritismo, regularizando el estado de las cosas, dará por resultado las más grandes ventajas y llenar las lagunas que hoy existen. El centro que él cree no será una individualidad, sino un foco de actividad colectiva trabajando para la generalidad; la autoridad personal desaparece allí donde la colectiva tiene su asiento.

Pero, ¿Cuál será la extensión del círculo de actividad de este centro? ¿Está destinado a regir el mundo, a ser el árbitro universal de la verdad? Si tuviera esta pretensión, comprendería mal el fondo del Espiritismo, que, por lo mismo que proclama los principios del libre examen y de la libertad de conciencia, repudia todo pensamiento autocrático. No puede ser, pues, que así piense, so pena de entrar en una senda fatal.

El Espiritismo ha dicho de sus principios, que por lo mismo que están fundados en las leyes de la naturaleza y no son abstracciones metafísicas, subsistirán en el porvenir y serán en no lejano día, los principios de todos los hombres: todos los aceptarán porque serán verdades palpables y demostradas, como han aceptado la teoría del movimiento de la tierra.

Pero de esto a pretender que el Espiritismo esté por todas partes organizado de la misma manera, que los espiritistas del mundo entero se hallen sujetos a un régimen uniforme, a una misma manera de proceder; que tengan la luz en un punto fijo hacia el cual dirijan siempre sus miradas, hay un mundo de diferencia y sería una utopía, un absurdo. Tanto equivaldría pretender que todos los pueblos de la tierra no formasen un día más que una sola nación, gobernada por un solo jefe, regida por un mismo código y sujeta a los mismos usos. Si las leyes generales pueden ser comunes a todos los pueblos, estas leyes serían siempre, en los detalles de la aplicación y de la forma, apropiadas a los medios, a los caracteres y a los climas de cada uno.

Así sucederá con el Espiritismo organizado. Los espiritistas del mundo entero tendrán principios comunes que les unirán a la gran familia por los lazos sagrados de la fraternidad, pero en su aplicación podrán variar según las

latitudes, sin que por esto la unidad fundamental quede rota, sin que se formen sectas disidentes que mutuamente se excomulguen y sin que nadie pretenda ser el primer jefe exclusivo. Se podrán, pues, formar, y se formarán inevitablemente, centros generales en diferentes países, sin otro lazo que la comunidad de creencias y la solidaridad moral, sin subordinarse el uno al otro, sin que el de Francia, por ejemplo, tenga pretensiones de imponerse al americano y recíprocamente.

La comparación de los observatorios que hemos citado anteriormente; es perfectamente justa. Elévense éstos sobre diferentes puntos del globo; todos, pertenezcan a la nación que pertenezcan, se fundan en los principios generales reconocidos por la astronomía; cada cual regula sus trabajos según su organización particular; y no obstante comunicarse mutuamente el resultado de sus observaciones y contribuir todos de consuno al progreso de la ciencia astronómica, ninguno esta supeditado ni es feudatario de otro. Lo mismo sucederá con los Centros generales del Espiritismo, estos serán los observatorios del mundo invisible, que se comunicarán recíprocamente lo bueno que obtengan y sea aplicable a los medios de comprobación que tengan establecidos: su objeto sería el bien de la humanidad y no la satisfacción de las ambiciones personales. El Espiritismo es una cuestión de fondo; aferrarse a la forma sería una puerilidad indigna de la grande de su objeto. Véase por que los Centros diversos, que estarán dentro del verdadero espíritu de la doctrina, se tenderán la mano fraternalmente y se unirán para combatir sus comunes enemigos, la incredulidad y el fanatismo.

LOS ESTATUTOS CONSTITUTIVOS La redacción de los Estatutos constitutivo debe preceder a toda ejecución. Si se les confía a una asamblea, es preciso determinar anticipadamente las condiciones que deben llenar. La falta de base previa, las divergencias en las apreciaciones y las pretensiones particulares, sin contar con las intrigas de los adversarios, podrían originar la división. Un trabajo de tan grande importancia no puede ser improvisado; requiere una larga elaboración, el conocimiento de las verdaderas necesidades de la doctrina adquirido por la experiencia y una meditación profunda. Para lograr esa unidad, esa armonía y esa coordinación de las partes, es preciso que todo proceda de la iniciativa individual, a condición de recibir más tarde la sanción de todos los interesados, pero desde el principio es necesario tener

una regla, un camino y un fin determinado, y esta regla no puede ser otra que marchar con seguridad, sin vacilaciones ni precipitaciones.

Sin embargo, como nadie pose la suprema sabiduría ni puede hacer nada perfecto; como nadie puede forjarse ilusiones sobre sus propias ideas ni pretender que otros no vean más que aquello que él haya visto, sería abusivo querer imponer los Estatutos a titulo de infalibilidad, y por consiguiente, precisa que sean sometidos a la revisión del más próximo Congreso, quien podrá rectificarlos en aquello que juzgue útil. Por añadidura, una constitución, por buena que ella sea, no puede ser perpetua: lo que es bueno para un tiempo resulta deficiente para otro: las necesidades cambian con las pocas y el desenvolvimiento de las ideas. Si no se quiere que a la larga caiga una constitución en desuso violentamente despeñada por las ideas progresivas, precisa que marche acorde con esas ideas.

En filosofía, como en política, en sociología o en religión, seguir o no seguir el movimiento progresivo es cuestión de vida o muerte; en el asunto a que nos referimos, sería grave torpeza pretender encadenar el porvenir a una regla que el presente considerara inflexible.

No sería un perjuicio menos grave llevar a la constitución orgánica modificaciones muy frecuentes que relajaran su estabilidad. En esto debe obrarse con madurez y circunspección. Sólo una experiencia de largos años puede juzgar de la utilidad real de las modificaciones, y en este caso, ¿quién puede ser el juez? No será ciertamente un solo hombre, porque, por lo común el hombre se atiene solo a su punto de vista; no será tampoco el autor del trabajo primitivo, que podría ver su obra con demasiada complacencia; han de ser otros, ya que los primeros, como interesados, podrían pecar por exceso de afecto o por exceso de afán reformador.

La revisión de los estatutos constitutivos se hará por los Congresos ordinarios, transformados a este efecto y en pocas determinadas, en Congresos orgánicos; teniendo por misión perseguir indefinidamente la manera de mantenerlos sin interrupción, al nivel de las necesidades y del progreso de las ideas.

Las pocas de revisión, siendo periódicas y conocidas por anticipado, evitarán llamamientos y convocatorias especiales. La revisión será no solamente un derecho, sino un deber para el Congreso de la poca indicada, que lo tendrá consignado en su orden del día; de suerte que no estar subordinado a

la buena voluntad de ninguna persona, ni nadie podrá arrogarse el derecho de decidir con su autoridad privada, si es o no oportuno. Si luego de leídos los Estatutos, el Congreso juzga que ninguna modificación es necesaria, se declararán mantenidos en toda su integridad.

El número de miembros en los Congresos será forzosamente limitado, habida cuenta de la imposibilidad material de reunir a todos los que tengan interés en efectuarlos, pero no por esto se privará la asamblea de las luces de los ausentes, puesto que cada cual podrá, desde el lugar en que se halle y durante el intervalo de dos Congresos orgánicos, transmitir al Comité Central sus observaciones particulares, que se incluirán en el orden del día del Congreso próximo.

El periodo de un cuarto de siglo nos parece suficiente para que quede reflejado el movimiento en las ideas, y por lo mismo, cada veinticinco años la constitución orgánica del Espiritismo será sometida a revisión. Este lapso, sin ser muy largo, es suficiente para permitir apreciar las nuevas necesidades de la doctrina y no llenarla de perturbación con modificaciones muy frecuentes.

Sin embargo, como durante los primeros años será cuando tenga lugar el mayor trabajo de elaboración, puesto que el movimiento social que se opere en ellos puede hacer surgir necesidades imprevistas, hasta que la sociedad haya tomado asiento, como importa aprovechar las lecciones de la experiencia a medida que se vayan alcanzando, las pocas de revisión serán tan próximas, en lo que resta de siglo, cuanto lo determinen las ideas de progreso. En el intervalo de estos treinta primeros años la constitución será suficientemente completada y rectificada para poder gozar de una estabilidad relativa, y entonces será cuando podrían comenzar sin inconvenientes los periodos de veinticinco años.

De este modo, la obra individual primera que trazó la ruta, se convierte en obra colectiva de todos los interesados, con las ventajas consiguientes a estos dos procedimientos y sin los peligros que amagan a cada uno. La doctrina se modifica bajo el imperio de las ideas progresivas y de la experiencia, pero sin estremecimientos ni precipitaciones, porque su principio descansa sobre la constitución misma.

VIII DEL PROGRAMA DE LAS CREENCIAS La condición absoluta de vitalidad para toda reunión o asociación, cualquiera que sea su objeto, es la homogeneidad, es decir, la unidad de miras, de principios y de sentimientos, la

tendencia hacia un mismo fin determinado, en una palabra, la comunión de pensamientos. Cuantas veces los hombres se unen en nombre de una idea vaga, no llegan nunca a entenderse, porque cada uno comprende esa idea a su manera. Toda reunión formada de elementos heterogéneos, lleva en ella los gérmenes de su propia disolución, porque se compone de intereses divergentes, materiales o de amor propio, que tendiendo a fines diversos, se combaten y raramente se hallan dispuestos a concesiones en aras del bien común ni de la razón, sometiéndose a la ley de las mayorías mientras no les quede otro recurso, pero no asintiendo jamás con sinceridad y franqueza.

Así ha sucedido hasta este día con el Espiritismo. Formado gradualmente con el resultado de sucesivas observaciones, como todas las ciencias, la acepción ha ido poco a poco ensanchándose. La cualidad de espirita, aplicada sucesivamente a todos los grados de creencia, comprende una infinidad de matices, desde la simple fe en el hecho de las manifestaciones, hasta los más altos conceptos morales y filosóficos, desde aquel que se detiene en la superficie y no ve más que un pasatiempo, una curiosidad, hasta el que persigue la concordancia de los principios con las leyes universales y su aplicación a los intereses generales de la humanidad; en fin, desde aquel que no ve más que un medio de explotación que puede aprovechar, hasta aquel que encuentra los elementos de su propio mejoramiento.

Darse por espiritista, y aun por espiritista convencido, no indica de ningún modo la medida de la creencia: este calificativo se prodiga con sobrado exceso para unos, con sobrada parquedad para otros. Una reunión a la cual fueran convocados todos aquellos que se llaman espiritistas presentaría tal amalgama de opiniones divergentes, que fuera imposible llegar a una inteligencia ni a practicar nada serio; esto sin hablar de las gentes interesadas en sembrar la discordia, a las cuales abrirían las puertas los primeros.

Esta falta de unidad, inevitable en el principio y durante el periodo de la elaboración, ha causado frecuentemente errores lamentables y ha hecho atribuir a la doctrina aquello que no era más que abusos o desviaciones de ella. Diariamente aplicada tan falsa acepción de la cualidad de espirita, ha dado pie a que los críticos, que se inquietan muy poco por el fondo de las cosas y mucho menos por el lado serio del Espiritismo, hayan hallado materia suficiente para sempiternas hurlas: que un individuo se llame espirita, aunque pretenda hacer

del Espiritismo lo que los prestidigitadores de la física, un juego de saltimbanquis, y será a sus ojos el representante de la doctrina.

Se ha hecho, es verdad, una distinción entre los buenos y los malos, los verdaderos y los falsos espiritistas, los espiritistas más o menos esclarecidos, más o menos convencidos, los espiritistas de corazón, etc.; pero estas designaciones, siempre vagas, no tienen nada de autenticas, nada que las caracterice cuando no se conoce a los individuo ni se ha tenido ocasión de juzgarles por sus obras.

Se puede, pues, abusar, escudado por las apariencias. El calificativo de espirita, no permitiendo más que una aplicación incompleta, deja de ser una recomendación de valía. La incertidumbre en que se envuelve proporciona a los Espíritus una suerte de desconfianza que impide establecer entre los adeptos un lazo serio de confraternidad.

En este día en que se trata de fijar todos los puntos fundamentales de la doctrina y todos los deberes que incumben a los espiritistas serios, el calificativo de espirita puede recibir un carácter definido que no habla podido tener anteriormente.

Estableciendo una formula para la profesión de fe, la adhesión, por escrito, a este programa, será un testimonio autentico de la manera de considerar el Espiritismo.

Esta adhesión, comprobando la uniformidad de principios, será, por otra parte, el lazo que una a los adeptos en una gran familia, sin distinción de nacionalidades, bajo el imperio de una misma fe, de una comunidad de pensamientos, de puntos de vista, de aspiraciones. La creencia en el Espiritismo no será ya una simple aquiescencia, frecuentemente parcial, a una idea vaga; sino una adhesión motivada, hecha con conocimiento de causa, y comprobada con un titulo oficial expedido a favor del adherido. Para evitar los inconvenientes en la falta de precisión de la condición de espiritas, los firmantes de la profesión de fe tomarán el titulo de espiritas profesos.

Esta calificación, descansando sobre una base precisa y definida, no da lugar a equivocación ninguna y permite a los adeptos que profesan los mismos principios y marchan por los mismos derroteros, reconocerse sin otra formalidad que la declaración de su cualidad, y, en caso necesario, la exhibición de su titulo. Una reunión compuesta de espiritas profesos, será necesariamente homogénea.

Un formulario de profesión de fe circunstanciado y claramente definido, será el camino trazado; el título de espirita profeso, la palabra sagrada.

Pero, se dirá, ¿ese título es una garantía suficiente contra los hombres de sinceridad dudosa? Una garantía absoluta contra la mala fe, es imposible, porque no faltan seres que convierten en juego los actos más solemnes, pero se convendrá en que es una garantía mayor que las que hasta el día disfrutamos. Entonces, los que hoy se dan sin escrúpulos el titulo de espiritistas, porque se trata solo de palabras que lleva el viento, es posible que retrocedieran ante una afirmación escrita que pudiera serles presentada en el caso de que se separasen del camino recto; y aún cuando para todos no fuera obstáculo esta consideración, lo fuera para el mayor número, quedando los primeros en exigua minoría y sin ninguna clase de influencia. Por añadidura, el caso debe estar previsto en los estatutos y salvado por una disposición especial.

Esta medida dará inevitablemente por efecto descartar de las reuniones serias las personas que no estuvieran en ellas con placer; si descarta también algunos espiritistas de buena fe, no serán otros que aquellos que no están muy seguros de si mismos, los timoratos que sientan horror a ponerse en evidencia, y aquellos que, en todas las circunstancias, no son nunca los primeros, sino que quieren ver por anticipado el resultado final. Con el tiempo, los unos irán adquiriendo conocimientos y los otros irán dotándose de valor, pero ni los unos ni los otros podrán contarse como decididos defensores de la causa. Cuanto a los que indefectiblemente habrán de ser desechados, el número será pequeño y disminuir de día en día.

Nada es perfecto en este mundo; las mejores cosas presentan sus inconvenientes. Si uno quisiera desechar todo aquello que no estuviera exento de macula, nada sería aprovechable. En todo se hace sentir el contraste de las ventajas y los inconvenientes, pero es inconcuso que a la postre superarán las primeras a los segundos.

Todos aquellos que se dan el nombre de espiritistas, no se someterán a la constitución, esto es cierto; tampoco ella pretende imponerse a nadie y por lo mismo, sólo será valida y eficaz entre los que la acepten libre y espontáneamente.

No siendo interpretado por todos de la misma manera el Espiritismo, la constitución hace un llamamiento a los que se identifiquen con su propio modo de ser, con objeto de dar un punto de apoyo a los que se encuentren aislados y

de cimentar los lazos de una gran familia por la unidad de creencias; pero fiel al principio de la libertad de pensar que la doctrina proclama como un derecho natural, respeta todas las convicciones sinceras y no anatematiza a los que disientan de su modo de ver, sino que, muy al contrario, se aprovechará tanto de las luces que estas puedan emitir como de las que emanen de su propio seno.

Lo esencial, pues, es conocer a los que siguen el mismo derrotero, pero, ¿cómo conocerlos con precisión? Por interrogatorios individuales, es materialmente imposible llegar a ello, aun descartando la circunstancia de que nadie esta investido de derecho para escrutar las conciencias ajenas. Luego el solo medio, el más simple, el más legal, es establecer un formulario de principios que sea el resumen de los conocimientos actuales adquiridos por la observación y sancionado por la enseñanza general de los Espíritus, a cuyo formulario cada cual sea libre de adherirse o no. La adhesión escrita es una profesión de fe que dispensa de toda otra investigación y deja a cada uno en entera libertad.

La constitución del Espiritismo ha de tener por complemento necesario un programa de principios en lo que atañe a la creencia, porque sin la sería una obra sin base y sin porvenir. Este programa, fruto de la experiencia adquirida, será el jalón indicador de su camino. Para marchar con seguro paso, al lado de la constitución orgánica hace falta la constitución de la fe, un credo, si se quiere, que sea el punto de reunión de todos los adheridos.

Pero este programa, lo mismo que la constitución orgánica, no puede ni debe encadenar el porvenir, so pena de fenecer tarde o temprano a los embates del progreso. Fundado para el estado presente de los conocimientos, debe modificarse y completarse a medida que nuevas observaciones vengan a demostrar su insuficiencia o sus defectos, pero estas modificaciones no deben hacerse a la ligera ni con precipitación, sino que serán obra de los Congresos orgánicos, quienes, en la revisión periódica de los estatutos constitutivos, incluirán la del formulario de principios.

Constitución y credo: marchando constantemente de concierto con el progreso, tiene asegurada su vida en la sucesión de los tiempos.

IX PROCEDIMIENTOS Y MEDIOS Es poco halagüeño, sin duda, verse uno obligado a entrar en consideraciones materiales para atender a una mira totalmente espiritual, pero se observa que la espiritualidad misma de la obra se

refiere a la cuestión de la humanidad terrestre y de su bienestar; que no se contrae a la sola emisión de algunas ideas filosóficas, sino al fundamento de alguna cosa positiva y durable para la divulgación y consolidación de la doctrina, de la cual depende que produzca esta aquellos frutos sazonados que es susceptible de dar. Si nos figuramos encontrarnos todavía en los tiempos aquellos en que los apóstoles podían ponerse en camino con su bastón de viaje y sin preocuparse por el abrigo ni por el alimento, sería una ilusión que no tardaría en desvanecérnosla la cruda realidad. Para hacer cualquier cosa seria, hay que someterla a las necesidades que imponen los medios de la época en que se vive. Estas necesidades son muy otras que las de los tiempos de la vida patriarcal.

El interés mismo del Espiritismo exige que se calculen estos medios de acción para no tener que quedarse en el camino. Calculemos, pues, ya que vivimos en un siglo en que es preciso contar.

Las atribuciones del Comité Central son bastante numerosas, como se ha visto, para no necesitar de una verdadera administración. Teniendo a su cargo cada miembro funciones activas y asiduas, podrían sufrir entorpecimiento fiándolas solamente a su buena voluntad, y no podría reprocharse a los negligentes. Para la regularidad de los trabajos y la expedición de los efectos, es necesario contar con hombres de cuya asiduidad se pueda disponer y cuyas funciones no sean simples actos de complacencia. Cuanto más necesiten estos de independencia para proporcionarse sus recursos personales, menos podrán dedicarse a las ocupaciones asiduas del comité; cuanto más necesiten del tiempo para sí, menos podrán dedicarlo a la propaganda. Es, pues, conveniente que el personal administrativo sea retribuido; la doctrina ganará en fuerza, en estabilidad, en puntualidad, al mismo tiempo que será un medio de rendir servicio a las personas que podrían necesitarlo.

Un punto esencial en la economía de toda administración previsora, es el de que su existencia no repose sobre los productos eventuales que pudieran faltar, sino sobre los recursos fijos y regulares que permitan que su marcha sea desembarazada. Esto impide a las personas llamadas a prestarle su concurso concebir inquietudes respecto de su porvenir. Luego, la experiencia demuestra que se debe considerar como esencialmente eventual todo recurso que no se base más que en el producto de contribuciones, siempre facultativas, sean cuales fueren las bases estipuladas para el cobro, que resulta casi siempre

difícil. Asentar los gastos permanentes y regulares sobre los recursos eventuales, sería una falta de previsión que pudiera deplorarse un día. Las consecuencias son menos graves, sin duda, cuando se trata de fundaciones temporales que duran lo que pueden, pero esta es una cuestión de porvenir. La suerte de una administración como la de que tratamos, no puede ser subordinada a los cambios de un negocio comercial; debe ser desde su principio, si no floreciente, por lo menos estable. Cuanto más sólida sea la base, menos expuesta estará a los golpes de la intriga.

En semejante caso, la más vulgar prudencia advierte que a medida que lleguen los recursos, se deben capitalizar de un modo inalienable, a fin de constituir una renta perpetua al abrigo de todas las eventualidades. La administración, regulando sus gastos sobre sus rentas, en ningún caso puede comprometer su existencia, ya que tendrá siempre los mismos medios con que funcionar. Podrá, en el principio, organizarse en pequeña escala; los miembros del comité podrán limitarse provisionalmente a cinco o seis, y el personal y los gastos administrativos reducirse a su mínima expresión, pero tendrán medios de subsistencia y base sobre que desenvolverse a medida que los recursos sean mayores y las necesidades de la causa lo reclamen.

A preparar los caminos de esta instalación es a lo que hemos consagrado hasta hoy el producto de nuestros trabajos, y podemos decir muy alto, que si nuestros medios personales no nos permiten hacer mas, tendremos al menos la satisfacción de haber puesto la primera piedra.

Supongamos, pues, que por un camino cualquiera, el Comité Central entrará en funciones en un tiempo determinado, con una renta fija de 25 a 30.000 francos.

Los recursos de todas clases de que dispondrá, los capitales y los productos eventuales, constituirán la Caja general del Espiritismo, que será objeto de una contabilidad fielmente rigurosa. Como por lo pronto tendrá el comité limitadas sus funciones, los gastos reglamentarios serán menores que la renta, y lo que de esta sobre, ira a engrosar el fondo común. Proporcionalmente a los recursos de este fondo, el comité proveerá a los gastos útiles al desenvolvimiento de la doctrina, pero cuidará de que jamás resulten estos gastos en provecho personal, ni que se haga con ellos una especie de especulación. El empleo de los fondos y la contabilidad en general, serán

sometidos a la revisión y aprobación de comisarios especiales, delegados a este efecto por los Congresos y asambleas generales.

Uno de los primeros cuidados del comité, será el de ocuparse de las publicaciones que deba dar a luz, sin reparar en si podrá o no hacerlo ajeno a la ayuda de la renta. En realidad, los fondos invertidos en esta empresa no serán más que un anticipo, pues que con la venta de las obras, el fondo común se reintegrará con creces del desembolso. Será un negocio administrativo y nada más.

ALLAN KARDEC Y LA NUEVA CONSTITUClÓN Las consideraciones que incluye el extracto que aquí tomamos de la reseña hecha por Allan Kardec a la Sociedad de Paris el 5 de mayo de 1865, a propósito de la Caja del Espiritismo, fue el preludio de la nueva constitución del Espiritismo que él laboró y expuso según su particular criterio, precediéndola con el siguiente preámbulo: "Se habla mucho de los productos que saco de mis obras. Ninguna persona seria creerá, seguramente, en mis millones, mal que pese a los que afirman saber de buena tinta que he logrado un tren de príncipe, un coche tirado por cuatro caballos y tener alfombrada mi casa con tapices de Aubusson (Revista de junio de 1862, pagina 179). Otro, el autor de un opúsculo que conocéis, ha probado también por cálculos hiperbólicos, que mi presupuesto de ingresos es superior a la lista civil del más poderoso soberano de Europa, puesto que en Francia solamente, veinte millones de espiritas son mis tributarios (Revista de junio de 1863, Pág. 175). Este es un hecho más auténtico que sus cálculos, aunque jamás he pedido nada a nadie, ni nadie me ha dado nada para mi provecho personal. No vivo a expensas de ninguna persona. De las sumas que voluntariamente me han sido confiadas para invertirlas en interés del Espiritismo, ni la más intima parcela ha sido distraída para mi provecho (Esas sumas se elevan actualmente al total de 14.000 francos, y su empleo en provecho exclusivo de la doctrina está justificado – se refiere al 5 de mayo de 1865).

"Mis inmensas riquezas provendrían, por consiguiente, de mis obras espiritistas. Aunque estas obras hayan obtenido un favor inesperado, es suficiente estar un poco al tanto de los negocios de librería para saber que no es con libros filosóficos como se amasan los millones en cinco o seis años, y menos cuando el autor no percibe sino algunos céntimos por cada ejemplar

vendido. Sin embargo, sea mucho o sea poco, este producto es fruto de mi trabajo y nadie tiene derecho a inmiscuirse en el empleo que de él haga.

"Comercialmente hablando, estoy en el caso de todo hombre que recoge el fruto de su trabajo. He corrido la suerte de todo escritor, que puede salir bien como puede salir mal en sus empresas.” "Aunque sobre esto ninguna cuenta tenga que rendir, creo útil para la causa misma a que me he consagrado dar algunas explicaciones.” "Quienquiera que esté al tanto de mis intimidades, puede atestiguar que en nada ha cambiado mi manera de vivir de hoy de cuando no me ocupaba de Espiritismo: todo continua con la misma simplicidad de otrora. Es, pues, cierto que mis beneficios, sean los que hayan sido, no han servido para darme los placeres del lujo. ¿En que se han invertido? “ "El Espiritismo, sacándome de la oscuridad, me ha lanzado a una nueva vida; en poco tiempo me he encontrado encadenado a un movimiento que estaba muy lejos de presumir. Cuando concebí la idea del El Libro de los Espíritus, mi intención era, la de no ponerme en evidencia y permanecer oculto, pero pronto reconocí que no era posible y hube de renunciar a mis gustos de retraimiento so pena de abdicar de la obra empezada y que de día en día iba adquiriendo colosales dimensiones.” Esto me llevó a colocarme al frente de la propaganda y a empuñar las riendas de la dirección. A medida que el Espiritismo se desenvolvía, un horizonte más vasto se desarrollaba ante mí y más se retiraban los límites. Entonces comprendí la inmensidad de mi tarea y la importancia del trabajo que me restaba para completarla. Las dificultades y los obstáculos, lejos de enfriarme, redoblaron mis energías: vi el objeto y resolví alcanzarlo con la asistencia de lo buenos Espíritus.

Comprendí que no había tiempo que perder, y no lo perdí en visitas inútiles ni en ceremonias ociosas. Tal fue la obra de mi vida a la que he dado todo mi tiempo, a la que he sacrificado mi reposo y mi salud, porque el porvenir estaba escrito ante mí con caracteres irrecusables.” "Aun descartando mi género de vida, esta posición excepcional no ha dejado de crearme necesidades que no hubiera podido llenar con mis solos recursos, por cierto bien limitados. Es difícil concebir la multiplicidad de atenciones que ella entraña y que hubiera evitado sin su carácter de indispensable.

"¡Y bien, señores! Lo que me ha proporcionado estos recursos supletorios, es el producto de mis obras. Lo digo con orgullo: con el producto de mi propio trabajo, con el fruto de mis vigilias, he podido atender, en su

mayor parte al menos, a las necesidades materiales de la instalación de la doctrina: he aportado una respetabilísima cuota a la caja del Espiritismo. No pueden, pues, decir, aquellos que contribuyen a la propagación de las obras, que trabajan por enriquecerme; puesto que el producto de todo libro vendido y de todo abono a la Revista, aprovecha a la doctrina y no al individuo.” "Y no he tratado tan solo de proveer para el presente; he pensado para el porvenir y tratado de preparar una fundación que ayude a los que me reemplacen después de mi muerte a llevar a cabo la grande obra que tendrán que cumplir. Esta fundación, sobre la cual aun debo guardar silencio, va unida a la propiedad que poseo, y es en virtud de mis intentos por lo que dedico una parte de mis productos a mejorarla. Como estoy muy lejos de poseer los millones que gratuitamente me han atribuido, dudo mucha que, mal que pese a mis economías, pueda jamás con mis recursos dar a esta fundación el complemento que quisiera alcanzase durante mi vida, pero, puesto que su realización está en las miras de mis guías espirituales, si yo no lo hago, es probable que un día u otro llegue a su complemento. Mientras, elaboraré los planos.” "Lejos de mi, señores, el pensamiento de envanecerme en lo mínimo por lo que acabo de exponeros; la perseverancia de ciertas diatribas me ha inducido, bien a mi pesar, a quebrantar el silencio sobre algunos de los hechos que me conciernen. Más tarde, todos aquellos a quienes el mal querer les ha conducido a desnaturalizar las cosas, verán claro en virtud de los documentes auténticos que se les presenten, pero el tiempo de estas explicaciones no ha llegado aún. La sola cosa que me importa por el momento, es que os hagáis cargo del destino de los fondos que la Providencia hace pasar por mis manos, cualquiera que sea su origen; yo no me considero más que como depositario de aquellos que yo gano y con más razón de aquellos que me han sido confiados.

“Uno me preguntó un día, sin curiosidad, bien entendido, y por puro interés por la causa, que haría yo de un millón si lo tuviera. Le contesté que lo emplearla de muy distinto modo que al principio. Entonces su destino inmediato hubiera sido el de la propaganda por medio de una gran publicidad, mientras que hoy reconozco que aquella hubiera sido completamente inútil, puesto que nuestros adversarios se hubieran dado maña en obstruirla. No contando entonces con grandes recursos, los Espíritus han querido probarme que el Espiritismo debe su progreso a su propia fuerza.” “Hoy, cuando el

horizonte se ha ensanchado, y el porvenir, sobre todo, se ha puesto de manifiesto, las necesidades de otro orden bien distinto se dejan sentir.

Un capital como aquel que suponéis, recibiría un empleo más útil. Sin entrar en detalles que serian prematuros, diré simplemente que una parte serviría para convertir mi propiedad en casa de retiro espirita, en la que sus moradores recogerían los beneficios de nuestra doctrina moral; y la otra parte, para constituir una renta inalienable destinada: 1º-, a los gastos de mantenimiento del establecimiento; 2º-, a asegurar una existencia independiente a aquel que me suceda y a los que le ayudarán en su misión; 3º-, a socorrer a las necesidades ordinarias del Espiritismo sin necesidad de recurrir al cambio de productos eventuales, como yo me he visto obligado a hacer, puesto que la mayor parte de sus recursos estriban en mi trabajo, que tendrá un término.

"Ved lo que yo haría, pero si esta satisfacción no me es dada, ya se que, de una manera o de otra, los Espíritus que dirigen el movimiento proveerán a todas las necesidades en tiempo útil. Por esto no me inquieto inútilmente y me ocupo tan solo de aquello que es para mi esencial: la terminación de los trabajos que me restan. Hecho esto, partir gozoso cuando Dios me llame".

Esto que dijimos entonces, es en un todo aplicable a nuestros días.

Luego que el comité esté organizado, formaremos parte de él a titulo de simple miembro, reclamando la parte de elaboración que nos corresponda, pero no queriendo supremacía, ni titulo, ni privilegio ninguno.

Bien que seamos miembros activos del comité, no acarrearemos ninguna carga a su presupuesto, ni por emolumentos, ni por indemnizaciones de viajes, ni por ninguna otra causa. Si nunca hemos pedido nada a nadie en provecho propio, menos lo haremos desde este instante. Nuestro tiempo, nuestra vida, todas nuestras fuerzas físicas, morales e intelectuales pertenecen a la doctrina.

Declaramos, pues, formalmente, que ninguna parte de los recursos con que cuente el comité será distraída en nuestro provecho.

Nosotros aportaremos, por el contrario, nuestra cuota: 1º Con los productos que puedan dar nuestras obras hechas y por hacer.

2º Con el valor de nuestros bienes muebles e inmuebles.

Luego que la doctrina esté organizada por la constitución del Comité Central, nuestras obras pasarán a ser propiedad del Espiritismo en la persona de este mismo comité, quien tendrá la gerencia y el cuidado de publicarlas por

los medios más propios a su divulgación. Deberá ocuparse también de su traducción a las principales lenguas.

La Revista ha sido hasta entonces una obra personal, como no podía menos de ser, atendido a que forma parte de nuestros libros doctrinales, aun sirviendo de anales al Espiritismo. En ella son elaborados y sometidos a estudio todos los principios nuevos. Fue necesario que conservara su carácter individual para la fundación de la unidad.

Hemos sido muchas veces solicitados para que la hiciéramos aparecer en épocas más próximas. Cualquiera que fuese nuestro deseo a este respecto, no hemos podido acceder a tal solicitación, al principio, porque el tiempo material no nos permitía acrecentar el trabajo, y en segundo lugar, porque ella no debía perder su carácter esencial, que no es ciertamente el de un periódico propiamente dicho.

Hoy, cuando nuestra obra personal toca a su término, las necesidades no son las mismas: la Revista pasará, como todas nuestras obras hechas y por hacer, a la propiedad colectiva del comité, quien tomará la dirección, para la mas grande utilidad del Espiritismo, sin que renunciemos, por esto, a darle nuestra colaboración.

Para completar la obra doctrinal, nos resta publicar muchas obras, que no son, ciertamente, la parte menos difícil ni la menos dolorosa. Aunque nosotros no poseemos todos los elementos ni el programa esta trazado hasta el último capitulo, podemos prestar más atención y mas actividad a los trabajos, si por la constitución del Comité Central nos viéramos libres de detalles que absorben una gran parte de nuestro tiempo.

El primer periodo del Espiritismo fue consagrado al estudio de los principios y de las leyes que reunidas debían constituir la doctrina, en una palabra, a preparar los materiales al mismo tiempo que vulgarizar la idea. Esta fue la simiente esparcida, que, a semejanza de aquella de la parábola evangélica, no debía en todas partes fructificar del mismo modo. El niño ha crecido, es ya adulto, y ha llegado el momento en que, sostenido por los adeptos sinceros y devotos, debe marchar al fin que le está trazado, sin ser entretenido por los retardatarios.

Pero, ¿cómo hacer esta elección? ¿Quién osará cargar con la responsabilidad de un juicio que se contrae a las conciencias individuales? Lo

mejor es que la elección se haga por sí misma, y esto resulta sumamente fácil; basta desplegar una bandera, y decir: “Aquellos que la adopten, que la sigan".

Al tomar la iniciativa de la constitución del Espiritismo, usamos de un derecho común, de aquel derecho que tiene cada cual de completar, como él lo entienda, la obra que principió y de juzgar de la mejor o peor oportunidad. Desde el instante que deja a todos en libertad absoluta de adherirse o no, no se le puede acusar de que ejerce presión arbitraria.

Nosotros creamos la palabra Espiritismo por las necesidades de la causa; nosotros tenemos el derecho, pues, de determinar sus aplicaciones y de definir las cualidades y las creencias del verdadero espiritista. (Revista espiritista de abril de 1866, pagina 3º). (Tomen nota de esto los disidentes y jefes de sectas que se llaman espiritistas) Después de todo lo que precede, se comprenderá fácilmente cuán imposible y prematuro hubiera sido establecer desde el principio esta constitución. Si la doctrina espiritista estuviera formada de una sola vez, como toda concepción personal, nada hubiera sido mas fácil que formular esta constitución desde el principio, puesto que desde el principio estaba la doctrina completada; pero como la doctrina se ha formado gradualmente en virtud de adquisiciones sucesivas, la constitución hubiera reunido a todos los amantes de novedades, pero pronto la hubieran abandonado cuantos no aceptasen todas sus consecuencias.

Pero, se nos dirá, ¿no es acaso una escisión la que preparáis entre los adeptos? Haciendo dos campos, ¿no buscáis dividir a la falange? En todos aquellos que llamándose espiritistas no piensan del mismo modo acerca de todos los puntos, la división existe de hecho, y esta división es mucho peor que la que puede resultar de lo que preparamos, porque al fin, da por resultado no saber si en un espiritista hemos de ver a un adversario o a un adicto.

La unión es lo único que hace la fuerza, luego, una unión franca no puede existir entre gentes interesadas, moral o materialmente, en no seguir la misma ruta ni perseguir el mismo objetivo. Dos hombres sinceramente unidos por un pensamiento común, son más fuertes que ciento que no se entiendan. En semejante caso, la mezcla de miras divergentes obstruye la fuerza de cohesión de aquellos que quisieran marchar unidos, absolutamente igual que el líquido que se filtra por un cuerpo, es un obstáculo a la agregación de las moléculas de este.

Si la constitución da por efecto disminuir aparentemente el número de los espiritistas, tendrá por consecuencia inevitable dar más fuerza a los que marchen de común acuerdo a la realización del gran fin humanitario que el Espiritismo debe llenar. Se conocerán y se podrán tender la mano de uno a otro confín del mundo.

Otro de sus efectos será oponer una barrera a los ambiciosos, que, si se impusieran, tratarían de desviar a la doctrina de su ruta para utilizarla en provecho propio. Todo esta calculado para evitar tamaño resultado, y es lo mejor, nos parece, suprimir toda autocracia o supremacía personal.

Credo Espiritista Preámbulo Los males de la humanidad tienen su origen en la imperfección del hombre: por sus vicios se damnifican unos a otros. En tanto que los hombres sean viciosos, serán malhechores, porque la lucha de los intereses engendrará sin cesar las miserias.

Las buenas leyes contribuyen sin duda al mejoramiento social, pero son impotentes para asegurar la dicha de la humanidad, porque reprimen y no extirpan las malas pasiones, porque son más coercitivas que moralizadoras, porque no fiscalizan más que los actos más salientes y dejan sin sojuzgar las causas. Por lo mismo, la bondad de las leyes está en razón de la bondad de los hombres, tanto, que aquellos que están dominados por el orgullo y el egoísmo, harán leyes en provecho de las ambiciones personales. La ley civil solo modifica la superficie; la ley moral es la que penetra en el fuero interno de la conciencia y la reforma.

Esta averiguado que para evitar el disgusto causado por el contacto de los vicios de los hombres malhechores, el solo remedio es elevar el nivel moral. La dicha aumenta a medida que los vicios disminuyen.

Por buena que sea una institución social, si los hombres son malos, la falsearán desnaturalizando su espíritu para explotarla en su provecho. Cuando los hombres sean buenos, harán buenas y durables instituciones, porque tendrán interés en conservarlas.

La cuestión social no tiene su punto de partida en la forma de tal o cual institución; esta toda entera en el mejoramiento moral de los individuos y de las masas. Aquí está el principio la verdadera clave del bienestar de la humanidad, porque cuando esto se haya conseguido, los hombres no pensarán en matarse unos a otros. No es suficiente echar un velo sobre la corrupción; es preciso extirparla.

El principio del mejoramiento esta en la naturaleza de las creencias, porque ellas son el móvil de las acciones que modifican el sentimiento. En las ideas inculcadas en la infanda e identificadas con el espíritu, y en las que se anexionan con el desarrollo ulterior de la inteligencia y de la razón, es donde hay que buscar la fuente de nuestra bienandanza futura. Por la educación, mejor que por la instrucción, lograremos transformar la humanidad.

El hombre que trabaja seriamente por su propio mejoramiento, asegura su dicha en esta vida, y además, obtiene la satisfacción de su conciencia, viéndose exento de las miserias materiales y morales, que son las consecuencias inevitables de sus imperfecciones. Obtendrá la calma, porque las vicisitudes no deshojarán la flor de sus ilusiones; obtendrá la salud, porque su cuerpo no se entregar jamás a los excesos; poseer riquezas, porque la riqueza mayor es saberse contentar con lo necesario; gozar de la paz del alma, porque no se rodeará de necesidades ficticias ni será atormentado por la sed de honores y de lo superfluo, porque no conocerá la fiebre de la ambición, de la envidia y de los celos. Siendo indulgente para con las imperfecciones de otro, que le excitarán su piedad y no su cólera, evitando todo lo que pueda perjudicar a su prójimo en palabras y en acciones, y queriendo, por el contrario, todo aquello que pueda ser útil y agradable a los demás, nadie sufrirá con su contacto.

Se asegura su felicidad en la vida futura, porque, cuanto más esté depurado, más se elevará en la jerarquía de los seres inteligentes y más pronto abandonar este mundo de expiación y prueba por los mundos superiores; porque el mal que haya reparado en esta vida no tendrá que repararlo en otras existencias; porque, en la erraticidad, no encontrará más que seres amigos y simpáticos, y no estar atormentado por la vista incesante de aquellos que tuvieran que compadecerle.

Que los hombres, viviendo unidos, están animados de estos sentimientos, y serán dichosos en la tierra; que, de poco en poco, estos sentimientos ganen todo un pueblo, toda una raza, toda la humanidad, y nuestro mundo figurar en el rango de los felices.

¿Es esto una quimera, una utopía? Si, para aquel que no cree en el progreso del alma; no, para el que cree en su perfectibilidad indefinida.

El progreso general es el resultado de todos los progresos individuales, pero el progreso individual no consiste solamente en el desarrollo de la

inteligencia, en la adquisición de algunos conocimientos: esto no es más que una parte del progreso, que por cierto no conduce necesariamente al bien, puesto que se ven hombres sabios que hacen muy mal uso de su saber. El progreso consiste, sobre todo, en el mejoramiento moral, en la depuración del espíritu, en la extirpación de los malos gérmenes que existen en nosotros: este es el verdadero progreso, el solo progreso que puede asegurar la dicha a la humanidad, porque es la negación misma del mal. El hombre más adelantado en inteligencia puede hacer mucho mal; el que lo está en sentimientos no hará más que bien. Hay, pues, interés por parte de todos, en el progreso moral de la humanidad.

Pero ¿que hace por el mejoramiento y la dicha de las generaciones futuras aquel que cree que todo fina con la vida? ¿Que interés ha de tener en perfeccionarse, en sujetarse, en dominar sus pasiones, en privarse de algo por el bien de los otros? Ninguno: la lógica misma le dice que su interés está en gozar de la vida por todos los medios posibles, puesto que mañana, acaso, habrá dejado de existir.

La doctrina del nihilismo es la parálisis del progreso humano, porque circunscribe la vida del hombre al imperceptible punto de la existencia presente; porque restringe las ideas y las concentra exclusivamente en la vida material. Con esta doctrina, el hombre no era nada antes, nada será después; todas las relaciones sociales terminan con la vida; la solidaridad es una palabra vana; la fraternidad una teoría sin razón; la abnegación en provecho de otro una majadería; el egoísmo con su máxima "cada uno para si", un derecho natural; la venganza un acto equitativo; la felicidad es para los más fuertes y para los más diestros; el suicidio, el fin lógico de aquellos que carezcan de lo necesario... Una sociedad fundada en la doctrina del nihilismo llevaría en si el germen de su disolución inmediata.

Muy otros son los sentimientos de aquel que tiene fe en el porvenir, que sabe que nada de lo que haya adquirido en ciencia y moralidad puede perdérsele, que del trabajo de hoy recogerá mañana sazonado fruto, que él mismo formará parte de las generaciones futuras más adelantadas y más buenas. Sabe que trabajando para los otros, trabaja para sí propio. Su vida no se concreta a la tierra: abraza el infinito de los mundos que serán un día su morada; entrevé el lugar glorioso que será su herencia, como la de todos los seres llegados a la perfección.

Con la fe en la vida futura el círculo de las ideas se ensancha, el porvenir está en el presente, el progreso personal tiene un objeto, una utilidad efectiva. De la continuidad de relaciones entre los hombres nace la solidaridad; la fraternidad se funda en la ley de la naturaleza y en el interés de todos.

La creencia en la vida futura es, pues, el elemento del progreso, porque es el estimulante del Espíritu. Solo ella nos puede dar valor en las pruebas, porque solo ella nos suministra la razón de las mismas y nos exhorta a la perseverancia en la lucha contra el mal si queremos conseguir nuestro destino. Precisa, por consiguiente, llevar esta creencia al espíritu de las masas que desfallecen.

Por otra parte, esta creencia es innata en el hombre; todas las religiones la proclaman. ¿Por que no ha dado hasta el día todos los resultados que se podía esperar? Porque generalmente ha sido presentada en condiciones inaceptables para la razón. Tal como se la muestra, rompe todas las relaciones con el presente; desde el momento que uno abandona la tierra, debe ser extraño a la humanidad; ninguna solidaridad existe entre los muertos y los vivos; el progreso es puramente individual; trabajando por el porvenir, no se trabaja más que por sí, no se sueña más que para sí, y aún con un fin vago, indefinido, que no tiene nada de positivo sobre lo que el pensamiento pueda reposar con confianza; en fin, la vida futura que se presenta, es más una esperanza que una certeza. Esto ha dado por resultado, en unos la indiferencia, en otros, una exaltación mística, que aislando al hombre de la tierra, es esencialmente perjudicial al progreso efectivo de la humanidad, porque conduce al olvido de los cuidados que reclama el progreso material que la naturaleza nos ha impuesto como un deber.

Y sin embargo, aunque sean incompletos sus resultados, no dejan de ser muy reales. ¿Que de hombres no han sido vigorizaos y sostenidos en el camino del bien por esta vaga esperanza? ¡Cuantos no han sido detenidos en la pendiente del mal por temor a comprometer su porvenir! ¡Que nobles virtudes no ha desarrollado esta creencia! No desdeñemos, no, las creencias del pasado, que por deficientes que fueran, conducían al bien y estaban en relación con el progreso de la humanidad.

Pero progresando esta, quiere las creencias en armonía con las nuevas ideas. Si los elementos de la fe permanecen estacionados, se distancian del

Espíritu, pierden toda influencia, y el bien que han producido en otro tiempo no pueden producirlo ahora porque no están a la altura de las circunstancias.

Para que la doctrina de la vida futura proporcione en lo sucesivo los frutos que hay que esperar, precisa, ante todo, que satisfaga la razón; que responda a la idea que se tiene de la sabiduría, de la justicia y de la bondad de Dios; que no pueda ser desmentida por la ciencia; que no deje en el espíritu ni duda ni incertidumbre; que sea tan positiva como la vida presente, de la cual es continuación, del mismo modo que el mañana es continuación del hoy; que se la vea, que se la comprenda, que se la toque como si dijéramos con el dedo; precisa, en fin, que la solidaridad del pasado, del presente y del porvenir a través de las diferentes existencias, sea evidente.

Tal es la idea que el Espiritismo da de la vida futura; y esta idea, en la que tiene su pujanza, no es una concepción humana que pudiera ofrecerse como la más racional, pero no como más verídica que las otras, sino que es el resultado de los estudios hechos sobre los ejemplos presentados por las diferentes categorías de Espíritus que se comunican, que han permitido explorarla vida extra corporal en todas sus fases, desde el más alto al más bajo de los seres. Las peripecias del vida futura no son una teoría, una hipótesis más o menos probable, sino el resultado de diferentes observaciones. Son los mismos habitantes del mundo invisible los que han venido a describir su estado, y su situación es tal, que ni aun la imaginación más fecunda hubiera podido concebirla si ellos mismos no la hubieran presentado a los ojos del observador.

Dándonos la prueba de la existencia y de la inmortalidad del alma, nos inician en los misterios del nacimiento, de la muerte, de la, vida futura y de la vida universal, y nos hace tangibles las consecuencias inevitables del mal y del bien.

Por esto, el Espiritismo, mejor que ningún otro credo, nos hace sentir la necesidad del mejoramiento individual, ya que por sabe el hombre de donde viene, a donde va y por que habita en la tierra: le presenta un fin, una utilidad práctica; no le forma tan solo para el porvenir: le forma para el presente, para la sociedad. Por su mejoramiento moral, los hombres preparan en la tierra el reinado de la paz y de la fraternidad. Por consiguiente, la doctrina espiritista es el más poderoso elemento moralizador, porque a la vez se dirige al corazón, a la inteligencia y al interés personal bien comprendido.

Por su esencia misma, el Espiritismo toca a todas las ramas de las ciencias físicas, metafísicas y morales; las cuestiones que abarca son innumerables; sin embargo, pueden resumirse en los principios siguientes, que están considerados como verdades adquiridas, constituyendo el programa del credo espiritista.

Principios Fundamentales De La Doctrina Espiritista Reconocidos Como Verdades Adquiridas La muerte corpórea de Allan Kardec suspendió las Obras póstumas de este Espíritu eminente. Este volumen se termina con un punto de interrogación, que muchos de los lectores, seguramente, hubieran querido ver resuelto con la lógica acostumbrada de nuestro docto maestro. Sin duda no debía ser así.

En el Congreso Espiritista y Espiritualista de 1890, los delegados declararon que, desde 1869, los estudios sucesivos habían puesto de relieve cuestiones nuevas, y según la enseñanza preconizada por Kardec, algunos de los principios del Espiritismo sobre los cuales el maestro había basado su enseñanza, debían ponerse de acuerdo con la ciencia en general.

Esta corriente de ideas, común en los delegados venidos de todas las partes de la tierra, ha hecho palpable la conveniencia de dar a luz un nuevo volumen, con el objeto de poner en íntimo consorcio las enseñanzas de Kardec con aquello que constantemente nos ofrece el estudio de la verdad. Esta será la obra del comité de propaganda. Nosotros contamos con los buenos servicios de nuestros hermanos en creencias, que han aprobado en el Congreso su competencia en las más altas cuestiones filosóficas, para secundar los trabajos del comité en la confección de esta obra colectiva, que a su vez será sometida a la revisión de un nuevo Congreso. "La ciencia -ha dicho Allan Kardec- está llamada a constituir el verdadero Génesis según las leyes de la naturaleza".

"Los descubrimientos de la ciencia glorifican a Dios en lugar de rebajarle: no destruyen sino lo que los hombres han imaginado y las falsas ideas que han dado de Dios".

"El Espiritismo, marchando con el progreso, nunca se verá arrollado ni quedará rezagado, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está en el error en determinado punto, se modificará en este punto, y si una nueva verdad se revelara, la aceptaría". (El Génesis, capitulo l).

.